Alfred Wikenhauser

EL APOCALIPSIS DE SAN JUAN



BIBLIOTECA HERDER

SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA

BIBLIOTECA HERDER

SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA

VOLUMEN 100

COMENTARIO DE RATISBONA AL NUEVO TESTAMENTO

Publicado bajo la dirección de
ALFRED WIKENHAUSER † y OTTO KUSS

con la colaboración de
JOSEPH FREUNDORFER †, JOHANN MICHL,
GEORG RICHTER, JOSEF SCHMID y KARL STAAB

IX



BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1969

ALFRED WIKENHAUSER

EL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1969

Versión castellana de FLORENCIO GALINDO, V.C.M,
de la obra de A. WIKENHAUSER, *Die Offenbarung des Johannes*,
Verlag Friedrich Pustet, Ratisbona [3]1959

PUEDE IMPRIMIRSE: Santa Marta, 6 de octubre de 1967
† NORBERTO FORERO, Obispo de Santa Marta

ES PROPIEDAD DEPÓSITO LEGAL B. 2.577-1969 PRINTED IN SPAIN

GRAFESA — Nápoles, 249 — Barcelona

ÍNDICE

Págs.

Págs.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

LIBROS DE LA BIBLIA

Abd	Abdías	Gén	Génesis	Nah	Nahúm
Act	Hechos	Hab	Habacuc	Neh	Nehemías
Ag	Ageo	Heb	Hebreos	Núm	Números
Am	Amós	Is	Isaías	Os	Oseas
Ap	Apocalipsis	Jds	Judas	Par	Paralipómenos
Bar	Baruc	Jdt	Judit	Pe	Pedro
Cant	Cantar	Jer	Jeremías	Prov	Proverbios
Col	Colosenses	Jl	Joel	Re	Reyes
Cor	Corintios	Jn	Juan	Rom	Romanos
Dan	Daniel	Job	Job	Rut	Rut
Dt	Deuteronomio	Jon	Jonás	Sab	Sabiduría
Ecl	Eclesiastés	Jos	Josué	Sal	Salmos
Eclo	Eclesiástico	Jue	Jueces	Sam	Samuel
Ef	Efesios	Lam	Lamentaciones	Sant	Santiago
Esd	Esdras	Lc	Lucas	Sof	Sofonías
Est	Ester	Lev	Levítico	Tes	Tesalonicenses
Éx	Éxodo	Mac	Macabeos	Tim	Timoteo
Ez	Ezequiel	Mal	Malaquías	Tit	Tito
Flm	Filemón	Mc	Marcos	Tob	Tobías
Flp	Filipenses	Miq	Miqueas	Zac	Zacarías
Gál	Gálatas	Mt	Mateo		

APÓCRIFOS

ActJn	Hechos de Juan
ApAbr	Apocalipsis de Abraham
ApBar	Apocalipsis de Baruc
AsIs	Ascensión de Isaías

AsMo	Ascensión de Moisés
3Esd	Tercer libro de Esdras
4Esd	Cuarto libro de Esdras
1Hen	Primer libro de Henoc
Jub	Libro de los Jubileos
4Mac	Cuarto libro de los Macabeos
SalSl	Salmos de Salomón
Sibil	Oráculos sibilinos
TestXII	Testamento de los doce patriarcas
TestBenj	Testamento de Benjamín
TestDan	Testamento de Dan
TestJud	Testamento de Judas
TestLev	Testamento de Leví
TestSim	Testamento de Simeón

OTRAS OBRAS CITADAS

Adv. Marc.	*Adversus Marcionem* (TERTULIANO)
Adv. Prax.	*Adversus Praxeam* (TERTULIANO)
Ant.	*Antiquitates Iudaicae* (FLAVIO JOSEFO)
Apol.	*Apologia* (SAN JUSTINO)
bab.	*babilónico (Talmud)*
BI	*Bellum Iudaicum* (FLAVIO JOSEFO)
Cat.	*Catecheses* (CIRILO DE JERUSALÉN)
C. Gaud. Don	*Contra Gaudentium Donatistam* (SAN AGUSTÍN)
1Clem	*Primera carta de* CLEMENTE ROMANO
De Civ. Dei	*De Civitate Dei* (AGUSTÍN)
De iei.	*De ieiunio* (TERTULIANO)
De script. eccl.	*De scriptoribus ecclesiasticis* (JERÓNIMO)
Dial.	*Dialogus cum Tryphone* (JUSTINO)
Diss.	*Dissertationes* (EPICTETO)
Ep.	*Epístolas*
Eph.	*Epistola ad Ephesios* (IGNACIO DE ANTIOQUÍA)
Haer.	*Adversus haereses* (IRENEO)
HE	*Historia Ecclesiastica* (EUSEBIO)
Magn.	*Epistola ad Magnesios* (IGNACIO DE ANTIOQUÍA)
Mor.	*Moralia* (PLUTARCO)
Moys.	*Vita Moysis* (FILÓN)
Nat.	*Ad nationes* (TERTULIANO)
Paed.	*Paedagogus* (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA)
Peá	Tratados *Peá* de la colección rabínica llamada *Mišná*
Šabb	Tratados *Šabbat* de la *Mišná*
Sanh	Tratados *Sanhedrin* de la *Mišná*
Spec.	*De specialibus legibus* (FILÓN)
Strom.	*Stromata* (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA)

OTRAS ABREVIATURAS CORRIENTES

AT	Antiguo Testamento
NT	Nuevo Testamento
LXX	Versión griega del AT por los Setenta
a.C.	antes de Cristo
d.C.	después de Cristo
cap.	capítulo(s)
exc.	excursus
v.	versículo(s)
s	y el versículo siguiente
ss	y los dos versículos siguientes
par	y textos paralelos
cf.	confróntese

TRANSCRIPCIÓN DEL ALFABETO HEBREO

Se transcribe de la forma siguiente: ', *b*, *g*, *d*, *h*, *w*, *z*, *ḥ*, *ṭ*, *y*, *k*, *l*, *m*, *n*, *s*, ‘, *p/f*, *ṣ*, *q*, *r*, *ś*, *š*, *t*.

NOTAS IMPORTANTES

En los textos bíblicos, los paréntesis ( ) encierran palabras añadidas por el traductor, para mayor claridad; los corchetes [ ] versículos o partes de versículo que faltan en los textos más importantes.

En los títulos de los *comentarios*, el asterisco *, que precede a la cita de un texto paralelo, indica que allí es donde más se extiende el comentario de los textos en cuestión.

Para el texto castellano del Apocalipsis de san Juan, que damos con el presente comentario (ajustado a las variantes textuales adoptadas y comentadas por el autor), se partió de la traducción del *Nuevo Testamento*, versión ecuménica, Herder, Barcelona 1968.

INTRODUCCIÓN

1. *Carácter propio de la literatura apocalíptica*

El autor de la Revelación de san Juan, obra a la que, conforme al título griego, se le da el nombre de Apocalipsis, designa su libro como escrito profético [1] y a sí mismo como profeta [2]. Pero a diferencia del Antiguo Testamento, que comprende buen número de libros proféticos, algunos de ellos de considerable extensión (Is, Jer, Ez), el canon del Nuevo Testamento no contiene más escritos proféticos que el Apocalipsis. Dado que el libro mismo se atribuye el carácter de profético, para poder interpretarlo adecuadamente es indispensable tomar por punto de partida el concepto de profecía en el Antiguo Testamento.

En la historia de Israel se destaca un gran número de personajes revestidos del carisma profético, que influyeron profundamente en la vida religiosa del pueblo. Su radio de acción fue muy vasto. Puede decirse que ellos eran los jefes religiosos de Israel. Por su boca hablaba Dios a su pueblo y le daba a conocer cuál era su voluntad; de ellos se valía para exhortarlo y advertirlo, para reprenderlo y castigarlo cuando le volvía la espalda y hacía caso omiso de la alianza pactada con él; a través de ellos hacía llegar a los suyos palabras de consuelo

1. Ap 1,3; 22,7.10.
2. Ap 22,9; 10,11.

que los sostuvieran en los momentos de prueba o cuando se veían acosados por la miseria.

Actividad importante de los profetas era la predicción del futuro, que podían hacer gracias a una iluminación especial de Dios o a ciertas visiones de origen sobrenatural. Pero entre todas sus funciones ocupaba el primer lugar la de mantener al pueblo con la vista fija en el tiempo glorioso de la salud, que Dios cumpliría en ellos, y avivar en su alma el ansia de ver a aquel redentor futuro prometido por Dios al género humano.

Esta actividad de los profetas llegó a ser, en tiempos posteriores, la de mayor importancia. De ahí que también en el NT se haga frecuente mención de ella; más aún, para los primeros cristianos, el anunciar a Cristo fue la misión específica de los profetas [3].

La actividad de los profetas del AT se desarrolló sobre todo mediante la *palabra hablada*. Eran predicadores, no escritores; hombres de acción, no literados. De profetas tan destacados como Elías y Eliseo, no quedaron escritos de ningún género; y aun los libros de los llamados profetas escritores casi no hicieron más que consignar por escrito sus discursos. Poseídos e iluminados por el espíritu de Dios, se presentaban en determinadas situaciones ante el pueblo y sus jefes políticos para hacerles conocer la voluntad de Dios, exigir fe inquebrantable en él, condenar la idolatría, exhortar a la penitencia, amenazar con la venganza divina y anunciar los castigos de Dios.

Con el cambio de las condiciones políticas, la *palabra escrita* adquiere mayor importancia. Es así como desde la época de Jeremías los profetas se ven cada vez más obligados a renunciar a una acción directa sobre los individuos mediante la palabra hablada, y deben limitarse a influir indirectamente en las gentes del pueblo a través de algunos escritos [4]. Es lo

---

3. Cf. Act 3 24; 1Pe 1,10-12 y toda la argumentación escriturística del Nuevo Testamento.

4. Cf. Jer 51,59ss.

que se observa particularmente en Ezequiel, quien actúa casi exclusivamente en esta forma.

Pero también desde el punto de vista del *contenido* se echan de ver no pocas novedades. Cada vez se van destacando más los últimos tiempos en la perspectiva del profeta [5]. En las predicciones de algunos de ellos, el fin del mundo, presentado en forma de gran catástrofe universal, reviste especial importancia [6]. El reino de Dios que ha de venir se describe en vivísimos colores, propios ya del mundo ultraterreno [7]. El profetismo del AT acaba por resolverse en *apocalíptica, cuyo tema central es el desenlace de la historia, el fin de este mundo y su sustitución por el mundo del más allá.* Los gérmenes de este nuevo género de profecía se encuentran ya en varios libros proféticos. Un marcado carácter apocalíptico, por ejemplo, a Is 24-27; Zac 9-14 y a gran parte del libro de Ezequiel (la visión de la gloria de Dios [8], de los huesos secos [9], del nuevo templo) [10].

En los capítulos 7-12 del libro de Daniel es donde por primera vez cristaliza la forma literaria del género apocalíptico. En la Biblia hebrea figura este libro entre los «escritos» (cf., a propósito el prólogo del libro de los Proverbios); en cambio, en los LXX se lo cuenta entre los «profetas». Su autor contempla en el futuro, a través de una serie de visiones, el curso de la historia, que llegará a su punto álgido con la angustiosa situación del pueblo de Israel en la época macabea, particularmente en el reinado del sirio Antíoco IV Epífanes; predice el término de la prueba y anuncia que al pueblo de los santos del Altísimo se conferirá la soberanía sobre todos los pueblos y reinos, es decir, predice el establecimiento del reino de Dios. El libro de Daniel se propone dar ánimo a la porción religiosa del pueblo, para cuando su fe y su fidelidad a Dios deban

---

5. Ez 38-39; Jl 3-4.

6. Is 13,9ss; 34,4ss; Ez 7,11ss; Am 1,2ss; 2,13ss; 6,8ss; 8,9; Hab 2,3; Sof 1,14ss.

7. Cf., en particular, Is 54-55; 60-61; 65,17; 66,22.

8. Ez 1,4-28; 10,1-22. 9. Ez 37,1-14 10. Ez 40,1ss.

atravesar por horas más difíciles. Fue un libro que tuvo muchos imitadores, pero ninguna de aquellas apocalipsis judías que vieron la luz entre el período de los Macabeos y finales del siglo I d.C. fue aceptada en el canon del Antiguo Testamento.

El nombre de *Apocalipsis* (revelación, manifestación), como título de un libro, se registra por vez primera en el Apocalipsis de Juan, de donde pasó más tarde a toda una rama de la literatura, y no sin razón, dado que la totalidad de estos escritos se proponen comunicar a los hombres revelaciones o manifestaciones de secretos relativos al pasado, al presente o al futuro, que solamente son conocidas de Dios y de los seres celestiales. Es característica común a todos ellos la pseudonimia. Los autores de este género de libros nunca dan a conocer su verdadero nombre, sino que escriben bajo el nombre de alguno de los grandes personajes del pasado, tales como Henoc, Abraham, los doce Patriarcas, Moisés, Baruc, Esdras. Es, pues, inútil basarse en lo que los libros mismos dicen, para saber cuál es su verdadero autor. El hecho depende en gran parte de que por esta época la profecía se consideraba extinguida en Israel. En el aprócrifo sirio llamado Apocalipsis de Baruc, por ejemplo, se lee: «Los justos se reunieron (con sus padres), y los profetas se entregaron al sueño... y ahora no tenemos más que el Todopoderoso y su ley» [11]. Tal es la razón por la cual en esta época nadie se atreve a respaldar con su propio nombre la publicación de un escrito profético.

El *contenido* de los Apocalipsis es muy diverso. Tema de primera importancia es el fin de la historia y del mundo, y el comienzo de la salud. Al tratarlo, suelen comenzar resumiendo, en pocas líneas y en forma de visión, la historia de Israel desde los días del presunto autor hasta el fin de los tiempos. El período que va hasta la época en que vive el verdadero autor (por cierto muy cercano ya al momento en que habrá de comenzar la anunciada catástrofe final) se pinta en

11. ApBar 85,3.

términos bastante concretos; de ahí en adelante la «predicción» se torna muy imprecisa y vaga, y desemboca pronto en la descripción del juicio y de la iniciación de la salud. Este cambio repentino en la descripción es lo que permite fijar aproximadamente la fecha de composición del escrito. Así, por ejemplo, el llamado libro de Henoc etiópico (1Hen), en los capítulos 85-90, resume la historia del mundo desde Adán hasta el establecimiento del reino mesiánico, en forma de un sueño simbólico que habría tenido Henoc. En la Ascensión de Moisés, éste predice a Josué la historia de Israel desde la entrada en Palestina hasta principios del siglo I d.C., cuando sobrevendrá el fin de los tiempos y el triunfo definitivo del pueblo de Israel. Se ve, pues, que estos Apocalipsis quieren mostrar, en forma de predicciones, cuál es el plan general de Dios con respecto a los hombres. La exactitud con que se describe el curso de la historia hasta el tiempo en que viven los primeros lectores y el verdadero autor, es suficiente garantía de que las predicciones del futuro serán igualmente exactas.

La mayor extensión corresponde siempre a las predicciones relativas a los últimos tiempos. Para citar un ejemplo, en el Apocalipsis de Esdras [12], Dios se propone mostrar en sueños (visiones quinta y sexta) «lo que él hará en los últimos días a los habitantes de la tierra». En muchos Apocalipsis se leen, con abundancia de detalles y en los tonos más sombríos, cuadros de las angustias de todo género que procederán inmediatamente al fin del mundo [13]. Sobre este fondo oscuro resalta tanto más clara y luminosa la era de la salud [14].

Algunos Apocalipsis contienen además revelaciones sobre los secretos del cosmos y del más allá, que sus autores habrían recibido durante éxtasis o viajes hechos por el cielo,

12. 4Esd 10,59.

13. Cf. 1Hen 91,6ss; AsMo 8-9; Jub 23,14ss; Sibil 4,152ss; 5,73s; 4Esd 4,15ss; 5,1ss; 9,1ss; 13,13; ApBar 27; 48,30ss; 70.

14. 1Hen 5,7-9; 10,15-11,2; 91,16; AsMo 10,8-10; 4Esd 7,13-14.88-89. 113s; 8,51-54; ApBar 73-74; 29,3ss.

guiados por un ángel. Por razones obvias, estos fenómenos se leen especialmente en los tres libros de Henoc [15]. En éstos, el personaje central realiza viajes a través de la tierra y de los infiernos, contempla el reino de Dios en el cielo, con el Mesías y los ángeles, es iniciado en el conocimiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza (relámpagos, truenos, etc.), y hasta en los secretos de la astronomía. En el Apocalipsis de Abraham, éste se ve arrebatado al cielo, y allí le es dado contemplar el trono y la corte de Dios [16].

En casi todos estos escritos se encuentran advertencias y exhortaciones de orden religioso y moral, y se dan casos, como en el Testamento de los doce patriarcas, en que éstas constituyen la parte principal del libro, y van acompañadas de profecías sobre el futuro de cada tribu.

También desde el punto de vista de la *forma*, entre la profecía del AT y la apocalíptica existe cierta semejanza al lado de no pocas diferencias. Los profetas reciben, principalmente mediante la palabra interior, los encargos y las revelaciones divinas que luego deben comunicar; en ellos las visiones ocupan puesto secundario, aunque no faltan del todo [17]. Amós [18], Jeremías [19], al igual que Ezequiel [20] y Zacarías [21], contemplan, en estado de éxtasis, objetos y acontecimientos que tienen valor simbólico. A diferencia del profeta, el autor apocalíptico obtiene las revelaciones de los misterios divinos casi exclusivamente en visiones extáticas o en sueños. En los Apocalipsis apócrifos, las visiones no constituyen, por lo general, experiencias reales, sino que son un simple marco literario en que el autor encuadra sus experiencias y temores, sus instrucciones y exhortaciones, y también sus propias opiniones. En algunos casos, sin embargo, como sucede en el Apocalipsis de Esdras, que es sin

---

15. Cf. Gén 5,24; Eclo 44,16; 49,14.
16. ApAbr 15-17; algo parecido en 1Hen 14,8ss
17 Cf. Núm 12, 6-8; Jer 23, 25-32; Os 12,11.
18. Am 7-9. 19. Jer 1,11ss.
20. Ez 14ss; 37,1ss; 40,2ss. 21. Zac 1,7-6,8.

duda el mejor de estos libros, no se excluye que detrás de tales revelaciones existan visiones, audiciones y experiencias íntimas.

Entre los sueños se recuerdan, por ejemplo, la visión de los cuatro animales en Daniel [22], las visiones de Henoc [23], las visiones del águila y del redentor hijo del hombre en Esdras [24], y en Baruc las visiones del cedro y de la vid [25] y la de la nube cargada de aguas oscuras y claras [26]. Carácter extático tienen las visiones que se leen en Daniel [27], relativas a las batallas de los ángeles custodios de los pueblos, y diversas visiones de Henoc [28], de Esdras [29] y de Baruc [30]. En sus visiones los escritos apocalípticos se ven a menudo arrebatados a lugares remotos de la tierra o al cielo; arrobamientos de este género se encuentran ya en Ezequiel [31]. Es más, algunos de ellos (especialmente Henoc) permanecen más en el cielo que sobre la tierra, y realizan viajes por las regiones del más allá, para luego describir cuanto han visto y oído.

En su empeño de descubrir el porvenir, los apocalípticos no presentan el curso de la historia narrándola con verbos en futuro, sino que apelan a semejanzas y alegorías; es un recurso que, para no delatarse, utilizan no sólo cuando tratan de revelar los secretos del porvenir propiamente dicho, sino también cuando describen los períodos que para ellos pertenecen en realidad al pasado. Las semejanzas y alegorías de que se sirven son muy variadas. Se valen de figuras de animales para simbolizar hombres, y de fenómenos naturales para simbolizar acontecimientos históricos. En Daniel aparecen cuatro animales, y son símbolo de los cuatro reinos hostiles a Dios; en Esdras un águila simboliza el imperio romano, y sus tres cabezas y numerosas alas indican a los jefes de éste [32]. En Baruc, las

22. Dan 7,1-7; cf. también 2,1; 4,2.
23. 1Hen 83-84; 85ss
24. 4Esd 11,60-12,3; 13.1-13
25. ApBar 36-37.
26. ApBar 53.
27 Dan 10,1ss
28. 1Hen 1,2ss; 39,4ss
29. 4Esd 9,38-10,37.
30. ApBar 13,1ss; 22,1ss.
31. Ez 8,3ss; 40,2ss: a Jerusalén; 37,1ss: a una llanura
32. 4Esd 11,1ss.

aguas oscuras y claras que alternativamente caen de una nube a la tierra significan otros tantos períodos de la historia, desde Adán hasta el destierro en Babilonia [33]. Como sucede con todas las alegorías, si se quiere que el lector comprenda estas visiones es necesario ayudarle a interpretarlas. Por eso el vidente acostumbra pedir la interpretación de las visiones que ha tenido, y ésta se le da por intermedio de un ángel.

El *Apocalipsis de san Juan* entra en esta categoría de escritos apocalípticos. Después de todo, no es éste un caso excepcional ya que también entre los primeros cristianos es común hallar teorías y descripciones de carácter escatológico apocalíptico, con la diferencia de que sus formas de expresión no solían ser tan fantásticas como las del judaísmo. Si nos limitamos al Nuevo Testamento, tenemos pasajes cortos de este género en los evangelios sinópticos (discurso escatológico) [34], en san Pablo [35] y en la segunda epístola de san Pedro [36]. Estos pasajes, sin embargo, son inferiores en extensión y en importancia al Apocalipsis de san Juan, que entre todos los Apocalipsis es el más bello y el de más valor. En pos de él nació toda una literatura apocalíptica, que se ocupó en reelaborar o en ampliar, dándoles sabor cristiano, los Apocalipsis judíos (por ejemplo, el Apocalipsis de Abraham, la Ascensión de Isaías, algunos libros sibilinos judíos), o que trató argumentos nuevos (Apocalipsis de Pedro, de Pablo, el Pastor de Hermas, etc.).

Desde el punto de vista de la *forma*, el Apocalipsis de san Juan presenta estrecho parentesco con la apocalíptica judía, dado que también se desarrolla como una cadena interrumpida de visiones simbólicas y alegóricas, recibidas por el autor en estado de éxtasis. Los arrobamientos son frecuentes: ante la puerta abierta del cielo [37], en el desierto [38], sobre una

---

33. ApBar 53ss. 34. Mt 24; Mc 13; Lc 21.
35. 1Tes 4,15-17; 2Tes 2,1-12; 1Cor 15,20-28; 2Cor 5,1-10.
36. 2Pe 3,10-13: el fin del mundo. 37. Ap 4,1
38. Ap 17,3.

alta montaña [39]. En 1,1 y 22,8 se dice que un ángel muestra a Juan las visiones; sin embargo, en el Apocalipsis de san Juan no es frecuente que un ángel o Dios mismo expliquen las visiones, como sucede en la apocalíptica judía; la intervención de un ángel en este sentido se da sólo a propósito de la visión de la mujer vestida pomposamente y de la bestia sobre la cual está sentada [40].

También en el *contenido* hay muchos puntos de contacto entre el Apocalipsis de Juan y la apocalíptica judía. Como en la mayor parte de los Apocalipsis, así en el Apocalipsis de san Juan el tema central son los acontecimientos escatológicos: la espantosa miseria que se verá bajo el dominio del Anticristo, el juicio divino contra las potencias hostiles a Dios y contra sus secuaces, el retorno de Cristo, el juicio final y las bendiciones de los elegidos en la nueva era. Más aún, el Apocalipsis del NT se concentra en este tema, propio de la apocalíptica, mucho más que los escritos apócrifos, con los cuales presenta semejanzas. Consecuencia de ello es, entre otras, la ventaja de que el autor no se distrae describiendo peregrinaciones del vidente por las diversas partes del mundo y coleccionando las instrucciones que en ellas aprende sobre asuntos relacionados con las ciencias naturales, cosa que en los escritos de Henoc ocupa tanto espacio, ni tampoco narrando propiamente viajes al cielo. Todo lo que Juan puede ver de él es la sala del trono y la corte de Dios [41]. De todo ello resulta para el Apocalipsis una gran homogeneidad de contenido, de que carece la mayor parte de los escritos del mismo género.

Un elemento que, en cambio, no falta ni puede faltar en nuestro Apocalipsis, es la exhortación de carácter moral. Como en todos los escritos apocalípticos, persigue éste un fin eminentemente práctico y religioso, ya que se propone robustecer a los creyentes en la fidelidad a Cristo, animarlos a perseverar pacientemente en medio de las duras persecuciones que los

39. Ap 21,10.
40. Ap 17,7ss; cf. también 7,13s.
41. Ap 4-5.

amenazan, y darles valor para que acepten con alegría el martirio. La parte parenética está representada en las siete cartas dirigidas a las siete Iglesias del Asia Menor [42], pero aun en la sección propiamente apocalíptica se encuentran breves frases que tienden al mismo fin [43]. Bien informado como está de las condiciones de sus destinatarios, Juan no se limita a exhortar, advertir y amenazar en términos generales, sino que lo hace con expresiones concretas que llegan a cada individuo.

Sin desconocer en nada el parentesco con la apocalíptica judía, no hay que perder de vista, sin embargo, el carácter propio que distingue el Apocalipsis de san Juan. Tal carácter le viene de una doble circunstancia: de que su autor es un *espíritu* auténticamente *profético* y auténticamente *cristiano*.

El autor es un verdadero *profeta*. Su libro no es un producto de gabinete de estudio ni de una fantasía que divaga en torno a los signos del tiempo, sino fruto de experiencias proféticas y extáticas. En él se encuentran estrechamente asociados la forma apocalíptica y el contenido profético. Hoy día se admite cada vez más, aun en los círculos de la crítica independiente, que las visiones del Apocalipsis son reales, y no producto de simples meditaciones de gabinete; trabajos de investigación psicológica han establecido el carácter genuino de tales experiencias. El libro principia con el relato de la vocación del profeta, durante una visión. Como los grandes profetas del AT fueron llamados por Dios en el curso de una visión, y en ella recibieron especiales encargos y poderes [44], así también Juan se ve favorecido con una visión inicial: Cristo glorioso se le aparece en Patmos, encargándole de escribir cuanto habrá de presenciar, y de transmitirlo a las comunidades del Asia Menor [45].

De la conciencia profética del autor da testimonio todo

---

42 Ap 2-3.

43. Ap 13,9-10; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; cf también 22,7 14

44. Is 6,1-13; Am 3,8; Jer 1,4ss; Ez 2,1ss.

45. Ap 1,9ss.

el libro, pero con especial claridad las siete cartas con que empieza. En éstas Juan pone de manifiesto aquella capacidad de penetrar hasta lo más profundo del corazón humano, que es característica de los profetas, y al mismo tiempo da pruebas del poder profético de que se siente investido. Cuando el lector repara en aquella firmeza con que enjuicia a las Iglesias donde existen desórdenes religiosos y morales, creería estar escuchando a un profeta del Antiguo Testamento. Expresión de conciencia profética es también la amenaza de graves castigos contra quien, tratando de falsear la palabra de Dios con enmiendas humanas [46], se atreva a agregar o a suprimir algo al libro [47]. Pero quizá la prueba más decisiva de tal conciencia se tiene en el hecho de que el autor del Apocalipsis escribe en nombre propio. Él no se esconde tras la máscara de un profeta del pasado, sino que declara abiertamente que tiene un mensaje divino que anunciar a los cristianos de Asia Menor, y que exige de parte de ellos aceptación y obediencia.

Podría surgir la posibilidad de que alguien ponga en tela de juicio el valor profético del libro, objetando que las visiones del Apocalipsis reúnen mucho material figurativo tomado de otros campos. La objeción sería infundada. En efecto, todo lo que el profeta contempla o imagina, lo percibe en estado extático, y con este material construye, bajo la acción divina, su mundo propio. Añádase a esto que la mayor parte del material proviene del Antiguo Testamento, con el cual, según lo demuestra el propio libro, el autor del Apocalipsis estaba tan familiarizado como ningún escritor del Nuevo Testamento. Habrá que admitir, además, que san Juan contempló sus visiones sólo en grandes rasgos, y que no se vio en la necesidad de detallarlas hasta que quiso consignarlas por escrito, apelando entonces, como era natural, a imágenes tradicionales, bíblicas o de otras procedencias.

El Apocalipsis del Nuevo Testamento es un *libro cristiano*

---

46. Ap 22,6. 47 Ap 22,18ss.

en todo el sentido de la palabra. Es cierto que en sus visiones se encuentran no pocas imágenes y motivos sacados del AT y de la tradición religiosa extrabíblica; pero esto no debe hacer perder de vista el espíritu que le es propio. *Este libro, no menos que los otros escritos del Nuevo Testamento, anuncia a Cristo crucificado, el Hijo eterno de Dios y redentor de los hombres,* que ahora tiene su trono a la diestra de Dios y al fin de los tiempos se manifestará sobre la tierra en calidad de juez.

En los Apocalipsis judíos la figura del Mesías tiene un papel bastante secundario. En algunas, como en la Ascensión de Moisés, falta por completo; las otras oscilan entre la representación de un soberano terreno y nacional, y la de un ser celestial eterno [48]. En los tiempos futuros, así lo imaginan tales libros, al Mesías no le corresponde ninguna función propiamente activa; la era de la salud es obra exclusiva de Dios [49]. A juicio de ciertos textos [50], el Mesías no se manifiesta hasta el momento en que se inicia la era de la salud; su función propia, según 4Esd 7,28, es la de procurar a los beneficiarios de la salud una alegría terrena de corta duración, que termina junto con este mundo. El capítulo 13 del citado Apocalipsis dice que el Mesías aniquilará en forma prodigiosa a los enemigos de Israel, y que, poniendo fin a su destierro, congregará de nuevo en Palestina a las doce tribus, a fin de que gocen allí de la salud mesiánica en compañía de los que nunca salieron del país [51]. En estos apócrifos, el Mesías no aparece jamás como el llamado a rescatar a los hombres del pecado, de la muerte y de la condenación, es decir, del mal moral; es simplemente el que ha de libertar a Israel de sus enemigos externos y procurarle paz y felicidad terrenas [52].

Muy distinta es la misión del Mesías en el Apocalipsis de *Juan*. El Mesías, cuya venida anuncia como próxima [53], no es

48. Por ejemplo, 1Hen, 4Esd.
49. 1Hen 90.
50. 1Hen 90,37; 4Esd 7,28; ApBar 20,3.
51. Cf. también 4Esd 12,31-35; ApBar 72-74; ApAbr 31.
52. Cf. especialmente ApBar 73-74.
53. Ap 1,7; 3,11; 22,7ss.

una figura indefinida, sino un hombre de carne y hueso; es el león de la tribu de Judá y el vástago de David [54]. Pero, pese a todo, no es un hombre como los demás, sino el Hijo eterno de Dios, que posee como propia la naturaleza divina; a él se le atribuyen las más excelsas cualidades, que convienen sólo a Dios: es el alfa y omega, el primero y el último, el principio y el fin [55], el rey de reyes y el señor de señores [56], el eterno [57], el omnisciente [58], digno de adoración [59]. Ya antes, no mucho, estuvo en la tierra en figura humana; su venida al fin de los tiempos será, pues, un retorno. En su primera venida rescató a los hombres del pecado, al inmolarse voluntariamente en la cruz [60]; por eso ante el vidente aparece como un cordero degollado [61]; pero, de aquí precisamente deriva su dignidad, en virtud de la cual le es dado abrir los siete sellos del libro que contiene los designios de Dios sobre el mundo [62]. Sólo los que están escritos en el libro del cordero tendrán acceso a la nueva Jerusalén [63]. Al presente habita en el cielo, compartiendo el trono de Dios [64]; para los que creen en él es el señor glorificado, de quien reciben alabanza, voces de aliento y de consuelo, pero que los amenaza también con el castigo cuando así lo merezcan [65]. Al fin de los tiempos comparecerá para el juicio [66] y se revelará como el dueño y señor del mundo, profetizado en Sal 2 [67]. En la nueva Jerusalén es, juntamente con Dios, la fuente de vida eterna y de la eterna felicidad de los elegidos [68].

---

54. Ap 5,5; 22,16.
55. Ap 1,17; 22,13.
56. Ap 17,14; 19,16.
57 Ap 1,18.
58. Ap 2,23.
59. Ap 1,6; 5,8ss.
60. Ap 1,5; 5,9; 7,14; 12,11; 22 14.
61. Ap 5,6.9; 13,8
62. Ap 5,5.9.
63. Ap 21,27.
64. Ap 3,21; 7,17; 22,1.3.
65. Ap 2-3.
66. Ap 19,11ss.
67. Sal 2,26ss; 12,5; 19,15
68. Ap 21,22s; 22,1ss.

2. *El autor del Apocalipsis*

El autor del Apocalipsis se presenta en cuatro pasajes del libro con el nombre de Juan [69], se dice, además, hermano de los destinatarios y partícipe de sus tribulaciones [70]. Nunca reclama para sí el título de apóstol, pero exige se le reconozca como profeta [71]. ¿Quién es este Juan? La antigua tradición eclesiástica descubre en él al apóstol Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago [72], autor también del cuarto Evangelio. El testimonio más antiguo de tal tradición lo ofrece san Justino, en su *Diálogo con el judío Trifón,* compuesto en 151-155, donde se lee: «Uno de los nuestros, de nombre Juan, del número de los apóstoles de Cristo, en una revelación a él concedida profetizó que cuantos hayan creído en nuestro Cristo morarán por mil años en Jerusalén [73] y luego tendrán lugar la resurrección universal, eterna, y el juicio» [74]. A fines del siglo II la identidad del autor del Apocalipsis con el apóstol Juan se afirma en el *Prólogo* al Evangelio de Lucas (escrito antimarcionita compuesto en Roma en los años 160-180); lo afirma asimismo Ireneo de Lyón [75], quien atribuye el libro a «Juan, el discípulo del Señor», entendiendo por tal al apóstol [76], e igualmente Tertuliano [77], Clemente de Alejandría [78], Hipólito de Roma [79]. Orígenes dice expresamente que el apóstol Juan compuso el Apocalipsis y el cuarto Evangelio [80].

Pese a estos testimonios, no podían faltar en la antigüedad voces discordes. A principios del siglo III, por ejemplo, el presbítero romano Gayo consideraba el Apocalipsis como obra de un falsario, el gnóstico Cerinto, por parecerle que en él

---

69. Ap 1,1.4.9; 22,8.
70. Ap 1,9.
71 1,1-3; 22,6.
72. Mc 1,39.
73. Ap 20,4-6.
74. *Dial* 81,4.
75. *Haer.* IV, 30,4; V, 26,1.
76. Cf. ibid. II, 22,5.
77. *Adv. Marc.* III, 14; IV, 5.
78. *Paed.* II, 119,1; *Quis dives* 42.
79. *De Antichristo* 36; 50.
80. *Comentario a Juan* II, 5, § 45, hacia el año 225.

se enseñaba un vulgar mileranismo [81]. Por la misma época, un grupo de adversarios del montanismo, a los cuales Epifanio da el nombre de álogos, también atribuyó el Apocalipsis a Cerinto, porque juzgaron que el libro contradecía en más de un punto al resto de los escritores apostólicos [82]. El adversario más importante del origen apostólico del Apocalipsis fue el gran obispo de Alejandría, Dionisio (muerto en 264). Él no negaba que fuera obra de algún personaje santo e iluminado de Dios, pero rechazaba la idea de que el autor fuera el apóstol Juan, ya que tanto el estilo como el argumento de que trata son muy diferentes de los del cuarto Evangelio y de la primera epístola de Juan [83]. Eusebio, obispo de Cesarea de Palestina (muerto en 340), no sabe si atribuir el Apocalipsis al apóstol Juan o a algún otro Juan de Éfeso [84]. Preciso es reconocer, sin embargo, que todas estas voces dudosas o contrarias a la autenticidad apostólica de nuestro escrito no se basan en ninguna tradición, sino sólo en preocupaciones de orden dogmático o exegético. *Dondequiera que el libro se reconocía como sagrado y canónico, se atribuía también al apóstol san Juan.*

¿Es posible demostrar la exactitud de esta tradición con argumentos de crítica interna? Lo que de la lectura del libro se puede sacar en claro es lo siguiente: su autor es un personaje bien conocido de las comunidades cristianas de Asia Menor; de otra manera habría tenido el cuidado de añadir a su nombre alguna especificación más precisa. El conocimiento exacto que posee de las condiciones por que atraviesan las siete iglesias deja ver que él mismo ha vivido y trabajado en ellas; la decisión con que se atreve a desenmascarar y a fustigar sin piedad los desórdenes y abusos que en tales comunidades se cometen, permite concluir que ante ellas goza de autoridad indiscutible.

Ahora bien, la antigua tradición de la Iglesia no conoce

---

81. EUSEBIO, HE III, 28,2; cf. VII, 25,1.
82. EPIFANIO, *Haereses* 51.
83. Cf. p. 42s.
84. EUSEBIO, HE III, 25.

sino a *un solo* personaje que en Asia Menor, concretamente en Éfeso, lleve el nombre de Juan y corresponda a tales características: es *el apóstol san Juan*. Con todo, los críticos independientes, basándose en un pasaje oscuro de un libro de Papías, compuesto hacia 130-135 [85], llegan a la conclusión de que el Juan de Éfeso a que se refiere la tradición no es en realidad el apóstol, sino algún otro personaje del mismo nombre, que, sin haber pertenecido al número de los doce, pudo ser asimismo discípulo personal de Jesús: sería Juan «el presbítero», o «el anciano» [86]. Algunos de tales críticos atribuyen el Apocalipsis a este Juan, otros a otro personaje del mismo nombre, pero para nosotros totalmente desconocido.

No es posible discutir aquí a fondo el intrincado problema del origen de los cinco escritos joánicos. En el caso presente nos reducimos a esto: *¿El Apocalipsis es obra del mismo autor a quien se atribuyen el cuarto Evangelio* y las tres epístolas? La mayoría de los comentaristas no católicos dan a esta pregunta una respuesta absolutamente negativa; por lo demás, no se puede negar que contra la tesis tradicional, que afirma la identidad de autor, surgen argumentos de consideración, que en lo esencial se pueden reducir a los siguientes:

1) El autor del Apocalipsis, en perfecto acuerdo con todo el cristianismo primitivo, distingue claramente entre el oficio de apóstol y el de profeta cristiano [87]; el de apóstol no se lo atribuye nunca, pero en cambio se incluye decididamente en el número de los profetas [88]; de los apóstoles habla en tercera persona [89].

2) El Apocalipsis y el cuarto Evangelio ofrecen notables diferencias de lenguaje y de estilo. Se descubren, es verdad,

85. Cf. Eusebio, HE III, 39,3-4.

86. Cf. la introducción al cuarto Evangelio, 1.

87. Cf. 1Cor 12,28; Ef 4,11 con Ap 18,20: «Vosotros, los santos, los apóstoles y los profetas».

88. Ap 22,9; cf. también 1,3; 22,6

89. Ap 21,14: las doce piedras de la nueva Jerusalén llevan los nombres de los doce apóstoles del cordero.

semejanzas que llaman la atención, tales como el uso de los términos: cordero, agua viva, vida, dar testimonio, observar la palabra o los mandamientos, y la forma de citar el texto de Zac 12,10 [90], pero las diferencias son mucho más notorias y numerosas. El estilo del Apocalipsis es enteramente característico; el autor escribe en griego, pero es evidente que piensa en hebreo; a veces, y como sin darse cuenta, traduce literalmente al griego expresiones hebreas. La comprobación de este hecho es precisamente lo que ha inclinado a los comentaristas cuidadosos de la tradición a admitir que la redacción del cuarto Evangelio, lingüísticamente correcta, es obra de un discípulo del apóstol, el cual tradujo al griego las instrucciones que su maestro hacía en arameo, y dio al libro su forma literaria.

3) Más problemática es aún la no pequeña diferencia que existe entre los dos escritos desde el punto de vista de las ideas y de la mentalidad. Ya Dionisio de Alejandría advirtió claramente, y con insistencia hizo notar cómo gran número de nociones características de la teología del cuarto Evangelio y de la primera epístola faltan en el Apocalipsis. Tales son, por ejemplo, las expresiones: luz, tinieblas, verdad, gracia, alegría, juicio, remisión de los pecados, amor de Dios hacia nosotros, amor fraterno, convencer al mundo, Anticristo. En cambio, la escatología, que absorbe por completo la atención del escritor apocalíptico, en el Evangelio pasa indiscutiblemente a segundo plano, cediendo el puesto a la afirmación de la presencia actual de la vida eterna, que se obtiene por la fe; tanto que algunos críticos independientes quisieran eliminar del Evangelio los pocos pasajes que hablan de ella, considerándolos adiciones tardías [91]. También la figura del Anticristo aparece en las epístolas con rasgos muy diferentes de los que le atribuye el Apocalipsis [92]. Dionisio de Alejandría llega hasta

90. Ap 1,7; Jn 19,37.

91. Cf. el exc. *La escatología joánica,* en el comentario de A. WIKENHAUSER, *El Evangelio según san Juan,* Herder, Barcelona 1967, p. 415-422.

92. Cf. la explicación del 1Jn 2,18.

negar todo parentesco entre el Apocalipsis y los demás escritos joánicos.

Dentro de la hipótesis de que el Apocalipsis y los demás escritos joánicos proceden de un mismo autor, no es posible dar una explicación completamente satisfactoria de las divergencias que se observan entre ellos. Partiendo, sin embargo, de que los dos grupos de escritos pertenecen a géneros literarios muy diferentes y tratan argumentos muy diversos, casi todos los autores católicos creen deber aceptar la tradición que atribuye el Apocalipsis al apóstol san Juan, por ser demasiado difusa la figura de Juan el presbítero. Por lo demás, algunos de ellos ponen de relieve que la cuestión de la autenticidad no es objeto de fe. La atribución del Apocalipsis a un discípulo de Juan se compagina muy bien con la noticia, transmitida por Eusebio [93] y por las *Constituciones apostólicas* [94], de que en Asia Menor vivió un cristiano de nombre Juan, que a fines del siglo I fue nombrado obispo de Éfeso, metrópoli religiosa del Asia Menor.

3. *Tiempo y lugar de composición*

Según la antigua tradición de la Iglesia, Juan compuso el Apocalipsis *en los últimos años de Domiciano*. Ahora bien, dado que éste reinó del 13 de septiembre del 81 al 18 de septiembre del 96, el Apocalipsis *habría sido escrito hacia el 94 ó 95*. Esto equivale a situar también la permanencia de Juan en Patmos, donde el autor tuvo las visiones [95], a fines del reinado de Domiciano. El testimonio más antiguo al respecto es el de Ireneo, según el cual el Apocalipsis «no fue revelado mucho tiempo antes, sino casi en nuestra generación, vale decir, a fines del reinado de Domiciano» [96].

La expresión «en nuestra generación» no parece original en

93. EUSEBIO, HE III, 39,7.
94. *Constituciones apostólicas* VII, 46,7.
95. Ap 1,9ss.
96. *Haer.* V, 30,3; cf. II, 22,5; III, 3,4.

la pluma de Ireneo, dado que éste escribe a 90 años de distancia de la muerte de Domiciano; hay, pues, derecho de pensar que el obispo de Lyón haya tomado la noticia del libro de *Papías* sobre las palabras del Señor, libro escrito hacia 130, y del cual se sirve en otras ocasiones. Con Ireneo concuerda también el más antiguo intérprete latino del Apocalipsis, el obispo y mártir *Victorino de Pettau*, en Estiria, muerto hacia 350, el cual dice que el apóstol Juan fue desterrado por Domiciano a la Iglesia de Patmos, y allí contempló el Apocalipsis [97]. *Eusebio* [98], remitiéndose al mencionado testimonio de Ireneo, escribe que hacia el fin del reinado de Domiciano «el apóstol y evangelista fue desterrado a la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios». En su *Crónica* coloca luego el destierro en el año 14 de Domiciano (es decir, en 94-95). San *Jerónimo* hace suyo el relato de Eusebio [99]; posteriormente casi todos los escritores eclesiásticos aceptan la opinión de estos dos autores.

Contra estos testimonios surgen en la antigüedad algunas pocas voces, por lo general tardías y de escasa autoridad, que sitúan la composición de nuestro libro en tiempo de Claudio (41-54), de Nerón (54-68) o poco después de la muerte de éste, o de Trajano (98-117). Históricamente sólo podrían tomarse en cuenta los años 68 y 69 como fecha de origen. Habiendo sido Nerón el primer perseguidor de los cristianos, en el 64, el destierro de Juan a Patmos podría haber tenido lugar durante su mandato [100]. Más de uno ha querido sostener esta conclusión basándose en una noticia de Tertuliano acerca del llamado martirio de la caldera de aceite hirviendo [101]; pero tal noticia es tan vaga, que de ella no se puede deducir nada.

En el siglo pasado, muchos autores protestantes se pronunciaron en favor del origen del Apocalipsis en el lapso comprendido entre la muerte de Nerón (8 de junio del 68) y la

97. Cf. el comentario a 11,10; 17,10.

98. EUSEBIO, HE III, 18,1

99. JERÓNIMO, *De viris illustribus* 9.

100. Véase, a propósito, el comentario a 1,9.

101. TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum* 36.

subida de Vespasiano al trono (1.° de julio del 69), es decir, durante el interregno, o bien lo situaron al principio del reinado de Vespasiano (69-79); pero a esta conclusión no llegaron basándose en antiguos testimonios cristianos, sino en argumentos de crítica interna. De Ap 11,1-2.13, donde se anuncia la preservación del templo y de toda la ciudad, concluían que el libro debió ser escrito antes que la ciudad y el templo fueran destruidos por los romanos, en el año 70. Además, tomando como punto de partida a Augusto para computar los siete emperadores de que habla Ap 17,9-11, llegaban a Galba, que es uno de los tres soberanos del interregno; o bien, excluyendo del cómputo a este último, llegaban a Vespasiano, el sexto, bajo el cual, según 17,10, Juan tuvo sus visiones. No faltan comentaristas, aunque raros, que aun hoy día prefieren esta fecha (así, entre otros, Hadorn); pero la gran mayoría de los exegetas sigue a Ireneo.

En apoyo de este último se pueden aducir buenos *argumentos internos*. Las cartas a las siete iglesias, que no son todas las de Asia, sino sólo las más importantes, suponen que el cristianismo se hallaba ya bastante difundido por aquellas regiones. Las situaciones que se observan en el seno de estas diversas comunidades dejan entrever además que cuentan ya con una historia no muy breve; en algunas el celo primitivo ya se ha enfriado, cediendo el puesto a cierto espíritu mundano más o menos pronunciado (Éfeso, Sardes, Laodicea). En la carta a Laodicea no se hace la menor alusión al terremoto del 60-61, que destruyó la ciudad; por el contrario, tanto la ciudad como los cristianos que en ella viven gozan de gran bienestar [102].

Juan conoce perfectamente la situación religiosa y moral de las siete Iglesias, y goza en Asia de autoridad indiscutible; esto presupone que ha vivido en aquella provincia y desplegado allí amplia actividad. El destierro a Patmos, a que la autoridad

---

102. Ap 3,17.

romana lo condena «por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús»[103], es la mejor prueba de una obra duradera y eficaz, y de su posición destacada. Pero Juan no se trasladó al Asia antes del año 67, es decir, del comienzo de la guerra judía (66-70).

La persecución de Nerón, en el 64, es evidentemente un acontecimiento de varios años atrás; los mártires de 6,9-11 no pertenecen a los últimos años, ni a la provincia de Asia. Ésta no puede gloriarse más que de un solo mártir[104], aunque es cierto que ya ha tenido que pasar por toda suerte de dificultades[105]. Las tribulaciones actuales, en que se debaten algunas Iglesias, provienen de los judíos[106]. Así pues, las cartas no reflejan una situación como la que se puede suponer en los últimos años de Nerón (64-68). Pero, en cambio, Juan prevé que a los fieles de Esmirna les sobrevendrán procesos judiciales y encarcelamientos[107], y que una grave tribulación envolverá toda la tierra[108]. El carácter de esta inminente persecución general, que ya comienza a hacerse sentir en el destierro de Juan a Patmos, se descubre en el capítulo 13. La bestia subirá del abismo y pretenderá que todos la adoren; dejando de lado la metáfora, esto significa que Juan prevé como el poder del Estado, que a sí mismo se proclama Dios, se trabará con la Iglesia en una lucha de vida o muerte. La persecución, que ya sobrevino una vez[109], se desatará de nuevo y adquirirá formas aún más atroces, y en esta ocasión no perdonará a las iglesias de Asia. Cárcel y muerte será lo que espera a cuantos se mantengan fieles.

Tales son las circunstancias en que escribe el autor del Apocalipsis. Durante el imperio de Nerón era diferente la situación de la Iglesia; este emperador persiguió a los cristianos, pero acusándolos de delitos comunes y de haber provocado un incendio[110], y no de que se hubieran negado a adorarlo.

---

103 Ap 1,9. 104. Ap 2,13. 105. Ap 2,3 13; 3,8.
106 Ap 2,9; 3,9-10. 107. Ap 2,10. 108, Ap 3,10.
109. Ap 6,9-11; 17,6. 110. TÁCITO, *Annales* XV, 44

El primer emperador que reclamó para sí honores divinos fue Domiciano, en los últimos años de su reino. Se tiene noticia de numerosos destierros y condenas a la pena capital, aun de miembros de la propia familia real (Flavio Clemente, Flavia Domitila) [111], por «impiedad», o sea, por violación de los deberes de adoración a la majestad del emperador. Ahora bien, el Asia Menor era la región en que el culto al emperador había llegado a ser más floreciente, donde las ciudades emulaban en erigir templos al César. En tales condiciones era inevitable que la pretensión de Domiciano, de que todos los súbditos rindieran honores divinos al emperador reinante, fuera para las Iglesias del Asia Menor ocasión de los más graves conflictos. Bajo la acción del espíritu profético, Juan prevé este peligro, y por eso se dirige a las Iglesias para exhortarlas a resistir con decisión [112].

4. *La interpretación del Apocalipsis*

El Apocalipsis contiene revelaciones sobre la suerte futura de la cristiandad hasta el fin de los tiempos, y sobre la fundación del reino eterno de Dios en una tierra renovada. Pero emplea un lenguaje que no es, sin más, inteligible a todos, dado que se expresa mediante figuras y acontecimientos simbólicos, que el autor contempla en éxtasis. De ahí que este libro necesite no sólo una explicación, como los demás libros del Nuevo Testamento, sino también una interpretación de las figuras que contiene, de suerte que el lector reciba una orientación para comprender *qué acontecimientos futuros están representados en él*. Pero es ésta una tarea bastante difícil. Es más, se puede incluso afirmar que el contenido completo del libro fue comprensible sólo para las comunidades asiáticas, a las cuales se dirigió directamente el autor. En todo caso,

111. Cf. EUSEBIO, HE III, 16,4; 20,7.
112. Cf. el exc. *Las dos bestias y la ciudad de Babilonia*, p. 172.

ya los padres de la Iglesia que primero se ocuparon de este libro están muy lejos de ofrecer una interpretación única. Algunos de ellos confiesan, incluso, que el libro les resulta incomprensible (así, por ejemplo, Dionisio de Alejandría, muerto en 264)[113]. Esto explica por qué el Apocalipsis ha recibido en el transcurso del tiempo las interpretaciones más variadas, y a veces contradictorias. Aquí no podemos detenernos a estudiar a fondo la historia de tales interpretaciones, que sería muy instructiva; deberemos contentarnos con una rápida mirada al pasado reciente y a la actualidad, y con indicar las bases y la explicación de la idea en que se funda la interpretación que daremos.

A partir de la edad media y hasta ya bien entrado el siglo XIX, tuvo gran acogida la interpretación del Apocalipsis en función de la *historia del mundo y de la Iglesia.* Fue su iniciador Joaquín de Fiore (muerto en 1202), y recibió su primer desarrollo lógico del franciscano alemán Alejandro de Brema en un amplio comentario que éste hizo en 1242 (editado por A. Wachtel en 1955); fue el primero en darle un desarrollo consecuente y quien ejerció mayor influjo en los años siguientes hasta Nicolás de Lira[114] (muerto en 1349). Según esta interpretación, el Apocalipsis predice, en forma velada, todo el curso de la historia hasta el fin de los tiempos, presentando las relaciones de la Iglesia con las potencias del mundo. En sus visiones se bosquejan en forma enigmática las grandes épocas de la historia y los acontecimientos más importantes, las figuras más destacadas y las más trágicas de la historia del mundo y de la Iglesia. Los defensores de esta interpretación coinciden en la idea de que el fin del mundo no se hará esperar mucho; gustan de hacer cómputos acerca de los sucesos que faltan por realizarse, y suelen dividir la historia en siete épocas. Algunos piensan que ya en las cartas a las siete comunidades están representados los siete períodos de la historia de la Iglesia.

113. Cf. EUSEBIO, HE III, 25.
114. *Postilla* 1321.

No hay duda de que esta interpretación implica un grave y funesto error. Su falta de consistencia se hace evidente en el hecho de que de un siglo a otro ha tenido que adoptar nuevas formas, al comprobar cómo el curso de la historia no era el que se esperaba. Por eso en el campo de la ciencia bíblica no hay ya quien la defienda, si bien subsisten todavía escasos representantes en el seno de algunas sectas fanáticas.

La exégesis científica actual reconoce sólo tres formas de interpretación: la directamente escatológica, la histórica, la histórico-tradicional. Pero ninguna de las tres satisface plenamente, y sólo combinándolas todas se puede dar una explicación fundada del libro, al menos hasta donde es posible explicarlo. No hay que olvidar, en efecto, que los estudios, pese a que han sido largos y profundos, no han llegado aún, y quizá nunca lleguen a resolver completamente todos los enigmas del libro. No se tiene siquiera una respuesta segura del significado de las dos bestias del capítulo 13 y de la ciudad de Babilonia, de lo cual depende la interpretación de todo el libro.

El Apocalipsis no es un bosquejo profético de la historia del mundo y de la Iglesia, sino que trata del fin de este mundo y del comienzo del venidero; por eso hay que entenderlo en sentido *escatológico*. En el capítulo 13 el vidente contempla la perniciosa actividad del Anticristo, el cual, según la revelación bíblica, precede inmediatamente al retorno de Cristo [115]; a partir de 14,6 describe el juicio final [116] en sus diversas fases, y luego la renovación del mundo y el reino eterno de Dios que en él se establecerá.

Interpretado conforme a este método, el Apocalipsis nos pone ante los ojos los sufrimientos, las tribulaciones y los juicios que sobrevendrán a la Iglesia de Dios y al mundo incrédulo al fin de la era actual, y lo hace presentando los hechos

---

115. 2Tes 2,3-12; 1Jn 2,18.
116. Cf. 14,7.

en sucesión cronológica y en conexión causal (Bisping). Para el iniciador de esta interpretación (el jesuita Francisco Ribera, muerto en 1591 en Salamanca), la era final, que incluso para nosotros es todavía futura, se inicia con la apertura del sexto sello; los otros cinco sellos guardan relación con el presente y con el período que sigue inmediatamente a Juan. En opinión suya, el libro no trata de sucesos relacionados con los primeros años de la Iglesia, sino mediante alusiones más o menos directas, mientras la mayor parte de él está dedicada a ilustrar los últimos días de la Iglesia y del mundo, acontecimientos que están aún por realizarse.

La interpretación puramente escatológica, preciso es reconocerlo, no ofrece una explicación satisfactoria, y esto por dos razones. Ante todo, priva al libro de su carácter de actualidad. El Apocalipsis, en efecto, fue compuesto para su tiempo; su fin inmediato es infundir valor, fuerza y consuelo no a las generaciones futuras, sino a los cristianos de la época, enfrentados a difíciles luchas. Los primeros cristianos pensaban que el fin de este mundo no estaba lejano, y esperaban con ansia su próxima llegada; por eso el Apocalipsis anuncia acontecimientos que deben verificarse pronto [117], que están a punto de cumplirse [118]. El futuro, tal como se lo representa el escritor apocalíptico, está considerado dentro de un marco bastante reducido. En segundo lugar, el libro contiene claras alusiones a episodios históricos y refleja la situación político-religiosa de la época del autor. Como se demuestra en exc. acerca de *Las dos bestias y la ciudad de Babilonia* [119], la bestia que sube del mar [120] simboliza al imperio romano, y Babilonia significa su capital, Roma; en este punto están de acuerdo casi todos los comentaristas actuales, aun los católicos.

Esto hace que al lado de la escatológica haya que hacer lugar también a la interpretación *histórica*, según la cual el vidente no contempla el fin como algo que pertenece a un fu-

117 Ap 1,1; 22,6.
118. Ap 1,3; 22,10.
119. Página 172.
120. Ap 13,1.

turo remoto, antes descubre, en ciertas situaciones y en determinados acontecimientos de su tiempo, signos de que el fin está próximo. Sólo entendida así se justifica la interpretación histórica, pero no en el sentido de que el vidente no viera nada futuro, y sólo se limitara a «profetizar» hechos pasados o presentes, procediendo como otras apocalipsis judías, que bajo la máscara de anuncios proféticos no hacen otra cosa que describir el pasado y el presente. Sólo en el capítulo 12 describe el autor acontecimientos pasados (nacimiento y exaltación del Mesías, persecución de la mujer por parte del dragón); mas como tales hechos son requisito necesario para comprender la aparición de las dos bestias en el capítulo 13, el libro no podía pasarlos en silencio. Por otra parte, en ningún momento se pretende ofrecer este capítulo como una visión relativa al futuro.

La interpretación histórica surgió como reacción contra el método, fruto de la fantasía, que consideraba el Apocalipsis como una descripción de la historia del mundo y de la Iglesia. En la forma en que se presenta hoy día se limita, en sustancia, a los capítulos 13 y 17 [121]. Para ella, la primera bestia es el imperio romano, la segunda simboliza a cuantos propagan el culto al emperador y, en general, la idolatría; Babilonia es símbolo de Roma. El Apocalipsis predice la lucha mortal, inminente, entre la Iglesia y el imperio romano, el cual reclama para sí el privilegio de ser el amo absoluto. Pero, en realidad, detrás de estas dos entidades históricas se ocultan poderes suprahistóricos, fuerzas celestiales e infernales. En esta batalla entre la Iglesia y el imperio romano, Juan descubre la lucha decisiva entre el cielo y el infierno, entre Dios y el señor de este mundo, lucha que concluye con la destrucción definitiva de todas las potencias hostiles a Dios, con el fin de este mundo y el establecimiento del reino eterno de Dios.

Así pues, en las visiones, los sucesos escatológicos, de los cuales el vidente tiene noticia por el AT, por las tradiciones

---

121 Y también a 11,1-13.

religiosas del pueblo judío y por la fe de la Iglesia primitiva, se reúnen para formar un solo cuadro con las duras persecuciones que el futuro inmediato reserva. Esta falta de perspectiva pertenece al carácter imperfecto de toda profecía auténtica. Contra la interpretación histórica del capítulo 13 no se puede objetar que no se mantiene dentro del debido carácter profético del libro, tanto más que esta interpretación no se extiende a todo el contenido del pasaje. También en el libro de Daniel el anuncio de la terrible opresión del pueblo de Dios por Antíoco IV Epífanes, figura del Anticristo, se halla estrechamente asociado al del reino mesiánico, pese a que estos dos acontecimientos no se sucedieron inmediatamente [122]. En Dan 12,1-3 se entrelazan también una profecía histórica (la salvación de Israel ante Antíoco IV) y una escatológica (la salvación final del pueblo de Dios). Aun en los Evangelios, el discurso escatológico establece relación inmediata entre los hechos contemporáneos (el juicio contra el pueblo judío) [123] y los escatológicos (el retorno de Cristo) [124].

El sistema de interpretación más reciente es el *histórico-tradicional*. Podríamos llamarlo también sistema de la historia de las tradiciones mitológicas. Fue su iniciador Herman Gunkel, en 1895; lo elaboraron luego más ampliamente Bousset, Charles y Lohmeyer en sus respectivos comentarios, y sobre todo el filósofo Franz Boll (1914). Se trata de una enérgica reacción contra la adopción unilateral de la interpretación histórica, que sólo entrevé alusiones sucesivas a hechos y situaciones presentes o apenas pasados. Sostiene esta interpretación que la base de muchas metáforas, figuras y sucesos que aparecen en las visiones del Apocalipsis son antiquísimas tradiciones mitológicas y otras semejantes. Para su explicación, Gunkel recurre a mitos babilónicos, Bousset a tradiciones iránicas; Lohmeyer apela a los escritos de la secta gnóstica de los mandeos, y Boll

122 Cf Dan 7,21; 7,22; 7,24-26, 7,27.
123 Mt 24,15-25; Mc 13,14-23.
124 Mt 24,29-31; Mc 13,24-27.

trata de explicar gran número de pasajes del Apocalipsis por la astrología helenística y por la mitología astral.

Este método tiene su importancia en cuanto puede dar alguna luz acerca del origen de ciertas metáforas y cuadros del Apocalipsis, que con frecuencia resultan tan extraños. Sobra decir, desde luego, que en sus visiones se han conservado riquísimos medios de expresión heredados de otras fuentes; éstos provienen ante todo del AT y de la apolalíptica judía, la que, a su vez, asimiló tesoros literarios de otros pueblos. Así las cosas, no se excluye que ciertas metáforas, figuras o representaciones de nuestro libro provengan en último término de la mitología oriental o de la astrología helenística. Pero, aun en la mejor de las hipótesis, este método no hace más que poner en claro el origen de tales expresiones y sus cambios, sin que logre ilustrarnos sobre lo que Juan quería decir de hecho a sus lectores al servirse de ellas. De ahí que su importancia para la explicación del libro resulte, después de todo, bastante limitada. Añádase a esto la circunstancia de que los resultados a que se ha llegado por este camino han provocado siempre viva oposición. En atención a estas razones, haremos poco caso de él en el comentario que va a seguir.

5. *Canonicidad del libro*

Hacia el año 200 el Apocalipsis era conocido y estaba aceptada como Sagrada Escritura en toda la Iglesia, con la sola excepción de la iglesia nacional siria, en vía de formación en Edesa y sus contornos.

En *Occidente* se hace uso de ella en el relato de la persecución del 177 en Lyón y Vienne [125], y en las actas de los mártires escilitanos en Numidia, en 180. Gran estima le concede, hacia 190, san Ireneo, quien funda principalmente en ella sus ideas escatológicas; otro tanto hace su discípulo Hipólito de

---

125. EUSEBIO, HE v, 1-4.

Roma (muerto en 235), el cual, en los dos escritos suyos que han llegado hasta nosotros, explica varios pasajes del libro y, si hemos de aceptar el testimonio de san Jerónimo, compuso de él un comentario, ahora perdido. El *canon de Muratori*, redactado en Roma hacia el 200, lo incluye en el número de los escritos canónicos. Por Tertuliano (muerto después de 220) y por san Cipriano (muerto en 258) sabemos que también en África el Apocalipsis era considerado escrito canónico.

En cuanto a la Iglesia de *Egipto*, en los primeros tiempos sólo disponemos del testimonio de Clemente de Alejandría (muerto en 215). A decir verdad, al lado del Apocalipsis él considera también como escritos sagrados el *Pastor de Hermas* y el Apocalipsis de Pedro; pero al referirse al escrito de Juan lo llama simplemente «el Apocalipsis», sin sentirse en la necesidad de recordar el nombre del autor [126]; en otra parte le da también el nombre de «voz apocalíptica» [127]. Su discípulo Orígenes (muerto en 255) incluye el Apocalipsis entre los escritos canónicos; se sabe que tenía el proyecto de hacerle un comentario, pero no alcanzó a realizarlo.

Más numerosos y más antiguos son los testimonios del *Asia Menor*, donde el libro vio la luz. Según Eusebio [128], el obispo de Sardes, Melitón, entre los años 150-180, escribió algo sobre el Apocalipsis, que no era todavía un comentario, y que pronto se perdió. Entre los testigos del Asia Menor hay que contar también a san Ireneo, que era oriundo de aquella región y tuvo trato directo con san Policarpo de Esmirna, y Papías de Hierápolis, como también a san Justino mártir (muerto hacia 165); éste vivió en Éfeso entre los años 130-135, y en el Diálogo con Trifón señala al apóstol san Juan como autor del Apocalipsis. Andrés de Cesarea (siglos VI-VII) afirma explícitamente que Papías conocía el libro.

También en la Iglesia de *Antioquía*, a fines del siglo II se

126. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.* II, 108,3.
127. Ibid II, 119,1.
128. EUSEBIO, HE IV, 16,2.

contaba el Apocalipsis entre los libros canónicos, como lo demuestra el hecho de que Teófilo, obispo de la ciudad (169-177), en una controversia con Hermógenes, adujo pasajes del libro [129].

En la Iglesia de *occidente*, el Apocalipsis fue conocido hacia el año 150 (san Justino), y desde entonces siempre fue considerado pacíficamente como parte del Canon. Fue también en occidente donde se escribieron los primeros comentarios al libro, señal del alto aprecio en que se lo tenía. Tales comentarios fueron: en Estiria, el de Victorino de Pettau (muerto en 304); en África, el del donatista Ticonio (370-380) y el de Primasio, obispo de Adrumeto (hacia 540); además, el de Casiodoro (después de 540), el de Aspringio, obispo de Pace en Portugal (en el siglo VI), el de san Beda el Venerable (672-735), y el del sacerdote Beato de Liébana, en Asturias (hacia 786). Hasta donde se ha podido saber, la única oposición que se dejó sentir en occidente contra la canonicidad del Apocalipsis fue la que surgió en Roma hacia el año 200 entre algunos grupos reducidos, pero que no halló eco. Estos grupos estaban formados por adversarios de los montanistas, una secta de exaltados de origen frigio, que abiertamente apoyaban sus tesis en el Apocalipsis. Tal fue la razón que movió al presbítero Gayo (durante el pontificado del papa Ceferino, 199-217) a repudiar nuestro libro, atribuyéndolo al hereje milenarista Cerinto [130]. Lo mismo cuenta Epifanio de Salamina (muerto en 403) acerca de una secta que él llama de los álogos; los miembros de ésta vivían no en Frigia, sino en Roma, y aparecieron como enemigos de los montanistas aun antes que Gayo (así A. Bludau).

Mucho más agitada fue, sin embargo, la suerte del Apocalipsis en la Iglesia de *Oriente*. Hacia la mitad del siglo III, el libro tuvo en Egipto un peligroso adversario en la persona de Dionisio, obispo de Alejandría (248-264). Allí, en efecto, el obispo Nepote, de Arsinoe (en Fayum), escribiendo contra la interpretación alegórica de la Sagrada Escritura, había adu-

---

129. EUSEBIO, HE IV, 24.
130. EUSEBIO, HE III, 28; cf. pág 246.

cido textos del Apocalipsis para enseñar que después del retorno de Cristo existiría en la tierra un reino de mil años, cuya mayor felicidad consistiría en los placeres sensibles. Contra él escribió Dionisio un libro en que declaraba que, sin querer repudiar el Apocalipsis, ya que algunos hermanos admitían de él largos pasajes, se veía en la necesidad de confesar que no comprendía su sentido propio, ni podía creer que fuera obra del apóstol y evangelista san Juan, sino que su autor debía ser algún otro Juan. Efectivamente, en Éfeso se mostraban dos tumbas de personajes que llevaron este nombre [131].

El recurso que los milenaristas hacían al Apocalipsis y la resistencia de Dionisio a admitir su origen apostólico trajeron consecuencias funestas para el libro en la iglesia griega. Es extraño que no haya acontecido otro tanto en Egipto. San Atanasio lo reconoce como canónico en su carta de pascua de 367, en que fija el canon para su iglesia. Como tal la reconocen también Dídimo (muerto hacia 398) y Cirilo de Alejandría (muerto en 444). Pero fuera de Egipto encuentra, entre los años 300-450, fuerte oposición. Aun siendo reconocida como canónica por algunos escritores griegos, su importancia en Oriente fue bastante escasa.

A diferencia de los padres occidentales, que hasta san Jerónimo y san Agustín aceptaron el milenarismo, los griegos miraron con recelo la presentación tan realista que el Apocalipsis hace de la escatología. Eusebio de Cesarea (muerto en 340) no sabe si incluirla entre los escritos universalmente aceptados, o entre los que se suelen rechazar como espurios; personalmente se inclina hacia la segunda solución. San Cirilo de Jerusalén (muerto en 386) no la consigna en su canon [132]. Tampoco la escuela exegética de Antioquía la reconoce; san Juan Crisóstomo y Teodoreto (muertos en 407 y 458 respectivamente), que son sus representantes autorizados, no hacen uso de ella. San Gregorio Nacianceno (muerto en 390) y Anfiloquio de

131. EUSEBIO, HE VII, 24.

132. CIRILO, *Cat.* IV, 36

Iconio (muerto después de 394) no la tienen en el canon; la reconocen, en cambio, san Basilio el Grande (muerto en 397) y san Gregorio de Nisa (muerto después de 394); otro tanto se puede decir de Metodio de Olimpo, en Licia, y de Epifanio de *Salamina.*

Pese a todo esto, a principios del siglo VI se encuentra nuevamente el Apocalipsis en el canon de la Iglesia griega, de seguro por influencia de Egipto y de Occidente; de todos modos, nunca llegó a gozar de la misma estima que entre los occidentales. Tal resulta del escaso número de comentarios que produjo la Iglesia griega: uno de Ecumenio, monofisita (primera mitad del siglo VI), y otros dos, obra de los arzobispos de Capadocia, Andrés (entre 563 y 614) y Aretas (hacia 900).

En el canon de la iglesia nacional siria, el Apocalipsis entra sólo después del año 500.

BIBLIOGRAFÍA

Comentarios católicos recientes:

E.B. ALLO, O.P., París ³1933, CCXCIV y 398 páginas.
J. SICKENBERGER, Bonn ²1942.
J. BONSIRVEN, París 1951.
M.E. BOISMARD, en *La Sainte Bible de Jérusalem*, Cerf, París 1950.
L. CERFAUX - J. CAMBIER, *L'Apocalypse de saint Jean lue aux chrétiens*, París 1955 (Lectio Divina 17).
J COMBLIN, *Cristo en el Apocalipsis*, Herder, Barcelona 1969.

Comentarios protestantes recientes:

W. BOUSSET, Gotinga ⁶1906.
H.B. SWETE, Londres ³1909.
R H. CHARLES, Edimburgo 1920, 2 volúmenes.
A. LOISY, París 1923.
TH. ZAHN, Leipzig 1924 y 1926, 2 volúmenes.
E. LOHMEYER, Tubinga ²1953, edición ampliada.
W. HADORN, Leipzig 1928.
J. BEHM, Gotinga ⁵1949.
CH. BRÜTSCH, *Clarté de l'Apocalypse*, Ginebra ⁴1940.

Los escritos apócrifos judíos se pueden consultar en: P. RIESSLER, *Altjüdisches Schriftum ausserhalb der Bibel, übersetzt und erläutert*, Augsburgo 1928.

Título del libro y bendición a los lectores
1,1-3

1 *Revelación de Jesucristo que Dios le dio para que mostrara*
a sus siervos lo que ha de suceder en breve; y él la manifestó
a su siervo Juan, mediante el ángel que le envió. 2 *Juan fue tes-*
tigo de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo: de
todo cuanto vio. 3 *Bienaventurado el que lee y los que escuchan*
las palabras de esta profecía y guardan lo escrito en ella, pues
el tiempo está cerca.

El título de «Apocalipsis de Juan» o «Revelación de Juan»,
que en los manuscritos y en los santos padres se da a nuestro
libro, no proviene del autor mismo; su origen es más reciente.
Con todo, el propio Juan dio a su escrito una especie de título 1
en 1,1-3. En estos versículos se informa brevemente al lector
sobre la revelación contenida en el libro: sobre su origen
(Dios y Jesucristo), su objeto (el futuro), su intermediario (un
ángel) y sus destinatarios (Juan y las comunidades cristianas).
Por «revelación» (ἀποκάλυψις) se entiende aquí la manifesta-
ción de cosas ocultas y futuras, relacionadas con los últimos
tiempos, es decir, con la llegada del reino de Dios. En el mismo
sentido emplean el término Amós[1] y Daniel[2]. Quien propia-

1. Am 3,7.
2. Dan 2,19.22.28-30.47; 10,1, en la versión de Teodosio.

mente hace la revelación es Dios mismo, el cual manifiesta en ella su plan de salvación del mundo [3]; Él la transmitió a su Hijo Jesucristo con el encargo de comunicarla, mediante una serie de visiones, a sus servidores, los profetas cristianos [4]. Su objeto es «lo que ha suceder en breve»; se trata, pues, de acontecimientos futuros, no de verdades de orden espiritual. El libro se ocupa de intervenciones divinas. El autor no mira a tiempos lejanos, sino al futuro próximo, haciendo eco a la convicción, tan difundida entre los primeros cristianos, de la inminencia del retorno de Cristo y del fin del mundo [5].

La expresión «lo que ha de suceder» [6] proviene de Dan 2,28, y recalca la absoluta certeza de que el plan de Dios se cumplirá. Recibida la revelación, Cristo la transmite a uno de los servidores de Dios, Juan, valiéndose de un ángel como mediador. El vidente contempla a Cristo en persona únicamente en 1,12-3,22, pues a partir de 4,1 lo ve sólo en representaciones simbólicas: bajo forma de cordero [7], como Hijo del hombre sobre una nube blanca [8], como jinete en un caballo blanco [9]. Quien propiamente comunica las revelaciones relativas al porvenir es el ángel, que recibe el nombre de ángel de la revelación [10], dado que con su aparición las provoca. En el curso de las visiones, la explicación de cuanto le ha sido mostrado la recibe Juan de otros ángeles (por ejemplo uno de los ángeles de las
2 copas) [11], personajes [12] o voces [13]. La revelación que se le ha concedido queda consignada por escrito en el libro [14], a fin de que las comunidades cristianas la conozcan. La doble expresión «la palabra de Dios» y «el testimonio de Jesucristo» designa en realidad todo el conjunto de la revelación divina, de la cual Cristo con su predicación dio testimonio a los hom-

---

3. Cf. Mc 13,32; Rom 16,25.
4. Cf. Ap 10,7; 11,18; 22,6.
5 Cf. Ap 1,3; 22,10; Lc 18,8
6. Cf también Mc 13,17.
7. Ap 5,6ss; 14,1.
8. Ap 14,14.
9. Ap 19,11.
10. Ap 22,6.8.
11. Ap 17,1ss; 21,9ss; cf 19,9.
12. Ap 5,5; 7,13ss.
13. Ap 4,1; 10,4; 11,1.
14. Ap 21,5; 22,6.

bres [15]; pero en este pasaje indica las visiones de nuestro libro, como resulta de las palabras «todo cuanto vio».

Al título sigue la bendición pronunciada sobre aquel que lee 3
el libro en la asamblea litúrgica y sobre todos cuantos la escuchan, es decir, sobre todos aquellos que acogen con fidelidad cuanto en él está escrito y lo ponen por obra [16]. La exhortación, sin embargo, no se refiere sólo al contenido de las siete cartas, sino que todo el libro debe ser una apremiante invitación a la cristiandad a que persevere en la fe, pese a las dificultades y peligros del momento actual. Si hacen caso a la exhortación, los cristianos merecen ser bendecidos y llegarán a tener parte en el reino glorioso del fin de los tiempos. El libro recibe ahora expresamente el nombre de profecía, quedando así al mismo nivel que los escritos proféticos del AT. Al igual que éstos, es un libro sagrado, inspirado por Dios, razón por la cual en su parte final amenaza con graves castigos a quienquiera que se atreva a falsearlo [17]. La frase con que termina señala la razón de la exhortación contenida en la promesa de bendición: la hora en que la profecía se cumplirá está cerca; pronto vendrá el Señor para el juicio [18]. Por eso el vidente, en contraste con Dan 8,26; 12,4, recibe la prohibición de sellar las profecías del libro, es decir, de mantenerlas en secreto [19].

El Apocalipsis presenta la forma de una carta, con dedicatoria [20] y expresiones de despedida [21]; hay, pues, motivo para pensar que estos primeros versículos [22] fueron añadidos cuando ya el libro estaba terminado; lo corrobora la impresión que se tiene de que estas líneas se inspiraron en 22,6-7.16.

---

15 Cf. Ap 1,9; 6,9; 20,4
16 Ap 22,7; cf. Lc 11,28.
17. Ap 22,18-19.
18. Ap 22,7.12 20.
19. Ap 22,10.
20 Ap 1,4s.
21. Ap 22,21.
22 Ap 1,1-3.

Introducción en estilo epistolar
1,4-8

4 *Juan, a las siete Iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros de parte del que es, que era y que viene, y de parte de los siete espíritus que están ante su trono,* 5 *y de parte de Jesucristo, testigo fiel, primogénito de los muertos, y soberano de los reyes de la tierra. Al que nos ama y al que nos libró de nuestros pecados con su sangre,* 6 *y de nosotros hizo un reino, sacerdotes para Dios, su Padre. A él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.*

7 *Ved que viene entre nubes. Y lo verán todos, incluso los que lo traspasaron. Y por él se lamentarán todas las tribus de la tierra. Sí. Amén.*

8 *Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el que es, el que era y el que viene, el todopoderoso.*

4 El Apocalipsis tiene la forma de una carta encíclica o pastoral, dirigida a siete Iglesias de la provincia romana de Asia proconsular, determinadas con nombre propio en 1,11. Comienza con una dedicatoria [23] y se cierra con una bendición [24], que hace las veces de la firma en nuestras cartas [25]. La dedicatoria presenta la misma forma que la de las cartas paulinas, pero desarrollada con mayor amplitud, como en Romanos y en Gálatas. La bendición de 4*b*-5*a* hace mención de una trinidad celestial, a la que atribuye «nombres insólitos y solemnes» (Lohmeyer). El nombre de Dios Padre se indica con profundo respeto mediante una triple fórmula, que tiene por fin expresar su eternidad, sin principio y sin fin. «El que es» es una fórmula que repite las palabras con que Dios se identifica en medio de las zarzas ardiendo: «Yo soy el que soy» ('Εγώ εἰμι ὁ ὤν)[26]. Una antigua interpretación judía de esta fór-

---

23. Ap 1,4-5*a*. 24. Ap 22,21
25. Como 1Cor 16,23 y otros casos. 26. Éx 3,14, según los LXX.

mula dice así: «Yo soy el que existe y el que era, y soy el que existirá, y fuera de mí no hay otro Dios» [27]. Descripciones semejantes de la eternidad de Dios se encuentran también entre los griegos. A Heraclito se le atribuye la frase siguiente: «El mundo fue siempre, y siempre es, y siempre será.» Un oráculo que se lee en Pausanias dice: «Zeus era, Zeus es, Zeus será» [28]. Según Plutarco, el templo de Minerva en Sais llevaba la inscripción: «Yo soy el todo, que ha sido, es y será» [29].

Como tercer elemento de la fórmula descriptiva, uno esperaría encontrar las palabras «el que será»; el texto trae, en cambio, «el que viene», lo que incluye en la fórmula el sentido de una ansiosa espera del fin, y le hace expresar la idea de que dentro de la perspectiva de los sucesos revelados por el libro, Dios viene en calidad de juez.

Se discute sobre el significado que pueda tener el segundo miembro de la trinidad en cuestión. Difícil precisar si «los siete espíritus» son los siete dones del Espíritu Santo, o bien éste mismo en persona, o bien ángeles de las más altas jerarquías. Muchos de los más antiguos padres de la Iglesia entienden los siete espíritus como los siete dones del Espíritu Santo (por alusión a Is 11,2s, según los LXX); pero desde san Agustín numerosos comentaristas opinan que la expresión designa a la persona misma del Espíritu Santo, en cuanto es fuente de múltiples gracias. El número siete, dicen, simboliza la multiplicación dentro de la más perfecta unidad. Esta interpretación se funda principalmente en el hecho de que los siete espíritus son nombrados entre el Padre y el Hijo, y son una de las fuentes de las cuales han de brotar torrentes de gracia y de paz sobre los lectores [30], cosa que no se podría afirmar de los ángeles. Hay que reconocer, sin embargo, que en los saludos de las cartas del Nuevo Testamento como dispensadores de gracia y de paz se nombra siempre al Padre y al Hijo,

---

27. *Targum de Jerusalén* I, sobre Dt 32,39.
28. Pausanias, X, 12.
29. PLUTARCO, *Isis y Osiris*, c. 9.
30. Cf. 2Cor 13,13.

pero nunca al Espíritu Santo (1Pe 1,2*a* tiene otro significado); no sería extraño que las palabras «los siete espíritus» hayan sido una adición hecha por el redactor del libro. Pese a esta dificultad innegable, otros comentaristas juzgan que los siete espíritus son ángeles de las jerarquías superiores, y más exactamente los siete ángeles del trono, o arcángeles de la angelología hebrea de época posterior, mencionados en algunos libros, como en Tob 12,15. En el Apocalipsis se los identifica luego como los ángeles de las siete copas, «que están de pie ante Dios» [31].

5a Al tercer miembro de la trinidad celestial, Jesucristo, se le dan tres títulos, que enmarcan toda su vida en la tierra y en el cielo. «Testigo fiel», llegó a serlo en cuanto portavoz de Dios en el curso de su vida terrena, que selló su testimonio con la muerte. Él es «primogénito de los muertos» [32], porque fue resucitado por Dios antes que ningún otro, para no morir ya nunca [33], y porque con él se inicia la resurrección. Exaltado a la diestra de Dios, se ha convertido en «soberano de los reyes de la tierra», o sea, de todo el género humano representado en sus reyes [34]; en virtud de la misma glorificación fue hecho partícipe del infinito poder de Dios.

5b En forma de solemne doxología litúrgica, dividida también en tres miembros, se enumeran ahora los bienes de la salud de que los cristianos son deudores a Cristo. El primero de los tres miembros (al que nos ama) señala la fuente de los otros dos; se trata del grande y generoso amor del redentor a los hombres, que no es un acto pasajero, sino un sentimiento estable (otro sentido en Gál 2,20). Se menciona luego nuestro rescate de la esclavitud del pecado por obra de su sangre,
6 lo que constituye el ápice del amor de Cristo [35]. El tercer miembro se basa en Éx 19,6, según la versión de los LXX («Debéis

31. Ap 8,2; cf. también 3,1; 4,5; 5,6.
32. 1Cor 15,20; Col 1,18. 33. Rom 6,9.
34. Cf. Ap 11,15; 17,14; 19,16.
35. Cf. Ap 5,9; Gál 3,13; Ef 1,7; Tit 2,14; Act 20,28; 1Pe 1,19

ser para mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo»); afirma que Cristo llamó a los redimidos a participar de la realeza de Dios sobre el mundo y los destinó a ser una estirpe santa, que sirve a Dios y le tributa alabanza [36]. Lo que era privilegio del pueblo de Israel ha pasado a ser posesión del nuevo pueblo de Dios, los cristianos. La alabanza que éstos tributan consiste en el reconocimiento de que a solo Dios competen la gloria y el poder, lo que implica el deseo de que todas las criaturas lo acepten siempre así. Doxologías en los mismos términos, o en términos semejantes, se leen también en otros pasajes del Apocalipsis [37] y en muchas epístolas [38], y están dirigidas a Dios Padre, a Cristo o a ambos.

De la obra redentora de Cristo en el tiempo vuelve Juan 7
la mirada a su venida en calidad de juez al fin de los tiempos. Se ha dicho con razón que el v. 7 es la divisa del Apocalipsis, ya que habla de la venida del Hijo del hombre sobre las nubes para juzgar a la humanidad infiel y enemiga de Dios, lo que precisamente constituye el punto culminante de los sucesos escatológicos [39]. El vidente entrevé ya la aparición del Hijo del hombre, y se imagina los efectos que su venida producirá en la humanidad. El v. 7 reúne los textos de Dan 7,13 y Zac 12,10. Del pasaje de Daniel se sirve también Jesús para anunciar su venida como juez [40]. La frase que reproduce libremente el texto de Zacarías anuncia que aquel que fue muerto por los hombres se revelará al fin de los tiempos a todo el mundo en su calidad de juez y señor, establecido por Dios mismo, y que entonces sus enemigos, arrepentidos demasiado tarde, prorrumpirán en desesperados lamentos [41]. Aparece ya en estas palabras uno de los pensamientos básicos del Apocalipsis: que

36. Cf. Ap 5,10; 20,6; 22,5; 1Pe 2,5.9.
37. Ap 37,8.11; 5,9.12.13; 7,12; 19,1.5 7.
38 Rom 11,36; 16,25-27; Gál 1,5; Ef 3,20-21; Flp 4,20; 1Tim 1,17; 2Tim 4,18; Heb 13,21; 1Pe 5,11; 2Pe 3,18; Jds 25.
39. Ap 14,14ss; 19,11ss.
40. Mc 14,62; cf. 13,26 y par.
41. Cf Mt 24, 30.

el juicio es sólo para los malos y enemigos de Dios, mientras para la Iglesia de Cristo es sinónimo de consuelo y alegría, de felicidad completa y definitiva.

La partícula «sí» se refiere a la promesa divina: el «amén» expresa la absoluta confianza de la Iglesia [42], y equivale a «ciertamente, con toda seguridad».

8 Interviene ahora Dios mismo, y con palabras solemnes, que conservan el estilo de los profetas, declara que él es el principio y el fin, el origen y la meta, el criador y consumador de todas las cosas, aquel de quien y para quien todo existe. El título de «todopoderoso» designa a Dios no en cuanto criador, sino en cuanto depositario del poder sobre todo y sobre todos. Alfa y omega son la primera y la última letras del alfabeto griego; unidas, forman una expresión que significa «el principio y el fin», «el primero y el último» [43]. En 22,13 se pone la fórmula en labios de Cristo; el escritor apocalíptico aplica a Cristo casi todos los atributos de Dios.

Visión introductoria
1,9-20

9 Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación,
y en el reino, y en la constante espera de Jesús, estuve en la
isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del
testimonio de Jesús. 10 Fui arrebatado en espíritu, el día del Se-
ñor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, 11 que
decía: «Lo que ves, escríbelo en un rollo y envíalo a las siete
iglesias: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Serdes, a
Filadelfia y a Laodicea.» 12 Y me volví para ver la voz que
hablaba conmigo. Y, vuelto, vi siete candelabros de oro; 13 y
en medio de los candelabros, a uno semejante a Hijo del hombre,
vestido de túnica talar y ceñido a la altura del pecho con un

42. Como en Ap 22,20.
43. Cf. Ap 21,6; 22,13.

ceñidor de oro. 14 *Su cabeza, o sea, sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; y sus ojos, como llama de fuego;* 15 *y sus pies, semejantes a bronce brillante, como incandescente en el horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.*

16 *Y tenía en su mano derecha siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su semblante era como el sol cuando brilla en su esplendor.* 17 *Cuando lo vi, caí como muerto a sus pies. Y puso su diestra sobre mí, diciéndome: «No temas. Yo soy el primero, y el último,* 18 *y el que vive. Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.* 19 *Escribe, pues, las cosas que viste: las que son y las que han de ser después de éstas.* 20 *En cuanto al misterio de las siete estrellas que viste a mi diestra y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias; y los siete candelabros, las siete iglesias.»*

Juan comienza su libro informando a los lectores sobre el 9
origen del mismo: un domingo, durante un éxtasis, recibió encargo de componerlo. Se puede equiparar esta primera visión a aquellas en que eran llamados los profetas del Antiguo Testamento. Sólo que, por lo general, éstos últimos no recibían el encargo de escribir, sino de hablar, de presentarse al pueblo y a sus jefes para hacerles saber lo que Dios exigía de ellos. Así, por ejemplo, Isaías [44], Jeremías [45] y Ezequiel [46]. Lo que establece un vínculo entre el vidente y sus lectores no es sólo el hecho de pertenecer a Cristo y a una misma porción de la Iglesia, sino también las persecuciones y angustias que han soportado en común. Las siete cartas nos hacen saber que los cristianos del Asia Menor habían sido víctimas, y lo eran aún, por todo género de violencias por parte de sus conciudadanos, paganos y judíos. Pero estas angustias, que son ya el

44. Is 6,1ss. 45. Jer 1,3ss.
46. Ez 1-3.

preludio de la «gran tribulación»[47], exigen de ellos paciencia y firmeza, porque sólo así les hacen posible entrar a formar parte del reino de Dios: «La tribulación produce constancia; la constancia virtud sólida; la virtud sólida, esperanza»[48]; «Si resistimos, también con él reinaremos»[49]. La paciencia es la gran virtud de los perseguidos[50], y se manifiesta en la firme esperanza de la venida de Cristo para juzgar y premiar, y en la constancia para no dejarse vencer por la saña de los opresores y perseguidores.

Patmos, la actual Patinos, es una islita rocosa del grupo de las Esporadas, al oeste de Mileto, distante de Éfeso unas catorce horas de navegación. En la parte meridional se halla la que la tradición indica como «gruta del Apocalipsis», y un monasterio que lleva el nombre de Juan. En esta isla el vidente se encuentra «por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús», o sea, a causa de la predicación del Evangelio[51]. Esto no significa que se haya dirigido allí por propia voluntad para anunciar el mensaje cristiano, sino que ha sido desterrado a aquel lugar por la autoridad romana, decidida a poner fin a su actividad de jefe del movimiento cristiano. Tal es lo que sugiere la expresión «compañero en la tribulación», como también los pasajes 6,9 y 20,4. Plinio el Viejo dice que Patmos es un lugar de destierro[52], y los más antiguos escritores cristianos aseguran que san Juan fue enviado allí como desterrado. Después de todo, era ésta una medida relativamente suave, dada la cercanía y el clima apacible de la isla, no menos que la libertad de movimientos; esto lleva a pensar que no se trataba de un acto de persecución propiamente dicha, sino que la autoridad buscaba sólo la manera de hacer imposible toda actividad de Juan, por considerarla fuente de desórdenes y amenaza a la paz pública.

10 Un domingo[53], el espíritu divino se apodera de Juan y lo

47. Ap 7,14. 48. Rom 5,3. 49. 2Tim 2,12.
50. Ap 1,9; 2,2 3.19; 3,10; 13,10; 14,12 51. Cf. Ap 6,9; 20,4
52. PLINIO EL VIEJO, IV, 23. 53. Cf Act 20,7; 1Cor 16,1

hace capaz de ver y oír fenómenos suprasensibles. Situaciones de esta índole, obradas por el Espíritu de Dios, se encuentran a cada paso en los profetas [54]. En ellos, sin embargo, el éxtasis no estaba acompañado de arrebato, como sucede en 4,2. El origen divino de este éxtasis, como de los siguientes, queda suficientemente garantizado por el hecho de que las experiencias de Juan durante ellos guardan perfecta armonía con su fe tradicional en Cristo, tal como la había poseído hasta entonces. Ya en poder del espíritu de Dios, el vidente oye una voz a sus espaldas [55], fuerte y solemne como un toque de trompeta. Probablemente no es ésta la voz de Cristo, sino la del ángel que sirve de guía [56].

La voz ordena a Juan consignar por escrito las visiones 11
y enviar luego el libro a siete Iglesias de Asia, indicadas con nombre propio. No eran éstas, por entonces, las únicas Iglesias de la provincia de Asia, pues en la lista faltan las de Colosas, Hierápolis, Tróade, Magnesia y Trales. La razón por la cual se escogieron precisamente siete está quizá en el carácter simbólico de esta cifra, que en el Apocalipsis tiene gran importancia. Las siete Iglesias representan a la cristiandad entera, o cuando menos a toda la Iglesia de Asia. Por qué han de ser precisamente éstas y no otras las destinatarias del escrito, no se puede decir con seguridad; pero tampoco se debe pasar por alto que se trata de aquellas mismas ciudades que, por su posición e importancia, y por gozar de tribunal propio [57], se contaban entre las primeras de la provincia, y estaban edificadas sobre la gran vía romana por la cual viajaba el correo imperial.

Juan se vuelve para ver de quién procede la orden; pero, 12s
en lugar de ver al ángel que le habla, ve a Hijo del hombre, glorioso, en medio de siete candelabros de oro dispuestos en círculo. Si, como lo dirá el v. 20, los siete candelabros son

54. Cf. Is 6,1ss; Jer 1,1ss; Ez 1,1ss.
55. Cf. Ez 3,12
56. Ap 1,1; cf. 4,1.
57. Cf. comentario a Act 19,38.

símbolos de las siete Iglesias, Cristo se manifiesta al vidente no con la majestad que le es propia en el cielo, sino como quien permanece cercano a los suyos en la tierra. Él sabe de sus necesidades y tribulaciones, es testigo de su generosidad en el sacrificio y de su fidelidad, pero conoce también sus errores y sus culpas.

La descripción del aspecto de Cristo glorioso se aproxima bastante a la de la aparición del arcángel Gabriel, que se lee en Dan 10,4ss; algunos rasgos provienen de Ez 1,24ss. En primer lugar se describe la vestimenta. Cristo viste una túnica que baja hasta los pies, ceñida al pecho con un cinturón de oro. La túnica amplia es distintivo del sumo sacerdote [58]. El cinturón tejido con hilos de oro forma parte asimismo del vestuario de los sumos sacerdotes y de los reyes; tratándose de una prenda sacerdotal no se ciñe a la cintura sino sobre el pecho [59]. Túnica y ceñidor simbolizan, pues, la dignidad de sumo sacerdote que posee Cristo.

14 Expresión de altísima dignidad es su aspecto. Cabeza y cabellos semejan lana blanquísima [60]. El color blanco no es símbolo de la eternidad de Cristo, sino del esplendor de los seres celestiales, entre los que él se cuenta. Los ojos que centellean como llamas de fuego [61] significan que a la mirada pe-
15 netrante del Hijo del hombre nada permanece oculto. Los pies son semejantes a metal fundido, o (según otra posible traducción del término griego correspondiente) a mineral de oro
16 cuando arde en el horno. Su voz retumba como el estruendo de muchas aguas, como el oleaje del mar. En la diestra tiene siete estrellas, símbolo de las siete iglesias, a manera de corona levantada en alto y sostenida por un aro invisible; es éste un detalle más fácil de imaginar que de describir (Th. Zahn). De su boca sale una cortante espada de dos filos, expresión de la palabra que juzga y castiga [62]. El rostro del Hijo del

58. Cf. Sab 18,24. 59. FLAVIO JOSEFO, *Ant.* III, 7, 2, § 153.
60. Cf. Dan 7,9. 61. Cf. Ap 19,14.
62. Ap 2,16; 19,15.21; Sab 18,15-16; Is 49,2; Ef 6,17; Heb 4,12.

hombre brilla como el sol cuando irradia en toda su intensidad [63].

Abrumado por la majestad del personaje, que se presenta 17
como un príncipe celestial, san Juan cae por tierra como muerto, presa de terror [64]. Entonces el Hijo del Hombre, inclinándose sobre él, lo tranquiliza y se le da a conocer, aunque no indicándole su nombre, sino asignándose títulos que no pueden convenir a un ángel, sino sólo a Cristo glorioso. Él es «el primero y el último»: él fue quien al principio llamó al mundo a la existencia, y será también él quien le señale
el fin; él posee la plenitud de la vida [65]; tuvo que pasar por la 18
muerte corporal, es cierto, pero Dios lo resucitó para que viva eternamente [66]; es más, al presentarse tiene poder sobre la muerte y sobre el abismo, puede abrir la puerta del hades [67] y llamar a los muertos a la resurrección.

Juan recibe ahora también de Cristo la orden de escribir 19
las visiones. Las palabras de Cristo señalan al mismo tiempo el argumento del Apocalipsis: 1) «las (cosas) que son», vale decir, el estado presente de la iglesia de Asia (las siete cartas); 2) «las que han de ser después de éstas», o sea, la revelación del futuro [68]. El v. 19 se ha de considerar como una nota marginal. No es probable que el vidente haya tenido sus visiones en serie ininterrumpida ni en el orden en que las presenta el libro, sino aisladamente y en momentos diversos, como los profetas del Antiguo Testamento. El marco literario en que nos han llegado es su obra personal, necesaria desde el momento en que se dispuso a cumplir el mandato de Cristo de comunicar las visiones a las Iglesias de Asia Menor.

Cristo pasa a explicar ahora al vidente el significado de 20

---

63. Cf. Mt 17,2
64. Dan 8,18; 10,8-9.15-19; Mt 17,6; 28,4.
65. Jn 1,4; 5,26.
66. Ap 1,5.
67. Sobre la palabra «hades» consúltese el *Diccionario de la Biblia*, de H. HAAG, A. VON DEN BORN y S. DE AUSEJO, Herder, Barcelona [4]1967, sub voce (nota del traductor)
68 Ap 4,1-22,5.

las siete estrellas y de los siete candelabros, que constituyen un misterio, es decir, tienen valor simbólico. La representación de las comunidades cristianas bajo la figura de candelabros se explica por la función que éstas tienen de iluminar al mundo [69]. Se discute quiénes sean los ángeles de las siete iglesias. Muchos comentaristas ven en ellos a los obispos de dichas Iglesias (Zahn, Hadorn, Rohr, Billerbeck); hacen valer como prueba el hecho de que a ellos se dirigen las cartas, lo que presupone que habitan en la tierra igual que las Iglesias a ellos confiadas: no se podría, en efecto, escribir cartas a ángeles del cielo invitándolos a la penitencia y a restaurar la disciplina en sus comunidades. El paso de «tú» a «vosotros» [70], añaden estos autores, es un claro indicio de distinción entre el ángel y la Iglesia que preside; finalmente, del contenido de las cartas hay que concluir que tales ángeles son hombres de carne y hueso, que ocupan en la comunidad una posición destacada. No deja de sorprender, desde luego, que se los llame ángeles, máxime cuando en todo el resto del Apocalipsis este nombre se da sólo a los espíritus celestiales; pero puede explicarse como reminiscencia del término hebreo *malak* (embajador), que, además de designar a los ángeles propiamente dichos, a veces se aplica también a profetas y sacerdotes [71].

Pese a tales argumentos, esta interpretación no parece sostenible. Es ya seguir un falso camino el apartarse del sentido que la palabra «ángel» tiene en el resto del Apocalipsis; por otra parte, el paso de «tú» a «vosotros» indica que Cristo no se dirige precisamente a una persona única, es decir, al jefe de la Iglesia, sino a la comunidad en general. Por eso, otros comentaristas juzgan que el término «ángel» conserva también aquí su sentido propio, y que designa en concreto a los *ángeles custodios* de cada Iglesia, encargados de velar por

69. Cf. Mt 5.14-15; Flp 2,15-16; Ef 5,8.
70. Por ejemplo, Ap 2,10
71. Ag 1,3; Mal 2,7.

ellas y de guiarlas en todo lo que hacen. Serían, pues, el correspondiente de los ángeles tutelares de los pueblos, mencionados en Dan 10,13.20-21; 12,1.

Pero también esta interpretación tropieza con serias dificultades. En efecto, las cartas expresan alabanzas y censuras, reprueban pecados y amenazan castigos, cosa incomprensible si se trata de verdaderos ángeles. Los ángeles buenos no pueden pecar, ni, en consecuencia, ser exhortados a penitencia, como se hace, por ejemplo, en 2,4s. Por eso algunos comentaristas recientes creen que, al hablar de ángeles, el vidente quería referirse a la comunidad, representándosela como una persona a quien puede hablar directamente; el «tú» equivale en la práctica a «vosotros», y se aplica a los miembros de la comunidad tomados en conjunto (Behm). Para otros, el ángel sería la personificación del espíritu de las Iglesias, el símbolo de su unidad viviente (Allo). Este espíritu estaría encarnado en último término en sus obispos, que en las cartas son objeto de alabanza o de censura, no por méritos o errores personales, sino en cuanto representantes de sus respectivas comunidades. Éstas permanecen en contacto directo con Cristo, no a través de cada miembro individualmente, sino mediante los ángeles, que son su símbolo.

Pero tampoco esta opinión se impone unánimemente, ya que contra ella se puede objetar que no explica con suficiente claridad el hecho extraño de que Juan dirija las cartas a los ángeles de las Iglesias y no a las Iglesias mismas. Parece, pues, lo más indicado considerar como base de este lenguaje la concepción judía de que no sólo el mundo material [72], sino también las personas, las ciudades, los pueblos y las naciones están puestos bajo la tutela de ángeles, los cuales son responsables de su conducta.

---

72. Ap 7,1; 14,18; 16,5.

PARTE PARENÉTICA

CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS

2,1-3,22

La forma de las siete cartas.

Las cartas presentan todas una misma estructura. Empiezan invariablemente con la fórmula introductoria tan apreciada de los antiguos habitantes del Asia: «Esto dice el...» y que los profetas solían emplear cuando tenían algún mensaje divino que anunciar al pueblo o a sus jefes [1]. También en el AT existen algunas cartas en que se emplea la misma fórmula, que no es de uso exclusivamente bíblico, sino de toda el Asia anterior; tal es, entre otras, la carta de Jeremías a los prisioneros de Babilonia [2]. En esta fórmula Cristo no se presenta con nombre propio, sino atribuyéndose una cualidad o una función en que se halla expresa su excelencia divina y su poder de redentor y de juez. Los títulos con que se presenta en las primeras seis cartas se encuentran sustancialmente en la visión introductoria.

El cuerpo de las cartas contiene alabanzas y censuras, advertencias y exhortaciones; suele comenzar con las palabras «conozco (tus obras)», para recordar que a la mirada penetrante del Señor glorificado no se oculta nada que se relacione con la situación de las comunidades. Cuando el conjunto de la

1. Por ejemplo, Jer 2,1; 6,16.22

2. Jer 29,4-28.

vida religiosa marcha en orden, se tiene ante todo la alabanza y el reconocimiento y sólo en segundo lugar vienen los reproches que sea del caso hacer. Sólo dos Iglesias, Esmirna y Filadelfia, reciben únicamente elogios; Laodicea, en cambio, no recibe más que reproches. Para Sardes son más los reproches que los elogios; por eso se empieza con aquéllos.

Las cartas terminan con una invitación, siempre igual, a escuchar el mensaje, y con una promesa para los vencedores, expresada en diferentes metáforas.

1. *A la Iglesia de Éfeso*
2,1-7

[1] *Al ángel de la Iglesia de Éfeso escribe: «Esto dice el que sujeta en su diestra las siete estrellas, el que se pasea en medio de los siete candelabros de oro:* [2] *"Conozco tus obras y tu trabajo y tu constancia; que no puedes tolerar a los malos; que pusiste a prueba a los que se dicen apóstoles y no lo son, y los hallaste mentirosos;* [3] *y tienes constancia y fuiste agobiado por mi nombre sin desfallecer.* [4] *Pero tengo contra ti que has dejado tu amor primero.* [5] *Recuerda, pues, de dónde has caído, y conviértete y comienza a practicar las obras de antes. Si no, vendré a ti y removeré tu candelabro de su lugar si no te conviertes.* [6] *Con todo, tienes esto a tu favor: que aborreces las obras de los nicolaítas, que yo también aborrezco".*

» [7] *Quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al vencedor, le daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios.»*

La ciudad de *Éfeso*, en la costa occidental del Asia Menor, era por aquella época una de las ciudades más populosas y brillantes del imperio; era la capital de la provincia de Asia (Asia proconsular), y su puerto era, después del de Alejandría, el más grande de oriente. En tiempo de Domiciano la ciudad

figuraba como el centro del culto imperial [3]. En la carta a Éfeso, los elogios y las censuras van claramente dirigidos a la comunidad en bloque, no a la persona de su obispo.

Las «obras», de que Cristo está al corriente, significan la 2
conducta global de dicha Iglesia. Entre otros se da especial relieve a dos rasgos, que posteriormente se precisarán todavía mejor: el duro trabajo desplegado en la lucha contra «los malos» y en desenmascarar a los falsos profetas, y la constancia en las tribulaciones que la comunidad debe soportar por amor a Cristo. El Señor reconoce que la Iglesia de Éfeso no tolera a los malvados, es decir, que corrige a los miembros indignos [4], y ve en ellos motivos de alabanza; reconoce además que se halla informada acerca de la misión y de la doctrina de predicadores ambulantes que se han infiltrado en ella, y los ha desenmascarado y alejado como a falsos profetas.

Estos falsos apóstoles son herejes que predicaron en Éfeso sus doctrinas. Los predicadores ambulantes de doctrinas heréticas de la época solían presentarse como apóstoles, es decir, como enviados y heraldos del Evangelio, o bien como profetas, o instrumentos del Espíritu. Ya Pablo ponía en guardia a los presbíteros efesinos contra ciertos herejes que surgirían en medio de ellos [5]; también 1Tim 1,7 habla de herejes gnósticos de tendencias judaizantes. San Ignacio mártir elogia a los de Éfeso por haber cerrado los oídos a los falsos maestros [6]. De falsos profetas habla también 1Jn 4,1. La *Doctrina de los doce apóstoles*, por su parte, da instrucciones sobre el modo de distinguir entre los apóstoles verdaderos y los falsos [7]. El
Señor glorificado alaba a la Iglesia también porque ha sufrido 3
imperturbable, por amor a su nombre, violencias y persecuciones; se ve que en un pasado reciente ha tenido que pasar por graves tribulaciones, pero se ha mostrado valerosa.

3. Cf. el comentario a Act 19,6.
4. Cf 1Tes 5,12.14
5. Act 20,29ss.
6 Ignacio de Antioquía, *Eph.* 7,1; 9,1.
7 *Doctrina de los doce apóstoles*, 11,3ss.

4 Pero la Iglesia de Éfeso debe permitir que se le haga un severo reproche, por haber decaído de su caridad primitiva. No se trata aquí del entusiasmo que la animaba en los primeros años de su existencia, sino del amor profundo, incondicional y generoso a Cristo y a los hermanos en la fe, que en los primeros tiempos llegó quizá a destacarla entre otras
5 comunidades. A la reprensión sigue una apremiante exhortación y una severa amenaza. La comunidad debe hacerse consciente de las alturas a que había llegado en la práctica de la vida cristiana y de cómo luego ha venido a menos; esto la debe llevar a preocuparse por volver a la conducta ejemplar de otros días, si no quiere que Cristo se presente a ella como juez y remueva el «candelabro» de su sitio. La amenaza implica evidentemente la pérdida de su posición de iglesia principal del Asia, o, peor aún, el ser borrada del número de las Iglesias. El juicio con que se la amenaza no es, con todo, el
6 escatológico, sino un juicio provisional. Se concluye con un último elogio, motivado esta vez por la actitud de rechazo que ha mantenido hacia los nicolaítas [8]. Éstos son probablemente idénticos a los falsos apóstoles mencionados anteriormente; en otro caso, la alabanza llegaría demasiado tarde.
7 El v. *7a* recuerda las palabras del Señor: «El que tenga oídos para oír, que oiga» [9], y es una invitación formal a tomar en serio las exhortaciones y advertencias del libro. Dirigida, como está, a todos los lectores del Apocalipsis, muestra claramente que el escrito tiene por destinatario a la Iglesia entera; lo que se dice a una comunidad merece que todos lo escuchen y lo pongan en práctica. Es de observar que, con ser Cristo quien dicta la carta, se puede afirmar: «lo que el Espíritu dice a las Iglesias», y en esto no hay contradicción, porque, si es cierto que el Espíritu Santo guía a la Iglesia, la castiga y la purifica, sin embargo es siempre Cristo, que lo posee y es su portador, quien habla, mediante él, a Juan y a la cris-

8. Cf. el comentario a 2,15.20.
9. Cf. el comentario a Ap 4,9.

tiandad. El «vencedor», a quien se promete una espléndida recompensa, es todo el que persevera y alcanza la victoria sobre el mal, no menos que sobre todas las tribulaciones, sufrimientos o persecuciones; los pasajes 3,21; 5,5 mostrarán luego cómo el epíteto vale en particular para los mártires. Esta victoria desempeña un importante papel en el Apocalipsis [10]. El galardón que se promete es el mismo en todas las cartas: la vida eterna, la participación en la soberanía universal de Cristo; pero cada vez está presentada en una metáfora distinta; aquí, con una alusión a Gén 2,9, se habla de comer del árbol de la vida en el paraíso de Dios [11]. Con el pecado el hombre perdió la posibilidad de comer del árbol de la vida, que habría debido preservarle de la muerte; mas por medio de Cristo se le abre de nuevo la entrada al paraíso escatológico, donde volverá a encontrar el árbol de la vida, es decir, al lugar de la felicidad eterna. También en el apócrifo Testamento de Leví [12] se lee que el Mesías sacerdote «abrirá las puertas del paraíso y dará a los santos a comer del leño de la vida».

2. *A la Iglesia de Esmirna* 2,8-11

[8] *Y al ángel de la Iglesia de Esmirna escribe: «Esto dice el primero y el último, el que estuvo muerto y revivió:* [9] *"Conozco tu tribulación: la pobreza —sin embargo, eres rico—, y la maledicencia que proviene de los que dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satán.* [10] *No temas por lo que vas a padecer. Mira, el diablo va a arrojar a algunos de vosotros a la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida"*

10. Ap 12,11; 15,2; 21,7.
11. Cf. también Ap 22,2.14.
12. TestLev 18.

La ciudad de *Esmirna* se halla al norte de Éfeso; con ésta y con Pérgamo se disputaba el título de primera ciudad de Asia. Hacia el año 195 a.C. consagró un templo en honor de la diosa Roma, y en el 26 d.C. obtuvo, aventajando en esto a todas las ciudades de la provincia, el privilegio de erigir un templo en honor de Tiberio, de Livia y del Senado. Vivía en ella una fuerte colonia judía, que en tiempo del martirio del obispo san Policarpo (hacia 155) se mostró bastante hostil hacia éste y hacia los cristianos. A la iglesia de Esmirna dirigió san Ignacio de Antioquía una carta, hacia el año 110.

9 Todo lo contrario de Laodicea, la comunidad de Esmirna recibe un cálido elogio, sin sombra de reproche. Expresamente se pone de relieve su pobreza, o sea, su estrechez económica, consecuencia del reducido número de sus miembros, o bien de las dificultades en que se debatía. Por fortuna esta pobreza se ve ampliamente superada por su riqueza en bienes espirituales [13]. La comunidad ha sido ya víctima de hostilidades, en particular de parte de los judíos, que calumnian a los cristianos ante sus conciudadanos paganos, e incluso ante la autoridad, pre-
10 sentándolos como agitadores. A consecuencia de estas falsas acusaciones, la comunidad se halla bajo la amenaza de una grave persecución, durante la cual se llegará hasta encarcelar a algunos de sus miembros. Su duración no pasará, sin embargo de
9 diez días, es decir, será de corta duración [14]. Censurando a los judíos por su conducta hostil hacia los cristianos, Cristo los estigmatiza como a gente que lleva indignamente el título honorífico de judío [15]; no son en realidad aquella «sinagoga (o asamblea) de Dios» que pretenden ser [16], sino una «sinagoga de Satán», el adversario de Dios y de la Iglesia.

10 La exhortación a mantenerse fieles hasta la entrega de la propia vida muestra la gravedad de la persecución que se ave-

13. Cf. 2Cor 6,10: «Como quienes nada tienen, pero todo lo poseen».
14. Cf. Dan 1,12.14s.
15. Rom 9,4. 16. Núm 16,3.

cina. La corona de la vida, prometida como galardón a tal fidelidad, simboliza la vida eterna. La misma metáfora se lee en Sant 1,12: «Bienaventurado el que soporta la prueba, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida, que Dios prometió a los que lo aman.» El mismo significado tienen la «corona de justicia» de que habla 2Tim 4,8, y la expresión de 1Pe 5,4: «cuando se manifieste el jefe de los pastores, conseguiréis la corona inmaculada de la gloria» [17]. La segunda muerte, de la cual es preservado el que vence, es la condenación eterna [18]; se la contrapone a la muerte física, que quizás algunos cristianos de Esmirna recibirán pronto en el martirio.

3. *A la Iglesia de Pérgamo* 2,12-17

Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda.»

12 *Y al ángel de la Iglesia de Pérgamo escribe: «Esto dice el que tiene la aguda espada de dos filos:* 13 *"Conozco dónde moras: allí donde está el trono de Satán. Mantienes firme mi nombre y no negaste mi fe, ni en los días de Antipas, mi testigo, mi fiel, que fue muerto entre vosotros, ahí donde mora Satán.*
14 *Pero tengo algo contra ti que tienes ahí a los que mantienen la doctrina de Balaam, el que enseñó a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de lo inmolado a los ídolos y a fornicar.* 15 *Asimismo, tú también tienes a quienes mantienen de igual modo la doctrina de los nicolaítas.* 16 *Así que, conviértete. Si no, voy a ti en seguida y lucharé con ellos con la espada de mi boca."*

17 *»Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias. Al vencedor, le daré el maná escondido y le daré una piedrecita blanca, y sobre esta piedrecita habrá un nombre nuevo escrito, que nadie conoce sino el que lo recibe.»*

---

17. Cf. Sab 5,15s

18. Cf. 20,6.14; 21,8.

Pérgamo, al norte de Esmirna, es una de las ciudades más importantes del mundo antiguo desde el punto de vista religioso. Espléndidos templos coronaban la ciudadela, que alcanzaba la altura de trescientos metros. Ya en el año 29 a.C., la asamblea de la provincia hizo erigir en la parte más alta un templo dedicado a Augusto y a Roma, inaugurando así el culto imperial en el Asia Menor. Entre los años 180-160 a.C., el rey Eumenes II había construido el imponente altar de Zeus, en mármol blanquísimo y adornado con el célebre friso de la derrota de los gigantes, que ahora se conserva en el museo de Berlín.

También Esculapio, el dios de la salud y de los milagros, tenía allí un templo, lugar de peregrinación de los enfermos del Asia Menor.

13 Cristo hace un gran elogio de la comunidad por la constancia que ha mostrado en una grave persecución, y de la cual sigue aún dando pruebas. Esta persecución ha dejado un mártir: Antipas, personaje del cual nada más sabemos. El Señor lo llama *su testigo fiel, auténtico, porque supo dar testimonio* de él aun en presencia del peligro, e incluso lo refrendó con su sangre.

La palabra griega «mártir» (μάρτυς = testigo) en el libro del Apocalipsis no ha adquirido aún el significado de «testigo por la sangre», que se le dará más tarde, sino que designa a todos aquellos que dan testimonio de la fe cristiana en presencia de sus adversarios. No nos es dado saber si Antipas fue condenado a muerte por la autoridad, o si más bien fue víctima de alguna asonada urdida por la chusma pagana.

La situación de la comunidad es muy difícil, precisamente porque en Pérgamo tiene su trono Satán. Muchos comentaristas ven en estas palabras una alusión al templo de Augusto y de Roma, porque una de las causas principales de las persecuciones desatadas contra los cristianos en Asia Menor habría sido precisamente su resistencia a aceptar el culto del

emperador [19]. Otros autores objetan, sin embargo, que en aquella época el centro del culto imperial no era Pérgamo, sino Éfeso; según ellos el trono de Satán habría de identificarse más bien con el templo de Esculapio, tanto más que el símbolo de este dios es la vara con la serpiente (en la Biblia, figura de Satán), y que sus curaciones eran para los cristianos caricaturas diabólicas de los milagros de Cristo. Otros, finalmente, piensan que el trono de Satán es el gigantesco altar de Zeus.

Pero la iglesia de Pérgamo merece también un reproche, 14
porque tolera en su seno a un pequeño grupo de personas que profesan la doctrina de Balaam. Es ésta la designación metafórica de una herejía con características innegables de libertinaje en el sentido propio del término, es decir, de desenfreno moral [20]. La alusión a Balaam viene a indicar que éstos tienen su prototipo en Balaam y en el consejo que éste dio a Balac [21]. Ahora bien, según la exégesis del relato bíblico, como se conserva en Filón [22] y en Flavio Josefo [23], el consejo de Balaam fue que las mujeres moabitas se entregaran a los israelitas, a condición de que éstos se convirtieran a sus ídolos y tomaran parte en sus comidas sagradas. A imitación de aquel, también los herejes de Pérgamo seducen a los miembros de la Iglesia, persuadiéndolos a actos idolátricos (comer carne inmolada en los sacrificios paganos) [24] y a entregarse a la fornicación. Hay que observar, sin embargo, que los profetas del AT suelen emplear el término «fornicar», en sentido metafórico, para referirse a la apostasía de Israel, el pueblo escogido, que deja a su Dios y se entrega a la idolatría; es posible que también en este pasaje la expresión conserve el mismo sentido.

La mayoría de los exegetas opinan que los herejes del v. 15 15
son los mismos nicolaítas de Éfeso [25]. Algunos antiguos escri-

---

19. Cf. Ap 13.
20. 2Pe 2,15; Jds 11.
21. Cf. Núm 22-24; 31,16.
22. FILÓN, *Moys.* I, § 294ss.
23. FLAVIO JOSEFO, *Ant.* IV, 6, § 126ss.
24. Act 15,20 29; 1Cor 8,7-13; 10,20-30
25. Ap 2,6.

tores eclesiásticos consideran autor de este movimiento a Nicolás, uno de los siete diáconos (Act 6,5) pero es una suposición sin fundamento. Debía tratarse de gente entregada a especulaciones judeo-gnósticas, como aquellas que ya san Pablo había tenido que combatir en las cartas a los Colosenses y a
16 los Efesios, y que prepararon la gnosis del siglo II. Cristo exige a la comunidad que no tolere por más tiempo ese desorden; de lo contrario, vendrá él pronto en persona, y con la fuerza irresistible de la palabra de Dios los arrojará de la Iglesia y los entregará a la condenación eterna [26].

17 Al vencedor se le promete una doble recompensa: le será dado comer del maná escondido, es decir, del alimento celestial, negado a los mortales, símbolo de la unión con Dios en la vida eterna [27], y recibirá una piedra blanca, con un nombre nuevo, expresión de su nueva naturaleza [28], cuya excelencia sólo puede comprender y apreciar quien la posee. Entre los griegos, a quienes participaban en competiciones se les entregaba una tablilla blanca en la cual estaba grabado su nombre.

4. *A la Iglesia de Tiatira* 2,18-19

[18] *Y el ángel de la Iglesia de Tiatira escribe: «Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llama de fuego y los pies semejantes al bronce brillante:* [19] *"Conozco tus obras: tu amor y tu fe y tu servicio y tu constancia y tus obras últimas, más numerosas que las primeras.* [20] *Pero tengo contra ti que toleras la mujer Jezabel, la cual se dice a sí misma profetisa, y enseña y seduce a mis siervos a fornicar y a comer de lo inmolado a los ídolos.* [21] *Le he dado tiempo para convertirse, y no quiere convertirse de su fornicación.* [22] *Mira, la voy a arrojar en el lecho*

26. Cf Ap 19,15.
27. Éx 16,33; Heb 9,4; 2Mac 2,4.
28. Is 65,15; 62,2.

del dolor; y a los que adulteran con ella, los arrojaré en gran tribulación si no se convierten de las obras de ella. [23] *Y a los hijos de ella los mataré sin remisión, y conocerán todas las Iglesias que soy quien escudriña riñones y corazones. Y os daré a cada uno según vuestras obras.* [24] *Y a vosotros, los que quedáis en Tiatira, cuantos no seguís esa doctrina, los que no habéis conocido las profundidades de Satán, como ellos las llaman, os digo: No echo sobre vosotros otra carga;* [25] *sino la que tenéis mantenedla hasta que yo venga.*

»" [26] *Y al vencedor y al que guarde mis obras hasta el final, le daré potestad sobre las naciones;* [27] *las regirá con vara de hierro, como se trituran los objetos de barro.* [28] *Yo le daré la estrella de la mañana, que a mi vez he recibido de mi Padre."* [29] *Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu de las Iglesias.*»

La ciudad de *Tiatira* se encuentra al norte de Lidia, sobre 19
la vía que une a Pérgamo con Sardes. No tenía la importancia de Éfeso, Esmirna o Pérgamo, pero poseía una industria floreciente, que agrupaba a numerosos gremios de artesanos [29].

La comunidad recibe un gran elogio por su condición religiosa y moral, que es ejemplar. Se alaba en particular su amor a Dios y a Cristo, su constancia en la fe, los servicios que con espíritu de sacrificio presta a los hermanos necesitados, y la paciencia con que sobrelleva las opresiones y persecuciones. Es más, en estos aspectos la comunidad ha realizado notables
progresos [30]. Debe, sin embargo, aceptar un serio reproche, 20
porque deja libertad a una mujer, Jezabel, la cual ha seducido a un buen número de miembros de la comunidad, induciéndolos a la fornicación y a los banquetes sagrados en honor de los ídolos. Es evidente que se trata, una vez más, de los nicolaítas o secuaces de Balaam [31], con la diferencia de que, mien-

29 Cf. Act 16,14.
30 Cf. Ap 2,4.
31. Ap 2,14s.

tras en Pérgamo son pocos los que profesan tal herejía, aquí, en cambio, existe un peligroso centro de esta perversión moral y religiosa.

Personaje central de ella es *una mujer*, que pretende apoyar su doctrina en una iluminación profética; los profetas, en efecto, eran en las primitivas comunidades cristianas personajes de gran importancia[32]. Esta Jezabel es seguramente una persona de carne y hueso, y no sólo el símbolo de una corriente; símbolo es, en cambio, el nombre, que se le da para relacionarla con la princesa fenicia Jezabel, quien indujo a su débil marido Acab y a gran parte del pueblo a la idolatría, de la cual era por general inseparable la fornicación[33]. Los secuaces de esta herejía pretenden haber escrutado las profundidades de Satán; esta oscura expresión parece significar que éstos se ufanaban de poseer un conocimiento más profundo (gnosis), y aseguraban haber penetrado en las misteriosas profundidades del poder satánico, que en esta forma resultaba inofensiva para ellos. Era, sin duda, un intento por defender sus aberraciones religiosas y morales. Como se ve, la doctrina de los nicolaítas tenía un marcado carácter gnóstico y libertino.

21 Ya anteriormente recibió Jezabel una corrección pública, e
incluso se le fijó plazo para hacer penitencia y convertirse; pero
22 ella no se ha dado por aludida. Por eso ahora Cristo procede
contra ella para castigarla y castigar a sus adeptos. El lecho
de dolor con que amenaza a la mujer no es sólo el símbolo
de duros castigos, sino también, más concretamente, de una
grave y larga enfermedad. Los que con ella adulteran no son
sus amantes, sino aquellos que se han dejado extraviar por
ella, aunque sin llegar a abrazar del todo su herejía; en efecto,
23 Cristo cuenta aún con su conversión. Sus hijos son todos aque-
llos que en lo espiritual han llegado a reproducir en sí los
rasgos característicos de tal madre; el castigo de éstos será la
pérdida de la vida eterna. Para otros intérpretes, los adúlteros

32. Cf. Act 13,1; 1Cor 12,28; Ef 2,10; 4,11.

33. 1Re 16,31ss; 2Re 9,22.30ss.

son los colaboradores de Jezabel, y los hijos todos los que se han dejado seducir por ella; su muerte, piensan estos autores, será efecto de la peste o de alguna otra epidemia mortal [34]. El espectáculo del castigo infligido a la mujer y a sus secuaces producirá un efecto saludable en las otras Iglesias, porque reconocerán que la mirada del Señor penetra hasta las más ocultas profundidades del corazón humano y que castiga rigurosamente todos los pecados.

Ahora se dirige Cristo a aquellos miembros de la comunidad 24
que han permanecido inmunes a la herejía; a éstos sólo les impone la obligación [35] de no dejarse arrastrar por la falsa profetisa a la fornicación y a los banquetes idolátricos. Huelga
decir que está contento de su conducta religiosa y moral; deben 25
continuar haciendo las obras por las cuales los ha elogiado (v. 19) hasta cuando él comparezca para llevar a efecto el anunciado castigo.

Al vencedor promete ante todo, con las palabras del Sal 2, 26/28
8s, que tendrá parte en el triunfo de Cristo sobre los enemigos de Dios que no aceptan convertirse [36] y en la soberanía universal que recibió del Padre. Es el mismo pensamiento expresado ya en 1,5s, pero relacionado esta vez con el fin de la era presente. «Regir con vara de hierro» [37] significa «vencer y aniquilar», es decir, entregar a la condenación eterna. Al vencedor se le promete luego la estrella de la mañana. La expresión es oscura. En 26,16 Cristo aplica a sí mismo el título de estrella que brilla en la mañana; posiblemente el pasaje significa que el vencedor tendrá parte en su poder (esto, sin embargo, se ha dicho ya en 2,26s), o que será admitido a la comunión de vida con él.

34. Cf. Ez 33,27.
35. Cf. Act 15,28. 36. Cf. Ap 17,14. 37. Cf. Ap 12,5; 19,15.

5. *A la Iglesia de Sardes*
3,1-6

[1] Y el ángel de la Iglesia de Sardes escribe: «Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: "Conozco tus obras: se dice que vives, pero estás muerto. [2] Está alerta y reanima el resto que estaba a punto de morir. Pues, delante de mi Dios no he encontrado completas tus obras. [3] Recuerda, pues, cómo has recibido y has escuchado; y guárdalo y conviértete. Porque, si no estás alerta, vendré como ladrón, sin que sepas a qué hora vendré sobre ti. [4] Pero tienes en Sardes unas pocas personas que no han manchado sus vestiduras, y andarán conmigo vestidos de blanco, porque son dignos.

»"[5] El vencedor será así vestido con vestiduras blancas. No borraré jamás su nombre del libro de la vida: y proclamaré su nombre ante mi Padre y ante sus ángeles." [6] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.»

Sardes, en otro tiempo capital del reino de Lidia, se encuentra al oriente de Esmirna. Era por esta época un emporio del comercio de lana, aunque por lo demás no pasaba de ser una simple localidad de provincia.

1 La comunidad recibe un severo reproche. Se habla de ella como de una floreciente Iglesia modelo, pero la mirada inquisidora de Cristo sabe que la gran mayoría de sus miembros está espiritualmente muerta o dormida. Muerte y sueño espiritual tienen aquí el mismo sentido[38]. En Ef 5,14 los dos términos se emplean sucesivamente con el mismo significado. Cristo ha examinado sus obras, es decir, toda su conducta moral y religiosa, pero ha hallado que delante de Dios, o sea, juzgada según el criterio de Dios, es de escaso valor. Podemos conje-

38. Para el significado de «sueño», cf. 1Tes 5,6; Rom 13,11; Ef 5,14; para el de «muerte», Mt 8,22; Lc 15,24; Jn 5,25; Rom 6,13.

turar que en Sardes se preocupaban más de las manifestacio- 4
nes externas que de la vida interior. A la comunidad se hace
además otro reproche: la mayoría de sus miembros tiene los
vestidos manchados. Debe tratarse de los mismos extravíos
que se observan en Pérgamo y en Tiatira [39].

Pese a todo, los fieles a quienes se hace tan severo reproche 2
no están completamente muertos; por eso se les dirige una
viva exhortación a despertar del sueño y a preocuparse de
aquellos que en la comunidad están en trance de muerte, a fin
de que no caigan definitivamente en la muerte espiritual. En
esto les será útil el recuerdo de las excelentes disposiciones ini- 3
ciales, cuando con tanto entusiasmo escucharon la predicación
y abrazaron la fe; la abundancia de bienes espirituales que
entonces recibieron debe ahora conservarla y hacerla eficaz,
para así volver al fervor con que en tiempos pasados practica-
ban la vida cristiana. Mas, si dejan caer en el vacío esta viva
exhortación, Cristo vendrá sobre ellos de improviso, como
ladrón en la noche, y los juzgará [40]. Si a los impenitentes se
les anuncia un riguroso castigo, también a los pocos fieles que
se han mantenido incontaminados se les promete una esplén-
dida recompensa; podrán morar con Cristo en el paraíso, ata-
viados con vestiduras blancas, las vestiduras de los ángeles y
de los escogidos.

Las palabras dirigidas al vencedor encierran tres promesas, 5
relacionadas todas con el mismo bien escatológico: 1) el vencedor llevará vestiduras blancas [41]; 2) su nombre quedará escrito en el libro de la vida, junto a los nombres de todos los que fueron escogidos para la vida eterna; quien de él sea borrado pierde el derecho a la felicidad eterna (este libro, que se menciona ya en el Sal 69; Dan 12,1, en el Apocalipsis adquiere gran importancia [42]); 3) será reconocido por Cristo en el día del juicio final [43].

---

39. Cf. Ap 14,4 40 Ap 16,15; Mt 24,43 y par; 1Tes 5,2; 2Pe 3,10.
41. Ap 3,4; 4,4; 6,11; 7,9.13.
42. Ap 13,8; 17,8; 20,12 15; 21,27; 22,19. 43. Cf. Lc 12,8; Mt 10,32

6. *A la Iglesia de Filadelfia*
3,7-13

[7] *Y al ángel de la Iglesia de Filadelfia escribe: «Esto dice el santo, el verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre sin que nadie pueda cerrar, el que cierra sin que nadie pueda abrir:* [8] *"Conozco tus obras: mira que he dejado ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar; porque tienes poca fuerza y has guardado mi palabra y no has negado mi nombre.* [9] *Mira, voy a darte algunos de la sinagoga de Satán, que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten: Mira, los voy a obligar a que vengan y se postren a tus pies, y sepan que te amo.* [10] *Porque has guardado la consigna de mi constancia, también yo te guardaré en la hora de la prueba que va a venir sobre todo el mundo, para probar a los habitantes de la tierra.* [11] *Vengo en seguida. Mantén lo que tienes, para que nadie te quite la corona.*

[12] *»"Al vencedor lo haré columna en el santuario de mi Dios, y no saldrá ya fuera jamás; sobre él escribiré el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén, la que baja del cielo, de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo."* [13] *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.»*

La ciudad de *Filadelfia*, fundada por Antíoco II Filadelfo, rey de Pérgamo (159-138 a.C.), está situada al sudeste de Sardes. Destruida por el terremoto del 17-20 d.C., fue reconstruida por Tiberio. Aunque de pocos habitantes, parece que contaba con una numerosa colonia judía.

7 Cristo se presenta como el depositario de la llave de David. La expresión viene de Is 22,22, donde Dios anuncia a Eliacím su elección para mayordomo de la corte de Ezequías («Pongo la llave [de la casa, LXX] de David sobre sus hombros, para

que cuando él abra ninguno cierre, y cuando él cierre ninguno abra»); se ha de entender aquí en sentido mesiánico, como afirmación de que Cristo, por ser el hijo de David, objeto de la promesa, tiene el poder de las llaves y decide, sin posibilidad de apelación, quién puede entrar en el reino mesiánico y quién queda excluido de él [44].

La comunidad recibe un cálido elogio, sin sombra de re- 8
proche. Todos saben que es pequeña y que sus miembros llevan una vida modesta (provienen, efectivamente, de grupos de esclavos y de pequeños comerciantes); no obstante, ha sido valiente en guardar fidelidad a la palabra de Dios y al nombre de Cristo. Se ve bien que ha tenido que superar una dura prueba. En premio de esta fidelidad, ha abierto Cristo delante de ella una puerta que a ningún poder enemigo le es dado cerrar. Comúnmente se interpretan estas palabras como la afirmación de que Cristo asegura a la iglesia de Filadelfia grandes éxitos en el apostolado misionero, tales que los adversarios no han podido impedir [45]. Otros exegetas, en cambio, opinan que en estas palabras se les promete la admisión al reino escato-
lógico de Dios, que sólo Cristo puede asegurar (cf. v. 7). Está 9
claro que todos los cristianos de Filadelfia han tenido que sufrir mucho de la hostilidad y de las calumnias de los judíos. Cristo les dará por ello satisfacción, haciendo que sus opresores reconozcan algún día, avergonzados, cómo los cristianos, los amados de Cristo, son los verdaderos hijos de Dios, y que se sientan obligados a acudir a ellos y a rendirles homenaje, al verlos reinar con Cristo [46]. La promesa de Is 49,23; 60,14, según la cual los paganos rendirán homenaje a los judíos, se cumple en el homenaje que los judíos incrédulos, no obstante haber rechazado a Cristo, acabarán por tributar al nuevo pueblo de Dios.

Cristo hace a la comunidad otra promesa de mucha impor- 10
tancia. En premio de la constancia con que han sido fieles a

44. Cf. Ap 1,18; Mt 16,19; 18,18; Heb 3,6.
45. Cf. 1Cor 16,9; 2Cor 2,12; Col 4,3.
46. Cf. Ap 2,26s.

su palabra, él la guardará en la gran prueba que se cierne sobre todos los habitantes de la tierra. Dado que en el Apocalipsis los «habitantes de la tierra» son siempre los paganos incrédulos [47], es posible que aquí tengamos una alusión a las plagas descritas en los capítulos 8, 9 y 16, de las cuales los elegidos serán preservados [48]. Mas a cambio de ello Cristo cree necesario exigir a la comunidad que permanezca firme en la fidelidad y la constancia, para evitar que la corona, símbolo de la vida eterna [49], que ya les está preparada en el cielo [50], les sea arrebatada en el último momento. La venida del Señor no se hará esperar ya por mucho tiempo.

12 Al vencedor, Cristo le promete que entrará definitivamente a formar parte del reino de Dios. La metáfora de la columna en el templo de Dios indica su posición destacada en el reino. El judaísmo tardío daba a sus jefes, y la iglesia de Jerusalén a sus personalidades más insignes, el nombre de «columnas» [51]. Los nombres escritos sobre el vencedor identifican a este último como posesión exclusiva de Dios y de Cristo [52] y morador permanente de la Jerusalén celestial [53]. El «nombre nuevo» de Cristo simboliza la nueva gloria que éste posee como consecuencia de su triunfo, y de la cual hará partícipes a los suyos [54].

7. *A la Iglesia de Laodicea*
3,14-22

[14] Y al ángel de la Iglesia de Laodicea escribe: «Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios: [15] "Conozco tus obras: que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! [16] Por eso, porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca.

---

47. Ap 6,10; 8,13; 11,10; 12,12; 13,8.12.14; 17.2.8.
48. Ap 7,1ss.
49. Ap 2,10.
50. 2Tim 4,8.
51. Gál 2,9.
52. Ap 2,17; 14,1; 19,12.
53. Ap 21,1ss.
54. Rom 8,29s.

[17] *Porque dices: Soy rico; me he enriquecido y no tengo necesidad de nada; y no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo.* [18] *Te aconsejo que compres de mí oro acrisolado por el fuego, para enriquecerte; vestiduras blancas, para vestirte y para que no quede descubierta la vergüenza de tu desnudez, y colirio, para ungir tus ojos y ver.* [19] *Yo, a cuantos amo, reprendo y castigo. ¡Ánimo, pues y conviértete!* [20] *Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo.*

»"[21] *Al vencedor lo haré sentar conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono."* [22] *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.»*

Laodicea, junto al río Lico, se halla al oriente de Éfeso. Era una ciudad rica en industrias y comercio, y sede de una floreciente escuela de medicina. La Iglesia había sido fundada allí por Epafras de Colosas, durante el ministerio de san Pablo en Éfeso [55].

Cristo se da a sí mismo el nombre de «el Amén» (equiva- 14
lente a veraz, cierto). Esta palabra se traduce e ilustra con la expresión «el testigo fiel y veraz». Él demostró ser el testigo fiel y veraz al anunciar a los hombres la revelación de Dios, pese a todo género de oposiciones, sellando luego el anuncio con su sangre. Con propiedad puede llamarse «principio de la creación de Dios», porque es el origen de ella, dado que por él fueron creadas todas las cosas [56].

La iglesia de Laodicea recibe el más severo reproche, sin 15
ningún elogio. Cristo la califica de tibia, sumida en el espíritu mundano y en la indiferencia. Es cierto que no ha caído en culpas graves, ni todavía ha renegado de Cristo (aún no está fría), pero le falta aquel espíritu de alegre entrega, el entusias-
mo y la fiel adhesión que le darían calor. Por eso provoca 16

55. Cf. Col 1,7; 4,12ss.
56. Prov 8,22; Sab 9,1ss; 1Cor 8,6; Col 1,16; Jn 1,3; Heb 1,2.

náuseas a Cristo, y éste la amenaza con vomitarla, como se
17 hace con el agua tibia, lo que equivale a desecharla. La situación es tanto más peligrosa cuanto ni siquiera se da cuenta de la miseria en que se halla, antes, plenamente satisfecha de sí, se forja la ilusión de que todo va bien. Su estado de depresión religiosa se debe en el fondo a dos circunstancias: falta de graves tribulaciones o persecuciones, que contribuyen siempre a sacudir los ánimos, y también a que goza de un notable bienestar material. Laodicea era, en efecto, una ciudad rica, con muchos bancos, fábricas y casas comerciales.

Cristo descubre sin reparos su desnudez. Cuando la comunidad hace alarde de sus riquezas, quizá piensa en su riqueza material, pero sobre todo se imagina que abunda en bienes de orden espiritual [57], sin darse cuenta de que en realidad se debate en la pobreza y en la miseria: es pobre, ciega y desnuda.
18 Por eso Cristo le aconseja que busque en él la verdadera y genuina riqueza, invitándola a comprarle a él el oro acrisolado, limpio de toda escoria, para salir de su pobreza, vestidos blancos para cubrir su desnudez, y colirio para curarse de la ceguera. Los términos en que se hace esta recomendación se comprenden mejor cuando se piensa que en Laodicea abundaban los bancos, que allí se fabricaban tejidos de color negro. y se exportaba una crema para aplicar a los ojos, elaborada en forma de barritas blandas. Los tres objetos que deben comprar a Cristo representan bienes religiosos, quizá el precioso tesoro de la gracia, la fuerza para llevar a cabo obras buenas y la virtud de la prudencia cristiana. Los castigos con que amenaza son los sufrimientos y las tribulaciones que Cristo hará venir sobre la comunidad si no se convierte [58].

19 El reproche es duro, pero procede de un corazón lleno de amor. Razón por la cual Cristo lo acompaña de la invitación a convertirse y a animarse otra vez de celo ardiente. Quien le
20 preste oídos no se arrepentirá de haberlo hecho. Él continúa,

57. Cf. 1Cor 4,7ss.

58. Cf. Prov 3,12; 1Cor 11,32; Heb 12.6ss.

en actitud de súplica, llamando a la puerta a cada miembro de la comunidad. Si alguno le abre, él entrará en su casa y comerá en su compañía, lo que equivale a decir que la concederá sentarse con él a la mesa del banquete escatológico[59].

La promesa hecha al vencedor conserva la misma perspec- **21**
tiva escatológica: al retorno de Cristo, es admitido el vencedor a participar de su realeza[60], de la misma manera que Cristo fue hecho partícipe de la soberanía del Padre celestial[61]. Aquí, como en Rom 8,34, se hace alusión al Sal 110(109)1.

---

59. Mt 7,7s; 8,11s; 22,12; 25,10.21.23; Lc 13,24-29; 14,23
60. Ap 1,6.
61 Cf. Lc 22,29s.

PARTE PROFÉTICA

EL DRAMA ESCATOLÓGICO
4,1-22,5

ESCENA INTRODUCTORIA: DIOS, SENTADO EN SU TRONO Y RODEADO DE SU CORTE, RECIBE LOS HOMENAJES QUE SE LE TRIBUTAN
4,1-11

1 *Después de esto miré; y vi una puerta abierta en el cielo.*
Y la voz aquella primera, como de trompeta, que oí hablando
conmigo, decía: «Sube acá y te mostraré lo que ha de suceder
después de esto.» 2 *Al punto fui arrebatado en espíritu. Y vi*
un trono colocado en el cielo; y sobre el trono, a uno sentado.
3 *El que estaba sentado era de aspecto semejante a una piedra de*
jaspe y sardónice. Y el nimbo que rodeaba el trono era de
aspecto semejante a una esmeralda. 4 *Alrededor del trono vi*
veinticuatro tronos; y sobre los tronos, veinticuatro ancianos,
sentados, vestidos de vestiduras blancas y con corona de oro
sobre sus cabezas. 5 *Y del trono salen relámpagos y voces y true-*
nos. Y siete antorchas de fuego están ardiendo delante del trono,
que son los siete espíritus de Dios. 6 *Delante del trono un mar*
transparente, semejante a cristal. Y en medio del trono y al-
rededor del trono, cuatro seres vivientes, llenos de ojos por de-
lante y por detrás. 7 *El primero es semejante a un león; el se-*
gundo semejante a un toro; el tercero tiene el rostro como de

hombre; y el cuarto es semejante a un águila en vuelo. [8] *Y los cuatro seres vivientes tienen cada uno seis alas; y alrededor y por dentro están llenos de ojos; y no tienen descanso ni de día ni de noche, diciendo:*

«Santo, santo, santo,
Señor Dios, todopoderoso,
el que era, el que es y el que viene,

[9] *Y siempre que los seres vivientes den gloria, honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos,* [10] *caerán los veinticuatro ancianos ante el que está sentado en el trono; y adorarán al que vive por los siglos de los siglos; y arrojarán sus coronas ante el trono, diciendo:*

[11] *«Digno eres, Señor y Dios nuestro,*
de recibir la gloria, el honor y el poder.
Porque tú creaste todas las cosas
y por tu voluntad eran y fueron creadas.»

1 Arrebatado al cielo, Juan ve una puerta abierta. La escena
reproduce aquella otra en que Esteban, lleno del Espíritu
Santo, vio el cielo abierto y la gloria de Dios, y a Jesús sen-
tado a su derecha [1]. El ángel del Apocalipsis (mencionado ya
en 1,10), de pie al lado de la puerta abierta, le ordena subir al
cielo para contemplar en visión los acontecimientos futuros
2 (tema de los capítulos 4,1-22,5). Acto seguido el vidente tiene
la sensación de ser transportado corporalmente al cielo [2]. Pese
a la invitación, no le es posible entrar, sino sólo mirar den-
tro a través de la puerta abierta.

El lugar en que recibe las visiones y donde permanece hasta 9,21 es el espacio situado frente o debajo de la puerta abierta: desde allí ve la sala del trono y la corte de Dios. El trono

---

1 Act 7,55s

2 Cf Ap 17,3; 21,10; 2Cor 12,2-4

ocupa el centro de la escena, pero nada se dice de su forma
y dimensiones. En él está sentado Dios [3]. Pero ni se da su 3
nombre, ni se describe su figura. Dios, en efecto, es invisible, y hasta los serafines deben cubrirse el rostro en presencia de él (Cf. Is 6). De ahí que el vidente no pueda mirarlo, sino sólo percibir su resplandor, semejante a la luminosidad del jaspe, piedra preciosa de colores variados [4], y de la sardónice, otra piedra preciosa de reflejos amarillentos. La descripción se inspira en Ez 1,26; 10,1. Formando bóveda sobre el trono, se levanta un arco de color verde como de esmeralda [5].

En derredor del trono de Dios se hallan dispuestas, también 4
a manera de tronos, veinticuatro sillas, y sentados en ellas veinticuatro «ancianos» (πρεσβυτέρους), vestidos de blanco y con guirnaldas o coronas de oro en la cabeza. Éstos se ocupan principalmente de rendir alabanza a Dios y al Cordero [6]. Uno de ellos dará luego al vidente la explicación de cuanto tiene a la vista [7]. En 5,8 se dirá que ellos sostienen copas de oro llenas de incienso perfumado, símbolo de la misión que tienen de hacer llegar a la presencia de Dios las oraciones de los fieles.

¿Quiénes son estos ancianos? ¿Son ángeles u hombres en estado glorioso? Ni un grupo de ancianos como el que se tiene aquí, ni el número veinticuatro aparecen nunca con valor simbólico en la literatura apocalíptica; no hay, pues, datos que permitan una respuesta segura. La gran mayoría de los comentaristas modernos opinan que se trata de ángeles, y los considera como el senado o consejo celestial de Dios, aduciendo como prueba de tal interpretación los pasajes de 1Re 2,19; Sal 89(88)8; Is 24,23 («resplandece de gloria ante sus ancianos»); Dan 7,9. Es de notar, sin embargo, que el Apocalipsis no hace la menor alusión a que Dios tome consejo de los veinticuatro ancianos. Tampoco podría considerárselos como los miembros del tribunal divino, ya que no ejercen ningún género de fun-

3 Cf Is 6,1. 4. Cf. Ap 21,11. 5. Ez 1,27s.

6 Ap 4,9-10; 5,8-11; 11,16-18; 19, 4.

7 Ap 5,5, 7,13s.

ciones judiciales, sino que su única ocupación es alabar a Dios [8].

En cuanto al número veinticuatro, algunos lo relacionan con las veinticuatro clases sacerdotales del judaísmo, presididas por otros tantos «príncipes», que más tarde reciben el nombre de «ancianos» [9], o bien con los veinticuatro grupos de cantores del templo [10]. No falta quien lo haga derivar de la astronomía babilónica, que fija en veinticuatro la cifra de las divinidades estelares del zodíaco, de las cuales doce habitan en las regiones septentrionales y doce en las regiones meridionales [11]. Para otros autores, los veinticuatro ancianos son hombres en estado glorioso (los santos del cielo), y, más exactamente, los representantes de la Iglesia; se trata, pues, sólo de figuras alegóricas. Están sentados sobre tronos [12], precisamente para simbolizar que los cristianos asisten a Cristo en el ejercicio de su función judicial y reinan con él en el cielo. El número veinticuatro indica que la Iglesia es la reunión del pueblo de Israel (compuesto de doce tribus) y de los pueblos de la tierra; cada porción de doce representa a la Iglesia antes y después de Cristo. Con todo, no se descarta la posibilidad de que el número en cuestión guarde relación con las veinticuatro clases sacerdotales. Recientemente se han aportado nuevas modalidades a esta interpretación, viendo en los ancianos a otros tantos patriarcas del Antiguo Testamento, figuras del colegio de ancianos del pueblo celestial de Dios; corresponden en el cielo al colegio de los presbíteros que en la Iglesia de la tierra el obispo conservaba en torno de sí. Están sentados sobre tronos, simplemente porque así solemos imaginarnos todos a un consejo de ancianos. Las coronas de oro simbolizan la posición eminente que los antiguos patriarcas ocupan en el reino de Dios; las vestiduras blancas no indican otra cosa que su pertenencia al reino celestial.

5 La mirada del vidente se dirige de nuevo al trono divino, del cual proviene un gran ruido e incesantes relámpagos y

8. Ap 4,10; 5,9; 11,16.
9. Cf. 1Par 24,5ss; 2Re 19,2.
10. Cf. 1Par 25,1ss.
11. Diodoro de Sicilia II, 31.
12. Cf. Dan 7,9s.

truenos[13]. El espectáculo recuerda la promulgación de la ley en el Sinaí[14] y la aparición de Dios en Ez 1,13. En el Antiguo Testamento la tempestad acompañada de relámpagos y truenos es un símbolo corriente de la potencia y majestad de Dios cuando se revela[15]. El gran ruido de que se habla es el mismo que acompaña los truenos y relámpagos. Dentro del círculo formado por los tronos de los ancianos, pero fuera del círculo de los cuatro seres vivientes y, ciertamente, ante el trono de Dios, arden siete antorchas, que se interpretan como símbolos de los siete espíritus de Dios, los mismos de que se hace mención también en 1,4; 3,1; 5,6. Es ésta la primera vez que el vidente los contempla en visión. Si estos siete espíritus simbolizan el Espíritu septiforme de Dios, su representación en forma de antorchas significa que nada en el mundo escapa a la mirada del Señor. Según Aretas de Cesarea, tales espíritus son figura de los «ángeles de la presencia», es decir, de la clase suprema de las jerarquías angélicas[16].

Delante del trono se encuentra un mar de cristal. Confor- 6
me a la concepción oriental, se levanta el cielo sobre un océano celeste; así se explica por qué el espacio que se extiende por debajo y al frente del trono de Dios se asemeja a un mar inmenso, pero cuya superficie es consistente como el vidrio y transparente como el cristal[17]. Este mar da una idea de la distancia que media entre Dios y el vidente, como también de la trascendencia divina. «En medio del trono y alrededor del trono», permanecen de pie cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. Siendo sólo cuatro, están más cerca del trono que los veinticuatro ancianos. Su posición viene indicada con una frase oscura, a la cual no se ha dado aún explicación satisfactoria; probablemente significa que el espacio que rodea el trono está como dividido en cuatro sectores, y que en el centro de cada uno de éstos se encuentra uno de los

13. Cf. Ap 8,5; 11,19; 16,18.
14. Éx 19,16.
15. Sal 18 (17)14; 50,3.
16. Aretas de Cesarea 8,2.
17. Cf. Ap 15,2; 22,1.

vivientes, formando así como un círculo a los pies del trono. Es verdad que de estar así dispuestos, Juan no habría podido ver sino a tres, pues el cuarto le quedaría oculto por el trono. Pero hay que admitir que estas cuatro figuras le eran ya conocidas por Ezequiel y por la tradición. Otros entienden que los cuatro vivientes se hallaban a mitad de la altura del trono («en medio del trono»), dispuestos en tal forma que sólo lo rodeaban en semicírculo y por la parte visible. El término griego con que son designados, que corresponde al vocablo hebreo usado por Ezequiel, podría implicar la idea, aunque no necesariamente, de que los cuatro vivientes presentaban figura de animales. Su cuerpo está cubierto de ojos por todas partes.

7 El primero de estos seres tiene la apariencia de un león,
aunque no lo es en realidad; el segundo se asemeja a un toro
(joven y fuerte), el tercero tiene rostro de hombre, pero no
se dice qué figura presenta el resto del cuerpo; el cuarto se
parece a una águila con las alas extendidas. Como se ve, su
apariencia es más de animales que de hombres; pero de hecho
no son ni animales ni hombres, sino sublimes seres angélicos,
dignos de estar muy cerca de Dios. El hecho de que sean de-
signados como seres vivientes, en parte semejantes a deter-
minados animales o especies de animales, y en parte, al hom-
bre (animales salvajes y domésticos, aves), parece sugerir la
idea de que en ellos se ve simbolizada la vida de las criaturas
en el estado de incorruptibilidad propio del paraíso. Concre-
tamente, el león simboliza lo más noble, el toro lo más fuerte,
el hombre lo más inteligente y el águila lo más veloz de cuan-
8 to hay en el mundo. Cada uno de estos cuatro seres tiene seis
alas, de las cuales las dos del centro, como en los serafines
de Is 6,2, están abiertas para volar. Por la parte exterior como
por la interior, las alas están completamente cubiertas de ojos,
como para expresar que nada escapa a su mirada.

Para terminar, Juan habla de lo que constituye la ocupación de la corte divina: ofrecer incesantemente homenajes a

Dios. El vidente refiere incluso las palabras con que tales alabanzas se expresan. El canto de los cuatro vivientes, réplica del trisagio de los serafines de Is 6, glorifica a Dios como santo, omnipotente y eterno, o, en otros términos, realza su misteriosa
naturaleza. Al de los vivientes, los ancianos agregan cada vez 9
su propio canto de alabanza a Dios, celebrándose como Creador de todas las cosas, a quien corresponde alabanza, honor y poder sobre todas las criaturas. Este cántico resonará de nuevo cuando llegue el fin [18]. Al rendir su homenaje, los ancianos se postran en tierra delante de Dios en señal de la más profunda reverencia, y se despojan de su coronas en reconocimiento de que su gran dignidad la deben a Dios.

18. Ap 11,17; 12,10; 19,1.

Acto primero: LOS ACONTECIMIENTOS QUE PRECEDEN A LA LUCHA ENTRE DIOS Y SATÁN 5,1-11,14

1. *Visión de los sellos* 5,1-8,1

El libro sellado es entregado al Cordero para que lo abra 5,1-14

[1] *Y ví a la derecha del que estaba sentado en el trono un*
rollo escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.
[2] *Y vi a un ángel poderoso que pregonaba con gran voz: «¿Quién*
es digno de abrir el rollo y de soltar sus sellos?» [3] *Y nadie, en*
el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el rollo ni
examinarlo. [4] *Y yo lloraba mucho, porque nadie fue hallado*
digno de abrir el rollo y de examinarlo. [5] *Y uno de los ancianos*
me dice: «Deja de llorar; que ha vencido el león de la tribu de
Judá, la raíz de David, para abrir el rollo y sus siete sellos.»
[6] *Y vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes,*
y en medio de los ancianos, a un Cordero en pie, como dego-
llado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete
espíritus de Dios enviados por toda la tierra. [7] *Y vino y lo*
tomó de la derecha del que estaba sentado en el trono. [8] *Y cuan-*
do tomó el rollo, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro

ancianos cayeron ante el Cordero, teniendo cada uno una cítara y copas de oro, llenas de incienso, que son las oraciones del pueblo santo. [9] *Y cantan un cántico nuevo, diciendo:*

«Digno eres de tomar el rollo
y de abrir sus sellos,
porque fuiste degollado,
y rescataste para Dios con tu sangre
a hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación.
[10] *Y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes,*
que reinarán sobre la tierra.»

[11] *Y miré; y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono*
y de los seres vivientes y de los ancianos. Y era su número
miríadas de miríadas y millares de millares, [12] *que decían con*
gran voz:

«Digno es el Cordero que fue degollado
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría,
la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.»

[13] *Y todos los seres creados que están en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y todo cuanto en éstos hay, oí que decían:*

«Al que está sentado en el trono y al Cordero
la bendición y el honor y la gloria
y la fortaleza por los siglos de los siglos.»

[14] *Y los cuatro seres vivientes decían: «Amén»; y los ancianos se postraron y adoraron.*

El capítulo cuarto se detenía a presentar los actos de homenaje y adoración en que sin cesar se ocupa la corte divina; ahora se narra un hecho excepcional que sucede en la sala

del trono de Dios, y con el cual se inicia todo el drama escatológico, que de aquí en adelante se desarrolla ante los ojos del vidente. El capítulo cuarto constituye, pues, el fondo para el quinto.

1 En la diestra de Dios, abierta y extendida, Juan ve un libro escrito por dentro y por fuera, y cerrado con siete sellos. Éste no tiene, como nuestros libros, la forma de «códice», sino de un rollo de papiro o de pergamino escrito por las dos caras, circunstancia que designa la riqueza de su contenido; en los papiros, en efecto, era de uso escribir solamente por la parte lisa (anverso). Del rollo que Dios tenía en la mano, el vidente podía ver sólo una parte de lo escrito en el lado exterior; lo del interior sólo podía leerse abriendo el rollo. Para sellar un libro se ataba con una cinta, y ésta a su vez se aseguraba con sellos. En los documentos griegos era costumbre, aunque no prescripción obligatoria, poner siete sellos, uno por quien lo expedía y seis por los testigos. El rollo de nuestro pasaje tiene un precedente en Ez 2,9s: «Miré y vi que se tendía hacia mí una mano que tenía un rollo. Lo desenvolvió ante mí y vi que estaba escrito por delante y por detrás, y lo que en él estaba escrito eran lamentaciones, elegías y ayes.»

El vidente no comunica nada acerca de lo que contenía el libro, ni tampoco lo hará después de la apertura de los sellos; no dice siquiera si el Cordero lee o no lo que está escrito en él, sino sólo que rompe los sellos uno después de otro, y que a la apertura de cada uno de ellos siguen los sucesos contemplados en visión. La rotura de los sellos y la apertura del rollo no tiene, pues, por fin único dar a conocer el argumento del libro, desconocido hasta este momento, sino, además, llevar a efecto los decretos divinos en él contenidos, aunque, por ahora, sea sólo en visión. De todas maneras, su realización histórica no se hará esperar mucho. Por eso el vidente debe comunicar sus visiones a las comunidades cristianas[1].

1. Ap 22,10.

Con todo, a pesar de que Juan omita decirlo, no es difícil determinar cuál era, en conjunto, el contenido del libro. Efectivamente, si el drama escatológico se inicia con la apertura de los sellos, podemos tener la seguridad de que el rollo contiene los decretos divinos relativos al cumplimiento de la salud. Estos decretos comprenden tanto los juicios divinos sobre el mundo y sobre el género humano, especialmente sobre el reino enemigo de Cristo, como la culminación de la historia del mundo y de los hombres con la creación de un mundo nuevo y el establecimiento del reino eterno de Dios. Se podría, pues, admitir, que el libro contenía el conjunto de los hechos presentados en 6,1-22,5. No pocos comentaristas objetan, sin embargo, que un rollo cerrado con siete sellos no se puede comenzar a leer mientras no hayan sido rotos todos éstos, y que ni siquiera es posible imaginar un rollo cerrado en tal forma y que en él se pueda leer un pasaje cada vez que se abre un sello. La objeción no carece de fundamento. Pero, dado que con la apertura del séptimo sello empiezan a sucederse orgánicamente las visiones de las siete trompetas, y que de la séptimo trompeta se pasa inmediatamente al juicio final, el libro debía contener al menos los sucesos descritos en los capítulos 8,1-22,5, quizá con exclusión de algunos pasajes, tales como el capítulo 11 (correspondiente al contenido del «pequeño rollo» mencionado en 10,2.8ss) y del capítulo 12. Pero, si se toma en cuenta que el curso de los hechos escatológicos se pone en marcha desde el momento en que comienza la apertura de los sellos, es lógico que las plagas descritas en esta primera parte no se pueden excluir del contenido del libro[2].

El momento en que se ha de resolver y llevar a efecto el 2
plan concerniente al fin del mundo, ha sido fijado por Dios y sólo él lo conoce[3]. Es también él quien da la señal para su ejecución, aunque personalmente sea otro quien abre el libro sellado. Mientras Juan aguarda, impaciente, a que esto suceda,

2. Cf. el exc. *Estructura del Apocalipsis*, p. 102.
3. Mc 13,32; Act 1,7.

oye cómo un ángel, con voz potente que se difunde por todo
el orbe, pregunta a la creación entera quién es digno de abrir
el libro y de poner en marcha el curso de los acontecimientos
3 escatológicos. Pero, en los tres reinos en que está dividido el
4 universo[4], nadie es capaz de hacerlo, y esto arranca al vidente
5 lágrimas de amargura. Uno de los ancianos lo reanima entonces, comunicándole que hay uno digno de hacerlo: el león de la tribu de Judá, el vástago de David. Se trata de dos títulos mesiánicos provenientes del AT; el primero se lee en Gén 49,9 y designa al Mesías como al ansiado dominador de la tribu de Judá[5]; el segundo, tomado de Is 11,1.10, como al vástago de la estirpe de David[6]. Mas el derecho y la dignidad suficientes para abrir el libro, Cristo no los tiene en virtud de sus relaciones especiales con Dios ni de la perfección de su vida terrena, sino por la victoria sobre Satán y sobre el mundo a éste sometido, victoria que alcanzó con la muerte de cruz[7]. Gracias a ella libertó al género humano de la sujeción al enemigo de Dios y conquistó para sí un pueblo santo, escogido de entre todas las naciones; gracias también a ella se hizo posible el juicio contra las potencias hostiles a Dios[8] y se echaron las bases para la fundación del reino escatológico. Todo esto es el objeto del designio divino contenido en el libro sellado. Por eso el crucificado, el Cordero degollado, es el único digno de recibir el libro y de romper sus sellos.

6 Las palabras de aliento del anciano llevan al vidente a fijarse en la presencia de una figura que evidentemente no ha notado aún: un cordero que se presenta como degollado, es decir, que muestra en el cuello las señales de la herida que le produjo la muerte; tiene siete cuernos y siete ojos. El cordero permanece delante del trono de Dios, en el espacio que separa a los cuatro vivientes de los veinticuatro ancianos. Este cordero es Cristo crucificado y triunfante; la figura en que está

4. Cf. Flp 2,10s.
5 Cf. Heb 7,14.
6. Cf Rom 15,12.
7. Ap 5,9; cf. 3,21; Jn 12,31s; 16,33.
8. Cf. Ap 12,5ss.

representado constituye una reminiscencia de la profecía del siervo sufriente de Dios, «conducido al sacrificio como un cordero» [9].

Los siete cuernos y los siete ojos simbolizan la plenitud de poder y de conocimiento de Cristo glorioso. Ya en el AT el cuerno es símbolo de fuerza [10]. Con los siete ojos conoce Cristo cuanto sucede sobre la tierra. El autor mismo interpreta los siete sellos como los siete espíritus de Dios enviados sobre toda la tierra, y lo hace entendiendo en sentido mesiánico el pasaje de Zac 4,10, donde se dice que las siete lámparas del candelabro son los ojos de Yahveh, que llegan a todos los rincones del mundo. Si los siete espíritus equivalen al único Espíritu septiforme de Dios [11], hay que admitir que el autor alude al envío del Espíritu Santo por Cristo glorificado [12]. El Espíritu, en efecto, pertenece tanto al Padre como al Hijo [13].

El Cordero recibe ahora de manos de Dios el libro sellado, 7
para abrirlo y dar así cumplimiento a los derechos de Dios. 8
El solemne acontecimiento es celebrado por toda la creación con cantos de júbilo. Los primeros en presentar sus homenajes al Cordero son los cuatro seres vivientes y los ancianos, es decir, los más próximos al trono. Los ancianos, que tienen en la mano arpas, el instrumento con que era tradición acompañar el canto de los salmos, y copas llenas de perfumes, sostienen sus cantos con música, y de las copas hacen subir hasta Dios nubes de incienso perfumado. El vidente mismo se encarga de dar a conocer el significado del incienso, presentándolo como símbolo de las oraciones de los santos, es decir, de los fieles de la tierra [14]. Las oraciones que los ancianos ofrecen a Dios no tienen relación con las necesidades privadas de los fieles, son una súplica en que se pide la pronta realización

9. Is 53,7; cf. Jn 1,29; Act 8,32; 1Pe 1,19; Heb 9,14.
10. Dt 33,17; 1Sam 2,10; cf. Lc 1,69
11. Cf. Ap 1,4; 4,5.
12. Lc 24,49; Gál 4,6; Jn 20,22.
13. Cf. Ap 4,5 y 6,6.
14. Cf. Sal 141(142)2 según los LXX y Ap 8,3.

de los misteriosos designios de Dios, escritos en el libro. De
9 su cántico se dice que es «nuevo»; este epíteto, sacado de los
Salmos [15], significa que hasta ahora no lo han ejecutado, porque
aun no había llegado la ocasión; en él ensalzan la obra redentora de Cristo, gracias a la cual se creó la nueva comunidad
de Dios, cuyo precio es la sangre del Cordero [16]. Los miembros
de la comunidad provienen de todos los pueblos de la tierra,
10 sin distinción de lengua ni de raza [17]. Han sido reunidos a fin
de constituir un reino para Dios y elevados a la dignidad sacerdotal [18], y tendrán parte en el reino eterno de Dios.
11 El vidente oye otra multitud de seres celestiales que rinden
homenaje al Cordero: son ángeles en número incalculable [19],
que colman el espacio en torno a los veinticuatro ancianos. Las
12 alabanzas de éstos celebran no tanto la redención y los frutos
que ella ha producido para el bien de los hombres, cuanto
el premio eterno que el Cordero mereció por haber sido su
autor. La enumeración que en su homenaje hacen de siete títulos, tiene ciertamente valor simbólico, y designa la plenitud
13s de gloria y de poder que recibió el Cordero. El canto de alabanza de los ángeles se extiende luego a todos los ámbitos de
la creación [20]. Juan no ve a las criaturas que alaban a Dios,
sólo oye sus voces; también los cuatro vivientes las oyen, por
hallarse cerca del trono, y responden con el amén. La creación prorrumpe en exclamaciones de alegría, porque, con la
apertura del libro sellado, llegará el momento en que también
ella se verá libre de la antigua maldición y tendrá parte en la
revelación de los hijos de Dios [21]. Con este grandioso homenaje
de toda la creación a Dios y al Cordero termina la liturgia
celestial.

15. Por ejemplo Sal 33 (32)2.
16. 1Cor 6,20, 7,23.
17. Dan 3,7; 6,26.
18. Ap 1,6.
19. Dan 7,10.
20. Éx 20,4
21. Rom 8,18ss; Ap 20,11; 21,1 4s; 22,2.

La apertura de los cuatro primeros sellos: los jinetes del Apocalipsis
6,1-8

[1] *Y vi cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos,*
y oí a uno de los cuatro seres vivientes que decía como con voz
de trueno: «Ven.» [2] *Y miré; y apareció un caballo blanco; y*
el que lo montaba, llevaba un arco; y le fue dada una corona
y salió vencedor y para vencer.

[3] *Y cuando el Cordero abrió el segundo sello, oí al segundo*
ser viviente que decía: «Ven.» [4] *Y salió otro caballo, rojo;*
y al que lo montaba se le dio el poder de quitar la paz de la
tierra y de hacer que se degollaran unos a otros, y se le dio una
gran espada.

[5] *Y cuando el Cordero abrió el tercer sello, oí al tercer ser*
viviente que decía: «Ven.» Y miré, y apareció un caballo negro,
y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. [6] *Y oí como*
una voz en medio de los cuatro seres vivientes que decía: «Una
medida de trigo por un denario; y tres medidas de cebada por
un denario. Pero el aceite y el vino no los dañes.»

[7] *Y cuando el Cordero abrió el cuarto sello, oí la voz del*
cuarto ser viviente que decía: «Ven.» [8] *Y miré; y apareció un*
caballo bayo; y el que montaba sobre él tenía por nombre la
Peste, y le acompañaba el Hades. Les fue dada potestad sobre
la cuarta parte de la tierra para matar con espada, con hambre
o con peste y con las fieras de la tierra.

Las cuatro primeras visiones, las de los célebres jinetes del Apocalipsis fijadas en el lienzo con todo su horror por la mano maestra del pintor Alberto Durero, representan un grupo homogéneo de plagas. El modelo de los cuatro caballos, de colores diferentes, se halla en las visiones nocturnas de Zacarías [22]. Sin embargo, el contenido de las visiones de Juan tiene

22. Ap 1,18ss; 6,1ss.

poco que ver con las del profeta. Los cuatro jinetes desencadenan sobre los habitantes de la tierra plagas espantosas, las mismas que Jesús, en el discurso escatológico, designa como «el comienzo de los dolores» [23]: la guerra, el hambre, la peste, que son los azotes principales de los tiempos de calamidad [24], y fueron en otro tiempo objeto de las amenazas de los profetas (espada, hambre y peste) [25]. Es muy probable que estos jinetes y las plagas que traen consigo tengan un fondo propio en la historia de la época, y sean símbolo de los partos, quienes, desde la victoria alcanzada en el año 62 d.C. por su rey Vologesio, representan para Roma el enemigo más peligroso, hasta el punto de llegarse a creer que el imperio terminaría aniquilado por una potencia oriental.

1s El *primer jinete* inicia la guerra victoriosa. Lleva el arco, que es el arma de la caballería entre los partos, y recibe una corona, o sea, la promesa de la victoria; monta un corcel blanco, al estilo de los reyes partos cuando están en el campo de batalla. Su irrupción en el imperio romano provoca plagas que están representadas en los tres jinetes que siguen (espada, hambre, peste).

Algunos comentaristas creen ver en el primer jinete bien sea el anuncio anticipado de la victoria de Cristo, que en 19,11ss aparece montando un corcel blanco, o bien una imagen de la carrera victoriosa del Evangelio desde la resurrección de Cristo hasta los días del vidente [26]. Pero se trata de una opinión insostenible, no sólo porque los cuatro jinetes son portadores de plagas, sino porque, además, parece ilógico que en una misma visión Cristo aparezca bajo dos figuras diversas, la del Cordero que abre los sellos y la del jinete que empuña el arco.

3s El *segundo jinete* es símbolo de las sangrientas batallas, que son consecuencia de la invasión de los ejércitos enemigos.

23. Mt 24,8 24. Mc 13,7s; Lc 21,10s.
25. Ez 6,11s; 7,15; 12,16; Jer 14,12; 15,2; 21,7.9, etc.
26. Cf. Mc 13,10.

Por eso está sentado sobre un corcel de color de sangre, y recibe la espada [27].

Con el *tercer jinete* sobreviene una mala cosecha, y como 5s
consecuencia de ella la carestía y el hambre. El pan, alimento del hombre común, alcanzará un precio exorbitante a causa de la mala cosecha. La balanza en manos del jinete es signo de una grave situación de miseria [28] e indica la escasez y la carestía de los víveres. La medida de trigo (χοῖνιξ) era la ración diaria de un jornalero. Una medida llegará a costar un denario, vale decir, el valor de un día de trabajo [29], y tres medidas de un grano inferior, como la cebada, costarán igualmente un denario. Así, pues, la sola ración diaria de pan será suficiente para consumir toda la ganancia de un obrero. Según Cicerón en tiempo normal se pagaba un denario por doce medidas de trigo, y medio denario por doce medidas de cebada [30].

Carestía y hambres colectivas no eran cosa rara en la antigüedad [31]. Según un edicto de L. Antistio Rústico, legado de Domiciano, descubierto en Antioquía de Pisidia en 1924 [32], en los años 92 ó 93 sobrevino en Asia Menor una carestía general, que hizo necesaria la intervención oficial en la venta de los cereales y la fijación de precios límites. No resulta muy clara la orden que se da al jinete de no hacer daño al aceite (los olivares) y al vino (los viñedos); tal vez quiere decir que los cereales se encarecerán tanto que consumirán el jornal diario, pero que los olivos y las vides producirán frutos abundantes, con lo cual la miseria no llegará hasta revestir caracteres de tragedia (cf. v. 8: «la cuarta parte de la tierra»).

El *cuarto jinete*, la muerte, aparece sobre un caballo bayo, 7s
del color de los cadáveres. Como su presa va a parar al mundo de los muertos, lo sigue una segunda figura, la del Hades, o los infiernos, que lo acompaña, como escudero o montado sobre

27. Cf. Mt 10,34.
28. Lc 26,26; Ez 4,16.
29. Mt 20,2.
30. CICERÓN, *In Verrem* III, 18.
31. Cf. el comentario a Act 11,28.
32. Cf Act 13,14.

su mismo caballo, para recibir los muertos. Muerte y hades aparecen siempre como personas en el Apocalipsis[33].

La frase «les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra» y lo que sigue se refiere a los cuatro jinetes. Las armas con las cuales ellos pueden dar muerte coresponden a los juicios punitivos anunciados contra Jerusalén en Ez 14, 21 (la espada, el hambre y las fieras son los equivalentes, en el Apocalipsis, del segundo, tercero y cuarto jinetes respectivamente). Las epidemias son la consecuencia ordinaria de las carestías y de las guerras. En las regiones devastadas llegan a abundar las fieras.

Los cuatro jinetes no son ángeles vengadores, sino que hay que considerarlos como personificaciones alegóricas de las plagas que traen consigo. Guerras, hambres y epidemias, con las espantosas consecuencias que acarrean al hombre, abundan en todo el curso de la historia humana (cf. la invocación de las letanías de todos los santos: «De la peste, el hambre y la guerra, líbranos, Señor»). Para nuestro modo de ver, éstas se originan en causas naturales; para el vidente, en cambio, tienen al mismo tiempo un sentido apocalíptico, en cuanto anuncian por anticipado el fin de la historia, que Dios va preparando, y son, por tanto, mensajeros del juicio final.

Estructura del Apocalipsis.

El Apocalipsis presenta tres series de siete plagas (o bien sólo seis) cada una, que se producen al abrir siete sellos, al hacer sonar siete trompetas y al derramar siete copas. Cada una de estas series aventaja a la anterior en intensidad; pero aun dentro de cada serie es evidente que se da cierto progreso. Las tres series están conectadas unas a otras, dado que la apertura del séptimo sello señala el momento de tocar las trompetas, y el toque de la séptima trompeta es la señal para empezar a derramar las copas de la ira de Dios.

33. Cf. el exc. a 9,1; también especialmente, 20,13s.

A decir verdad, el vidente no ve aparecer el ángel de las copas en el momento mismo en que suena la séptima trompeta [34], sino sólo más tarde [35]. Pero, como en 11,14 se dice que la séptima trompeta abre paso a la última de las tres amenazas anunciadas en 8,13, cuyo cumplimiento coincide con el toque de la quinta, de la sexta y de la séptima trompeta, se puede concluir que las plagas de las siete copas son la realización de la tercera amenaza, o, lo que es lo mismo, se identifican con las plagas anunciadas por la séptima trompeta.

Estas plagas representan el juicio de Dios sobre la naturaleza y sobre la humanidad, que se cumple en el tiempo; a propósito de las plagas de las copas se dice expresamente que ellas son la última y plena ejecución de la ira divina [36]. Como todos los juicios punitivos de Dios se cumplen en el tiempo, también estas plagas buscan mover a los hombres a penitencia y conversión; esto se dice repetidas veces en forma indirecta [37] y se afirma luego directamente en la exhortación que precede a las siete copas [38].

Las plagas de las copas hieren a los paganos, sumidos en la idolatría y en el vicio, y adoradores del Anticristo, personificado en la bestia [39]. Es lo que resulta claramente de 16,2.5-7. 9.10-11.19.21. Las de la quinta y la sexta trompetas alcanzan sólo a los hombres que no llevan en la frente el sello de Dios [40]. Las primeras cuatro trompetas desencadenan azotes sobre la naturaleza, y sólo indirectamente hacen daño a los hombres, en cuanto destruyen sus medios de subsistencia [41]. Los «siervos de Dios», es decir, los elegidos, reciben el sello antes de la segunda serie de plagas [42]. Se puede inferir de aquí que sólo en la segunda serie y en la tercera, es decir, de 9,1 en adelante, se lleva a efecto el juicio de Dios contra la humanidad idólatra y esclava de los vicios, juicio que debe pasar por alto a los

34. Ap 11,15.
35. Ap 15,1.
36. Ap 15,1.
37. Cf. Ap 9,20s; 16,9.11.
38. Ap 14,7.
39. Ap 13,1.
40. Ap 9,4.
41. Cf. Ap 8,11.
42. Ap 7,2ss.

elegidos. Los castigos de estas dos series reproducen de cerca las diez plagas de Egipto, las cuales atacaron sólo a los egipcios, que oprimían al pueblo de Dios hasta llegar casi a exterminarlo, pero ningún daño causaron a los israelitas.

Por el contrario, las plagas de los sellos se extienden a toda la humanidad. No constituyen tampoco, como las otras, castigos extraordinarios, sino que son acontecimientos que el curso normal de la historia trae consigo, como guerras, hambres, grandes mortandades (efectos de la peste y las epidemias), terremotos. Son hechos espantosos que también Jesús menciona en el discurso escatológico [43]. Estrictamente hablando, éstos no tienen carácter escatológico, ya que se repiten periódicamente; pero la apocalíptica, que cree inminente el fin del mundo, los coloca en esta perspectiva, considerándolos anuncio anticipado de los acontecimientos finales. El propio Jesús los llama «comienzo de los dolores», pese a que no anteceden inmediatamente al fin [44]. Así se comprende por qué estos fenómenos espantosos son el preludio de las plagas apocalípticas y sirven de fondo a la apertura del libro sellado que contiene los designios de Dios relativos al fin.

Llegamos con esto al problema de la relación cronológica que guardan entre sí las tres series de plagas. Victorino de Pettau († hacia 305) sostuvo la tesis de que el Apocalipsis no describe una serie de acontecimientos sucesivos, sino que en ciertas partes repite (recapitula) lo que ya ha dicho; esta teoría de la recapitulación ha encontrado numerosos partidiarios hasta nuestros días (por ejemplo, Allo). Sucesión de hechos históricos se daría sólo en los acontecimientos que acompañan la apertura de los primeros seis sellos; la apertura del sexto sello lleva ya a la época de la última persecución, la de Diocleciano, durante la cual vivía Victorino. Las visiones de las trompetas y de las copas presentarían dos veces los castigos infligidos a los incrédulos en los últimos tiempos, y en este cuadro las

43. Mc 13,7ss.
44. Lc 21,9.

visiones de las copas completarían las de las trompetas. Esta opinión podría aducir en su favor varios argumentos, en particular la estrecha correspondencia que se observa entre las cuatro primeras plagas de la serie segunda y de la tercera.

Existen, sin embargo, razones más fuertes, quizá decisivas, en favor de la interpretación contraria, que ve en las tres series de plagas el anuncio de otros tantos hechos escatológicos que se han de suceder en el mismo orden cronológico, y en tal forma que las plagas provocadas por la apertura de los sellos y los toques de trompeta simbolizan las angustias que preceden, a manera de preludio, al tiempo de la opresión propiamente dicha de la Iglesia. Las plagas de las trompetas y las de las copas no coinciden, ya que las copas son la ejecución de la tercera amenaza, son además el cumplimiento de la ira de Dios [45] y presuponen la situación descrita en el capítulo 13 [46], a la cual sirven evidentemente de conclusión. Con la quinta ttrompeta, que corresponde a la primera amenaza, se aproximan las visiones relativas al tiempo de la gran tribulación bajo el dominio del Anticristo: una estrella (que es un ángel) abre el abismo, del cual saldrá pronto la bestia [47].

Los capítulos 12 y 13 colocados entre las visiones de las trompetas y las de las copas, tienen por fin poner de relieve la hostilidad de Satán y de sus secuaces contra el Mesías y su Iglesia. Tal hostilidad comienza desde el instante mismo en que nace el Mesías [48]. No pudiendo hacer nada contra la persona misma del Mesías [49], Satán dirige sus ataques contra la Iglesia, que es la sociedad de sus fieles [50]. Los ataques llegan a su punto culminante en la batalla decisiva que la bestia del abismo, el Anticristo, desencadena para aniquilar a los fieles [51]. Pero fracasa en sus propósitos, porque Dios y Cristo glorificado salen a responder al ataque y, en el juicio final, aniquilan a sus enemigos.

45. Ap 15,1.
46. Cf. Ap 16,2.10.19.
47. Ap 11,7; 17,8.
48. Ap 12,4.
49. Ap 12,5.
50. Ap 12,13 17.
51. Ap 13,1-18.

La apertura del quinto sello: los mártires claman venganza y se los consuela con la promesa de que pronto serán escuchados
6,9-11

[9] *Y cuando el Cordero abrió el quinto sello, vi al pie del altar las almas de los degollados por causa de la palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron.* [10] *Y clamaron con gran voz, diciendo: «¿Hasta cuándo, oh Soberano, santo y veraz, estarás sin juzgar y sin vengar nuestra sangre de los habitantes de la tierra?»* [11] *Y se les dio a cada uno una túnica blanca; y se les dijo que estuvieran tranquilos todavía un poco de tiempo, hasta que se completase el número de sus consiervos y de sus hermanos, que iban a ser muertos como ellos.*

9 La sala del trono se ha convertido en templo, y al abrirse el quinto sello Juan ve lo que en el cielo corresponde al altar de los holocaustos del templo de Jerusalén, y al pie del altar las almas de los que fueron degollados por su fidelidad y por haber tenido la constancia y el valor de confesar la palabra de Dios y de dar testimonio de Jesús hasta la muerte. Son los mártires cristianos del pasado, en especial los de la persecución de Nerón (cf. v. 10: «¿Hasta cuándo...?»). Ellos ofrecieron a Dios la propia vida en sacrificio[52], y en premio son admitidos desde ahora a permanecer cerca de él, a pesar de que todavía no han recibido la recompensa definitiva. Para comprender por qué el vidente contempla las almas de los mártires al pie del altar de los holocaustos, importa tener presente que en el templo terreno la sangre de las víctimas se vertía al pie del altar y que, según la concepción del AT, la sangre es la sede del alma[53].

10 Los mártires claman a Dios pidiendo juicio, venganza y

52. Cf. también Flp 2,17; 2Tim 4,6
53. Gén 9,4; Lev 17,11.14; Dt 12,23.

satisfacción por la sangre que ellos ofrecieron inocentemente. Su clamor no es, sin embargo, fruto de un sentimiento de venganza personal, sino de un vivo deseo de que Cristo venga a juzgar y a consumar todas las cosas. «Es el clamor por el dominio de la justicia divina, que debe manifestarse e imponerse, conforme a la promesa infalible de Dios. No es posible que los siervos de Dios continúen siendo perseguidos, burlados, asesinados; es preciso que llegue el día definitivo de la rendición de cuentas, en que cada cual ocupe su verdadero puesto y en que toda injusticia sea castigada» (Wendland). El clamor de las almas de los mártires no desdice en nada del espíritu cristiano; en efecto, Jesucristo mismo prometió redención a sus fieles que, perseguidos y oprimidos, claman a él venganza [54].

En respuesta a su súplica, las almas de los mártires reciben **11**
una túnica blanca, el don de la vida eterna, la señal de pertenencia al cielo [55]. Es ésta la recompensa por su fidelidad hasta la muerte, y una garantía de que el justo juicio de Dios no se hará esperar; pero deben convenir en que la hora no ha llegado aún, pues antes debe completarse el número de los siervos, sus hermanos, que, como ellos, han de pasar también por una muerte sangrienta. Pero se trata de un plazo breve. Si esta determinación de tiempo se ha de entender al pie de la letra, podemos ver aquí la afirmación de que el juicio y el fin del mundo no tardarán ya mucho, y que es inminente un período de graves persecuciones en que se derramará mucha sangre. También aquí salta a la vista la coincidencia con el discurso escatológico de Jesús. En uno y otro caso, al anuncio de guerras, hambres y pestes sigue la predicación de graves persecuciones contra los discípulos de Jesús, con la sola diferencia de que la predicción se hace aquí en forma indirecta. El juicio final, tan ardientemente esperado por las almas al pie del altar, no se realizará hasta cuando esté completo el

54 Lc 18,7s; cf. también Rom 12,19
55. Cf. Ap 3,4; 7,15ss.

número de mártires fijados por Dios. Esta idea es paralela a aquella otra, tan frecuente en la literatura apocalíptica, según la cual el fin no llegará hasta que el número de los elegidos haya alcanzado el límite establecido por Dios. En el libro 4 de Esdras las almas de los justos preguntan desde sus celdas: «¿Cuánto tiempo aún hemos de permanecer aquí? ¿Cuándo aparecerá por fin la mies de nuestra recompensa?» Y se les responde: «Cuando el número de los que son iguales a vosotros esté completo»[56].

La apertura del sexto sello: los cimientos del mundo se sacuden, con gran terror de los hombres, que creen llegado el día del juicio 6,12-17

12 *Y vi, cuando el Cordero abrió el sexto sello, sobrevenir un gran terremoto, y el sol se volvió negro como un tejido de crin; la luna, toda ella se volvió de sangre;* 13 *y los astros del cielo cayeron sobre la tierra, como una higuera, sacudida por fuerte viento, deja caer las brevas.* 14 *Y el cielo fue retirado como rollo que se enrolla; y todo monte e isla fueron removidos de su lugar.* 15 *Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos, y todos, esclavos y libres, se ocultaron en las cavernas y en los riscos de los montes.* 16 *Y dicen a los montes y a los riscos: «Caed sobre nosotros y ocultadnos de la presencia del que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero.»* 17 *Porque llegó el gran día de la ira de ellos. ¿Y quién puede tenerse en pie?*

12 La apertura del sexto sello provoca una conmoción de cielos y tierra, tan violenta que los hombres, aterrorizados, creen llegado el gran día del juicio. También en el discurso escatológico de Jesús, a las guerras, carestías, epidemias y per-

56. 4Esd 4,35.

secuciones suceden turbaciones cósmicas, que sirven de preludio a la venida del Hijo del hombre sobre las nubes [57]. Los fenómenos celestes de que el vidente es testigo se hallan ya predichos por los profetas en las descripciones de los horrores que precederán al juicio universal.

Dada la estrecha relación que el Apocalipsis presenta con tales pasajes, mucho contribuirá a su interpretación el consignar aquí algunos paralelos tomados de los profetas. En Is 13, 9-10 se lee: «Ved, ya viene el día de Yahveh, implacable, con furia y cólera encendida... Las estrellas del cielo y sus constelaciones no harán brillar más su luz, el sol se oscurecerá desde que sale, la luna ya no enviará su luz.» En términos semejantes se expresa Joel: «El sol se trocará en tinieblas y la luna en sangre antes que venga el día de Yahveh, grande y terrible» [58]. Y en Is 50,3: «Yo visto el cielo de negro y lo recubro de saco.» El vidente habla de una túnica oscura de crin, que se llevaba en señal de luto. También la caída de las estrellas del cielo es fenómeno inseparable del juicio de Dios contra los pueblos, como se lee en Is 34,4: «Se enrollan los cielos como se enrolla un libro, y todo su ejército cae, como marchito cae el follaje de la vid.» Si Dios, que extendió el firmamento como una tienda sobre la tierra, vuelve a enrollarlo, las estrellas caen como las hojas secas de una vid [59]. Ante los ojos del vidente no sólo el cielo se desquicia; también la tierra se estremece en sus bases. Montes e islas, con estar tan sólidamente cimentados, se ponen en movimiento [60]. También en la apocalíptica las catástrofes cósmicas constituyen el anuncio del fin [61].

El vidente describe ahora la impresión que estos espantosos 15-17
fenómenos producen en los hombres. Otro rasgo tradicional en las descripciones del fin [62]. Los hombres todos, desde el

---

57. Mc 13,24 par. 58. Jl 3,4.
59. Is 40,22; 34,4; Sal 104(103)2; Heb 1,12. 60 Cf. Ap 16,20.
61. Véanse especialmente Sibil. III, 80-92; AsMo 10,4-6.
62. Cf. Lc 21,25: angustia y terror.

más alto hasta el más humilde, son presa de horrible espanto; de las cosas terribles que ven deducen que el día del Señor ha llegado, y, sintiéndose culpables, huyen a los montes para esconderse de la ira del juez, buscando abrigo en las grutas y en las hendiduras de las rocas [63]. Incapaces de soportar la mirada de enojo del juez, desean que los montes y las colinas caigan sobre ellos y los sustraigan a su cólera [64].

Intermedio
7,1-17 (cf. 10,1-11,14)

Ciento cuarenta y cuatro mil siervos de Dios reciben una señal como símbolo de preservación en el tiempo angustioso que se avecina
7,1-8

[1] *Después de esto vi a cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que retenían los cuatro vientos de la tierra para que no soplara viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.*
[2] Y vi a otro ángel que subía de la parte del oriente y que tenía el sello del Dios viviente. Y gritó con gran voz a los cuatro ángeles a quienes fue dado poder para dañar a la tierra y al mar, [3] *diciendo: «No dañéis a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que no hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.»*
[4] *Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel.*

[5] *De la tribu de Judá, doce mil sellados;*
de la tribu de Rubén, doce mil;
de la tribu de Gad, doce mil;

---

63. Cf. Is 2,19.21; Lc 23,30
64. Cf. Os 10,8.

6 *de la tribu de Aser, doce mil;*
de la tribu de Neftalí, doce mil;
de la tribu de Manasés, doce mil;
7 *de la tribu de Simeón, doce mil;*
de la tribu de Leví, doce mil;
de la tribu de Isacar, doce mil;
8 *de la tribu de Zabulón, doce mil;*
de la tribu de José, doce mil;
de la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

El sexto sello ha provocado en el universo una conmoción general, que en la literatura apocalíptica sirve de introducción al día del juicio; ahora sería lógico esperar la apertura del séptimo sello, y con ella la llegada del gran día de la ira de Dios. Pero en vez de suceder así, sobreviene una pausa en los sucesos escatológicos. Antes que llegue el momento de abrir el séptimo sello el vidente tiene una doble visión, relacionada con el destino reservado a la Iglesia en el ulterior desenvolvimiento de los hechos. Contempla cómo la comunidad de Dios que habita en esta tierra recibe una contraseña de manos de un ángel, y se ve colocada así bajo la eficaz protección de Dios para los duros días de tribulación que se avecinan. Este acto no significa que los cristianos no tengan nada que sufrir, ya que, por el contrario, éstos deben prepararse para hacer frente a graves persecuciones, e incluso para aceptar el martirio. Por eso el vidente tendrá seguidamente una nueva visión en que se le muestra la gloriosa recompensa que se concederá a los que superen victoriosamente la prueba [65]. Esta visión debe, pues, animar a los siervos de Dios a perseverar hasta la muerte.

El primer cuadro se desarrolla con base en un concepto 1
característico del antiguo Oriente, que consideraba la tierra como una gran superficie cuadrada [66]. Según el modo de pen-

65. Ap 7,9-17.

66. Cf. también Ap 20,8.

sar de los judíos, los vientos favorables provienen de los lados, en tanto que los nocivos soplan desde los ángulos de la tierra [67]. Como en 14,18 un ángel tiene poder sobre el fuego, y en 16,5 se hace mención de un ángel de las aguas, así se dice aquí cuatro ángeles están al frente de los cuatro vientos, con la misión de reprimirlos a fin de que no se abalancen sobre la tierra y sobre el mar a provocar desastres.

2s Estos ángeles reciben ahora de otro la orden de no permitir a los vientos inicien su obra nefasta hasta que los siervos de Dios, es decir, los fieles o los elegidos, hayan recibido en la frente el sello de Dios, la impresión de su nombre [68]. Este sello, que el ángel tiene en la mano, hemos de representárnoslo como un anillo al estilo de los que solían llevar los soberanos orientales. Impreso sobre un objeto, un animal o una persona, así se tratara de un esclavo o del adorador de alguna divinidad, el sello equivalía a una declaración de propiedad. La impresión del sello quiere indicar, por tanto, que los elegidos son propiedad de Dios, que están colocados bajo su eficaz protección. A este sello de Dios se contrapone la marca que los adoradores de la bestia llevan en la frente y en la mano derecha [69].

La impresión del sello tiene un precedente en Ez 9,1ss, donde se lee que los ángeles exterminadores deben, por orden de Dios, dejar intactos a los hombres piadosos, sobre cuya frente un ángel ha grabado un signo (la letra hebrea tau). Pero el sello divino no tiene por objeto proteger a los fieles de los males físicos, porque en tal caso habría debido dárseles antes de la apertura del primer sello; tampoco es una protección contra las persecuciones o el martirio, ya que el tiempo de tribulación que se anuncia dejará todavía muchos mártires [70], y todos los que se nieguen a adorar a la bestia serán asesinados [71]; además, Babilonia aparece ebria de la sangre de los tes-

67. 1Hen 76; cf. también Jer 49,36.
68. Cf. Ap 14,1.
69. Ap 13,16.
70. Ap 6,11.
71. Ap 13,15.

tigos de Jesús [72]; finalmente, en 20,4 contempla el vidente las almas de los muchos que fueron decapitados por causa de Cristo. La impresión del sello no está siquiera destinada a preservar a los cristianos de la apostasía. Su fe, pues, no se verá libre de la prueba, y sólo al «vencedor» llamará Cristo a tomar parte en su gloria celestial [73]. Según esto, el único sentido que puede tener la impresión del sello de Dios es que, cuando en medio de la prueba vengan a menos las fuerzas humanas, Dios dará a sus siervos fieles energías sobrenaturales para que perseveren hasta la muerte; pero hará, además, que se vean preservados de los castigos que herirán a los malvados [74]. El Apocalipsis no dice que, después de la impresión de los sellos, los cuatro ángeles hayan soltado los vientos; esto permite suponer que en la visión este rasgo sirve sólo para poner de relieve la momentánea cesación de los hechos escatológicos.

El vidente no contempla personalmente la escena de la im- 4
presión de los sellos, pero le es dado oir, de labios del ángel que lleva el sello, el número de los sellados o señalados. Son ciento cuarenta y cuatro mil, de los cuales corresponden doce mil a cada una de las tribus de Israel. La cifra ciento cuarenta y cuatro mil (producto de 12 por 12 por mil) indica simbólicamente que la comunidad de los señalados posee numéricamente las proporciones queridas por Dios (doce por doce),
y constituye una poderosa realidad (por mil). El orden que se 5s
sigue en la enumeración de las tribus no es el acostumbrado. La de Judá se menciona en primer lugar, sin duda porque de ella nació el Mesías [75]. Dan cede en puesto a Manasés, probablemente porque desapareció pronto y porque para los judíos era el símbolo de la infidelidad [76].

Los ciento cuarenta y cuatro mil sellados no representan, sin embargo, la comunidad judeocristiana, como piensan, entre otros, Victorino de Pettau y Andrés de Cesarea, sino a todo el

72. Ap 17,6.
73. Cf. también Mc 13,13.
74. Cf. 9,4; 16,2.5-6.9.11.
75. Ap 5,5.
76. TestDan 5,1ss.

pueblo de Dios, disperso sobre la tierra, como ya lo habían comprendido bien Orígenes y Primasio. Por lo demás, basta pensar que la divina protección, simbolizada en el sello, no puede ser reservada exclusivamente a los judeocristianos y negada a los que provienen del paganismo. Tampoco en 14,1-5, donde los ciento cuarenta y cuatro mil reaparecen en escena, hay nada que autorice a pensar que se trate sólo de judeocristianos. Así pues, los señalados representan al nuevo pueblo de Dios, que ha venido a sustituir al antiguo. Si Juan, al igual que los otros escritores del Nuevo Testamento [77], le da el nombre de Israel, lo hace porque en este nuevo pueblo han hallado cumplimiento las promesas hechas al antiguo, que se ha quedado en la infidelidad.

Los ciento cuarenta y cuatro mil sellados han sido reunidos de todas las tribus de Israel, representadas todas por una misma cifra; el hecho encierra un profundo simbolismo. En el judaísmo existía la esperanza, aunque no compartida por todos, de que en la era mesiánica sería restaurado Israel en todas sus tribus. Ya en Is 49,6 el siervo de Dios recibe la misión de restaurar las tribus de Jacob y de conducir de nuevo al país a los preservados de Israel. El Salmo de Salomón 17,44 declara dichosos a los que puedan ver la salud de Israel al reunirse las tribus por obra de Dios (cf. v. 26); el cuarto libro de Esdras 13, 39ss y el Apocalipsis de Baruc 78,1ss esperan que, en los últimos tiempos, las diez tribus perdidas del reino septentrional serán devueltas al redil de Israel. Esta esperanza, si bien elevada a un plano superior, no es tampoco extraña al cristianismo primitivo. El propio Jesús elige a los apóstoles en número de doce, y les promete que juzgarán a las doce tribus de Israel [78], y más tarde, en el Apocalipsis [79], la nueva Jerusalén representa al pueblo de las doce tribus, ya que cada una de sus puertas lleva el nombre de una tribu de Israel. Para los primeros cristianos el verdadero Israel está formado por los discípulos de

77. Cf., por ejemplo, Gál 6,16; Flp 3,3; 1Pe 1,1; Sant 1,1.
78. Mt 19,28. 79. Ap 21,12.

Cristo, judíos y paganos; «en él la comunidad judeocristiana constituye la base y la forma (por eso se habla de doce tribus), y la comunidad de los convertidos del paganismo lleva a este pueblo de Dios, así estructurado, al estado perfecto querido por Dios» (Hadorn).

Ante el trono de Dios, la incontable multitud de los que fueron preservados en la gran tribulación (anticipación) 7,9-17

[9] *Después de esto, miré; y apareció una muchedumbre inmensa que nadie podía contar, de toda nación y de todas las tribus, pueblos y lenguas, que estaban de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en las manos.* [10] *Y gritan con gran voz, diciendo:*

«La salvación se debe a nuestro Dios,
al que está sentado en el trono,
y al Cordero.»

[11] *Y todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, y se postraron ante el trono y adoraron a Dios,* [12] *diciendo:*

«Amén. La bendición, la gloria,
la sabiduría, la acción de gracias,
el honor, el poder, y la fortaleza
a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.»

[13] *Y uno de los ancianos tomó la palabra y me dijo: «Estos que están vestidos con túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron?»* [14] *Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabes.» Y me dijo: «Éstos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero.* [15] *Por*

eso están ante el trono de Dios, y le dan culto día y noche en su santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. [16] *No tendrán ya más hambre ni tendrán ya más sed; ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno.* [17] *Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a fuentes de aguas de vida. Y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos.»*

El sentido de esta visión es claro: el vidente contempla al pueblo de Dios, que superó incólume la gran tribulación, gozando de la felicidad del cielo. Se trata de una anticipación, ya que, mientras dura el curso de los hechos escatológicos, el tiempo de la gran tribulación apenas se anuncia como inminente [80].

9 La incontable muchedumbre que el vidente contempla per-
manece ante el trono de Dios; la escena, pues, se realiza en el
cielo. Como moradores de él, visten túnicas blancas; y porque
han triunfado de las potencias hostiles a Dios, llevan palmas
10 en la mano [81]. Dirigen a Dios y al Cordero su canto de alabanza
y de gratitud, porque de ellos proviene la salvación que les ha
11s sido otorgada [82]. Su canto halla eco en los ángeles que rodean
el trono de Dios, a los ancianos y a los vivientes [83]. Es casi del todo idéntico al himno con que en 5,12 los ángeles ensalzan al Cordero, pero con la diferencia de que aquí, como en los cantos que seguirán, se dirigen exclusivamente a Dios, a quien rinden tributo por el poder y sabiduría admirables de que ha dado pruebas al salvar a tan inmensa muchedumbre (una alabanza semejante se lee en 1Par 29,10ss). El Amén puesto al principio indica claramente que hacen suyo y corroboran el himno de alabanza de los que fueron salvados.

13 La pregunta de uno de los ancianos no tiene otro fin que el de provocar la explicación que el vidente recibe acerca de la

80. Cf., también Ap 15,2-4.
81. 1Mac 13,51.
82. Cf Sal 3,9.
83. Cf. Ap 5,11.

inmensa muchedumbre [84]. Los que van vestidos de blanco son, 14
según oye del anciano, los que superaron con éxito la gran tribulación y poseen ahora la plena felicidad del cielo. La expresión «la gran tribulación» proviene de Dan 12,1: «Aquel será un tiempo de tribulación como no lo ha habido jamás desde que existe un pueblo» [85]; designa los duros y sangrientos días de persecución de la Iglesia, que preceden inmediatamente al juicio. El pasaje 13,7-10 la describe en detalles más precisos.

Los que vienen, o han venido de esta tribulación, deben la salvación y su entrada en la gloria no a sus propios esfuerzos, sino en último término a la sangre del Cordero, que al ser derramada sirve de expiación por los pecados de los hombres. Y como al apropiarse, mediante la fe, esta expiación obrada por Cristo, toda la naturaleza humana queda transformada y casi creada de nuevo, se afirma aquí, usando una expresión del AT [86], que los salvados lavaron y purificaron sus vestiduras en la sangre del Cordero.

Esta multitud innumerable está constituida, a juicio de la mayor parte de los comentaristas, por los mártires de la persecución. Sin duda, la interpretación es exacta. En todo caso, el texto es explícito en decir que la muchedumbre vestida de blanco representa a los que provienen de la última gran tribulación, la que precede al juicio final. Son, sin lugar a duda, los mismos vencedores de que hablan las epístolas. En ellos se centra todo el interés del escritor apocalíptico. Es preciso, por tanto, guardarse de tomar esta muchedumbre como símbolo de todos los salvados, de todos los elegidos que alcanzan su destino eterno, ni siquiera de los que lo alcanzan mediante el sacrificio. Lo que el autor se propone es inflamar a los lectores y sostenerlos en la perseverancia y en la fidelidad hasta la muerte; con ese fin les muestra en visión la suerte feliz de cuantos permanecen fieles hasta el fin [87]. Lo cual no significa,

84. Cf. Zac 4,2ss; Ez 37,3.
85. Cf. Mc 13,19.
86. Gén 49,11.
87. Cf también Ap 12,11.

sin embargo, que a juicio suyo todos los cristianos deban morir mártires durante la persecución.

15 El hermoso cuadro de la fidelidad que aguarda a cuantos vienen de la gran tribulación está hecho con elementos sacados primordialmente del Antiguo Testamento. Al permanecer constantemente ante el trono de Dios, ofreciendo en el templo del cielo el tributo de adoración y alabanza, están cumpliendo las funciones sacerdotales propias de los seres celestiales. Sobre ellos habita el omnipotente, lo que equivale a decir que los
16 asiste de cerca con su protección [88]. Toda necesidad terrena
dejó de existir para ellos; ni el hambre ni la edad, ni el ardor
del sol ni los vientos cálidos los atormentarán ya más, porque
17 Cristo, a quien guardaron fe hasta la muerte, los apacienta y
los guía a las fuentes de la vida eterna [89], y Dios borra de sus rostros toda huella de las lágrimas que la dura persecución les hizo derramar [90].

Apertura del séptimo sello: silencio en el cielo
8,1

[1] *Y cuando el Cordero abrió el séptimo sello, hubo un silencio en el cielo como de media hora.*

La apertura del séptimo sello nos coloca, no como sería de esperar, ante la realidad del juicio, sino ante una nueva serie de siete plagas, introducidas cada una por un toque de trompeta; esta nueva serie señala la repetición, con caracteres trágicos, de las primeras siete. Pero antes sobreviene en el cielo, por espacio de media hora, una pausa de silencio. Cesan los himnos de alabanza y de gratitud, y entre tanto son llevadas a la presencia de Dios las oraciones de los santos de la tierra [91].

88. Ez 37,27.
89. Is 49,10; Sal 23(22)2; 121(120)4.
90. Is 25,8; cf. 21,4.
91. Ap 8,4.

2. *Visión de las trompetas*
8,2-11,14

Escena introductoria: un ángel presenta a Dios las oraciones de los santos y arroja fuego sobre la tierra
8,2-6

[2] *Y vi a los siete ángeles que están de pie ante Dios. Y se les dieron siete trompetas.*

[3] *Y vino otro ángel y se puso en pie, junto al altar, con un incensario de oro. Y se le dio gran cantidad de incienso para que lo ofreciese, con las oraciones de todo el pueblo santo, sobre el altar de oro que está delante del trono.* [4] *Y el humo del incienso con las oraciones del pueblo santo subió de la mano del ángel a la presencia de Dios.* [5] *Tomó el ángel el incensario y lo llenó con fuego del altar, y lo arrojó sobre la tierra. Y hubo truenos, voces, relámpagos y terremoto.*

[6] *Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.*

Durante el silencio de media hora las oraciones de los 3
santos son llevadas a la presencia de Dios. Estos santos son los fieles de la tierra que, al recibir el sello de Dios, acaban de ser armados de fuerza sobrenatural en previsión de la prueba que se avecina. Ellos dirigen a Dios sus fervientes oraciones. Según los conceptos que sirven de fondo a la descripción, las oraciones de los santos llegan ante todo al altar del cielo, donde, con el perfume del incienso, se ven purificadas de toda imperfección y convertidas en ofrenda agradable a Dios. En efecto, la oración humana está siempre viciada de egoísmo y de intereses terrenos, y tiene necesidad de purificarse; por esto se acerca el ángel al altar, próximo al trono de Dios, llevando en su mano el incensario, y pone en él incienso en abundancia

para unir su perfume a las oraciones de los santos, o para purificarlas y hacerlas aceptas a Dios. Este altar, el único que el Apocalipsis parece conocer en el cielo, corresponde al altar de los perfumes que existía en el templo de Jerusalén, pero, en parte, tiene también el carácter y la función del altar de los holocaustos, ya que en él se hace como el ofrecimiento de las almas de los mártires a Dios [92]. Desde el altar se elevan ahoras las oraciones como densas nubes de humo perfumado hasta Dios, y son recibidas por él como sacrificio acepto (en 5,8 las oraciones están simbolizadas en las nubes de humo [93]). La escena busca dar a los cristianos que combaten y resisten con paciencia la seguridad de que sus oraciones llegan hasta Dios y son por él escuchadas.

5 El ángel llena el incensario con fuego que toma del altar, y luego lo vierte sobre la tierra. También en Ez 10,2, un ángel toma carbones encendidos del carro de los querubines y los esparce sobre Jerusalén, para significar su destrucción por el fuego. Tras el gesto del ángel sobrevienen tempestades y terremotos, preludio de los espantosos sucesos ya inminentes. El fuego arrojado sobre la tierra es, pues, la respuesta a las oraciones de los santos, y señal de que empieza a cumplirse la venganza del juez divino. La oración de los santos era, según esto, una súplica para pedir el juicio contra los hombres enemigos de Dios, juicio que traerá como consecuencia el verse libres de las angustias inherentes a la gran tribulación y la instalación del reino de Dios. Tal oración, en labios de una comunidad atormentada hasta la muerte, no contrasta con Rom 12,19 «ceded lugar a la ira divina», porque deja en manos de Dios solo la decisión del juicio [94].

2 Al abrirse el séptimo sello el vidente contempla aún otro cuadro: la entrega de las siete trompetas a los siete ángeles que permanecen delante de Dios; la escena constituye la tran-

92. Ap 6,9.
93. Cf. Sal 141(140)2.
94. Cf. el comentario a Ap 6,9-11.

sición a la segunda serie de plagas. Estos ángeles son los siete príncipes de los ángeles, o ángeles del trono, que en la Biblia reciben también el nombre de arcángeles (cf. a propósito Tob 12, 15: «Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que están en la presencia y tienen acceso a la majestad de Dios» [el códice Vaticano lee: «Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que transportan las oraciones de los fieles y tienen acceso a la gloria del Santo»]; Lc 1,19: «Yo soy Gabriel, que asisto ante Dios»). Las palabras «que están de pie ante Dios» indican que se trata de un grupo de ángeles de elevada categoría, que sirven a Dios muy de cerca. La trompeta, que ya en el Antiguo Testamento aparece en relación con los sucesos escatológicos, también en el Nuevo Testamento anuncia la llegada de los últimos tiempos [95].

Las cuatro primeras trompetas desencadenan graves daños en la naturaleza 8,7-12

[7] *Y tocó el primero la trompeta. Y hubo granizada, y fuego mezclado con sangre; y fueron arrojados sobre la tierra. Y quedó abrasada la tercera parte de la tierra; abrasada, la tercera parte de los árboles; abrasada, toda la hierba verde.*

[8] *Y el segundo ángel tocó la trompeta. Y algo así como una gran montaña, ardiendo en llamas, fue arrojado al mar. Y la tercera parte del mar se convirtió en sangre,* [9] *y murió la tercera parte de lo seres creados que viven en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.*

[10] *Y el tercer ángel tocó la trompeta. Y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas.* [11] *Y el nombre de la estrella es el de «Ajenjo». Y la tercera parte de*

95. Is 27,13; Jl 2,1; Zac 9,14; cf. Sal 11,1; 1Cor 15,52; 1Tes 4,16; Mt 24,31.

las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron por las aguas, porque se habían vuelto amargas.

[12] *Y el cuarto ángel tocó la trompeta. Y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de modo que se oscureció la tercera parte de ellos, y el día no brilló en su tercera parte, y otro tanto la noche.*

Como anteriormente en la serie de los sellos, y más tarde en la de las copas [96], así también en la serie de las trompetas, las cuatro primeras plagas forman un grupo compacto, enteramente distinto de aquellas que sobrevienen al grito del águila [97]. Sólo la segunda parte de las plagas herirá a los hombres (y de éstos solamente a los no cristianos); las cuatro primeras alcanzan sólo a la naturaleza, provocando fenómenos extraordinarios, terriblemente espantosos. Después de todo se trata, sin embargo, de juicios de Dios dirigidos contra los hombres, a los cuales privan del alimento y del agua, entregándolos a la angustia y al terror y llevando la muerte a muchos de ellos. Ya san Ireneo observó que las cinco primeras plagas de las trompetas son una réplica de las plagas de Egipto [97a]. También nosotros llamamos la atención sobre este aspecto en el curso del comentario. Era idea corriente en el judaísmo que las plagas de Egipto herirían hasta el último de los reinos hostiles a Dios.

En cuanto a estos cuatro primeros castigos, su carácter esquemático salta por sí solo a la vista, ya que alcanzan, una después de otra, las cuatro partes de la creación: tierra, mar, aguas dulces y astros. La misma división en cuatro partes sirve también de fondo a las cuatro primeras plagas de las copas [98]. Pero es de observar que, de un total de quince casos, por lo menos en doce las plagas hieren sólo a la tercera parte de las

96. Ap 16,1ss.
97. Ap 8,13.
97a. IRENEO, *Haer.* IV, 30,4.
98. Cf. también AsMo 10,2-6; Ap 14,7.

criaturas (véase igualmente Ez 5,1s, donde se dice que un tercio de la población de Jerusalén perecerá durante el asedio, un tercio en el curso de la fuga, y el otro tercio caerá en prisión). Así, pues, las cuatro plagas no señalan todavía el punto culminante del juicio divino contra la humanidad pecadora; son simplemente su anuncio. La quinta y la sexta plagas son ya más graves, y nos acercan más al fin; será, por último, en las plagas de las copas donde se tendrá la mayor manifestación de la ira divina [99].

El primer castigo corresponde a la séptima de las plagas 7
de Egipto. Se lee en el libro del Éxodo que Dios hizo caer una terrible granizada, y que en medio de ella los relámpagos semejaban un fuego que arde sin extinguirse [100]: «y el granizo abatió cuanto había en los campos, hombres y animales y las hierbas que crecen en el campo, y destrozó todos los árboles» [101]. El detalle del «fuego mezclado con sangre» está tomado de Jl 12,30 («sangre, fuego y nubes de humo» = Act 2,19).

El segundo y tercer castigos se inspiran en la primera plaga de Egipto. Según el Éxodo, Moisés golpea el Nilo con su bastón, y las aguas del río se cambian en sangre, de suerte que los peces mueren y los hombres no pueden ya beber de ellas [102]. La enorme masa de fuego, semejante a un monte en llamas, es seguramente una estrella (cf. 1Hen 18,13: «Vi allí siete estrellas como grandes montes en llamas»). Theodor Zahn piensa que las imágenes de esta visión le fueron sugeridas al autor, por los desastrosos efectos de la erupción del Vesubio en el año 79.

Objetivo de esta plaga son los ríos y las fuentes. Una es- 10s
trella cae del cielo e impregna las aguas de una sustancia amarga que lleva en sí. En consecuencia el agua, necesaria para la vida, se hace impotable, causando así la muerte de muchos

99. Ap 16,1ss.
100. Éx 9,24s.
101. Éx 9,25.
102. Éx 7,20; cf. Sal 78(77)44.

hombres. Por eso la estrella recibe el nombre de ajenjo, que es símbolo de todo lo amargo y repugnante; los antiguos consideraban además esta sustancia como venenosa, pero aquí sólo se alude a su sabor amargo. En Jer 9,14 el ajenjo sirve a Dios como medio de castigo: «Yo hartaré a este pueblo de ajenjo y le daré a beber aguas envenenadas.»

12 La cuarta plaga recuerda la novena de Egipto, que consistió en una densa oscuridad de tres días [103]. «Ser herido» es una expresión usada por los rabinos para designar el oscurecerse de las estrellas. La luz del sol, de la luna y de las estrellas pierde un tercio de su intensidad y de su duración.

Triple lamento de un águila por los tres toques de trompeta que aún se han de dar 8,13

[13] *Y miré; y a un águila que volaba en lo más alto del cielo oí decir con gran voz: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, por causa de los demás toques de trompeta de los tres ángeles que están para tocarla!»*

Los últimos tres toques de trompeta traen consigo un grave recrudecimiento de las desgracias, que ahora hieren a los hombres directamente, aunque no a todos, sino sólo a los infieles. En el Apocalipsis la expresión «los habitantes de la tierra» designa generalmente a los no cristianos [104]. Las langostas reciben prohibición expresa de atormentar a los que llevan el sello de Dios [105]; asimismo el ejército de los jinetes sólo tienen poder sobre los idólatras [106]. Las plagas quinta y sexta presentan un evidente carácter diabólico. El águila que anuncia la triple amenaza vuela en lo más alto del cielo, esto es, en el

103. Éx 10,21
104. Ap 3,10; 6,10; 8,13; 11,10; 13,8.14; 14,6; 17,2.8
105. Ap 9,4.
106. Ap 9,20.

cenit, para hacer oir su voz en todo el mundo. Fuera de este caso, el águila no es ave de mal augurio, como lo es, en cambio, el búho, sino sólo un mensajero de Dios. Quizá se trate aquí simplemente de un ser celestial con apariencia de águila, destinado a anunciar calamidades al mundo por encargo de Dios. En algunos códices, en vez de «águila» se lee «ángel».

Quinta trompeta y primer «¡ay!»: Un enjambre de langostas diabólicas atormenta a los hombres durante cinco meses hasta llevarlos a la desesperación 9,1-12

[1] *Y el quinto ángel tocó la trompeta. Y vi una estrella que había caído del cielo a la tierra, y le había sido dada la llave del pozo del abismo.* [2] *Abrió el pozo del abismo, y subió del pozo una humareda como la humareda de un gran horno. Y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo.* [3] *Del humo salieron langostas sobre la tierra, y les fue dada potestad como la potestad que tienen los escorpiones de la tierra.* [4] *Y se les dijo que no dañasen la hierba de la tierra, ni verdura alguna, ni árbol alguno, sino sólo a los hombres que no tienen el sello de Dios sobre sus frentes.*

[5] *Les fue dado poder, no para que los matasen, sino para que los atormentasen por cinco meses. Y su tormento era como tormento de escorpión cuando pica al hombre.* [6] *En aquellos días buscarán los hombres la muerte y no la encontrarán, y desearán morir y la muerte huirá de ellos.*

[7] *La apariencia de las langostas, era como de caballos equipados para la guerra; y tenían sobre sus cabezas como coronas que parecían de oro; y sus rostros eran como rostros humanos.* [8] *Tenían cabellos como cabellos de mujer, y sus dientes eran como de león.* [9] *Llevaban corazas como corazas de hierro, y el ruido de sus alas era como ruido de carros de muchos caballos que corren a la guerra.* [10] *Y tienen cola como los escorpiones*

y aguijón; y en su cola está su poder de dañar a los hombres por cinco meses. [11] *Tienen sobre sí por rey al ángel del abismo. Su nombre en hebreo es* Abaddón, *y en griego* Apollyón.

[12] *El primer ¡ay! ya pasó. Todavía vienen dos ¡ayes! después de esto.*

La descripción de esta nueva calamidad recuerda muy de cerca la octava plaga de Egipto. Según el Éxodo densas nubes de langostas se precipitaron sobre Egipto, devorando los productos del campo que habían escapado a la granizada [107]. La que el vidente contempla no es, sin embargo, una de aquellas temibles invasiones de langostas que de tiempo en tiempo se registran en Oriente [108]; se trata de seres diabólicos en figura de langostas, que se lanzan sobre la tierra con ímpetu irresistible, semejantes a un poderoso ejército, para atormentar a los hombres por espacio de cinco meses.

1 Estos seres suben del abismo, el lugar donde anidan los espíritus malignos [109], que se encuentra a grandes profundidades debajo de la superficie de la tierra y con la cual está unido por un «pozo», es decir, por una especie de socavón; está lleno de fuego y de ordinario permanece cerrado. La estrella que lo abre es ciertamente un ángel [110]. Este ángel es enviado por Dios desde lo alto del cielo para que cumpla uno de los juicios divinos contra la humanidad incrédula. Dios se sirve también de las potencias diabólicas para hacer ejecutar sus juicios vengadores.

2 Así que el ángel abre el pozo del abismo, se elevan de él
3 densos vapores que oscurecen la atmósfera, y de en medio de
ellos emerge una incontable multitud de langostas, que se es-
4 parce por la tierra. Sólo que, a diferencia de las langostas or-

107. Éx 10,14ss.
108. Cf. Jl 1,3ss
109. Cf. el exc. *Hades*, p. 128.
110 Cf. Ap 20,1-3.

dinarias (cf., sin embargo, 8,7), éstas no vienen destinadas a de-
vorar la vegetación, sino a atormentar a los hombres, aunque
con la prohibición de tocar a los que estén marcados con el
sello de Dios. Pero hay además otra circunstancia que las dis- 10
tingue de las langostas propiamente tales: su fuerza destructo-
ra no reside en las mandíbulas, sino en la cola, provista de
aguijón como los escorpiones. Tal vez el texto del v. 10 sonaba
originalmente así: «Tienen cola como los escorpiones, con
un aguijón en la cola; tienen poder de dañar a los hombres
durante cinco meses» (Boismard).

Cinco meses es un número redondo y designa un período 5
de cierta duración, y al mismo tiempo el lapso que dura la
vida de la langosta. La picadura del escorpión es muy dolorosa,
pero rara vez mortal [111]. Por eso los hombres que serán picados 6
por estas langostas (el vidente habla como profeta), acuciados
por dolor insoportable anhelarán la muerte, pero en vano.

El aspecto de las langostas diabólicas y la violencia incon- 7
tenible de su asalto se describen en términos que recuerdan al
profeta Joel: «Semejan caballos y corren como corceles, se
esparcen por las cimas de los montes con rumor de carros...
semejantes a un poderoso ejército dispuesto a la batalla» [112];
«sus dientes son dientes de león» [113]. Pero además, Juan des-
cribe estas langostas con rasgos que no corresponden a la
realidad. Llevan en la cabeza un adorno semejante a una co-
rona de oro, distintivo del vencedor (se presentan, en efecto,
como ejército victorioso); tienen rostro de hombre, para sig-
nificar que están dotadas de inteligencia, y cabellos sueltos y 8
largos, signo de especial ferocidad, según se observa entre los
bárbaros y la fantasía atribuye a los demonios. El pecho está 9
protegido con una especie de coraza de acero, lo que acentúa
su aspecto terrible y belicoso; las alas producen un ruido seme-
jante al estrépito de muchos carros de batalla tirados por ca-

111. Dt 8,15; Ez 2,6; Eclo 26,10.
112 Jl 2,4s
113. Jl 1,6.

11 ballos. A diferencia de las verdaderas langostas [114], estos seres obedecen a un rey, más exactamente a un ángel, señor del abismo de donde provienen. La expresión «ángel del abismo» se encuentra solamente en este pasaje. El término hebreo Abaddón significa «ruina»; en los LXX se traduce por ἀπώλεια, y en el AT designa el reino de los muertos [115]. El griego ἀπωλλύων significa «destructor».

Un bello paralelo de 9,2-3 se encuentra en el *Pastor* de Hermas [116]. Mientras se pasea, absorto en sus pensamientos, Hermas ve súbitamente elevarse al cielo una nube de polvo y, cuando el sol se deja entrever, aparece a su vista un gigantesco animal semejante a un monstruo marino, de cuyas fauces salen como langostas de fuego, al igual que en Ap 16,13 seres semejantes a ranas brotan de la boca de tres monstruos.

Dado que estas fantásticas «langostas» son designadas claramente como perversas potencias espirituales, tiene razón Andrés de Cesarea al decir que la plaga de la quinta trompeta causa a la humanidad incrédula tormentos materiales y espirituales de excepcional intensidad, provocados por ataques diabólicos. No sería errado pensar que se trate aquí de una enfermedad o epidemia de origen directamente diabólico, no mortal, pero sí muy dolorosa (Hadorn).

Hades, mar de fuego y abismo.

El *Hades* (=infierno, reino de los muertos) es el lugar en que las almas de los muertos permanecen hasta el juicio final; en el Apocalipsis es mencionado siempre al lado de la muerte [117]. Cristo, que tiene en sus manos las llaves de la muerte y del Hades [118], tiene el poder de abrir las puertas del reino de los muertos y de llamar a la resurrección las almas que allí se

114. Prov 30,27.
115. Job 26,6; Sal 88(87)12.
116. Visión IV, 1,6.
117. Ap 1,18; 6,8; 20,13.14.
118. Ap 1,18.

encuentran [119]. Para el juicio final, la muerte y el Hades deben dejar en libertad a los muertos; luego, dado que de ahí en adelante forman parte de los seres diabólicos, serán arrojados en el mar de fuego [120]. No está del todo claro si para el autor del Apocalipsis el Hades es la morada de todos los muertos, o sólo de los no cristianos o de los malvados. Lo cierto es que los mártires de las persecuciones pasadas se encuentran al pie del altar de los holocaustos en el cielo [121], y que los de las persecuciones futuras se reúnen ante el trono de Dios [122]. Parece, pues, que según el Apocalipsis, los que han muerto en Cristo [123] no se encuentran en el Hades [124].

El *mar de fuego* (o estanque de fuego) es el lugar de tormento de los condenados después del juicio final. El fuego de que está lleno se alimenta de azufre [125], y sus tormentos no tienen fin [126]. Por todo esto se ve bien que es idéntico al infierno, al cual en los Evangelios se suele dar el nombre de *gehenna* [127]. La imagen del mar de fuego y azufre como lugar de tormento eterno se explica por el relato de Gén 19,24, donde se describe la ruina de las depravadas ciudades de Sodoma y Gomorra, diciendo que «Dios hizo llover sobre ellas fuego y azufre»; la imagen alude también al oráculo de Isaías [128] sobre el juicio en que incurría Edom, cuyos torrentes se convertirán en pez hirviente y su polvo en azufre, y la tierra arderá eternamente.

El *abismo* es el lugar subterráneo y lleno de fuego donde habitan los espíritus malignos y reciben provisionalmente su castigo. Se llega a él por un pozo o socavón, del cual sale humo cuando se abre [129]. De ordinario, sin embargo, permanece cerrado, y la llave en las manos de Dios o de uno de sus ángeles [130].

---

119. Cf. Jn 5,28s. 120. Ap 20,13s.
121. Ap 6,9. 122. Ap 7,9.13ss; cf. 15,2; 19,14.
123. 1Tes 4,16; 1Cor 5,23.
124. Cf. Lc 23,43; 2Cor 5,8; Flp 1,23; Heb 12,22; 1Pe 3,19s.
125. Ap 21,8; 20,10; 14,10; 19,20; 20, 14.15.
126. Ap 14,10s; 19,3. 127. Cf. Mc 9,43-47.
128. Ap 34,9s. 129. Ap 9,1-2. 130. Ap 9,1; 20,1-3.

Como moradores del abismo, el Apocalipsis menciona un ejército diabólico de langostas[131], a su rey Abaddón, el «ángel del abismo»[132], al Anticristo[133] y a Satán durante los mil años que dura su reinado[134].

Sexta trompeta y segundo «¡ay!»: Un ejército de jinetes diabólicos invade la tierra y da muerte a la tercera parte de la humanidad pagana 9,13-21

[13] *Y el sexto ángel tocó la trompeta. Y oí una voz que*
salía de las cuatro esquinas del altar de oro que está delante de
Dios, [14] *y que decía al sexto ángel que tenía la trompeta:*
«Suelta a los cuatro ángeles, que están atados junto al gran
río Eufrates.» [15] *Fueron soltados los cuatro ángeles que estaban*
preparados para aquella hora, día, mes y año, para que ma-
taran a la tercera parte de los hombres. [61] *Y el número de las*
tropas de caballería era de dos miríadas de miríadas. Yo oí
su número. [17] *Y así vi los caballos en la visión, y a los que*
montaban en ellos, los cuales tenían corazas de color de fuego,
de jacinto y de azufre, y las cabezas de los caballos eran como
cabezas de león, y de sus bocas sale fuego, humo y azufre.
[18] *Por estas tres plagas murió la tercera parte de los hombres*
por el fuego, el humo y el azufre que salía de sus bocas. [19] *Pues*
el poder de los caballos está en su boca y en sus colas. Y sus
colas son semejantes a serpientes, tienen cabezas y con ellas
dañan. [20] *El resto de los hombres, los que no fueron extermi-*
nados por estas plagas, no se convirtieron de las obras de sus
manos, de modo que no dejaron de adorar a los demonios
y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de ma-

131. Ap 9,3ss.
132. Ap 9,11.
133. Ap 11,7; 17,8.
134. Ap 21,1ss; cf. Lc 8,31; 2Pe 2,4; Jds 6.

dera, que no pueden ver ni oir ni andar. [21] *Y no se convirtieron de sus asesinatos, ni de sus maleficios, ni de su fornicación, ni de sus robos.*

La muerte violenta de la tercera parte del género humano, objeto de la sexta plaga, representa, comparada con la anterior, un grave recrudecimiento de los castigos que esparcen sobre el mundo impío.

En esta ocasión el toque de la trompeta no desencadena **13**
inmediatamente el castigo, sino que hace oir una voz que desde el altar invita al ángel de la trompeta a permitir que los instrumentos de este nuevo juicio de Dios entren en actividad.
Se indica así que esta plaga es fruto de las oraciones de los **14**
fieles en la tierra [135]. Los cuatro ángeles, que permanecen en estado de alerta a orillas del Eufrates, tienen por misión hacer efectivos los juicios divinos; son, pues, ángeles vengadores, y disponen de poderosos ejércitos de jinetes bien equipados. Que estén ligados significa que no pueden usar por propio arbitrio del poder que tienen de castigar, sino que deben esperar hasta el momento en que Dios les dé la orden de cumplir
su cruel misión. El gesto de desatarlos significa que su acción **15**
no encuentra ya obstáculo alguno.

A diferencia de las anteriores, la gravedad de esta plaga no tiene equivalente en las de Egipto. El mayor parentesco lo ofrece la última, en que fueron sacrificados todos los primogénitos egipcios. Allí, sin embargo, fue Dios mismo, o, más exactamente, su «ángel exterminador» quien ejecutó el castigo, y no un poderoso ejército extranjero [136]. La idea de un ejército poderoso que irrumpe en un país por mandato divino se encuentra en la tradición apocalíptica en 1Hen 56,5s, donde se dice que ángeles vengadores introducen en el país de los elegidos (Palestina) a los reyes de los partos y de los medos, con sus

135. Ap 8,3ss
136. Éx 12,23.

respectivas caballerías, induciéndolos a que lo humillen. Esta incursión guerrera de los partos y los medos se inspira a su vez en la del rey Gog de Magog, que se lee en Ez 38-39 [137]. El autor del Apocalipsis utiliza aquí esta idea, pero transformándola notablemente. En efecto, las turbas de jinetes son en la visión seres diabólicos, no irrumpen sobre Palestina sino sobre el mundo; no atacan al pueblo de Dios, sino a la humanidad impía; son instrumentos del juicio divino.

Morada de los ángeles y de los jinetes es el Eufrates, el río que señala el límite del reino de los partos. Si este nombre no tiene carácter puramente simbólico, el detalle dejaría entrever el pavor que los habitantes del imperio romano sentían ante las ordas de los partos [138]. Nombres simbólicos son, en todo caso, Babilonia [139], Sodoma y Egipto [140]; pero entonces se pone expresamente de relieve el sentido simbólico. La expresión «gran río» (v. 14), para designar el Eufrates, procede del Antiguo Testamento [141].

16 Las proporciones de este ejército y el espectáculo que ofrece
17 son completamente fantásticos. Consta de doscientos millones
de caballos con sus jinetes, protegidos estos últimos con corazas de color de fuego, de jacinto y de azufre; el color de las corazas corresponde exactamente al fuego, humo y azufre que arrojan las bocas de los caballos. El azufre los caracteriza como seres diabólicos, salidos del abismo [142]; el fuego y el humo, como figuras mitológicas. Hermas contempla en visión un gigantesco monstruo marino, de cuyas fauces salen langostas de fuego; simbolizan las tribulaciones que se avecinan [143]. La figura de caballos que arrojan fuego es muy conocida en el helenismo; sus leyendas hablan, incluso, de dragones que envenenan con el

137. Cf. el comentario a Ap 20,8.
138. Cf. el comentario a Ap 6,2.
139. Ap 17,5.
140. Ap 11,8.
141. Gén 15,18; Dt 1,7; Jos 1,4.
142. Ap 14,10; 19,20; 21,8.
143. *Pastor* de HERMAS, visión IV, 1,6.

aliento. En términos semejantes se expresa Job: «Salen antorchas de sus fauces, chispas de fuego saltan fuera. De sus narices sale humo, como de caldera hirviente al fuego»[144]. Los 19
caballos tienen cabezas como de león, y sus colas semejan serpientes, terminadas a su vez en otras cabezas, que al morder envenenenan y causan daño. A juzgar por su apariencia se trata de animales mitológicos; pero su naturaleza es de seres diabólicos.

El vidente indica ahora, por primera vez, que la plaga 20s
tiene por fin llevar los paganos a la conversión de su idolatría y de los vicios que suelen acompañarla[145]. Es, por consiguiente, un llamamiento a la penitencia, dirigido a los incrédulos, antes que venga sobre ellos el juicio final. Por lo demás, este carácter de llamamiento a la penitencia, además del de castigos por los pecados e impiedades, lo tienen todas las plagas del Apocalipsis, o al menos las de la segunda serie y la tercera[146], pese a que expresamente sólo se indica a propósito de las plagas de las copas[147]. La idea de que los castigos son otros tantos llamamientos de Dios a la penitencia y a la conversión, aparece ya claramente en Amós[148].

La sexta plaga coincide con la anterior en que provoca un cruel asalto de los espíritus malignos a la humanidad pagana; pero es mucho más espantosa, porque trae consigo no sólo insoportables dolores físicos y morales, sino también la muerte de gran parte del género humano. El texto no permite precisar de qué género de muerte se trate; podría pensarse en una grave epidemia que causa muertes en masa (Hadorn).

---

144. Job 41,11s.
145. Cf. Rom 1,23ss; Act 17, 29; 19,26.
146. Cf. el exc. que sigue a Ap 6,8.
147. Ap 16,9.11; cf. también 19,21
148. Am 4,6-11.

Intermedio
10,1-11,14 (cf. 7,1-17)

Un ángel anuncia que al sonido de la séptima trompeta se dará cabal cumplimiento al misterioso designio de Dios sobre el mundo y la humanidad, y da a comer al vidente un librito abierto
10,1-11

[1] *Y vi a otro ángel poderoso, que bajaba del cielo en-*
vuelto de una nube. Tenía sobre su cabeza el arco iris; su ros-
tro era como el sol y sus pies como columnas de fuego. [2] *Y te-*
nía en la mano un rollo pequeño, abierto. Puso el pie derecho
sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra; [3] *y gritó con gran voz,*
como ruge el león. Cuando gritó, dieron los siete truenos su
propio estampido. [4] *Y cuando lo hubieron dado los siete true-*
nos, iba yo a escribir; y oí una voz del cielo que decía: «Sella
las cosas que hablaron los siete truenos y no las escribas.»

[5] *Y el ángel que yo había visto de pie sobre el mar y sobre*
la tierra, levantó al cielo su mano derecha. [6] *Y juró por el que*
vive por los siglos de los siglos, el que creó el cielo y lo que
en él hay, y la tierra y lo que en ella hay, y el mar y lo que
en él hay, que no habrá más tiempo; [7] *sino que cuando el sép-*
timo ángel profiera su voz, cuando vaya a tocar su trompeta, se
habrá consumado el misterio de Dios, como anunció él a sus
siervos, los profetas.

[8] *Y la voz que había oído del cielo hablaba de nuevo con-*
migo y decía: «Anda y toma el rollo pequeño que tiene abierto
en la mano el ángel que está de pie sobre el mar y sobre la
tierra.» [9] *Me fui al ángel, diciéndole que me diera el pequeño*
rollo. Y me dice: «Toma y devóralo. Amargará tu vientre, pero
en tu boca será dulce como miel.» [10] *Tomé el pequeño rollo de*
la mano del ángel y lo devoré. Y era en mi boca dulce como

la miel; pero cuando lo hube comido, se me amargó el vientre.
11 *Y me dicen: «Tienes que profetizar de nuevo sobre pueblos, naciones, lenguas y reyes numerosos.»*

Como a la visión del sexto sello, así a la de la sexta trompeta sigue también un intermedio, que consta de dos partes. La primera sirve de introducción al oráculo sobre Jerusalén y los dos testigos (capítulo 11), y anuncia además al vidente que, al toque de la séptima trompeta[149], será plenamente revelado y puesto definitivamente en marcha el plan que Dios tiene para salvar al mundo y a la humanidad.

El capítulo 10 se abre con un cambio de escena. En medio 1
de su éxtasis, el vidente se encuentra ahora de nuevo sobre la
tierra; por tanto, en Patmos, como en 1,9ss. En efecto, Juan
contempla en visión a un robusto ángel que baja del cielo. No
se precisa el nombre del ángel. Quizá se trate aquí del arcán-
gel Gabriel, y en 8,3-5 del arcángel Miguel. La majestuosa
figura del ángel se describe en forma impresionante: envuelto
en una nube, como en un manto[150], lleva sobre la cabeza el
arco iris como enorme diadema[151]; su rostro es luminoso como
el sol[152]; sus pies, es decir, sus piernas y muslos, despiden tales
destellos que parecen columnas de fuego[153]. Parece que esta
descripción se apoya en la experiencia de algún impresionante
fenómeno de la naturaleza, tal como la debió tener, alguna
vez, san Juan en la isla de Patmos. Las piernas de fuego hacen 2
pensar en dos rayos de sol, de los cuales uno cae en el mar
y el otro en la tierra. Una vez que ha afirmado el pie derecho
en el mar y el izquierdo en la tierra, el ángel lanza un fuerte 3
grito, comparable al rugido de un león (en Os 11,10 se dice
otro tanto de Dios); le responden siete truenos, a manera de
eco que resuena siete veces consecutivas.

149 Ap 11,15s.
150. Cf. Sal 104(103)3.
151. Cf. Ap 4,3.
152. Cf. Ap 1,16.
153 Cf. Ap 1,16.

4 El vidente comprende el sentido que encierran los siete truenos, y se dispone a consignarlo por escrito para comunicarlo a sus lectores; pero no le es permitido hacerlo. La figura de los siete truenos quizá del Sal 29(28), que describe la manifestación de la gloria de Dios como una tempestad, donde por siete veces se habla de «la voz de Yahveh (que retumba)». Cuál haya sido el contenido de los truenos, y por qué el vidente recibe orden de mantenerlo sellado, es decir, secreto, no podemos precisarlo; sólo es dado suponer que la voz de los truenos haya revelado algún secreto destinado sólo a la persona del vidente. Para algunos comentaristas los siete truenos serían comienzo de otras tantas plagas, como en el caso de los sellos y de las trompetas; pero, por ser terriblemente graves, no debían darse a conocer, para no llenar de espanto a los hombres antes de tiempo. Contra esta opinión se puede objetar que al vidente le quedan aún por contemplar y describir siete plagas mucho más espantosas que las descritas hasta aquí (capítulo 16). Por eso en la actualidad ha venido cobrando fuerza la opinión de que los juicios de Dios simbolizados en los siete truenos deben mantenerse «sellados» porque ya no llegarán a realizarse, puesto que la historia ha sido acortada [154].

5 El ángel tiene un mensaje importante para anunciarlo al
vidente y a los destinatarios del libro, y para subrayar su tras-
6 cendencia lo introduce con un juramento formal. Invoca al
criador del cielo, de la tierra y del mar, porque el cumplimiento del mensaje interesa a toda la creación. La escena se inspira en Dan 12,5-7, donde un ángel pregunta cuánto durarán los gravísimos castigos del pueblo de Dios que han de preceder inmediatamente al fin, es decir, al gran cambio que sufrirán los destinos del pueblo [155]. El interrogado, el arcángel Gabriel, responde, invocando en solemne juramento a Dios «que vive eternamente», que los castigos tendrán la duración de tres tiempos y medio, es decir, de tres años y medio.

154. Cf Ap 10,6-7 y Mt 24,22, Mc 13,20.

155. Dan 12,1-3

El mensaje que el ángel bajado del cielo debe anunciar a 7
Juan es éste: no se dará ya más tiempo, o sea, no habrá ya dilación, pues el toque de la séptima trompeta va a señalar la hora en que los designios de Dios hacia el mundo y el género humano serán dados a conocer y alcanzarán pleno cumplimiento. El fin, pues, se acerca rápidamente, y con él el reino de Dios y del Mesías, por cuya llegada la Iglesia suplica con tanto fervor; será la destrucción definitiva y total del poder del maligno, que opone cada día mayor resistencia a su establecimiento. Se cumplen con esto los anuncios hechos por Dios a los profetas, y tantas veces reiterados por ellos.

La exactitud de esta interpretación del mensaje angélico se ve confirmada por los himnos de triunfo en que las milicias celestiales, celebrando por adelantado la victoria final, prorrumpen al oir el toque de la séptima trompeta, alabando a Dios por haber implantado su ilimitada soberanía sobre el mundo entero [156]. Antes que aparezca el reino de Dios es necesario que sea aniquilado el reino del maligno, el dominio de Satán, enemigo de Dios. Por eso la séptima trompeta no es todavía el anuncio inmediato de la victoria, sino el de los duros combates que la precederán; pone en marcha, en efecto, la tercera amenaza que ha de sobrevenir a los habitantes de la tierra. Según la profecía que los primeros cristianos conocen sobre el fin de los tiempos, al retorno de Cristo debe preceder la aparición del Anticristo [157]. En su persona, en su obra y en su reino culminará el poder de las fuerzas hostiles a Dios, que en esta forma llegan a su plena madurez antes de ser definitivamente aniquiladas. En consecuencia, las visiones que ahora va a narrar el autor del Apocalipsis tendrán por objeto la revelación del reino del Anticristo.

El ángel bajado del cielo tiene en su mano un «rollo pe- 8
queño», o sea, un librito; lo tiene abierto, lo que significa que su contenido no debe permanecer oculto, sino que se ha de

156. Ap 11,15ss.
157. 2Tes 2,3.

dar a conocer a la comunidad cristiana. La voz del cielo, que se hizo oir ya en el v. 4, invita al vidente a que se haga entregar el
9 librito del ángel. En medio del éxtasis se acerca entonces al ángel, y recibe de él la orden de comerlo, con la advertencia de que será dulce al paladar, pero en el estómago producirá amargura. La escena es una réplica de Ez 2,8-3,3: en la visión en que lo llama a su servicio, Dios entrega al profeta, para que lo coma, un rollo abierto en que están escritos lamentaciones, suspiros y amenazas, es decir, toda la predicación que Ezequiel deberá desarrollar en los años siguientes. El profeta
10 devora el rollo, que en su boca tiene la dulzura de la miel. También para Juan el gesto de comer el librito significa que habrá de recibir una nueva revelación y profecía para transmitirla. Ésta es a un mismo tiempo dulce y amarga, es decir, motivo de alegría y de dolor, porque simultáneamente anuncia la gracia y el juicio de Dios. Los comentaristas no están de acuerdo en indicar cuál sea el contenido del librito abierto; para unos corresponde sólo al actual capítulo 11; para otros, abarca además toda la sección hasta el capítulo 22. Es más verosímil, porque toma en cuenta el reducido volumen del escrito, la hipótesis de que el contenido se limita a lo que comprende el c. 11.

Como se ve, Juan recibe aquí una revelación divina, pero no por inspiración directa, en visión (como sucede en los cap. 6-9 y más tarde en al c. 12), sino mediante la entrega de un librito en que está contenida tal revelación. Con la entrega del librito y el gesto de comerlo ¿se quiere tal vez expresar la idea de que Juan recibe en visión (=10,8-10) el poder y el encargo de incluir en su libro una profecía ya enunciada, relativa a los últimos episodios de la historia de Jerusalén y del pueblo judío, y de publicarla junto con las profecías recibidas directamente? Así parece, sobre todo si se tiene en cuenta que el c. 11 es presentado como una especie de paralelo del 13 [158].

158. Efectivamente, el Anticristo entra en escena en Ap 11,7 y en 13,1ss.

Una vez que ha comido el librito, Juan recibe una nueva 11
comunicación, probablemente mediante la misma voz del cielo o del ángel: se le indica que deberá continuar profetizando, es decir, que se le harán aún otras revelaciones por inspiración directa (mediante visiones), como las que hasta ahora ha ido recibiendo.

Estas revelaciones, que corresponden a los capítulos 12ss, se refieren a los pueblos de la tierra y a sus gobernantes.

Orden de medir el templo y actividad de los dos testigos en Jerusalén durante la gran tribulación
11,1-14

1 *Y se me dio una caña semejante a una vara y se me dijo: «Levántate y mide el santuario de Dios y el altar y a los que en él adoran.* 2 *El atrio exterior del templo déjalo aparte y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles. Y pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses.*

3 *Y encargaré a mis dos testigos que profeticen durante mil doscientos sesenta días, vestidos de tela burda.* 4 *Éstos son los dos olivos y los dos candelabros que están puestos ante el Señor de la tierra.*

5 *Si alguno los quiere dañar, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos. Y si alguno quisiera dañarlos, tendrá que morir así.* 6 *Éstos tienen el poder de cerrar el cielo para que no caiga lluvia durante los días de su ministerio profético, y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre y para herir la tierra con cualquier plaga cuantas veces quieran.*

7 *Cuando acaben su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, y los vencerá, y los matará.* 8 *Y sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que simbólicamente se llama Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado.*

[9] *Y gentes de los pueblos y tribus y lenguas y naciones contemplan sus cadáveres por tres días y medio, y no permiten colocar sus cuerpos en un sepulcro.* [10] *Y los habitantes de la tierra se alegran por ello y se regocijan y se enviarán mutuos regalos, porque estos dos profetas atormentaron a los moradores de la tierra.* [11] *Y después de los tres días y medio un espíritu de vida procedente de Dios penetró en ellos y se pusieron en pie, y un gran temor cayó sobre quienes los contemplaban.* [12] *Y oyeron una gran voz del cielo que les decía: «Subid acá.» Y subieron al cielo en la nube y los contemplaron sus enemigos.* [13] *En aquella hora se produjo un gran terremoto; se derrumbó la décima parte de la ciudad, y murieron por el terremoto siete mil personas; y los demás quedaron aterrados y dieron gloria al Dios del cielo.*

[14] *El segundo ¡ay! ya pasó. El tercer ¡ay! viene en seguida.*

1 Al vidente se le entrega, en éxtasis, una caña, y con ella la invitación, de parte de Dios (o de Cristo), de medir el templo de Jerusalén, así como el altar y a los que en él hacen oración, pero no el atrio exterior, porque éste ha sido entregado a los gentiles. Acción simbólica que ocurre ya en Ez 40,3ss, donde se dice que el profeta, arrebatado en éxtasis desde Babilonia a la tierra de Israel, debe acompañar a un hombre (un ángel) que, *provisto de una caña y una cuerda, toma las medidas* del templo, incluyendo todas sus edificaciones y los diversos patios. Aquí, sin embargo, no se dice que Juan haya sido arrebatado en éxtasis a Jerusalén, ni se precisa si cumplió o no el encargo. La acción misma de medir tiene aquí un significado distinto del que le atribuye Ezequiel: tiene por objeto indicar qué partes del templo deben quedar inmunes de la profanación, por ser área reservada a Dios, y en consecuencia inviolable.

El templo de que se trata no es sólo el santuario (el santo y el santo de los santos), sino toda el área del templo con sus diversos edificios y atrios accesibles sólo a los judíos.

En cuanto al llamado atrio de los gentiles, situado fuera 2
del área, no se consideraba en realidad como parte del templo[159]. Según los designios de Dios, será entregado a los gentiles para ser profanado, lo que significa que los paganos se adueñarán de la ciudad de Jerusalén y la pisotearán por espacio de cuarenta y dos meses, desolándola y profanándola. No se *trata aquí propiamente de la destrucción de la ciudad.* Este anuncio de la suerte reservada a Jerusalén evoca por sí mismo las palabras de Jesús transmitidas en Lc 21,24: la ciudad santa «será pisoteada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles» e irrumpa el reino de Dios. Son palabras con que Jesús predijo la ocupación y destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70. El número de cuarenta y dos meses está tomado de Dan 7,25, y designa en el Apocalipsis el tiempo de la gran prueba bajo el dominio del Anticristo[160].

Durante este tiempo aparecerán en Jerusalén, por mandato 3
de Dios o de Cristo, dos hombres vestidos de saco, es decir, en hábito de penitencia y de luto[161]. Éstos vienen como testigos o, en otros términos, como portadores del mensaje divino, y anuncian a los habitantes la invitación de Dios a la penitencia, cumpliendo una misión semejante a la de los antiguos profetas. Así terminan las palabras dirigidas al vidente.

Ahora continúa Juan narrando en forma profética la acti- 4
vidad y la suerte de los dos testigos, pero sin indicar que le haya sido comunicado en visión. El verbo «vi», que con tanta frecuencia se repite en el Apocalipsis, falta por completo en este capítulo. Comienza por presentar al lector los dos testigos. No da, sin embargo, su nombre, sino se contenta con designarlos como «los dos olivos... que están puestos ante el Señor de la tierra», es decir, ante Dios. La frase contiene una alusión a Zac 4,3-14, con la diferencia de que este profeta habla sólo

159. Cf. Act 21,28s.
160. Cf. el exc. de la página 147.
161. Gén 37,4; Is 58,5; Jon 3,5s; Mt 1,21.

de los olivos colocados a derecha e izquierda del candelabro de los siete brazos, que es símbolo de Dios; por lo demás, en Zacarías los dos olivos designan a Zorobabel, príncipe de la estirpe davídica, y a Josué, sumo sacerdote, representantes del estado judío y de su comunidad religiosa. Al equipararlos con olivos se los caracteriza como a ungidos, como a personajes dotados del espíritu de Dios. Su posición al lado del candelabro quiere significar que cumplen su oficio como servidores gratos a Dios y que gozan de su protección omnipotente.

5 Esta especial protección de Dios los hace invulnerables durante todo el tiempo que dure su misión. Si alguno pretende atacarlos, de la boca de ellos sale fuego que lo devora, como en otro tiempo los enemigos de Moisés y de Elías fueron muertos por el fuego del cielo [162]. Su presentación en la figura de dos olivos alude a la presencia del Espíritu de Dios que en ellos obra; la metáfora del candelabro los presenta como los portadores de la luz divina, que según la ley y los profetas ilumina al pueblo.

6 Los dos testigos han recibido también del cielo una fuerza punitiva excepcional, ya que pueden herir con graves flagelos a los impenitentes. Mientras dura su misión tienen el poder de cerrar el cielo, como lo hizo en otro tiempo Elías [163], (según Lc 4,25 y Sant 5,17, por tres años y seis meses), cambiar el agua en sangre, como Moisés [164] y, aludiendo siempre a las plagas de Egipto, descargar sobre la tierra todo género de calamidades.

¿Quiénes son estos dos testigos? Los milagros que ellos obran, y que sirven para protegerlos, indican que se trata de Elías y Moisés. En tiempos de Jesús existía entre los judíos la creencia de que Elías reaparecería en la tierra antes de la venida del Mesías. Los testimonios más antiguos de tal creencia se conservan en Mal 3,24 y Eclo 48,10, según los cuales Elías

---

162. Núm 16,35; 2Re 1,10.
163. 1Re 17,1ss; 18,1; Eclo 48,3.
164. Éx 7,14ss.

al volver tendrá por misión propia la de convertir y restaurar a Israel. Jesús confirmó esta expectativa [165]. Pero se encuentra además en el Apocalipsis otra corriente, según la cual el Mesías tendrá dos precursores, Elías y Henoc, o Elías y Moisés. Por lo que toca a Moisés, la idea se basa en Dt 18,15 [166]. Es cierto que fuera de Ap 11,3ss sólo hay un testimonio más antiguo que habla del retorno de Elías y Moisés, la escena de la transfiguración de Jesús; pero este testimonio solo, sumado al del Apocalipsis, es más que suficiente.

Así que se haya cumplido el plazo fijado a la misión de los 7
dos testigos, la bestia salida del abismo [167] los atacará y les
dará muerte. Y para mayor afrenta [168], sus cadáveres serán
dejados insepultos en la plaza pública, tantos días cuantos fue-
ron los años que duró su ministerio. Siendo Jerusalén una ciu- 9
dad cosmopolita, gentes del mundo entero serán testigos del
espectáculo. Los dos personajes habían llegado a ser, con 10
las exigencias de su predicación y el azote de sus castigos, motivo de tal fastidio para los habitantes del país, que éstos ahora, llenos de alegría por su desaparición, celebran banquetes, invitándose unos a otros [169].

La bestia que sube del abismo es la misma que se menciona 7
en 13,1, el Anticristo. De ella se dice aquí y en 13,7 que hace la guerra a los dos testigos y a los santos, y los vence. La expresión proviene de Dan 7,21, donde se refiere al cuerno del cuarto reino. Esta idea de que el Anticristo se manifestará en Jerusalén no es nueva; aparece ya en Pablo, en 2Tes 2,4 («lle-
gando hasta sentarse en el templo de Dios»). No se designa 8
la ciudad por su propio nombre, pero la explicación «donde también su Señor fue crucificado» no deja la menor duda de que se trata de Jerusalén. Los dos nombres simbólicos que

---

165. Cf. comentario a Mc 9,10
166. Cf. Jn 1,21; 6,14; 7,40.
167. Cf. Ap 13,1ss.
168. Jer 8,2; Tob 1,20; 2Mac 2,10.
169. Cf. Est 9,19.20; Neh 8, 10.12.

se le aplican quieren llamar la atención sobre la hostilidad hacia Dios y la depravación moral que distingue a sus habitantes. En Sab 19,14s, Sodoma y Egipto son los símbolos de la corrupción y la impiedad[170]. En otros pasajes del Apocalipsis se da el nombre de gran ciudad, a Babilonia[171]; aquí en cambio, el epíteto se da a Jerusalén, porque es precisamente a esta *ciudad a la que, en la intención del autor, se refiere la profecía* en cuestión.

11 El regocijo era, sin embargo, prematuro. En efecto, pasados tres días y medio, los dos muertos tornan a la vida, reanimados, como en la visión de los huesos secos en Ezequiel, por el
12 hálito de vida que procede de Dios[172]. Al mandato de una voz del cielo y ante el estupor de la población, suben al cielo envueltos en una nube, recibiendo así el premio de su martirio. Nueva alusión a Elías arrebatado al cielo en medio de un torbellino de fuego[173]. En el judaísmo tardío existe la idea de que también Moisés fue arrebatado misteriosamente al cielo[174].

13 Tras la asunción de los dos testigos, un violento terremoto sacude a Jerusalén y da por tierra con la décima parte de la ciudad, causando la muerte a siete mil personas. En la suposición, poco probable, de que esta cifra represente también la décima parte de la población, la ciudad tendría por aquella época setenta mil habitantes. Hecateo dice, sin embargo, que la población de Jerusalén llegaba a los ciento veinte mil habitantes[175].

Ante la resurrección y asunción de los dos testigos y ante el espantoso terremoto, castigo de Dios por el asesinato de sus siervos, toda la población de Jerusalén se llena de saludable temor. Reconoce ahora sin ambages que era Dios quien los había enviado, para invitarla a la penitencia, y se somete a él.

---

170. Cf. también Is 1,10; 3,10; Jer 23,14; Ez 16,46.
171. Ap 14,8; 16,19; 17,5 18; 18,2.10.
172. Ap 37,10.
173. 2Re 2,11; Eclo 48,9.
174. JOSEFO, *Ant.* IV, 8,48, § 326.
175. JOSEFO, *Contra Apionem* 1,22.

La expresión «dar gloria a Dios» significa aquí[176] que los sobrevivientes de la ciudad se convierten de su infidelidad y creen en Cristo. Lo que no consiguió la predicación de los dos *testigos* lo realiza la milagrosa intervención de Dios.

La interpretación del capítulo 11.

Este capítulo pertenece a uno de los pasajes más oscuros del Apocalipsis. Si el gesto de medir el templo se entiende literalmente, tenemos en 11,1-2 la predicación profética de que, con excepción del área misma del templo, Jerusalén será ocupada por un pueblo pagano, y durante un período determinado será posesión suya, quedando así profanada; sólo un puñado de fieles se verá milagrosamente preservado por Dios. Es del caso observar, sin embargo, que Jesús mismo, en el discurso escatológico, profetizó la destrucción del templo[177], y que los romanos en el año 70 ocuparon la ciudad, destruyéndola en gran parte e incendiando el templo. No parece, pues, que el autor del Apocalipsis, que escribe en el año 95, haya entendido esta profecía en sentido estrictamente literal y la haya querido aplicar al templo de Jerusalén.

Entre las interpretaciones posibles, la más natural es la que relaciona esta profecía con el destino religioso del pueblo judío al fin de los tiempos. El pasaje 11,1-2 significa entonces que la porción del pueblo judío que siga a Cristo será milagrosamente protegida por Dios en el tiempo de la tribulación, en tanto que los judíos incrédulos, que son la gran mayoría, quedarán expuestos a los ataques de los poderes adversos a Cristo y sucumbirán ante ellos. El acto de medir tiene, pues, el mismo sentido que el de sellar en 7,3ss; 14,1-5. Con esta interpretación de 11,1-2 concuerda la perícopa siguiente[178].

---

176. Como en Ap 14,7 y 16,9
177. Cf. Mc 13,2.
178. Ap 11,3-13.

Este pasaje encaja bien en la antigua tradición cristiana, atestiguada en 2Tes 2,3, y se compagina con la idea que tanto los judíos como los primeros cristianos tenían acerca de la venida del precursor; *predice* la *aparición en* Jerusalén, vale decir, en medio del pueblo, de Elías y de Moisés resucitados en calidad de austeros predicadores de penitencia para convertir a la fe cristiana al Israel infiel[179]. Que los dos testigos sean Moisés y Elías en persona, o más bien dos hombres de Dios semejantes a ellos, poco interesa[180]; lo importante es que, aun teniendo que sufrir el martirio, el objetivo de su misión se cumple de todas maneras, gracias a la prodigiosa intervención de Dios: la mayoría del pueblo judío, infiel hasta ahora, se convierte a Cristo[181]. Por eso el juicio final no se lleva a cabo sobre Israel, sino sobre el mundo incrédulo e impenitente[182]. Como se ve, la profecía de 11,3-13 anuncia la misma verdad que Pablo en Rom 11,25s descubre como misterio revelado a él en particular, a saber, que al fin de los tiempos Israel se convertirá a Cristo. Estos dos primeros pasajes del capítulo 11 nos trasladan a los tres años y medio de dominio del Anticristo, introducido por el toque de la séptima trompeta; contienen, pues, un episodio que anticipa los acontecimientos.

Se puede decir, en conclusión, que el autor del Apocalipsis recoge una antigua profecía sobre la suerte de Israel en los últimos tiempos, nacida entre los primeros judíos convertidos, y que, tras ligeras modificaciones, la incorpora a su libro[183].

El capítulo 11 presenta muchos puntos oscuros, pero la interpretación que hemos dado podría aducir en su favor los dos argumentos siguientes: 1) el fondo marcadamente judío palestinense de toda la perícopa (no obstante los v. 9-10); 2) la circunstancia de que en una profecía de carácter tan universal

---

179. Cf. Lc 1,16s.
180. Cf. Lc 1,17.
181 Cf. Mt 23,39, Lc 13,35.
182. Ap 4,6ss.
183. Cf. Ap 11,7 con 13,1ss; 11,8 con 2,9; 3,9

acerca del fin de los tiempos era natural que se dijera también alguna palabra relativa a la suerte del pueblo hebreo, que en su mayor parte había permanecido infiel.

Los mil doscientos sesenta días, los cuarenta y dos meses o los tres años y medio.

Los mil doscientos sesenta días de 11,3 y 12,6 corresponden exactamente a los cuarenta y dos meses (cada uno de treinta días) de 11,2 y 13,5. En 12,6 se dice que la permanencia de la mujer en el desierto, de que se habla en 12,1, tendrá la duración de mil doscientos sesenta días (el equivalente de tres años y medio, en años de trescientos sesenta días); en 12,14 se dice luego que tal duración será de «un tiempo, tiempos y medio tiempo»; la comparación de los dos pasajes nos permiten concluir que por «un tiempo» hay que entender un año, y por «tiempos» (número dual en el origen griego) dos años. Son, pues, tres indicaciones cronológicas diversas que designan el mismo espacio de tiempo y se refieren concretamente al período de la actividad del Anticristo [184], de la gran tribulación de la Iglesia [185]. También en otros pasajes del NT se habla del período de tres años y medio como de tiempo de desgracia. Así, según Lc 4,25 y Sant 5,17, la gran sequía producida por el profeta Elías como castigo de Dios [186] tuvo la duración de tres años y medio, circunstancia que el AT no precisa.

El uso que el Apocalipsis hace de la cifra tres años y medio, o mil doscientos sesenta días, o cuarenta y dos meses, proviene del libro de Daniel, donde señalan el tiempo de la gran tribulación de Israel (de junio de 168 a diciembre de 165 a.C.) durante el reinado de Antíoco IV Epífanes, quien se había propuesto borrar por completo toda huella de religión judía. Según

184. Ap 13,5.
185. Ap 7,14.
186. 1Re 17,1ss.

Dan 7,25 (y 12,7), los santos del Altísimo serán entregados en manos de este rey, simbolizado en el cuerno pequeño, por el espacio de «un tiempo, tiempos y medio tiempo». Según 9,27, la misma tribulación, y en particular la desolación del templo, dura «media semana». Las cifras empleadas en 8,14 y 12,11s para indicar los días nos dan la certeza de que «un tiempo» en 7,25 significa un año, y la «semana» de 9,27 es una semana de años.

ACTO SEGUNDO: LA BATALLA DECISIVA ENTRE DIOS Y SATÁN POR EL DOMINIO DEL MUNDO 11,15-20,15

Escena introductoria: Al toque de la séptima trompeta resuenan en el cielo cantos de júbilo por el establecimiento de la soberanía de Dios en el mundo 11,15-19

15 *Y el séptimo ángel tocó la trompeta. Y hubo grandes voces en el cielo que decían:*

«El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor
y de su Cristo,
y él reinará por los siglos de los siglos.»

16 *Y los veinticuatro ancianos, los que estaban en sus tronos*
ante Dios, se postraron en tierra y adoraron a Dios, 17 *diciendo:*

«Te damos gracias, Señor Dios, todopoderoso,
el que es y el que era,
porque has recobrado tu gran poder,
y has comenzado a reinar.
18 *Las naciones se habían airado,*
mas llegó tu ira
y el tiempo de juzgar a los muertos,

y de dar la recompensa a tus siervos, los profetas,
y a los santos, y a los que temen tu nombre,
a los pequeños y a los grandes,
y de destruir a los que destruían la tierra.»

19 *Y se abrió el santuario de Dios que está en el cielo, y apareció el arca de su alianza en su santuario. Y hubo relámpagos, voces y truenos, y terremoto, y una gran granizada.*

Como solemnemente lo anunció el ángel en 10,7, la séptima trompeta señala el momento en que se hará efectivo el misterioso plan de Dios sobre el mundo, que culmina con el establecimiento del reino de Dios en él. Lo que en el cielo se ha decidido es inmutable y no dejará de cumplirse. Por eso las milicias celestiales celebran el acontecimiento con himnos triunfales, como si ya se hubiera cumplido.

15 El primer himno, cantado por coros angélicos, celebra en pocas palabras el hecho de que el dominio del mundo ha pasado a manos de Dios y de su ungido, el Mesías, y en su poder quedará eternamente. Dios, como criador que es del mundo, es también su señor; pero hasta ahora su señorío no era ilimitado. A su lado, en efecto, y no sin su consentimiento, potencias adversas a Dios ejercían en el mundo cierto poder maléfico, organizado por Satán, a quien el NT llega hasta llamar señor y dios de este mundo [1]. Este estado de cosas ha terminado ya.

16s En el segundo canto los ancianos agradecen a Dios el haber hecho por fin uso del gran poder de que dispone, para hacer efectiva su soberanía, poniendo así término al largo y funesto período en que, con longanimidad y paciencia increíbles, dejó obrar libremente a las fuerzas del mal.

18 Esta decisión había provocado la furia de los pueblos paganos, que, siendo vasallos de las potencias hostiles a Dios, no

1. Jn 12,31; 2Cor 4,4.

quisieron plegarse a aceptar la soberanía divina [2]. Su furor se manifiesta en el intento de aniquilar a la Iglesia de Dios (cap. 13) y en el ataque insensato que sus ejércitos lanzan contra el propio Dios y contra su ungido [3], como también contra el «campamento de los santos y la ciudad amada» [4]. Pero precisamente su actitud ha hecho estallar contra ellos la ira de Dios [5] y lo ha movido a intervenir en persona para castigarlos [6]. Tras este castigo llega la hora de juzgar a los muertos, cuando todos los fieles servidores de Dios son llamados a recibir su recompensa [7] y cuando también los que asolaban la tierra [8] encuentran el bien merecido castigo. Se comprende entonces por qué el canto de los ancianos, que hace eco a los salmos mesiánicos 2,1.5 y 99,1, se expresa, proféticamente, como si el hecho escatológico se hubiera ya cumplido. Esto explica también el que en la fórmula descriptiva del ser divino, aquí como en 16,5, falte el tercer miembro («el que viene»).

Terminados los cantos de victoria, se abre a los ojos del **19**
vidente el templo del cielo y se hace visible el arca de la alianza. Ésta, en el templo de Jerusalén, era considerada como el lugar en que Dios se hacía presente, pero permanecía oculta a las miradas del pueblo. La manifestación de su prototipo celestial significa que ya ha comenzado el tiempo en que Dios no seguirá oculto en una lejanía inaccesible, sino que estará presente en medio de su pueblo [9]. Para más de un comentarista habría aquí una alusión a la leyenda judía según la cual el arca, escondida por Jeremías en una gruta del monte Nebó poco antes de la destrucción de Jerusalén por los babilonios, aparecerá de nuevo «cuando Dios vuelva a congregar a su pueblo y tenga de él misericordia», es decir, cuando venga el Mesías [10]. Los fenómenos naturales con que cierra este preludio en el cielo, son un anuncio de los juicios que están por cumplirse (terremotos, 16,18; granizadas, 16,21).

---

2 Cf. Sal 99(98)1. 3. Ap 16,14; 19,15.19. 4. Ap 20,9
5. Ap 14,7. 6. Ap 14,6-20,10. 7. Ap 20,11-15.
8. Cf. Ap 19,2. 9. Ap 21,3.22. 10. 2Mac 2, 4-8

I. El ataque de las potencias enemigas de Dios contra la Iglesia (el tiempo de la gran tribulación)
12,1-14,5

a) El dragón aparece en el campo de batalla
12,1-18

1. *Vano esfuerzo por devorar al Mesías en el momento de nacer*
12,1-6

1 *Y apareció una gran señal en el cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.*

2 *Está encinta y grita por los dolores del parto y por las angustias del alumbramiento.* 3 *Y apareció otra señal en el cielo: un gran dragón de un rojo encendido, que tenía siete cabezas y diez cuernos; y sobre sus cabezas, siete diademas.* 4 *Su cola barre la tercera parte de las estrellas del cielo y las arroja a la tierra. El dragón se detuvo ante la mujer que estaba a punto de alumbrar, para devorar a su hijo cuando lo diese a luz.* 5 *Y dio a luz un hijo, un varón, el que ha de regir a todas las naciones con vara de hierro. Pero su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono.* 6 *Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar dispuesto de parte de Dios, para ser allí alimentada por mil doscientos sesenta días.*

Es ésta una de las escenas más maravillosas del Apocalipsis. El vidente contempla en la mujer circundada de luz a una figura de grandeza y esplendor sobrenatural. En agudo contraste con ella aparece el dragón, símbolo de las tenebrosas fuerzas del mal y de la perfidia diabólica. En pocos rasgos describe

las dos figuras, tan magistralmente que nunca se borran ya de la memoria.

El vidente se halla en la tierra, como en 10,1, y las dos 1
figuras le aparecen en lo alto, como pintadas en el firmamento. La palabra «señal» indica aquí una aparición sobrenatural y maravillosa, obrada por Dios, que de ella se sirve como de signo distintivo [11]. Las expresiones usadas y la figura misma de la mujer que da a luz hacen pensar en la profecía de Is 7,10ss. El profeta invita al rey Acaz de Jerusalén a pedir a Dios un signo, bien sea en las profundidades del infierno o bien en el cielo. Ante la negativa del rey, el profeta le replica: «El Señor mismo os dará un signo (a la casa de David) mira, la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (Dios con nosotros).»

Una de las dos señales que Juan contempla es una mujer de majestad sobrenatural, cubierta de sol como de rico manto [12], con la luna (la media luna) a sus pies como pedestal, y una brillante corona de doce estrellas por diadema. Las doce estrellas son símbolo evidente de las doce tribus de Israel, mencionadas repetidas veces en el Apocalipsis y representan al Israel espiritual, al nuevo pueblo de Dios [13]. Este simbolismo arranca de Gén 37,9, donde se dice que José vio en sueños a sus once hermanos rodeándolo a manera de once estrellas.

La mujer lleva un niño en su seno, y le ha llegado la hora 2
de darlo a luz; sufre ya los dolores del parto, y en angustia lanza fuertes clamores. La descripción es muy realista, y todos sus lamentos están tomados de diversos pasajes del AT, que presentan la llegada del tiempo mesiánico bajo la imagen de una mujer en trance de dar a luz; la mujer es Israel [14]. El paralelo más exacto lo hallamos en Is 26,17: «Como mujer encinta cuando llega al parto, se retuerce y grita en sus dolores.»

11. Cf. Ap 15,1.
12. Cf. Sal 104(103)2.
13. Ap 7,4ss; 21,22.
14. Cf. Is 66,7s; Miq 4,9s.

¿Quién es esta mujer vestida del sol? Si se tiene en cuenta el v. 5, según el cual el niño que nace es el Mesías, parecería lo más natural ver en la mujer a María, la madre de Jesús. Tal ha sido, en efecto, la interpretación más en boga hasta hace poco tiempo. Pero ante la dificultad de que esta interpretación choca con el v. 17, donde se le atribuyen a la mujer otros hijos, los fieles de Cristo, en la actualidad ha sido abandonada por la mayor parte de los exegetas. Parece más lógico ver en la mujer, como lo hizo ya en su tiempo san Agustín, un símbolo de Israel en cuanto pueblo de Dios. Esto no impide, sin embargo, que represente simultáneamente al pueblo de Dios en el Nuevo Testamento, dado que la mujer aparece luego sobre la tierra (v. 13ss) como personificación de la Iglesia, cuyos miembros son blanco de la persecución del dragón; ha de ser considerada, por tanto, como símbolo del pueblo de Dios en general. Por lo demás, para Juan el pueblo de Dios del Antiguo Testamento y el del Nuevo no son dos entidades antagónicas, sino una unidad espiritual y sobrenatural. Así se entiende que la mujer pueda dar a luz al Mesías, que según la carne procede del pueblo hebreo [15], y que en la gran tribulación deba huir del dragón (v. 6). Hay que precisar, sin embargo, que el pueblo representado bajo la figura de la mujer rodeada del esplendor de la majestad no es, propiamente hablando, el pueblo de Dios en su modalidad concreta y terrena, sino su arquetipo ideal, que posee la verdadera naturaleza de pueblo de Dios y está presente en él desde un principio en el cielo.

Esta idea no es extraña al judaísmo, y se refleja en varios pasajes del Nuevo Testamento. En el judaísmo, está relacionada con la idea de que todas las realidades de la salud tienen existencia en Dios. Así, por ejemplo, 1 Hen asegura que existe una comunidad invisible de los justos, mientras 2Hen 55,2; 4Esd 8,52; ApBar 4,2-6 suponen la existencia, en el cielo, de una Jerusalén eterna. Según el Apocalipsis [16], la nueva Jerusa-

15. Ap 5,5; cf Rom 9,5.
16. Ap 21,2.10

lén posee una existencia en el cielo; asimismo en Heb 22,12 se habla del «monte Sión» y de la «ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial» y Pablo, a su vez, menciona la «Jerusalén de arriba», «nuestra madre» [17]. En cuanto al hecho de que el pueblo de Dios aparezca al vidente bajo el simbolismo de una mujer, nada tiene de extraño; en el AT, como entre los antiguos en general, es una manera corriente de representar un pueblo o una ciudad, incluidos sus habitantes. Jeremías profetiza a los babilonios: «Grande será la confusión de vuestra madre, grande la vergüenza de la que os engendró.» Los profetas hablan a menudo de la hija de Sión, refiriéndose bien a la ciudad, bien a sus habitantes [18]. En 4Esd, Sión aparece como una mujer que guarda luto por su hijo (el Mesías), muerto en la noche misma de las bodas [19].

La otra señal que aparece en el firmamento, terrible y ame- 3
nazadora, es un dragón. El dragón es un animal mitológico, y representa las fuerzas enemigas de Dios, funestas y malignas. En el v. 9 se dice expresamente que es la personificación de Satán, el gran adversario de Dios. El color rojo y las siete cabezas son pormenores tomados también de las tradiciones míticas. Rojo es el color del Tifón egipcio, un monstruo marino que se identifica con el dragón o el cocodrilo. Una enorme serpiente de siete cabezas figura también en la mitología babilónica, y la *Pistis Sofia* de los gnósticos (c. 66) habla de un basilisco de la misma forma. En la vigésima segunda Oda de Salomón, Cristo da gracias a Dios por haber dado muerte con su propia mano al dragón de siete cabezas y haber librado del infierno a los fieles allí aprisionados. Las siete cabezas simbolizan el máximo despliegue de fuerza por parte de las potencias hostiles a Dios. Sobre las siete cabezas el dragón tiene además siete diademas, señal de poderío, así como de Cristo también se dice que en su cabeza lleva muchas diademas [20]. La mejor explicación del detalle de los diez cuernos se halla en el libro

17. Gál 4,26.
18. Is 1,8; Jer 4,31.
19. Ap 9,26-10,59
20. Ap 19,12

de Daniel [21], donde se presenta a la cuarta bestia provista igualmente de diez cuernos. También la bestia que sube del mar ostenta, según 13,1, los mismos emblemas del dragón; esto permite concluir que se señala aquí por anticipado la estrecha relación que existe entre estas dos figuras.

4 Otro de los pormenores tomados de Daniel es el hecho de que el dragón barre con la cola la tercera parte de las estrellas del cielo; en el libro de Daniel se dice, en efecto, que el cuerno pequeño (el rey Antíoco IV Epífanes) crece tanto que alcanza hasta el ejército del cielo, echando a tierra y pisoteando parte de las estrellas [22]; la figura alude en este caso a los pueblos paganos vencidos por el rey, cuyas divinidades fueron también por él destronadas. Con tal descripción quiere Juan hacer resaltar más la grandeza y la fuerza inaudita del monstruo. Esta terrible fiera se mantiene erguida delante de la mujer y ruge amenazadora en espera de que el niño nazca para devorarlo. No pudiendo impedir el nacimiento del Mesías, que viene a destruir su reino (tal es el simbolismo de la escena), Satán busca aniquilarlo tan pronto nazca, conjurando así el peligro que lo amenaza a él y amenaza su reino.

5 La mujer da a luz. La expresión «un hijo, un varón», es simplemente un hebraísmo [23]. Con una frase tomada del Sal 2, mesiánico, se especifica quién es este niño: «Yo te daré los pueblos en propiedad, y los confines de la tierra por posesión; tú los triturarás (según los LXX: los apacentarás, es decir, regirás) con cetro de hierro» [24]. Se trata, pues, del Mesías, que como tal vencerá a los pueblos paganos y los aniquilará (la cita se halla también en Ap 2,27; 19,15). El ataque del dragón fracasa, porque el niño así que nace es arrebatado al cielo,
6 junto al trono de Dios. La madre, por su parte, huye al desierto, que es el refugio de los perseguidos [25]. La descripción permite concluir que el nacimiento se llevó a efecto en la tierra.

21. Ap 7,7.
22. Dan 8,10.
23. Cf. Jer 20,15.
24. Sal 2,8.
25. 1Re 17,2ss; 19,3ss; 1Mac 2,29s.

La mujer obligada a huir (v. 13) es figura de la Iglesia en estado de humillación, cuando sus miembros deben pasar por la gran tribulación (cf. también v. 14ss).

¿Cómo es posible que, en medio de una visión en que contempla el futuro, el vidente hable del nacimiento del Mesías, situándolo en el tiempo que precede inmediatamente a la gran tribulación de la Iglesia? Es, en efecto, un acontecimiento que pertenece al pasado, y el propio vidente habla en otros pasajes de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo como de hechos ya acaecidos[26], y contempla a Cristo mismo bajo la figura de un cordero ya inmolado[27]. Disuena también la circunstancia de que el Mesías haya sido llevado al cielo inmediatamente después de su nacimiento, con lo cual toda la vida terrena de Jesús y su actividad redentora queda en el silencio. La dificultad ha llevado a muchos comentaristas a pensar que el nacimiento del Mesías de que aquí se habla no es en ningún caso el nacimiento terreno de Jesús; se alude más bien a un hecho que se repite siempre de nuevo: el nacimiento ininterrumpido de Cristo en los fieles que la Iglesia diariamente engendra. Para otros comentaristas, el capítulo en cuestión se referiría al nacimiento escatológico, o manifestación de Cristo al final de los tiempos, presentada aquí como el correspondiente del nacimiento histórico en Belén, y al mismo tiempo como la proclamación de éste al mundo entero. De ahí, añaden, que el suceso se localice en el cielo, y que la madre del Mesías sea una figura divina. Hay que decir, sin embargo, que estas interpretaciones no se compaginan suficientemente con el texto, y que parece necesario relacionar la escena con el nacimiento corporal de Jesús Mesías.

Como se ve, la visión arranca del pasado y muestra cómo la enemistad entre la antigua serpiente, Satán, y la descendencia de la mujer (Cristo y la Iglesia) es anterior al tiempo en que Juan es favorecido con la visión o en que la narra

26. Ap 1,5; 2,8.
27. Ap 5,9

a los destinatarios de su libro. El demonio trató, efectivamente, de aniquilar al Mesías en el instante mismo de su nacimiento (téngase en cuenta, a propósito, el pasaje del Evangelio de san Mateo, en que Herodes busca cómo dar muerte al niño)[28]; pero, no habiendo podido lograrlo, dirige su odio y su rabia contra la madre (v. 13), es decir, contra la Iglesia (v. 17). Esta lucha de Satán contra la Iglesia, que cristaliza en la acción del Anticristo y sus secuaces, será el tema del capítulo siguiente. Así considerada, la escena del nacimiento de Cristo y del ataque del dragón contra él está en su justo sitio, conclusión que se impone todavía más cuando se observa que en el c. 12 se acentúa menos la enemistad del dragón contra el Mesías que contra la mujer, figura de la Iglesia.

Con el nacimiento del Mesías, tal es la afirmación de Juan, se da comienzo a la batalla decisiva entre Dios y Satán por el dominio del mundo; con él comienzan, en cierta manera, los últimos tiempos, y por eso es en sí mismo su suceso escatológico. La circunstancia de que el Mesías niño es arrebatado al trono de Dios se debe considerar como alusión a la resurrección y ascensión de Cristo. Fracasados los ataques que el demonio lanza contra él durante su vida terrena, más aún, vencido éste por Cristo en el momento de su resurrección, que lo hace personalmente inmune a sus ataques, es perfectamente explicable que Juan, reduciendo la vida terrena de Jesús a su comienzo y a su fin victorioso, pueda decir que el Mesías fue arrebatado al cielo, y librado así de los ataques del dragón.

2. *Miguel vence al dragón y lo precipita en la tierra* 12,7-12

[7] *Y hubo una batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles se levantaron a luchar contra el dragón. El dragón, presentó batalla y también sus ángeles.* [8] *Pero no prevaleció ni hubo lugar*

28. Mt 2,16ss

para ellos en el cielo. [9] Fue arrojado el gran dragón, la antigua serpiente, el que se llama diablo y Satán, el que seduce al universo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. [10] Y oí una gran voz en el cielo que decía:

«Ahora ya llegó la salvación
y el poder y el reino de nuestro Dios,
y el imperio de su Cristo.
Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos,
el que día y noche los acusaba ante nuestro Dios.
[11] *Pero ellos lo han vencido por la sangre del Cordero,*
y por el testimonio que dieron;
pues no amaron su vida tanto que rehuyeran la muerte.
[12] *Por esto, alegraos, cielos, y los habitantes de ellos.*
¡Ay de la tierra y del mar!
Porque ha bajado a vosotros el diablo,
Poseído de grande furor,
sabiendo que le queda poco tiempo.»

El ataque al Mesías trae al dragón graves consecuencias. 7
En el cielo, donde según el v. 10 tiene un puesto, se traba la
lucha. La palabra «cielo» designa aquí uno de aquellos nume-
rosos lugares intermedios que, conforme a la mentalidad de la
época, existen entre el trono de Dios y la tierra. Miguel, capi-
taneando el ejército de los ángeles, se enfrenta al dragón, apo-
yado por sus secuaces, los espíritus malignos, lo vence y lo
precipita en la tierra. La expresión «no hubo lugar para ellos 8
en el cielo» procede de Dan 2,35 [29], y significa que fueron arro-
jados del puesto que hasta ahora habían ocupado, y privados
de todo su influjo (cf. v. 10).

Miguel, el único ángel a quien se menciona por su nombre en el Apocalipsis, es el primero de los siete arcángeles [30]. En el libro de Daniel se lo tiene por ángel tutelar de Israel, en

29. Cf. Ap 20,11
30. Cf. comentario a Ap 8,2

cuanto pueblo de Dios [31]. En el libro de Henoc, se lo considera protector de los hombres piadosos de Israel [32]. Este combate entre Miguel y Satán no sucedió, como piensan los padres de la Iglesia, al principio de la historia, sino que se lleva a cabo en el lapso entre la glorificación de Cristo y la aparición del Anticristo. Se trata de la primera gran derrota de Satán en la batalla decisiva que, con la venida del Mesías, se traba entre Dios y el poder de las tinieblas.

La mejor ilustración de esta escena se halla en dos declaraciones del Señor. En Lc 10,18 dice Jesús: «Yo estaba viendo a Satán caer del cielo como un rayo», queriendo decir con esto que por obra suya Satán fue despojado de su poder [33]. En Jn 12,31 dice: «Ahora tiene lugar el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera.» El juicio del mundo hostil a Dios, iniciado ya con el ministerio público, llega a su punto culminante en la muerte de Jesús. Así, pues, la victoria de Jesús de que aquí se habla es su muerte. Se declara así perfectamente el sentido exacto de este pasaje: la exaltación del Mesías a la diestra de Dios, recompensa de su obra en la tierra y de su muerte, representa la primera decisiva victoria sobre Satán; con ella su poder se ve destruido en principio o, para usar el lenguaje del Apocalipsis, queda limitado a la tierra y a un determinado espacio de tiempo (v. 12).

9 Cuál haya sido la importancia de la victoria obtenida, se desprende de los nombres que el vidente acumula para ponderar la peligrosidad del vencido. Es «la antigua serpiente», que indujo a pecar a la primera pareja humana [34], es el «diablo», o adversario de los hombres, el seductor de todo el mundo [35].

10 A la caída del dragón, el cielo prorrumpe en un himno que celebra la importancia de lo sucedido. La victoria de Miguel

31. Dan 10,21; 12,1.
32. 1Hen 20,5.
33. Cf. Mt 12,28; Lc 11,20.
34. Gén 3; Sab 2,24; 2Cor 11,3; 1Tim 2,14.
35. Ap 20,3; Jn 8,44.

sobre Satán es el principio de su derrota definitiva, y por eso bien se puede decir que con ella se ha inaugurado el dominio de Dios y de su ungido. Al ser arrojado del cielo, Satán se ve despojado de la posición influyente que hasta ahora ha tenido ante Dios. Según el AT y el judaísmo contemporáneo de Cristo, Satán no es un ángel caído, sino un miembro de la corte divina, donde tiene la función de «fiscal» o acusador de los hombres ante Dios. Tal aparece en el libro de Job [36], y sobre todo en el de Zacarías [37], donde acusa al sumo sacerdote Josué. También para el Apocalipsis Satán ocupa un puesto en el cielo [38], donde actúa como censor, acusando ininterrumpidamente a los hermanos (los justos) de infidelidad delante de Dios y sometiéndolos a duras pruebas [39]. Pero en el Nuevo Testamento en general, Satán es un personaje esencialmente hostil a Dios; es exactamente el polo opuesto a Dios [40].

El triunfo de Miguel es al mismo tiempo el triunfo de los **11**
hermanos de aquellos que cantan en el cielo. Con la caída de Satán se les dio también a ellos la posibilidad de humillar a quien antes era su acusador, de rechazar victoriosamente todos los ataques de su adversario; fue la victoria que consiguieron cuando franca y valerosamente dieron testimonio de Cristo, refrendándolo incluso con la propia sangre. Los «hermanos» (v. 10) son, pues, los mártires cristianos, comprendidos por tales no sólo los degollados de 6,9, sino todos los que ofrendarán su vida por la fe durante la gran prueba que está para sobrevenir. Para los que cantan en el cielo, la victoria es ya una realidad, como lo es también el comienzo del reino de Dios, gracias a la sangre del Cordero, es decir, la muerte de Cristo, que se la ha hecho posible y les ha dado la fuerza para conseguirla [41]. Tenemos aquí una alusión al hecho de que la derrota del dragón fue efecto de la muerte de Cristo en la
cruz. La caída de Satán es para los ángeles y para los biena- **12**

36. Job 1,1ss.
37. Zac 3,1ss.
38. Ap 12,8; cf. Lc 10,18.
39. Lc 22,31.
40. Jn 12,31; 2Cor 4,4
41. Cf. Ap 7,14.

venturados motivo de inmensa alegría, mientras para los hombres lo es de grandes lamentos, ya que la tierra y el mar se han convertido ahora en el escenario de la lucha contra Dios y su ungido[41a]. Satán sabe que no le resta ya sino un corto plazo para ser definitivamente aniquilado (cf. v. 14), y redobla sus fuerzas.

3. *El dragón persigue a la madre del Mesías, pero ésta se refugia en el desierto* 12,13-18

[13] Cuando el dragón se vio arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón. [14] Y a la mujer le fueron dadas las dos alas de la gran águila, para que volara al desierto, a su lugar, donde es alimentada por un tiempo, (dos) tiempos y medio tiempo, lejos de la presencia de la serpiente. [15] La serpiente arrojó de su boca, detrás de la mujer, agua como un río, para hacer que el río la arrastrara. [16] Pero la tierra ayudó a la mujer. Y la tierra abrió su boca y se tragó el río que el dragón había arrojado de su boca. [17] Y el dragón se enfureció contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. [18] Y se situó sobre la arena del mar.

13 Fallido el intento de devorar al Mesías, la furia del dragón se vuelve ahora contra la madre. Pero ésta cuenta con la
14 admirable protección de Dios. En alas de un águila es llevada al desierto, al lugar que Dios le tiene preparado; milagrosamente tendrá siempre alimento, y allí permanecerá oculta, libre de los ataques del dragón, por el lapso de tres tiempos y medio, o de mil doscientos sesenta días (v. 6), o sea, por el tiempo

41*a*. Ap 18,17.

que dure la gran tribulación. La liberación de la mujer sobre «las dos alas de la gran águila» simboliza la rapidez y seguridad de la protección divina; es asimismo una figura empleada por varios pasajes bíblicos. Así, en Éx 19,4 y en Dt 32,11 se dice que Dios sacó de Egipto a los israelitas y en alas de águila los llevó al desierto del Sinaí. Según Ez 17,3s «una gran águila de anchas alas» (Nabucodonosor) se llevó para Babilonia el cogollo del cedro del Líbano (el rey Joaquín). El desierto como lugar de refugio para la mujer es otro de los temas del Éxodo: Dios arrancó a su pueblo de las manos del perseguidor egipcio y, a través del mar Rojo, lo puso a salvo en el desierto, sosteniéndolo allí milagrosamente con el maná. La salida de Egipto era para el judaísmo tipo de la era escatológica [42].

El dragón, que aquí, como en la mitología, presenta la 15
figura de un monstruo marino, persigue a la mujer y trata de
ahogarla en un poderoso torrente que arroja de sus fauces.
Pero la tierra presta ayuda a la mujer, absorbiendo las peli- 16
grosas aguas. No pudiendo causar daño alguno a la mujer, 17
el dragón se vuelve ahora, rabioso, contra «el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen en el testimonio de Jesús», es decir, contra los cristianos. La mujer es, como se ve claramente, tanto la madre del Mesías como la madre de los cristianos, y es aquí la personificación de la Iglesia de Cristo en la tierra, pero de la Iglesia como totalidad. Ésta se ve preservada de la destrucción con que la amenazan Satán y sus secuaces, y «alimentada» (v. 14) milagrosamente con bienes sobrenatuales. Es verdad que sus miembros, separadamente, están expuestos a los ataques de estos poderes enemigos de Dios y pueden sucumbir o ser llevados al martirio; pero la Iglesia, como tal, cuenta con la admirable protección de Dios [43], hasta que Cristo se presente y ponga fin a la funesta acción de Satán.

La interpretación dada anteriormente a la figura de la

42. Cf. el comentario a Ap 8,7ss.
43. Mt 16,18.

mujer no es aceptada por todos; ante ciertas dificultades que presenta, algunos exegetas (entre ellos Sickenberger) proponen otra. Ven en la mujer no una figura del pueblo de Dios como tal, sino del pueblo de Israel en particular, en cuanto de él salió no sólo el Mesías, sino la misma Iglesia cristiana. La huida al desierto simbolizaría la expulsión de su propio país, es decir, la pérdida de su independencia nacional. La escena significaría que el pueblo de Israel se perdería completamente si Dios no lo preservara milagrosamente para llevarlo a la conversión al fin de los tiempos.

Esta explicación choca, sin embargo, con serias dificultades. Si la rabia del dragón se dirige contra los seguidores del Mesías, no es posible que se aluda aquí a una persecución del pueblo de Israel, ya que éste, al rechazar en masa a Jesús, perdió su distintivo de pueblo de Dios. Por eso autores (por ejemplo, M. Rissi), tal vez con más razón, prefieren ver en la mujer sostenida milagrosamente en el desierto aquella porción de Israel que reconoce a Cristo, y consideran su preservación como un paralelo exacto de la acción de medir el templo [44], que tiene idéntico significado.

b) El dragón se vale de dos bestias como de instrumentos en su lucha contra los cristianos 13,1-18

1. *La primera bestia, que sube del mar, es el Anticristo, señor del mundo hostil a Dios* 13,1-10

[1] *Vi subir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos, diez diademas, y sobre sus cabezas,*

44. Ap 11,1.

nombres blasfemos. [2] La bestia que vi era semejante a una pantera, y sus patas eran como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y gran autoridad. [3] Vi que una de sus cabezas estaba como herida de muerte, pero su herida mortal se había curado. Y la tierra entera, fascinada, seguía detrás de la bestia. [4] Adoraron al dragón porque había dado la autoridad a la bestia; y adoraron a la bestia, diciendo: «¿Quién como la bestia y quién puede hacer la guerra contra ella?» [5] Y se le dio una boca que profería palabras orgullosas y blasfemas; y se le dio autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses. [6] Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su morada, de los que moran en el cielo. [7] Y se le permitió hacer la guerra contra el pueblo santo y vencerlo. Y se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. [8] Y lo adorarán todos los habitantes de la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado.

[9] Quien tenga oídos, oiga.

[10] Quien va destinado a cautividad,
a cautividad vaya.
Quien ha de morir a espada,
a espada muera.

Aquí están la constancia y la fe del pueblo santo.

Hasta este momento el dragón ha sostenido la lucha personalmente; de aquí en adelante se sirve de dos instrumentos, que al vidente se presentan en forma de fieras.

El dragón avanza hasta las playas del mar, y de las pro- 1
fundidades de éste hace salir una repugnante bestia. El vidente asiste a la escena. Aparecen primero diez cuernos, y sobre los cuernos diez diademas; luego siete cabezas con nombres blasfemos. Como se ve, la figura de la bestia es una ré-

plica del dragón[45]. Los diez cuernos, con las diez diademas, simbolizan el poder y la dignidad reales, y las siete cabezas son señal del dominio absoluto (Schlier). La interpretación de los diez cuernos y las siete cabezas se da en 17,9-14. Los nombres sobre las cabezas son los atributos divinos que la bestia se atribuye, tales como Σεβαστός (Augusto), *Divus* (divino), Hijo de Dios, Señor y Dios, Σωτήρ (Salvador), etc.

2 Sale por último el cuerpo de la bestia. Vista en conjunto, se parece a una pantera (tercera bestia de la visión de Daniel), pero tiene los pies de oso y las fauces de León (en Daniel, segunda y primera bestias respectivamente). Los diez cuernos evocan la cuarta bestia de Daniel, que también tiene diez cuernos, pero que no se parece a ninguna fiera determinada; de ella sólo se dice que es terrible, espantosa, increíblemente fuerte y voraz. La cifra siete para determinar el número de cabezas se explica también por Daniel, donde la tercera bestia tiene cuatro cabezas, que, sumadas a la que tiene cada una de las otras tres, da un total de siete. Según esto, la figura de la bestia que sube del mar, en el Apocalipsis, resume en sí las cuatro bestias de que habla Daniel[46], que también emergen del mar y que simbolizan allí sucesivamente los cuatro imperios enemigos de Dios. Sin embargo, si se considera todo lo que le es propio, corresponde en realidad a la cuarta bestia de Daniel, ya que una y otra desarrollan la misma actividad, según las respectivas descripciones, especialmente cuando se habla del cuerno pequeño[47].

Así pues, la bestia que sube del mar es el símbolo de un poder político con todas las características de adversario de Dios. Su trono y su poder los ha recibido del dragón. Según Lc 4,5s y Mt 4,8s, Satán es el señor de los reinos de este mundo y puede cederlos a quien quiere. Dado que la bestia obedece al dragón y a él le debe todo su poder, se trata de un

45. Cf. Ap 12,3.
46. Dan 7,1ss
47. Cf. Dan 7,8.

ser de naturaleza diabólica, el agente de Satán en la tierra.
Una de las cabezas de la bestia está «como herida de 3
muerte», es decir, recibió una herida de espada (v. 14), pero la llaga ha sanado y la fiera ha vuelto a la vida. Si las siete cabezas presentan a otros tantos jefes de esta potencia política, la frase significa que alguno de ellos recibió en alguna ocasión una herida mortal, pero que, gracias a la intervención prodigiosa del dragón, no perdió la vida o, si la perdió, la recuperó luego. Las palabras «como herida de muerte», que reproducen lo dicho del Cordero degollado en 5,6.9.12 [48], quieren expresar la idea de que la bestia es un ser satánico, opuesto a Cristo. El increíble poder de que dispone la bestia y el prodigio de
que ha sido objeto producen estupor en el mundo entero. To- 4
dos ven en esta figura política de grandeza y fuerza inauditas no un fenómeno natural, sino un verdadero prodigio de Dios, y acaban por adorar al ser a quien todo esto se debe, y que para el vidente no es otro que el dragón. Le tributan honores divinos, porque hasta cierto punto en la bestia se les hace visible la divinidad. Es un verdadero acto de adoración lo que el mundo rinde a la bestia, según se desprende de las fórmulas con que los hombres expresan su respetuosa admiración por ella; son fórmulas bíblicas, aplicables sólo a Dios: «¿Quién es como tú entre los Dioses, Señor, quién como tú?» [49].

El vidente pasa ahora a describir lo que la bestia hace 5s
contra Dios. Su actividad coincide con la actividad del cuerno pequeño de la cuarta bestia en Daniel, y se cumple de dos maneras: hablando y actuando. La bestia recibió del dragón una boca que profiere palabras llenas de arrogancia y, lo que significa lo mismo, blasfema contra Dios y los habitantes del cielo. Las blasfemias son las prerrogativas divinas que se arroga y los honores divinos que para sí reclama. Del cuerno pequeño dice Dan 7,8: «tenía una boca que hablaba con gran arrogancia»; del rey simbolizado en este cuerno dice luego en

48. Cf. Ap 2,8
49. Cf. Éx 15,11; Sal 35(36)10; 89(90)7 9.

7,25: «Hablará palabras arrogantes contra el Altísimo»[50], y en 11,36: «Se ensoberbecerá y se gloriará por encima de todos los dioses, y contra el Dios de los dioses dirá palabras arrogantes.»

7 La actividad de la bestia se prolonga, con el permiso de Dios, por espacio de cuarenta y dos meses, o sea, de tres años y medio[51]. Pero su naturaleza hostil a Dios se manifiesta también, como en Dan 7,21, haciendo la guerra a los santos, es decir, persiguiendo encarnizadamente a los miembros de la Iglesia de Dios, con el propósito de exterminarlos por completo. No tolera en sus dominios la presencia de quien se niega a entregarle cuerpo y alma; reclama para sí al hombre entero. Que la bestia resulte tan temible para la Iglesia, se explica claramente por el hecho de que su imperio se extiende a todos los pueblos y naciones de la tierra; no hay lugar donde sea posible
8 sustraerse a sus pretensiones. Éstas, por lo demás, se lograrán, pues muchos se postrarán efectivamente ante ella «con las rodillas, e incluso con el corazón» (Schlier). Sólo los elegidos de Dios se niegan a reconocerle dominio en el terreno de la conciencia.

10 Se comprende ahora por qué Juan dirige aquí a sus lectores una apremiante exhortación a resistir con firmeza y a permanecer fieles en la fe. La actitud de los cristianos no ha de ser la de sublevarse contra la bestia, pero tampoco les es permitido rendirle adoración; deben oponerse a toda costa a sus lisonjas y amenazas, y estar dispuestos a arrostrar las cárceles y la muerte misma[52].

El texto del v. 10*ab* es inseguro. La traducción dada es la que parece ceñirse más al texto primitivo, en el cual se percibe un eco de Jer 43,11: «El que está destinado a la muerte, irá a la muerte; el que a la prisión, terminará en la prisión; el que a la espada, a filo de espada morirá»[53]. La llamada a prestar atención indica el fin concreto que se propone el libro.

---

50 Cf. Dan 8,11 51. Cf página 147.
52 Cf Mt 26,52 53 Cf Ap 15,2

2. *La segunda bestia, que sube de la tierra, es el profeta de la primera bestia* 13,11-18

[11] Vi subir de la tierra otra bestia que tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero y hablaba como dragón. [12] Ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella; hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, a aquella cuya herida mortal fue curada. [13] Obra grandes prodigios, hasta hacer bajar fuego del cielo a la tierra en presencia de los hombres. [14] Seduce a los habitantes de la tierra con los prodigios que le fue dado obrar en presencia de la bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la bestia que tiene la herida de la espada y revivió. [15] Se le concedió infundir espíritu en la imagen de la bestia para que incluso hablara la imagen de la bestia e hiciera que fuesen muertos cuantos no adoraran la imagen de la bestia. [16] Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente, [17] y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, el nombre de la bestia o la cifra de su nombre.

[18] ¡Aquí se requiere sabiduría! El que tenga inteligencia calcule la cifra de la bestia. Es cifra de un hombre. Su cifra es seiscientos sesenta y seis.

El vidente contempla todavía otra bestia, pero ésta no sube **11**
ya del mar, sino de la tierra. Por su aspecto exterior semeja
un manso y pacífico cordero[54], pero su verdadera naturaleza
es la del dragón, y se pone de manifiesto en lo que habla;
más aún, ésta parece ser su única función. Esta bestia no es **12**
una entidad política, sino espiritual y religiosa, y está totalmente al servicio de la potencia política simbolizada en la primera bestia, con cuyo poder puede contar sin restricciones.

54 Cf Mt 7,15.

Su misión específica consiste en propagar el culto a la primera bestia, a la que rodea de una aureola de religiosidad, tratando de consolidar así el poder de aquélla y hacerlo definitivo; es como su profeta, y el autor del Apocalipsis no duda en aplicarle este nombre [55].

13 Para mejor cumplir su cometido recibió del dragón el poder de obrar grandes prodigios. De éstos se menciona ahora uno, evidentemente el más llamativo y eficaz: es el milagro de Elías [56], quien hizo descender fuego del cielo [57]. Está claro que el autor piensa en el recurso a las artes mágicas, como las que por esa época ejercitaban los hechiceros ambulantes.

14 Tales prodigios causan enorme impresión en la masa y la llevan a adorar a la primera bestia [58]. De los prodigios que el Anticristo obrará con el poder de Satán, y del influjo seductor que ellos ejercerán entre los que no son del número de los elegidos, hace mención también Pablo en 2Tes 2,9ss. Asimismo la *Doctrina de los doce apóstoles*, hablando de «aquel que seduce al mundo» (el Anticristo), dice que obrará señales y prodigios, lo que le asegurará un éxito sin precedentes [59].

Para los antiguos era inconcebible un culto sin imágenes;
por eso el falso profeta induce ahora a los hombres a fabricar
una imagen, a levantar una estatua a la bestia del mar, que sea
como el símbolo visible de la presencia y del poder divino del
15 imperio [60]. A esta imagen el profeta le comunica la capacidad
de hablar. De la creencia en estatuas que hablan y pueden hacer
prodigios, se tienen múltiples testimonios en la antigüedad.
Por la época del apologista cristiano Atenágoras (hacia 180)
existía en Tróade una estatua que, según era fama, pronun-
ciaba oráculos y curaba enfermos [61]. En esta forma el falso

---

55. Ap 16,13; 19,20; 20,10: el falso profeta.
56. C.. Ap 11,5.
57. Cf. 1Re 18,38.
58. Cf. Ap 19,20.
59. *Doctrina de los doce apóstoles* 16,4s.
60. Cf. Dan 3.
61. ATENÁGORAS, *Apología*, c. 26.

profeta reúne espiritualmente a toda la población del imperio en el culto del poder político, que se impone con exclusión de todo otro poder. Dotada la estatua de la capacidad de hablar, su profeta exige ahora, bajo amenazas de muerte, que se le rinda adoración, (Dan 3,6.15), es decir, reclama culto religioso para el poder político, que pretende erigirse en ser divino, y obliga por la fuerza a tributárselo. Plinio, gobernador de Bitinia, refiere en su conocida carta al emperador Trajano que a los cristianos denunciados se les obligaba a ofrecer incienso y vino ante las imágenes del emperador y de los dioses.

Para evitar que alguno se exima de rendir culto a la bestia, 16
el profeta exige que todos lleven impresa en la frente o en la mano alguna señal distintiva que los acredite como partidarios de ella. Era corriente en la antigüedad que los adoradores de un dios se tatuaran, grabando en su cuerpo la imagen o el nombre de tal dios[62]. Según Ap 22,4; 3,12, los ciudadanos de la nueva Jerusalén llevan impreso el nombre de Dios en la frente como signo visible de su pertenencia a él; en 7,3 y 14,1 se dice que a los elegidos se les graba en la frente el sello de
Dios, como símbolo de especial protección. A todo el que no 17
lleva el distintivo de la bestia se le somete a bloqueo económico, no pudiendo comprar ni vender, lo que equivale a privarlo de todos los medios de subsistencia. Con medida tan inhumana se busca que cuantos rehúsan adorar a la bestia se vean delatados, y así la autoridad los pueda castigar. En tales condiciones no queda otra alternativa que adorar a la bestia o resignarse a morir.

El distintivo que todos los habitantes del imperio deben 18
llevar impreso es el nombre de la bestia o la cifra que equivale a su nombre. ¿Cuál es ese nombre? El vidente lo dice, pero en forma tan enigmática que en vez de darlo a conocer lo hace más misterioso; él mismo agrega que para descifrarlo se necesita sabiduría y agudez de ingenio, tal como será el caso

62 Cf. también el apócrifo 3Mac 2,28

cuando se trate de interpretar el significado de las siete cabezas de la bestia [63]. Se da, pues, el número de la bestia y se invita al lector a que, sirviéndose de tal cifra, descubra su nombre. Tras la bestia, explica el vidente, se oculta un ser humano o, para hablar con más precisión, durante los cuarenta y dos meses de la gran tribulación la bestia se encarna en un personaje cuyo nombre, dando a las letras un valor numérico, se puede representar con la cifra 666 [64].

Las dos bestias y la ciudad de Babilonia.

La interpretación de las dos bestias del capítulo 13 y de la ciudad de Babilonia del capítulo 17 es absolutamente necesaria para comprender históricamente el Apocalipsis.

La figura de *la primera bestia* del Apocalipsis está tomada de Dan 7. El profeta Daniel ve salir del mar cuatro espantosas fieras, personificación de cuatro reinos paganos, hostiles a Dios: el león con alas de águila simboliza el imperio babilónico; el oso voraz, el imperio de los medas; la pantera alada, el imperio persa, y la bestia de diez cuernos, la más feroz de todas, el imperio griego (Alejandro y sus sucesores). Sobre estos cuatro imperios, Dios, haciéndose presente sobre un trono rodeado de fuego, pronuncia su juicio. La cuarta bestia recibe la muerte y es consumida por el fuego, tras lo cual sobre las nubes del cielo aparece un «como hijo de hombre» (es decir, una figura humana, que contrasta con la figura de las cuatro bestias); éste se llega hasta el anciano de muchos días, o sea, Dios, y recibe de él para siempre el dominio sobre todos los pueblos. Según esto, la cuarta bestia representa la última gran potencia hostil a Dios, la que precede inmediatamente a la aparición del reino mesiánico. El más criminal de los soberanos del cuarto imperio está simbolizado en el cuerno pequeño, que brota en medio

63. Ap 17,9.
64. Cf. p. 181.

de los otros diez cuernos[65]; se trata de Antíoco IV Epífanes (175-164 a.C.), el despiadado enemigo del pueblo judío y de su Dios.

La primera bestia del Apocalipsis, tal como la presenta 13, 1, compendia en sí las propiedades de las cuatro bestias de Daniel, pero predominan en ella los rasgos característicos de la cuarta, y de manera especial los del cuerno pequeño. La coincidencia en tantos puntos con la descripción de Daniel lleva por sí sola a pensar que la bestia del mar representa una entidad terrena, histórica. ¿Cuál, exactamente? El cap. 13,9-10 nos permite dar una respuesta segura a esta pregunta, pues la apremiante exhortación que aquí se hace a los lectores del libro deja fuera de duda que se trata de *una entidad política que en tiempos del vidente constituía una seria amenaza para la Iglesia.* Ahora bien, ésta no puede ser otra que *el imperio romano.* Tal ha de ser, efectivamente, la interpretación de la primera bestia.

Esto, sin embargo, requiere una explicación. A partir del tiempo de Cristo, *el judaísmo,* abandonando la recta interpretación de la cuarta bestia de Daniel, empezó a considerar a ésta como figura del imperio romano. El documento más antiguo en tal sentido es la Ascensión de Moisés[66], cuyo origen remonta a los años 7 a 30 d.C. Dicha interpretación nació, según parece, en ciertos círculos judíos de Palestina en tiempo de Pompeyo, quien en el año 64 a.C. tomó por asalto a Jerusalén, y en los Salmos de Salomón[67] aparece descrito con los rasgos de un dragón[68]. Nacida en tales circunstancias, la interpretación pasó pronto a primer plano en la apocalíptica judía y entre los rabinos. En los dos apocalipsis judíos el de Esdras y el de Baruc, más o menos contemporáneos del Apocalipsis de san Juan, se propone ya abiertamente, aunque por razones obvias no se designe el imperio por su nombre, sino que se represente bajo el símbolo de un águila. Al solicitar

65. Dan 7,8. 66. AsMo 10,8.
67. SalSl 2,25. 68. Cf. Jer 51,34.

Esdras una explicación, recibe esta respuesta: «El águila que viste subir del mar es el cuarto de los reinos mostrados en visión a tu hermano Daniel» [69]. Las doce alas y las tres cabezas que tiene el águila se interpretan luego como figuras de otros tantos emperadores romanos; en los tres últimos, simbolizados por las tres cabezas, y que marcan el fin del imperio, se reconoce fácilmente a Vespasiano, Tito y Domiciano. A su desaparición sigue el reino del Mesías [70]. También Flavio Josefo ve en el cuarto reino de Daniel el imperio romano, y se espera que el reino mesiánico habrá de destruirlo [71].

En cuanto a la literatura rabínica, puede decirse que es ésta la única interpretación que conoce, aun en los más antiguos documentos. Un eminente conocedor de esta literatura, Billerbeck, sostiene que en los últimos cuarenta años del templo no hubo un solo judío que no viera en el imperio romano el último de los grandes reinos enemigos de Dios. De especial importancia es el hecho de que *un antiguo escrito cristiano,* casi contemporáneo del Apocalipsis de Juan, la *Carta de Bernabé* espera como acontecimiento inminente, la caída del último reino profano y el establecimiento del reino de Dios. «Se avecina ya, dice la carta, el escándalo total...; en efecto, el Señor ha abreviado los tiempos y los días [72], a fin de que su amado entre pronto en posesión de la herencia» [73]. Para hacer esta afirmación, la carta se apoya expresamente en la profecía de Daniel acerca de la cuarta bestia. Es verdad que tampoco en este caso el autor da nombres propios, pero no queda la menor duda de que se refiere al imperio romano. No faltan, por último, padres de la Iglesia (como Hipólito, Cipriano, Victorino de Pettau) para quienes la cuatra bestia del libro de Daniel y, correspondientemente, la primera del Apocalipsis son también un símbolo profético del imperio romano.

---

69. 4Esd 12,11. 70. 4Esd 12,34.
71. FLAVIO JOSEFO, *Ant.* X, 10,4.
72 Cf. Mc 13,10.
73. *Carta de Bernabé* 4,2ss

Queda, pues, fuera de duda el hecho de que, por la época en que Juan tuvo sus visiones, el judaísmo en conjunto y un primitivo escrito cristiano, independiente del Apocalipsis, interpreta el cuarto reino de Daniel como figura del imperio romano. A la luz de este hecho es posible medir todo el alcance que tiene la presentación de la primera bestia del Apocalipsis bajo los rasgos que caracterizan a la cuarta de Daniel. No hay la menor duda de que la bestia del mar representa al imperio romano. Cualquier lector de los primeros tiempos cristianos que estuviera familiarizado con la interpretación corriente de la profecía de Daniel no podía dar otro sentido a la primera bestia del Apocalipsis.

Nuestra tesis podría reforzarse aún con otro argumento. *Babilonia*, el nombre empleado para designar a la mujer que está sentada sobre la bestia de las siete cabezas [74], y que simboliza la capital de su reino [75], era el nombre que los judíos de aquella época y los primeros cristianos utilizaban cuando querían referirse veladamente a Roma. Así, por ejemplo, en el quinto de los Libros Sibilinos el autor de sus capítulos principales, un judío, afirma que Nerón huyendo de «Babilonia» buscó refugio entre los partos [76], y predice que una gigantesca estrella caerá de los cielos e incendiará «el mar profundo, la propia Babilonia e incluso las tierras itálicas», en castigo por la destrucción de gran parte del pueblo judío [77]. También san Pedro, en su primera carta, hace uso de este seudónimo [78]. El apocalipsis mismo, al explicar que las siete cabezas de la bestia son siete montes sobre los cuales la mujer está sentada [79], alude en forma inequívoca a Roma, a la cual desde tiempos antiguos se ha aplicado casi proverbialmente el epíteto de «ciudad de las siete colinas».

---

74. Ap 17,3.
75. Ap 17,18.
76. Sibil 143.
77. Sibil 159s.
78. 1Pe 5,13.
79. Ap 17,9s

No falta en la actualidad quien ponga en tela de juicio la exactitud de esta interpretación, observando que la primera bestia del Apocalipsis no representa *ninguna potencia política, sino una potencia diabólica, satánica.* Esta observación, sin ser del todo exacta, tiene su parte de verdad, en cuanto para Juan el imperio romano, al pretender exigir de sus súbditos honores divinos en prueba de fidelidad al Estado, y al perseguir a la Iglesia que se los rehúsa, se pone al servicio de Satán y bien puede, en consecuencia, ser considerado como potencia satánica. Esto explica por qué Juan dice que la bestia sube del abismo, es decir, del lugar donde habitan los espíritus malignos [80], que el dragón le transmitió su poder, le entregó su propio trono y le comunicó su fuerza [81]. Así pues, tras la figura de este monstruo fabuloso se esconde para el vidente una potencia terrena e histórica, de la cual se sirve Satán para hacer la guerra a los demás descendientes de la mujer [82]. Otro tanto podría decirse de las demás figuras diabólicas que aparecen en el Apocalipsis, tales como la segunda bestia, las langostas [83], los caballos [84] y las ranas [85].

Con esto cae por tierra otra objeción que se duele hacer contra la identificación de la bestia del mar con el imperio romano. Se dice, en efecto, que *los primeros cristianos mantuvieron siempre una actitud de perfecta lealtad hacia el imperio romano,* reconociéndolo incluso como institución de origen divino. A esto se debe el que Pablo llame a los representantes del poder público servidores de Dios, no obstante saber que eran paganos, exija obediencia a ellos como un deber de conciencia [86] y exhorte a los cristianos a orar por quienes están constituidos en autoridad [87]. Por la misma razón también Pedro obliga a los fieles a someterse por amor de Dios a toda autoridad humana, al emperador como a sus subalternos [88].

---

80. Ap 11,7; 17,8.
81. Ap 13,2.
82. Ap 12,17.
83. Ap 9,1ss.
84. 9,16ss.
85. Ap 16,13.
86 Rom 13,1-6.
87. 1Tim 2,1s.
88. 1Pe 2,13s.

Estas observaciones son exactas, pero no constituyen una verdadera objeción, ya que la hostilidad del Apocalipsis no va en realidad contra el Estado en cuanto tal, que es institución divina ordenada a proteger a los buenos y a castigar a los malos [89], por tanto indispensable en la tierra, sino contra el Estado absolutista, totalitario, que reclama para sí lo que sólo a Dios es debido. Un Estado así no es ya un servidor de Dios, sino un instrumento de Satán. Por otra parte, san Juan vive en época y circunstancias muy distintas a las de san Pablo y san Pedro. Ha sido testigo ya de la persecución de Nerón, que tantas víctimas costó a la comunidad de Roma [90]. Aun entre las Iglesias del Asia Menor, a las cuales escribe, algunas ya han tenido que soportar duras persecuciones y angustias [91]. En Pérgamo, un cristiano, Antipas, halló la muerte en defensa de la fe [92]. El propio Juan ha sido desterrado a Patmos en castigo por su actividad en favor de la causa cristiana [93].

Y con todo, esto no es más que el primer anuncio de una violenta tempestad que, dentro de poco, asolará a la Iglesia. Iluminado proféticamente por Dios, Juan anuncia como inminente una grave persecución que abarcará a toda la tierra [94]. Con los colores más sombríos describe, en el capítulo 13, la sangrienta persecución que bajo el Anticristo sacudirá a la Iglesia, poniendo en serio peligro su misma existencia; ya desde ahora contempla a Babilonia, la prostituta, ebria de sangre de los mártires [95]. Causa de la persecución es el orgullo de la bestia salida del abismo, que reclama para sí honores divinos. Tal es precisamente el fin del libro: infundir valor a la Iglesia para el tiempo de la prueba y armarla de fuerza para que pueda hacer frente, incluso exponiendo la propia vida, a los más agudos sufrimientos.

El cuadro descrito en el Apocalipsis corresponde perfecta-

---

89. Rom 13,3s; 1Pe 2,14. 90. Ap 6,9-11; 12,11.
91. Ap 2,3.9 13. 92. Ap 2,13.
93. Ap 1,9. 94. Ap 3,10. 95. Ap 17,6; 18,24.

mente a la situación histórica de los últimos años de Domiciano. Sabemos por autores paganos y cristianos que este emperador, no inferior a Nerón en crueldad, desató en los años 95-96 una persecución contra los cristianos, de la cual fueron víctimas, entre muchos otros, los dos miembros de la familia imperial, el cónsul Flavio Clemente y su mujer Flavia Domitila [96]. El crimen que se les imputaba fue el de «impiedad», es decir, el de violación de la religión del Estado. En este mismo año sucede la persecución de la Iglesia de Roma, a la cual se refiere san Clemente Romano [97].

No se posee, en verdad, ningún testimonio explícito de que la persecución de Domiciano se extendiera también a las provincias, y en particular al Asia Menor, pero es perfectamente verosímil. Al final de su reinado Domiciano se mostró más y más autoritario; según refiere Suetonio, cuando dictaba órdenes destinadas a sus empleados personales, solía usar esta fórmula: «Nuestro señor y dios manda lo siguiente...», de tal suerte que llegó a ser costumbre no llamarlo en otra forma, ni oralmente ni por escrito [98]. Al darse estos títulos quería hacer saber que se declaraba señor absoluto de sus súbditos y que aun en vida exigía para sí honores divinos, como los reyes divinizados de Oriente; fue precisamente esto lo que se había negado a aceptar Augusto cuando rechazó el título de «señor», tomado de los cultos orientales [99]. Por todas partes en el imperio se le erigieron estatuas de mármol, oro y plata [100].

En cuanto al Asia Menor, durante su reinado se construyó en Efeso un nuevo templo, en el cual una colosal estatua suya era objeto de culto; en las inscripciones dedicatorias, a sus títulos se añadía siempre el nombre de «dios». Negarse a prestar adoración o a ofrecer sacrificios ante la imagen del emperador

---

96. EUSEBIO, HE III, 18,4; SUETONIO, *Domiciano* 15; DIÓN CASIO 67,14
97. 1Clem. 1,1.
98. SUETONIO, *Domiciano* 13.
99. SUETONIO, *Augusto* 53
100. DIÓN CASIO 67,8,1

equivalía a rehusar el honor debido al emperador mismo. Si se tiene presente que precisamente en Asia Menor el culto al emperador fue floreciente desde un principio, y que cada ciudad rivalizaba con las demás por sobresalir en ello, parece inevitable que se llegara a sangrientos conflictos entre las autoridades públicas y los cristianos, que se negaban a adorar al emperador porque su fe se lo prohibía.

En todo caso, Juan prevé y *predice como inminente un sangriento conflicto de grandes proporciones, entre el estado romano, que pretende divinizarse, y la Iglesia.* Escribe durante el imperio del sexto emperador de la serie, anuncia que el reinado del séptimo será de corta duración y que, con el reinado del octavo, llegará para la Iglesia la gran tribulación [101]. Éste tratará de obligar brutalmente a todos los súbditos a rendir adoración a su persona. Ya anteriormente, bajo Nerón, el imperio romano persiguió a la Iglesia, y todo parece indicar que una nueva persecución está próxima a estallar y que revestirá caracteres de mucho mayor gravedad; las pretensiones personales de Domiciano hacer temer que no tardará en exigir tal adoración. La Iglesia, por su parte, no podrá jamás consentir en ello.

Los hechos dieron la razón a Juan. En efecto, entre el imperio romano y la Iglesia cristiana se trabó una lucha de vida o muerte, que se prolongó por espacio de dos siglos. Es cierto que la persecución iniciada por Domiciano terminó pronto, al ser éste asesinado, ya que Nerva, su sucesor, revocó sus disposiciones [102]. Pero, hasta donde nos es dado saberlo, Domiciano no fue sino el primero de los emperadores bajo los cuales los cristianos fueron perseguidos por motivos religiosos. Por la correspondencia entre Plinio y el emperador Trajano (111-112) se sabe además que en Asia Menor se ejecutó a no pocos cristianos que se negaban a ofrecer sacrificios ante las imágenes de los dioses y del emperador.

101. Ap 7,14; 17,10s.
102 Dión Casio 68,1; Eusebio, HE iii, 20,8.

Hay que observar, sin embargo, que para poder comprender debidamente los capítulos 13ss no se puede perder de vista que contienen profecías, y que en éstas falta siempre lo que se llama la perspectiva. Aquí todo se presenta en un mismo plano; baste leer los anuncios que los profetas hacen de acontecimientos futuros, para ver cómo en ellos los hechos que pertenecen a un futuro cercano alternan y se entremezclan con hechos propiamente escatológicos, faltando por completo todo lapso intermedio. También las visiones de Juan forman como un gran retablo que abarca toda la historia, describiéndola como una batalla que a veces parece extinguirse y a veces se reanuda con mayor violencia; es la batalla entre el poder político, que se autodiviniza, y la Iglesia cristiana, batalla que terminará por fin con la victoria de Dios sobre todos los poderes enemigos. Y todo este cuadro del futuro está pintado casi exclusivamente con los colores propios de la apocalíptica. La falta de perspectiva se debe a que, de una parte, el vidente ignoraba por completo cuándo sería el fin, mientras, de otra, anhelaba la pronta venida del Señor. Esto explica también por qué a la gran tribulación, que está para comenzar, sólo le asigna la duración de tres años y medio, cifra que en ningún caso se ha de entender con precisión aritmética.

La *segunda bestia* representa, en forma muy general, el «poder de propanganda del estado totalitario en el terreno ideológico y religioso» (Cullmann). Con el nombre de «falso profeta» [103] se expresa claramente la misión confiada a ella por el dragón, consistente en llevar a todos los habitantes del imperio a adorar a la primera bestia [104]. Pretende hacerse pasar por un profeta del verdadero Dios, cuando en realidad está al servicio de sus adversarios. Que Juan haya querido referirse a algún determinado personaje religioso o político de su tiempo, es bastante discutible. Comúnmente se ha identificado la segunda bestia con el sacerdocio pagano y, más concreta-

103. Ap 16,13; 19,20; 20,10.
104. Ap 13,11ss.

mente, con el sacerdocio del culto imperial. No falta quien cree hallar aquí una alusión al asiarca, o presidente de la asamblea regional de Asia [105], a quien correspondía la alta dirección de los festejos y juegos que la provincia celebra en honor del emperador, y la responsabilidad de los sacrificios y demás actos con que debía honrarse el aniversario de su nacimiento y el día de su muerte; el asiarca solía ser también sumo sacerdote.

Dado, sin embargo, que la actividad de la segunda bestia no se limita a la sola provincia de Asia, sino se extiende a todo el imperio, parece más acertado no ver en ella a una determinada persona, sino considerarla como la expresión genérica de «la propaganda de los sacerdotes, que se vale de los elementos del culto para realzar el proceder abominable de la gran potencia, contribuyendo así a que sea más efectiva» (Schlier).

En sentido todavía más general, será preferible interpretarla como la personificación de las fuerzas religiosas, espirituales y políticas que se ponen al servicio del poder político para hacer triunfar sus pretensiones absolutistas.

La misteriosa cifra 666.

Los judíos y los griegos, a diferencia de los romanos y de los árabes, carecían de signos numéricos especiales, y para representar las cifras empleaban las letras del alfabeto, como tales, dando a cada una de ellas un valor numérico determinado (a=1, b=2, etc.). Si se suman los valores numéricos de las letras de un nombre, se obtiene el número del nombre. Así, por ejemplo, sumando el valor numérico de las letras griegas que forman el nombre de Jesús (ΙΗΣΟΥΣ), resulta la cifra 888, cómputo que se encuentra en 1Sibil 326-330.

---

105. Cf. el comentario a Act 19,31

Este procedimiento de sustituir el nombre por su valor numérico, muy en boga en la antigüedad, se llama gematría. Sucede, sin embargo, que muchos nombres tienen el mismo valor numérico y que, por consiguiente, sin más datos que la sola cifra dada es imposible saber de qué nombre se trata en cada caso concreto.

Así se explica por qué con el correr de los años se llegó a tener gran cantidad de interpretaciones del número 666. Ya en tiempo de san Ireneo se conocían varias, tales como *Euanthas, Lateinos, Teitan*[106]. Entre todas estas interpretaciones, la que en la actualidad cuenta con mayor acogida es una dada recientemente, que ve en la enigmática cifra el nombre del emperador Nerón. Si, partiendo del valor que las letras tienen en el alfabeto hebreo, se computan las que forman el nombre Nerón César, se obtiene la cifra 666, siempre que se lea, conforme a la forma griega, *Neron Qesar;* si, en cambio, se lee, siguiendo la forma latina, *Nero Qesar,* se obtiene la cifra 616, cifra que aparece también atestiguada en la tradición textual, que san Ireneo conocía.

Contra esta interpretación se ha objetado lo siguiente: tratándose de un libro griego como el Apocalipsis, es necesario que el cómputo de la cifra 666 se haya hecho con base en el alfabeto griego, no el hebreo. Pero la objeción no es decisiva, si se tiene en cuenta que Juan era judío, y de Palestina, y que en las comunidades cristianas del Asia Menor no debía faltar el elemento de origen judío. Por lo demás, Juan tenía sobradas razones para no hablar del Anticristo sino en forma muy velada, y esto hacía que los lectores fueran incapaces de descifrar el enigma sin la ayuda de alguna indicación dada de viva voz. Si el Anticristo se ha de identificar con el *Nero redivivus*[107], bien se puede considerar esta interpretación del número 666 como la mejor de cuantas se han propuesto hasta ahora, reconociendo, sin embargo, que no puede darse con

106. *Haer.* v, 30,3.
107. Cf. Ap 17,11.

seguridad como la definitiva. La clave de la solución debió perderse muy pronto, porque el propio Ireneo, que era del Asia Menor, ya no la conoce.

c) El cordero y su séquito en el monte Sión 14,1-5

[1] Y miré; y apareció el Cordero de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían su nombre y el nombre de su Padre escritos en la frente. [2] Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas y como estampido de gran trueno; y la voz que oí era como de citaristas que tocan sus cítaras. [3] Y cantan un cántico nuevo ante el trono y ante los cuatro seres vivientes y los ancianos. Nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que habían sido rescatados de la tierra. [4] Éstos son los que no se han manchado con mujeres, pues son vírgenes. Éstos son los que siguen al Cordero a dondequiera que va. Éstos han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. [5] Y en su boca no se halló mentira. Son intachables.

Los cientos cuarenta y cuatro mil que Juan ve reunidos en torno al Cordero sobre el monte Sión son evidentemente los mismos que fueron sellados en 7,2ss. El nombre de Dios y del Cordero, que llevan grabados en la frente[108] los ha hecho inmunes a la seducción del falso profeta y a sus insidias para hacerlos caer. Por más que las potencias enemigas de Dios bramen de rabia. la Iglesia de Dios cuenta con invencible protección; nadie puede arrancarla de las manos de su Señor. La escena presente es, pues, el reverso del capítulo 13. Muestra al vidente la suerte de la Iglesia de Cristo, que en

108. Cf. 3,12; 22,4.

medio de la gran tribulación ha permanecido fiel a Dios, confiada únicamente en su protección.

1 El monte Sión de que aquí se habla no es el celestial, sino el de la tierra, pues los ciento cuarenta y cuatro mil no representan la cristiandad que ha conseguido el cielo, sino la que aún permanece expuesta a los ataques del mundo enemigo de Dios. No se trata, desde luego, del monte Sión, como punto geográfico donde se levantaba el templo, sino de un sitio idealizado donde la comunidad de Dios halla amparo y protección en la prueba. Si a tal lugar se le da el nombre de monte Sión, se explica por el hecho de que en la apocalíptica judía se esperaba que en el monte Sión sería donde el Mesías habría de reunir en torno de sí a la comunidad escatológica de Dios. Así, en 4Esd 13,35ss se dice que el Mesías se hará presente en la cima del monte Sión, y que allí mismo aniquilará a los enemigos de Dios y congregará a los suyos en torno de su persona [109]. Esta esperanza se basa en profecías como las de Joel [110], según las cuales, en los días terribles del juicio, Sión será el lugar de refugio para todos los que temen a Dios. Estar en el monte Sión es, pues, una expresión simbólica, y significa que, después de haber rescatado a los suyos de la tierra [111], en el momento de la dura prueba estará muy cerca de ellos para protegerlos [112].

2 Como dirigido al cortejo del Cordero, resuena ahora en lo alto del cielo un himno, entonado seguramente por un coro de ángeles. Es tan fuerte y poderoso que resuena como el murmullo de muchas aguas y como el retumbar de un violento trueno, y es al mismo tiempo tan suave como la música de muchas cítaras. No se da a conocer el texto del himno; sólo se dice que es un «cántico nuevo» [113]. Quizá se trata de un canto de alabanza para celebrar la redención obrada por

---

109. Cf. 5Esd 2,42ss, ApBar 40,1s
110. Jl 3,5; 4,17.
111. Cf Ap 5,9.
112. Cf. Mt 28,20
113 Como en Ap 5,9.

Cristo, como era también el de 5,9s, o bien de un canto de triunfo por la inminente destrucción de las potencias anticristianas, como en 19,1-3 [114].

Es un canto, agrega el vidente, que nadie puede «aprender», sino los ciento cuarenta y cuatro mil rescatados de la tierra. De éstos, sin embargo, no se dice que tomen parte en el canto; por eso el verbo «aprender» debe significar aquí simplemente que sólo el cortejo del Cordero estaba en capacidad de oir y de comprender el himno de los celestes cantores [115]; los demás hombres nada podían percibir. El poseer esta facultad indica por sí solo que, aun mientras permanecen sobre la tierra, están ya unidos en comunión espiritual y misteriosa con la comunidad de Dios en el cielo y participan de su estado de felicidad (cf. Heb 12,22s.)

Juan pasa ahora a precisar mejor quiénes son los ciento 4
cuarenta y cuatro mil, haciendo de ellos una triple alabanza.

1) No se han manchado con mujeres, sino que han permanecido vírgenes (el término «vírgenes» se aplica aquí por igual a hombres y a mujeres). Muchos comentaristas, sobre todo católicos, ven a éstos a ascetas cristianos, vale decir, a hombres que renunciando al matrimonio se entregaron de forma muy especial al servicio de Cristo, para constituir algo así como su guardia personal, su milicia escogida. Si esta interpretación es correcta, los ciento cuarenta y cuatro mil forman un grupo de selección, un estado especial dentro de la Iglesia. Pero no se puede perder de vista que estos ciento cuarenta y cuatro mil son los mismos «sellados» de 7,2ss, y representan, por tanto, a los fieles de Cristo en general, que deben pasar por la gran tribulación de tres años y medio. No hay razón, en consecuencia, para pensar en que aquí se hable de la renuncia al matrimonio (tanto más que la expresión «mancharse con mujeres» sería absolutamente inadecuada). La expresión tiene sentido metafórico e indica la apostasía y el paso a la

114 Cf Ap 11,17s.
115. Cf. Jn 6,45.

idolatría; es el mismo sentido en que tantas veces la usaron los profetas del Antiguo Testamento, como Jeremías, Ezequiel, Oseas. Puede decirse, entonces, que en los que llevan el sello se exalta la fidelidad a Dios y a Cristo, y su firme decisión de no adorar la bestia; se dice que son «vírgenes», porque se han mantenido alejados de la impureza de la idolatría [116]. La insistencia con que se habla de su pureza tiene por fin preparar el terreno al tema de las nupcias del Cordero con la comunidad de los elegidos, presentada como una novia vestida de lino purísimo [117]. Se puede pensar también en 2Cor 11,2, donde san Pablo, para referirse a los cristianos, emplea la figura de una casta virgen que él ha desposado con Cristo.

2) Siguen al Cordero a dondequiera que vaya. La frase hace pensar en las palabras del Señor recordadas en Mt 10,38; Mc 8,34 [118] e indica el ir en pos del cordero por el camino del sufrimiento, soportando con paciencia la cárcel y, si es el caso, también el martirio [119]. Alusión manifiesta a este pasaje se lee en la carta de las Iglesias de Vienne y Lyón, a propósito de un mártir (año 177): «Fue y es un auténtico discípulo de Cristo, que siguió al Cordero a dondequiera que va» [120].

5 3) Fueron rescatados de entre los hombres (por la sangre del Cordero, como en 1,5; 5,9; 7,14; 12,11; Ef 1,7; 1Pe 1,18s; Heb 9,14; 1Jn 1,7), convirtiéndose así, como las primicias de una cosecha, en propiedad exclusiva de Dios y del Cordero («Posesión sagrada de Yahveh era Israel, la primicia de sus frutos; todo el que de él comía, pecaba: la desgracia venía sobre él») [121]. A ellos se puede aplicar lo que Sofonías profetizó acerca del «resto de Israel», de los que en el día del juicio final son preservados de la destrucción: «El resto de Israel no cometerá ya iniquidad alguna, sus labios no proferirán ya la mentira, ni en su boca se hablará lengua mendaz» [122]. Por «men-

---

116. Ap 14,8. 117. Ap 19,7s.
118. Cf. Jn 21,19.
119. Ap 13,10. 120. Eusebio, HE v, 1,10.
121. Jer 2,3; cf. Lev 22,9s 122. Sof 3,13.

tira» entiende el profeta la invocación del falsos dioses[123], mientras el Apocalipsis entiende por tal el culto a la primera bestia y a los vicios que tal culto implica.

En esta forma los ciento cuarenta y cuatro mil, inmunes de falta y de mancha, constituyen un holocausto agradable a Dios y al Cordero (el AT exigía que la víctima fuera sin mancha)[124].

II. El juicio divino aniquila las potencias enemigas 14,6-20,10

a) Anuncio de la proximidad del juicio 14,6-13

[6] *Y vi a otro ángel, que volaba por lo más alto del cielo, que tenía un Evangelio eterno para anunciarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo,* [7] *y que decía con gran voz: «Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de aguas.»*

[8] *Y otro ángel, el segundo, lo siguió, diciendo: «Cayó, cayó Babilonia la grande, la que dio a beber del vino de ira de su prostitución a todas las naciones.»*

[9] *Y otro ángel, el tercero, los siguió, diciendo con gran voz: «Si alguno adora la bestia y su imagen y recibe su marca en la frente o en la mano,* [10] *beberá él también del vino de ira de Dios, vino puro, concentrado, en la copa de su ira. Y será atormentado con fuego y azufre en presencia de los ángeles santos y en presencia del Cordero.* [11] *El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos; y no tienen reposo ni de día ni de noche los que adoran la bestia y su imagen, y los que reciben la marca de su nombre.»*

---

123. Cf. Ap 3,9.
124. Cf. 1Pe 1,19; Heb 9,14.

[12] *¡Aquí está la constancia del pueblo santo, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!* [13] *Y oí una voz del cielo que decía: «Escribe: "Bienaventurados los muertos que desde ahora mueran en el Señor" Sí, dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas, pues sus obras los siguen.»*

La sección 14,6-20,10, que contiene el juicio final, tiene como introducción el anuncio solemne de que el día del juicio divino ha llegado. Lo llevarán a efecto tres ángeles, que ahora vuelan en el cenit a fin de que todos los hombres puedan oir su mensaje [125].

6s El primer ángel se dirige al mundo pagano para invitarlo a convertirse al único Dios verdadero, apoyando su invitación en la inminencia del juicio; es, pues, la última llamada a plegarse y a adorar al Creador y Señor de todas las cosas, antes que Dios venga a juzgar al mundo [126]. Es de notar que el contenido del mensaje coincide con las ideas que forman la base de la primera predicación a los gentiles [127], y las razones son las mismas en que Jesús se apoyaba en los comienzos de su predicación [128]. La expresión «Evangelio eterno», que no se registra en ninguna otra parte, designa el mensaje de victoria definitivo, el anuncio de que ha llegado la hora del juicio, proclamado a todos los habitantes de la tierra por boca del ángel en el momento en que se cumple el fin del mundo (Joach. Jeremias). «Evangelio» no tiene, pues, aquí el significado de mensaje de salud, como en Pablo, ni indica (como pretende Joaquín de Fiore) un Evangelio nuevo, más perfecto que el anunciado por Cristo, sino que designa la etapa final del plan de salvación.

8 El segundo ángel se adelanta a anunciar el juicio sobre Babilonia como un hecho ya cumplido, y lo hace con palabras

125. Ap 8,13.
126 Cf. Mc 13,10; Mt 24.14
127. Act 14,15; 1Tes 1,5.9.
128. Mc 1,15 par.

tomadas de Is 21,9, donde un vigía da aviso de haber contemplado en visión la caída de Babilonia. La expresión «Babilonia la grande» procede de Dan 4,27. Babilonia es el prototipo del mundo impío, sumido en la idolatría y en todo género de vicios; es, en efecto, la capital de la primera bestia [129]. El juicio contra ella está descrito detalladamente en el capítulo 18. Babilonia recibe el nombre infamante de gran seductora de los pueblos, con palabras que se inspiran en Jer 51,7; en este texto del profeta, la ciudad es como una copa de oro en la mano de Dios, de la cual los pueblos deben beber la ira divina o, en otros términos, es el látigo con que Dios azota al mundo. En el Apocalipsis, en cambio, Babilonia misma sostiene en su mano la copa, que contiene el vino de ira de su fornicación [130], con el cual ha embriagado a los pueblos. Fornicación es la idolatría y la inmortalidad con que tiene infectadas a las naciones, atrayendo sobre ellas la ira de Dios (de ahí el «vino de ira»).

El tercer ángel anuncia el espantoso castigo en que incu- 9s
rrirán los adoradores de la bestia, que son la gran mayoría de los habitantes del reino del Anticristo. Empleando una figura del AT, se dice que Dios les dará a beber de una copa en la cual ha vertido sin mezcla (es decir, sin suavizarlo con agua) el vino de su furor [131]. El castigo que Dios les inflige consiste en ser atormentado en el lago de fuego y de azufre [132], metáfora que evoca la destrucción de Sodoma y Gomorra, prototipo de los horrores del juicio final [133]. A sus tormentos estarán presentes como testigos los ángeles de Dios (en representación de Dios mismo) y el Cordero [134], lo que contribuirá a hacerlos todavía más agudos. La duración de la pena será
indefinida (cf. Is 34,10, donde se dice del país de Edom, so- 11

129. Ap 17,1ss
130. Ap 17,2; 18,2.
131. Cf. Jer 25,15ss; Is 51,17.
132. Ap 19,20; 20,10
133. Cf. Ez 38,22.
134. Cf. Lc 12,9; 16,23ss.

metido a juicio: «Nunca se extinguirá el fuego, su humo subirá de generación en generación»).

12 Como en 13,10, el vidente exhorta de nuevo a sus lectores a mantenerse firmes en la observancia de los mandamientos de Dios y en la fe en Cristo durante el tiempo de la gran
13 tribulación que se avecina. En apoyo de su exhortación puede añadir también una palabra de promesa y de consuelo que una voz del cielo le ha ordenado escribir para darla a conocer a los cristianos oprimidos; en ella se declara dichosos a cuantos en adelante mueran en el Señor, es decir, en comunión con él (cf. 1Cor 15,18: «los que se durmieron en Cristo»). La promesa concierne ante todo a los cristianos que durante la próxima tribulación morirán mártires, pero serán igualmente dichosos todos los que se duerman en Cristo. Y lo serán, como lo asegura el Espíritu Santo al vidente, porque después de la muerte les será dado descansar en Dios de sus fatigas y sufrimientos terrenos [135]. Sus obras, vale decir, su obediencia y fidelidad a Dios, su invencible paciencia en medio de los dolores y persecuciones, los acompañan a recibir de Dios la merecida recompensa [136]. Recuérdese, a propósito, el dicho de los rabinos: «Cuando un hombre muere no lo acompañan la plata ni el oro, las piedras preciosas ni las perlas, sino la *torá* (la observancia de la ley) y las buenas obras» [137].

b) Descripción anticipada del juicio contra los pueblos paganos, mediante las metáforas de la cosecha y la vendimia 14,14-20

[14] *Y miré; y apareció una nube blanca y sobre la nube, sentado uno, semejante a hijo de hombre, que tenía sobre su cabeza una corona de oro y en la mano una hoz afilada.*

135. Cf. Heb 4,3.
136. Mt 25,31ss.
137. *Pirqê Abot* VI, 9.

[15] *Salió otro ángel del santuario, gritando con gran voz al que estaba sentado sobre la nube: «Mete tu hoz y siega, pues ha llegado la hora de segar, porque se secó la mies de la tierra.»*
[16] *El que estaba sentado sobre la nube metió la hoz sobre la tierra, y la tierra quedó segada.*

[17] *Salió otro ángel del santuario que está en el cielo, teniendo también él una podadera afilada.*

[18] *Y salió del altar otro ángel, que tenía potestad sobre el fuego, y gritó con gran voz al que tenía la podadera afilada, diciendo: «Mete tu podadera afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están en sazón.»* [19] *El ángel metió su podadera sobre la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios.*
[20] *Fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta alcanzar los frenos de los caballos en una distancia de mil seiscientos estadios.*

La descripción del juicio bajo las figuras de la cosecha y la vendimia es tradicional. De la primera se habla en Is 17,5; 27,12; Mt 3,12; 13,30.39 («la cosecha es el fin del mundo»); Mc 4,29. De la segunda en Is 63,3ss; Jer 25,30; Lam 1,5. En Jl 12s las dos imágenes aparecen juntas: «Que se alcen las gentes y marchen al valle de Josafat (nombre simbólico que significa «Dios juzga»), porque allí me sentaré yo a juzgar a todos los pueblos de en derredor. Meted la hoz, que está ya madura la mies. Venid, pisad, que está lleno el lagar y se desbordan las cubas, porque es mucha su maldad.» Este pasaje es como el modelo de nuestra visión.

Sobre una nube diáfana aparece al vidente la figura celestial de un hijo de hombre. La estrecha relación que existe entre este pasaje y Dan 7,13 no deja duda de que se trata de un mismo personaje. La visión marca el cumplimiento de Ap 1,7, porque la aparición del Hijo del hombre sobre las nubes es, según palabras del propio Jesús, el comienzo del 14

juicio [138]. La corona de oro identifica al Hijo del hombre como a rey y vencedor, y la hoz afilada pone de manifiesto su función de juez. Para llevar a término el juicio sólo espera la
15 orden de Dios, que se ha reservado el fijar la hora [139]. La orden se le comunica por intermedio de un ángel que viene del
16 templo, el lugar de la presencia de Dios. El juez aplica entonces la hoz a la tierra, segando las espigas maduras.

17 Por lo que mira al juicio que se cumple bajo la metáfora de la vendimia, causa extrañeza ver que es un ángel quien lo lleva a cabo, ya que, según el Nuevo Testamento, sólo a Dios y al Mesías compete la función de juzgar, mientras a los ángeles se les describe como acompañantes [140] o auxiliares [141]. Incluso en Ap 19,15, pasaje paralelo al nuestro, el hijo del hombre pisa el lugar personalmente. Lo extraño del hecho se explica quizá por los apocalipsis apócrifos, según los cuales Dios suele encomendar a los ángeles del juicio la tarea de juzgar a los pueblos enemigos.

18 La humanidad aparece aquí bajo la imagen de una extensa viña, cargada de abundantes racimos, que cubre toda la tierra. Ya el salmista comparó al pueblo de Israel con una viña plantada por Dios, que cubre todo el país de Palestina (Sal 80[81]9ss; en Palestina es costumbre dejar que los renuevos crezcan libremente por el suelo). Es de gran importancia el detalle de que el ángel encargado de dar la orden para la vendimia viene del altar, porque allí es donde se encuentran las almas de los mártires, que en 6,10 imploraban venganza; el ángel a quien está encomendado el fuego del altar ha hecho subir hasta la presencia de Dios su oración junto con las nubes de incienso [142]. Es ahora cuando Dios la escucha.

19 Cortados los racimos, el ángel del juicio los arroja al lagar

---

138. Mc 13,26; 14,62.
139. Mc 13,32; Act 1,7.
140. Mt 25,31; Mc 8,38 par; 2Tes 1,7.
141. Mt 13,41.49; Mc 13,27 par.
142. Ap 8,3-5.

de la ira de Dios[143]. Allí serán pisados y triturados. Del lagar 20
sale un abundante río de sangre, y no es jugo de uva, sino verdadera sangre humana[144]. Tras la imagen de pisar en el lagar se alcanzan a adivinar con bastante claridad los perfiles de un gran batalla, que causará un espantoso baño de sangre entre las filas del ejército enemigo (=19,11ss). El lagar se pisa fuera de la ciudad, lo que equivale a predicar que la trágica batalla tendrá lugar ante las puertas de Jerusalén; esta circunstancia concuerda bien con las ideas del judaísmo del AT, según las cuales, a las puertas de Jerusalén llevará Dios a término el último juicio, el juicio que aniquilará a sus enemigos[145]. La estrecha relación que se observa entre Jl 4 y nuestro pasaje no deja la menor duda de que, tanto aquí como en 19,11ss, Juan quiere referirse a la misma batalla a que alude el profeta.

Para ilustrar las proporciones que alcanzará este cruel baño de sangre, se dice que el río cruento que sale del lagar llega hasta los frenos de los caballos que deben vadearlo (se trata de los escuadrones celestiales que acompañan al Mesías[146] y que inunda un área de mil seiscientos estadios[147]. No faltan autores que dan a este detalle un valor geográfico y lo relacionan con la longitud de Palestina, que desde Tiro a El-Arish (en la frontera con Egipto) mide 1664 estadios. Pero sería más razonable dar a la cifra un valor puramente simbólico; como múltiplo que es de 4 (el número del mundo)[148], quiere expresar que el baño de sangre cubrirá el mundo entero.

En opinión de algunos comentaristas, la siega simboliza la reunión de los elegidos[149], y la vendimia, el castigo de los malos. En Joel, sin embargo, la doble metáfora tiene otro sen-

143. Cf. Is 63,5s; Ap 19,15.
144. Cf. Is 63,3.
145. Jl 4,2 12; Zac 14,4; Sibil III, 663-697; 4Esd 13,35; ApBar 40,1.
146. Ap 19,14.
147. Un estadio = 192 metros.
148. Cf Ap 7,1.
149. Cf. Mc 13,27; Mt 16,30.

tido: los pueblos paganos, que hicieron sufrir al pueblo judío, están maduros para el juicio punitivo y destructor de Dios, como la mies cuando está para cortar y como las uvas echadas ya al lagar. El juicio final, que separa definitivamente a buenos y malos, no se realiza sino después de la resurrección universal (20, 12-15).

c) VISIÓN DE LAS COPAS
15,1-16,21

1. *Escena introductoria: los vencedores del Anticristo, sobre el mar de cristal*
15,1-4

1 *Y vi otra señal grande y maravillosa en el cielo: siete ángeles que tenían siete plagas, las últimas, porque con ellas se consumará la ira de Dios.*

2 *Vi como un mar transparente, mezclado de fuego, y a los*
vencedores de la bestia y de su imagen y de la cifra de su
nombre, de pie sobre el mar transparente, con cítaras de Dios.
3 *Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico*
del Cordero, diciendo:

«Grandes y admirables son tus obras,
Señor, Dios todopoderoso;
justos y verdaderos tus caminos,
rey de las naciones.
4 *¿Quién no temerá, Señor,*
y no glorificará tu nombre?
Porque tú solo eres santo,
porque todas las naciones vendrán
y se postrarán ante ti,
porque tus actos de justicia han quedado manifiestos.»

Dado que sólo en el v. 5, después de oir el canto de los 1
vencedores, asiste el vidente a la apertura de los cielos y a la aparición de los siete ángeles, el v. 1 es más bien una especie de título a toda la sección 15,1-16,21, admitiendo, sin embargo, que la redacción no es muy feliz. Algo parecido sucede en el capítulo 8, donde la liturgia angélica (v. 3-5) se interpone entre los v. 2 y 6.

En esta escena Juan no se halla sobre la tierra, sino en el cielo, como en 8,2ss. Las siete plagas que están para sobrevenir, se dice, son las últimas, porque con ellas se satisface plena y definitivamente la ira vengadora de Dios. Pero, como el juicio propiamente tal contra las potencias enemigas sólo se describe a partir de 18,2ss; 19,11ss; 20,7ss[150], estas plagas no son en realidad más que la introducción a lo que constituye la última y decisiva manifestación de la ira divina.

Antes que los siete ángeles de las copas entren en escena, 2
el vidente contempla a los vencedores del Anticristo, en el cielo, de pie ante el trono de Dios, y oye su canto, que acompañan con cítaras. Son «cítaras de Dios», en cuanto son instrumentos celestiales y reservados a la alabanza divina. La escena, que reproduce parte de lo dicho en 7,9-16, dentro de la serie de los sucesos escatológicos sigue cronológicamente a los tres años y medio de la gran tribulación[151]. Los vencedores son todos aquellos que no se plegaron a la potencia enemiga de Cristo; se trata, pues, de los mártires[152], o al menos son éstos los que ocupan el primer lugar. Según 4,6, delante del trono de Dios se extiende un mar de vidrio o de cristal; aquí se dice además que está mezclado con fuego (se alude posiblemente a los rayos), signo del inminente juicio de Dios.

Los vencedores entonan «el cántico de Moisés» y «el cán- 3
tico del cordero». Algunos exegetas piensan en dos cánticos diferentes: aquel con que Moisés y los israelitas celebraron

150 Cf. también Ap 11,18
151. Cf. Ap 13,7-15.
152 Cf. Ap 12,11

el paso del mar Rojo[153], y el cántico en honor del Cordero, que se menciona en Ap 5,9-13[154], o en Ap 15,3s. Pero es preferible referir las dos expresiones a un único canto, que sería precisamente el de 15,3s. Si el vidente lo designa con dos expresiones diversas, se debe a que este canto, en el cual los vencedores de la bestia agradecen a Dios su redención y su victoria, conseguida en virtud de la sangre del Cordero[155], se inspira en el himno con que los israelitas expresaron su gratitud por la liberación de Egipto, guiados por Moisés. Para los judíos del tiempo de Cristo, en efecto, el paso del mar Rojo era tipo y prefiguración de la redención mesiánica; Moisés era tenido por el primer libertador, el Mesías, por el segundo.

El canto está compuesto íntegamente con material del AT. Los cantores exaltan las obras y los caminos de Dios[156], o sea, su intervención poderosa, sabia, justa y bondadosa en la historia. Con tales expresiones se refieren, ante todo, a la obra de la redención y manifiestan, alegres, su seguridad de que al fin nadie rehusará a Dios, el único santo, el honor y la gloria (cf. Jer 10,7: «¿quién no te temerá a ti, rey de los pueblos?»), y que aun los paganos acabarán por someterse a él, cuando todos sean testigos de su justicia al premiar y al castigar[157]. De esta esperanza se hicieron eco los salmos y los profetas (cf. Sal 86,9: «los pueblos todos, que tú hiciste, vendrán a postrarse ante ti y honrarán tu nombre, oh Señor»; Is 2,2-4; 66,19ss).

---

153. Éx 15,1-19.
154. Cf. Ap 14,3.
155. Ap 7,14; 12,11. .
156. Cf. Sal 111(110)2; 139(138)14; 145(144)17; Dt 32,4.
157. Cf. Ap 21,24ss; 22,2.

2. *Siete ángeles reciben siete copas llenas de la ira de Dios*
15,5-8

[5] ***Después de esto miré, y se abrió el santuario del tabernáculo del testimonio en el cielo.*** [6] ***Y salieron del santuario los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino resplandeciente y puro, y ceñidos alrededor del pecho con ceñidores de oro.*** [7] ***Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira del Dios, que vive por los siglos de los siglos.*** [8] ***El santuario se llenó de humo procedente de la gloria de Dios y de su poder, y nadie podía entrar en el santuario hasta que se consumaran las siete plagas de los siete ángeles.***

Se abre ahora ante los ojos del vidente el templo del cielo **5**
(como en 11,19). Se lo llama aquí «santuario del tabernáculo del testimonio» (que, sin duda, equivale a decir: «el santuario, el tabernáculo del testimonio»), porque es el modelo del «tabernáculo del testimonio» (o tienda de la alianza), descrito en Éx 25,9.40; Hebr 8,5. Es una expresión tomada de los LXX, y corresponde en hebreo a «tienda de la reunión o del encuentro» (de Dios con los hombres).

Del templo salen siete ángeles, vestidos, como los sacer- **6**
dotes, de lino puro y resplandeciente, y con un cinturón de
oro a la altura del pecho[158]. De uno de los vivientes reciben **7**
siete copas de oro, que están llenas de la ira de Dios; se considera ésta como fuego encendido que se ha de verter sobre la tierra[159]. Dado que las plagas contenidas en estas copas son de naturaleza cósmica, los ángeles las reciben de uno de los vivientes, representantes de la naturaleza, conforme se vio en 6,1-8, donde se indican además sus funciones propias.

---

158. Cf. Ap 1,13; 19,14.
159. Cf. Ez 22,31.

8 Mientras en Is 6,4 el humo que llena la morada de Dios en el cielo sube del altar de los perfumes[160], aquí, en cambio, viene de Dios mismo, y es, por tanto, un símbolo de la gloria y del poder de Dios, que se revelan en los justos castigos de las siete plagas[161]. Durante el tiempo que duren estas plagas, a nadie le está permitido entrar en el templo[162], lo que significa que será inútil tratar de alejar este castigo de la tierra con oraciones y súplicas.

3. *Los siete ángeles derraman las copas sobre la tierra. Las primeras cuatro* 16,1-9

[1] *Y oí una gran voz procedente del santuario que decía a los siete ángeles: «Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.»*

[2] *Fue el primero y derramó su copa sobre la tierra. Y sobrevino una úlcera maligna y dolorosa a los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen.*

[3] *El segundo derramó su copa sobre el mar; y éste se convirtió en sangre como de muerto, y todo ser vivo que había en el mar murió.*

[4] *El tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas y se convirtieron en sangre.* [5] *Y oí al ángel de las aguas que decía:*

«Justo eres, el que es y el que era, el santo,
por haber hecho así justicia.
[6] *Porque derramaron sangre de santos y de profetas,*
sangre les ha dado a beber.
Bien se lo merecen.»

---

160. Is 6,6.
161. Cf. Éx 19,18.
162. Cf. Éx 40,34s; 1Re 8,10.

[7] *Y oí al altar que decía:*
«Así es, Señor, Dios, todopoderoso.
Verdaderos y justos son tus juicios.»

[8] *El cuarto derramó su copa sobre el sol, y le fue concedido abrasar a los hombres con fuego.* [9] *Y fueron abrasados los hombres con fuego intenso. Y blasfemaron del nombre de Dios, que tiene potestad sobre estas plagas; pero no se convirtieron para darle gloria.*

Una voz que proviene del templo, seguramente la voz de 1
otro ángel, ordena a los siete ángeles derramar sus copas sobre la tierra. Por tierra se entiende aquí, en contraposición con el cielo, todo el mundo terrestre (tierra firme, mar, sol, aire). Estas plagas presentan estrecha semejanza con las plagas de las trompetas, pero no son una simple repetición de ellas, sino castigos mucho más graves, que corresponden a una etapa ulterior en el desarrollo de los sucesos escatológicos. Como en las plagas de las trompetas, también aquí el modelo son las plagas de Egipto. Van dirigidas contra el mundo pagano impenitente; en la primera y en la quinta se dice expresamente que su objetivo es el reino del Anticristo y sus secuaces. Aunque para los hombres incrédulos son castigos, tratan al mismo tiempo de provocar su conversión; pero no consiguen tal fin[163]. Las primeras cuatro plagas hieren a las mismas criaturas que fueron objeto de las primeras cuatro plagas de las trompetas[164], pero esta vez las alcanzan en su totalidad.

La *primera copa* se derrama sobre la tierra firme, produ- 2
ciendo en los adoradores de la bestia úlceras malignas y dolorosas (v. 11). En castigo por haber envilecido su cuerpo con la señal distintiva de la bestia, se ven ahora atormentados con úlceras, también en su cuerpo; es una réplica de la sexta plaga de Egipto, en que Moisés y Aarón esparcieron ceniza hacia

163. Ap 16,9.11.
164. Ap 8,7-12.

el cielo, a la vista del faraón, produciendo pústulas y tumores en los hombres como en los ganados[165].
3 La *segunda copa* se derrama sobre el mar y cambia sus
aguas en sangre como de cadáver, de olor nauseabundo, a tal
4 punto que no queda en él ningún ser viviente. La *tercera copa*
se vierte sobre los ríos y las fuentes, sobre el agua dulce, convirtiéndola en sangre viva, a semejanza de la primera plaga de Egipto, que mudó en sangre toda el agua del Nilo, de sus brazos y de sus canales[165a]. El Apocalipsis ha dividido una plaga en dos, con el fin evidente de completar el número siete.
5 La uniformidad de la narración se ve ahora interrumpida
por una especie de canto alternado, compuesto para justificar lo terrible de la plaga. El ángel a quien está confiado el cuidado de las aguas exalta en un himno la justicia y convenien-
6 cia del castigo. La humanidad enemiga de Dios ha derramado
sangre inocente, y Dios le da a beber sangre en vez de agua. Los «santos y profetas» son los fieles cristianos y los heraldos del mensaje de Cristo que debieron sufrir el martirio[166]. En la antigüedad judía se tenía la creencia de que al frente de cada elemento de la naturaleza estaba colocado un ángel; esta creencia se registra también en el Apocalipsis, que, además del ángel de las aguas, menciona asimismo al ángel del fuego y al
7 ángel del viento[167]. El juicio del ángel de las aguas es rati-
ficado por el altar o, mejor dicho, por las almas de los que fueron muertos violentamente y que yacen al pie del mismo[168]. Ellos aúnan sus voces para exaltar la justicia de los juicios divinos.
8 La *cuarta copa* se derrama sobre el sol, aumentando la
intensidad de su calor hasta hacerlo insoportable[169]. Pero los hombres, en vez de convertirse al verdadero Dios, prorrumpen

165. Éx 9,8-12.
165a. Éx 7,14-25.
166. Cf. Ap 18,24
167. Ap 14,18; 7,1.
168 Ap 6,9-11.
169. Cf. Is 49,8.10; Sal 121(120)6.

en insolentes sarcasmos contra quien es causa de este nuevo desastre. Sucede a menudo que «el juicio no tiene otro efecto que el de endurecer a los hombres, amargarlos e incitarlos a la rebeldía. Tan inclinada es la naturaleza humana a protestar contra la sumisión a Dios y el reconocimiento de su justicia» (Hadorn).

4. *La quinta copa hace blanco en el trono de la bestia y trueca su reino en tinieblas* 16,10-11

[10] *El quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas, y las gentes se mordían las lenguas de dolor.* [11] *Y blasfemaron del Dios del cielo, a causa de sus dolores y de sus úlceras, pero no se convirtieron de sus obras.*

La *quinta copa* se vierte sobre el trono (es decir, sobre la **10**
capital) de la bestia, sumiendo su imperio en la oscuridad, a
imitación de la novena plaga de Egipto[170]. Se concibe, pues,
a la bestia como señor de un reino[171]. La oscuridad también **11**
puede ser por sí sola causa de sufrimientos, pero quizá sea
preferible pensar aquí en que la oscuridad hace aún más in-
tolerables los dolores producidos por las úlceras. Algunos
autores opinan que esta parte del texto está mutilada.

---

170. Éx 10,21-23.
171. Cf. Ap 13,2

5. *La sexta copa abre paso a los destructores de Babilonia y prepara la batalla decisiva entre el Mesías y los ejércitos del Anticristo*
16,12-16

[12] El sexto derramó su copa sobre el gran río Eufrates, y su agua se secó, de modo que el camino de los reyes que vienen de oriente quedó libre.

[13] Y vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos, como ranas. [14] Son espíritus demoníacos que obran señales y acuden a los reyes de la tierra entera para congregarlos para la batalla del gran día del Dios todopoderoso. [15] Mirad que vengo como un ladrón. Bienaventurados el que está velando y guardando sus vestidos, para que no tenga que andar desnudo y vean sus vergüenzas. [16] Y los congregó en el lugar que en hebreo se llama Harmagedón.

12 El *sexto* ángel derrama su *copa* sobre el Eufrates; sus aguas se secan, y los reyes que habitan al Este del gran río pueden pasar libremente.

Sin duda son éstos los diez reyes que, según 17,12s, se aliarán con el Anticristo para destruir a Babilonia. Así, pues, Dios obra un prodigio en favor de quienes son los instrumentos de su ira, haciendo que éstos puedan atraversar el Eufrates sin mojarse los pies. Como marco histórico de esta profecía puede considerarse el hecho de que por entonces eran los partos el adversario más temible del imperio romano, y contra sus ataques el Eufrates constituía la mejor defensa [172]. La marcha de estos reyes contra Roma no es sino un preludio de la lucha en que ellos se empeñarán más tarde contra el Cordero [173], lucha que evidentemente coincide con la llamada batalla me-

172. Cf. también Ap 9,13-21.

173 Ap 17,14.

siánica[174]. Ellos, pues, tomarán parte en el combate decisivo al lado de los «reyes de la tierra»[175].

Pero el vidente presencia todavía otro cuadro. Ve cómo 13
de la boca del dragón, de la bestia y del falso profeta, que
forman como una trinidad satánica, salen tres espíritus inmun-
dos que semejan ranas, y se dirigen a los reyes del mundo
entero, a quienes, ayudándose de prodigios, tratan de conquis-
tar para su causa, en previsión del combate que se peleará
en el gran día de Dios (cf. 6,17: «el gran día de la ira de
ellos (=el Cordero y Dios)»; 2Pe 3,12). Este «gran día» es 14
el día en que Dios vence y aniquila, en sangrienta batalla, a
las potencias y pueblos enemigos, que se han congregado para
pelear contra él la batalla decisiva. Es la misma batalla que
el vidente ha contemplado ya, a grandes rasgos, figurada en
la acción de triturar las uvas en el lagar[176], y que describirá
detalladamente en 19,11-21. A ella alude también cuando
habla del combate de los diez reyes contra el Cordero[177].
Los espíritus diabólicos, que se ven en la necesidad de ganar
para su causa a los reyes paganos de toda la tierra y a sus
ejércitos, tienen figura de ranas. Se puede descubrir aquí un
punto de contacto con las creencias de los persas, para quienes
las ranas son las criaturas puestas al servicio de Ahriman, dios
de las tinieblas[178].

La actividad de estos espíritus diabólicos, que cuentan con 16
la capacidad de obrar prodigios, valiéndose a veces de instru-
mentos humanos[179], logra pleno éxito. Reúnen un poderoso
ejército, y lo disponen para la lucha en un lugar llamado en
hebreo Harmagedón. Esta palabra, que no se lee en ninguna
otra parte de toda la literatura antigua, debe traducirse muy
probablemente por «montaña o montañas de Megiddó». Me-

174. Ap 19,19.
175. Ap 16,14; 19,19.
176. Ap 14,18-20.
177. Ap 17,14.
178. PLUTARCO, *Isis*, § 46.
179. Cf. 1Re 22,22.

giddó (en los LXX se transcribe con la grafía *Magedon* y *Maggedo)* es una ciudad construida sobre una colina en el extremo meridional de la llanura de Esdrelón. Salomón la rodeó de grandes fortificaciones. En sus cercanías se libraron numerosas y sangrientas batallas. En concreto, fue allí donde halló la muerte el caudillo cananeo Sísara [180] y donde el rey de Judá, Josías, fue herido de muerte [181]. Posiblemente a causa de estos hechos se fue formando la idea de que «la montaña, o montañas de *Magedon*» (el vidente piensa en las estribaciones del monte Carmelo) servirían de punto de reunión al ejército enemigo de Dios. En el AT se encuentran las expresiones «llanura de Megiddó» [182] y «las aguas de Megiddó» [183], pero nunca «montaña (montañas) de Megiddó» [184].

15 El relato del vidente se ve interrumpido en el v. 15 por una exhortación de Cristo a la vigilancia (cf. 1Tes 5,2). Los vestidos simbolizan el estado de gracia. Algunos exegetas preferirían colocar este versículo después de 3,3*a;* otros ven en él (como en 3,3.18) una interpolación hecha por el redactor del libro.

6. *La séptima copa provoca un espantoso terremoto y una violenta tempestad de granizo. Babilonia dividida en tres partes, como preludio de su ruina*
16,17-21

[17] *El séptimo derramó su copa en el aire. Y salió del santuario una gran voz que procedía del trono y que decía: «¡Hecho está!»* [18] *Y hubo relámpagos, voces y truenos, y sobrevino un gran terremoto, cual no lo hubo desde que existe el hombre sobre la tierra; así de grande fue el terremoto.* [19] *La gran ciudad*

---

180. Jue 4-5.
181. 2Re 23,29; cf. 9,27.
182. Zac 12,11; 2Par 25,22.
183. Jue 5,19.
184. Cf. también la explicación de Ap 19,11-21.

se partió en tres; y se derrumbaron las ciudades de los gentiles. Y Dios se acordó de Babilonia la grande, para darle a beber la copa del vino de su terrible ira. [20] Huyeron todas las islas; los montes desaparecieron; [21] y una enorme granizada, como de talentos, cae del cielo sobre los hombres. Y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga de la granizada, porque la plaga es realmente grande.

Al derramarse la *séptima copa,* la voz del cielo, la misma 17
que ha dado la orden a los demás ángeles[185], anuncia que las tentativas de Dios por llevar a la humanidad impía, sacudida por espantosos castigos, a convertirse antes que sobrevenga el juicio final, han llegado a su término.

La plaga consiste en los mismos fenómenos naturales a que 18
dieron lugar el gesto de sacudir el incensario sobre la tierra[186] y la aparición del arca de la alianza[187]: tormentas acompañadas de granizadas y terremotos, pero esta vez con intensidad
mucho mayor. Un talento pesa alrededor de cuarenta kilo- 21
gramos. Entre las plagas de Egipto también la séptima consiste en una terrible granizada con relámpagos y truenos[188].

El terremoto supera en intensidad a cuantos han sucedido hasta ahora (la expresión se lee ya en Dan 12,1: Éx 9,18;
Mc 13,19) y causa graves estragos. Las islas y montañas desa- 20
parecen. En la plaga que siguió al sexto sello simplemente
habían sido removidas de su sitio[189]. Como consecuencia de las 19
grietas y hundimientos del terreno, la gran ciudad, o sea, Babilonia, queda dividida en tres partes, y muchas otras ciudades de las naciones paganas se derrumban. Los daños que por causa del terremoto sufre Babilonia no son, sin embargo, más que un preludio de su destrucción total; el vidente será testigo

185. Ap 16,1.
186. Ap 8,5.
187. Ap 11,19.
188. Éx 9,13-35.
189. Ap 6,14.

de ella en el capítulo 18. No está ya lejos el día en que Dios le dará a beber la copa llena de su furor [190]. Dios no se ha olvidado de sus infamias; las tiene muy presentes y las castigará [191].

21 Pero tampoco esta última y terrible plaga mueve a la humanidad pagana a convertirse; por el contrario, encona más su odio contra Dios. Señal de que está ya madura para la destrucción.

d) JUICIO CONTRA BABILONIA, CAPITAL Y PERSONIFICACIÓN DEL REINO ENEMIGO DE DIOS 17,1-19,10

1. *Babilonia, la meretriz, es mostrada al vidente* 17,1-18

La mujer sentada sobre la bestia 17,1-6

[1] *Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciendo: «Ven, te mostraré el juicio contra la gran meretriz, la que está sentada sobre muchas aguas.»* [2] *Con ella fornicaron los reyes de la tierra; y con el vino de su prostitución se embriagaron los habitantes de la tierra.»* [3] *Y me llevó en espíritu a un desierto. Vi a una mujer montada sobre una bestia de color escarlata, llena de nombres blasfemos, que tenía siete cabezas y diez cuernos.* [4] *La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata: adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas; y tenía en la mano una copa de oro, llena de abominaciones y de las impurezas de su prostitución.* [5] *Sobre*

190 Cf. Ap 14,10
191. Cf. Ap 18,5

su frente había un nombre escrito — un misterio —: Babilonia, la grande, la madre de las meretrices y de las abominaciones de la tierra. 6 *Vi a la mujer ebria de la sangre del pueblo santo y de la sangre de los testigos de Jesús. Y quedé grandemente asombrado al verla.*

El juicio contra Babilonia, anunciado en 16,19, y con el cual comienza su ruina total, se cumple ahora[192]. Pero antes, la ciudad es mostrada al vidente bajo la figura de una mujer espléndidamente adornada, sentada sobre una bestia de color escarlata, con siete cabezas y diez cuernos. Al vidente se le explica el significado de la mujer y de la bestia.

Uno de los ángeles de las copas, designado especialmente **1s**
para ello, comienza por dar a conocer brevemente a Juan las notas características de Babilonia, con rasgos tomados del Antiguo Testamento. La figura de la meretriz es aplicada por los profetas a Tiro y a Nínive[193], aunque no para aludir a su idolatría, sino a su intenso comercio. Ezequiel reprende a Samaría y a Jerusalén por sus alianzas con potencias extranjeras, alianzas que califica de prostitución con tales potencias[194]. Pero es también corriente en el AT dar a la idolatría el nombre de prostitución[195].

«Babilonia» aparece aquí como la gran meretriz, porque tiene al mundo saturado de su idolatría y difunde, con ella, todo género de perversión, de la cual es parte principal la fornicación en sus múltiples formas[196]. La metáfora destaca primeramente el poder de seducción que la capital del mundo ejercía sobre los gobernantes de los pequeños Estados a ella sometidos y sobre toda la población del imperio.

---

192 Cf. Ap 14,8.
193. Is 23,15ss; Nah 3,4.
194. Ez 23,1ss.
195. Cf., por ejemplo, Ez 16,15ss
196. Cf. Rom 1,24ss.

El nombre de Babilonia, en su sentido simbólico, proviene del Antiguo Testamento. Dado que para los profetas Babilonia fue, más que ninguna otra, el prototipo de las ciudades hostiles a Dios, acabó por llegar a ser para los judíos de la época y para los primeros cristianos la personificación misma del poder político enemigo de Dios y dominador del mundo. La expresión «sentada sobre muchas aguas» se remonta a la profecía de Jeremías contra Babilonia, y evoca el Eufrates con los muchos canales que de él derivan para el riego de la ciudad. La realidad histórica de este detalle no tiene ninguna importancia cuando se aplica a la Babilonia simbólica, y en el v. 15 se interpreta (igual que en Is 8,7; Jer 47, 2) como expresión alegórica que designa los pueblos paganos sobre los cuales ella reina.

3 En este momento el vidente es arrebatado al desierto [197], donde se le muestra una mujer pomposamente vestida, sentada sobre una bestia de color escarlata, que, según las características, es la misma de 13,1. Antes eran sólo sus siete cabezas las que estaban cubiertas de nombres de blasfemia; ahora lo está todo su cuerpo. Posiblemente se alude con esto a las innumerables divinidades de Roma y de los pueblos agregados al imperio. El color escarlata simboliza el lujo y el esplendor
4 de la gran potencia encarnada en la bestia. La mujer cabalga sobre la bestia; la ciudad descansa sobre el poder del imperio. Va vestida de púrpura (rojo oscuro) y de escarlata (rojo pálido) y, a la manera de las meretrices, cargada de valiosos adornos. En su mano sostiene una copa de oro llena de abominaciones e inmundicias, como símbolo de que tiene al mundo entero infectado con su idolatría (tal es aquí el sentido de «abominaciones) y su perversión [198].

5 A ejemplo de las prostitutas de Roma, que llevaban el nombre escrito sobre la frente en una cinta dorada, adorno de toda mujer romana, también la mujer lleva en la frente el

197. Cf. el comentario a 14,8.
198. Cf. comentario a Ap 14,8; y también a 18,3.6.

nombre, que señala su verdadera naturaleza: la gran Babilonia. Pero se trata de un nombre misterioso, es decir, simbólico, que designa no la Babilonia construida a orillas del Eufrates, sino la capital del reino anticristiano, la que por su idolatría e inmoralidad es un remedo fiel de la antigua Babilonia, hostil a Dios.

Juan contempla a la gran meretriz ebria de la sangre de 6
los santos (los simples fieles de la Iglesia) y de los testigos de Jesús (los predicadores de su palabra)[199]. A su idolatría y fornicaciones añade todavía el grave pecado de su odio a los cristianos. Ha hecho asesinar a muchos fieles adeptos de Cristo o, dicho en términos metafóricos, ha bebido su sangre hasta embriagarse con ella[200].

Explicación de lo que significan la bestia y la mujer 17,7-18

[7] Díjome el ángel: «¿Por qué te asombraste? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, que tiene las siete cabezas y los diez cuernos. [8] La bestia que viste, era y no es, y está para subir del abismo y camina a la perdición. Y los habitantes de la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida desde la creación del mundo, quedarán atónitos, cuando vean la bestia: pues era y no es, y aparecerá. [9] Aquí está la manera de entender con sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas, sobre las que está sentada la mujer. Y son siete reyes: [10] cinco cayeron; uno está, y el otro no vino todavía, y cuando venga, habrá de permanecer poco tiempo. [11] Y la bestia que era y no es, aunque hace el número ocho, es también de los siete, y camina a la perdición. [12] Los diez cuernos que viste, son diez reyes que todavía no han recibido su reino, pero con la bestia reciben potestad como reyes

199. Cf. Ap 18,20.24.
200. Cf. Ap 6,10; 18,24; 19,2

por una hora. [13] *Éstos tienen un plan común y entregan su*
poder y autoridad a la bestia. [14] *Éstos lucharán contra el Cor-*
dero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y
Rey de reyes, y también los llamados con él, elegidos y fieles.»
[15] *Y me dice: «Las aguas que viste, donde está sentada la*
meretriz, son pueblos, multitudes, naciones y lenguas. [16] *Los*
diez cuernos que viste y la bestia odiarán a la meretriz, y la
dejarán despojada y desnuda; comerán sus carnes y la abrasarán
con fuego. [17] *Pues Dios ha puesto en sus corazones que ejecu-*
ten el plan divino, que cumplan aquel plan común y que en-
treguen su reino a la bestia hasta que se cumplan las palabras
de Dios. [18] *La mujer que viste es aquella gran ciudad, la que*
tiene imperio sobre los reyes de la tierra.»

7 En los escritos apocalípticos nunca falta, como elemento importante, el ángel que interpreta al vidente el sentido de sus visiones. Así, un ángel explica a Daniel la visión de las cuatro bestias, sobre todo en lo que mira a la cuarta [201], y la visión de la lucha entre el carnero (imperio de los medos y los persas) y el macho cabrío (imperio griego de Alejandro Magno y sus sucesores) [202]. En 4Esd hay igualmente un ángel que explica al vidente el simbolismo del águila de doce alas y tres cabezas (el imperio romano). También en el Apocalipsis de Juan un ángel hace saber al vidente lo que significan, sucesivamente, la bestia (v. 8), las siete cabezas (v. 9-11), los diez cuernos (v. 12) y, por último, la mujer (v. 18).

Acerca de la interpretación dada por el ángel, hay que observar en principio que «es un oráculo, escrito para iniciados» (Lohmeyer). El ángel no aclara completamente el misterio; se limita a descorrer un tanto el velo en favor de los que poseen la clave del secreto. Razón de más para que encontremos aquí, como ya en 13,18, la advertencia de que el lector necesita sabiduría especial para poder comprender la interpretación. Así

201. Dan 7,15ss.
202. Dan 8,15ss.

las cosas, es casi imposible llegar a dar una solución completamente segura al enigma de la bestia y de su número. Es evidente, por otra parte, que el autor del Apocalipsis no podía decir las cosas con tanta claridad; la bestia encarnaba una determinada persona o institución de la época, y esta circunstancia hacía en extremo peligroso hablar claramente.

Resulta por demás enigmático lo que se dice de la bestia: 8
«La bestia... era (=existía antes) y (ahora) no es (=no existe), y está para subir del abismo (por tanto, existirá, cf. *8c)* y (más tarde) camina a la perdición.» La bestia representa indudablemente al Anticristo, el cual, tras haber actuado libremente por algún tiempo, será arrojado, para su ruina definitiva, al lago de fuego [203]. Pablo lo llama «hijo de la perdición», y dice que Cristo lo «destruirá con un soplo de su boca y lo aniquilará con la manifestación de su venida» [204].

Pero, ¿cuál es el sentido de la frase «la bestia que viste, era y no es, y está para subir...» (es decir, será)? Se ha dicho con razón que, con estas palabras, la bestia se presenta como el polo opuesto de Dios, de quien, por atributo propio, se dice que «es, que era y que viene (es decir, será) [205]; en otras palabras, se identifica a la bestia como al gran adversario de Dios. Pero no es esto todo, porque se habla además de que la bestia subirá del abismo (cf. también 11,7: «la bestia que sube del abismo»). La frase completa significa entonces lo siguiente: en el pasado la bestia estuvo ya una vez en la tierra, en los días del vidente no está, pero en un futuro inmediato saldrá del abismo, donde ahora se encuentra, y aparecerá de nuevo en la tierra. A esta presencia y actividad futura de la bestia se refiere 11,7 (hace la guerra a los dos testigos, los vence y les da muerte) y 13,1ss (se hace rendir honores divinos y hace la guerra a los cristianos). Esta próxima actividad de la bestia comprende, pues, los tres años y medio de su lucha contra los santos [206].

203. Ap 19,20.
204. 2Tes 2,3.8.
205. Ap 1,4.
206. Ap 13,5.7.

El sentido del versículo es, pues, este: alguien, que estuvo ya antes en la tierra y ahora se encuentra en el abismo, saldrá de él para revelarse como el Anticristo. Su reaparición provocará en los no elegidos tal admiración, que terminarán adorándolo[207]. En el v. 11, sin embargo, la bestia se identifica con una de sus siete cabezas (compárese 13,3 con 13,12.14). Lo dicho permite retener una de estas dos soluciones: 1) La bestia representa un reino con siete reyes sucesivos (v. 10). 2) La bestia representa a uno de estos reyes, que se identifica con el Anticristo.

Estrictamente hablando, la bestia está presente desde el momento en que siquiera una sola de sus cabezas lo esté; por consiguiente, existe también en la hora actual. Según esto, la frase «no es» sólo puede tener un sentido: dado que no está presente la cabeza que encarna al Anticristo, el reino no posee las características de éste, lo que se puede expresar diciendo simplemente que la «bestia» no está presente.

9 ¿Quién es, en definitiva, esta cabeza? Refiriéndose a las siete cabezas, el ángel da una doble interpretación: 1) Significan siete montes, sobre los cuales la mujer asienta su trono. La mujer es, pues, una ciudad, que está edificada sobre siete montes o colinas. Esta interpretación supone que las siete cabezas pertenecen a la mujer, lo que, dentro de la figura usada, no es del todo exacto. Es, sin embargo, una explicación muy valiosa, porque muestra cómo el autor del Apocalipsis al hablar de Babilonia piensa en la ciudad de Roma, designada comúnmente en la antigüedad como la ciudad de las siete colinas. 2) Las siete cabezas simbolizan siete reyes, y así, la bes-
10 tia representa un reino con siete reyes sucesivos. De éstos, cinco pertenecen al pasado, el sexto es contemporáneo del vidente, el séptimo reinará sólo por breve tiempo, lo que equivale a decir que el dominio de estos siete reyes terminará pronto.
11 Viene luego el octavo rey, que es al mismo tiempo el Anti-

207. Cf. Ap 13,3.8.

cristo, como se puede deducir de las palabras «camina a la perdición»; es la bestia que «era y no es» del v. 8, y puede considerarse también como una de sus cabezas. Como este octavo rey estuvo ya gobernando en el pasado, desapareció, y ahora entra de nuevo en escena, se concluye (y esto es lo maravilloso) que también es uno de los siete. Pero, ¿cuál de los siete ha de volver como octavo? Si se tiene en cuenta que él será el Anticristo, no puede tratarse sino de aquel que durante su reinado mostró poseer naturaleza contraria a Cristo. Ahora bien, consideradas las cosas a la luz de la historia, no puede ser otro que el primer perseguidor de los cristianos, Nerón. De él también se puede decir con toda propiedad que es la cabeza herida de muerte y curada de nuevo. En efecto, si en 13,3 una de las cabezas de la bestia lleva una herida mortal, en 13,14 es la bestia misma la que aparece con una herida de espada, pero ha revivido. Ese revivir bien puede entenderse como su salida del abismo para entrar de nuevo en escena [208]; lo confirma el hecho de que en ambos casos se llena el mundo de estupor [209].

El primero que, hasta donde nos es dado saberlo, refirió a Nerón la afirmación de la cabeza herida de muerte, fue Victorino de Pettau († en 304), y fue también él quien identificó a la bestia salida del abismo (la octava cabeza) con Nerón, pero con Nerón en persona, vuelto del infierno a la vida *(Nero redivivus)*, relacionando así la leyenda de este personaje, en su forma definitiva, con el Apocalipsis. Sólo que con esto incurrió en un error evidente, porque, aun sin negar la posibilidad de que Juan haya utilizado aquí la leyenda de Nerón para expresar la idea de que en el futuro Anticristo revivirá espiritualmente el primer perseguidor de los cristianos, nada nos autoriza a pensar que en el Anticristo haya visto él al propio Nerón resucitado.

---

208. Ap 17,8.
209. Ap 13,3s; 17,8.

La leyenda de Nerón.

Poco tiempo después de la muerte de Nerón, ocurrida en el año 68, en amplios sectores de la población se difundió la creencia de que el emperador no había muerto aún, ni por homicidio ni por suicidio, sino que había huido a refugiarse entre los partos, con cuyo rey Vologeses lo unían relaciones especiales de amistad, y que de allí volvería a Roma, capitaneando un poderoso ejército parto, a vengarse de sus enemigos. Se sabe además que surgieron entonces varios falsos Nerones. Suetonio recuerda el caso de uno que, a veinte años de la muerte del emperador, se presentó haciéndose pasar por tal, y consiguió apoyo por algún tiempo entre los partos [210].

Esta creencia popular pasó también a los judíos y a los cristianos. Los judíos se sirvieron de ella para anunciar que la destrucción de Roma, efecto de la venganza de Nerón, había sido un castigo de Dios por la devastación de Judea y la destrucción del templo en los años 66-70 (Sibil IV, 119-139, compuesto hacia el año 80 d.C.; en el v. 39 se lee: «atravesando el Eufrates con muchos miles») [211]. Pero entre los judíos y entre los cristianos la figura del Nerón *redivivus* se vio pronto amplificada con rasgos característicos de la espera del Anticristo y de la creencia en el demonio, y así Nerón acabó por convertirse a un mismo tiempo en el Anticristo y en un ser diabólico. Mas a fines del siglo, cuando ya nadie podía creer que Nerón viviera aún, la leyenda se modifica en este sentido: el Anticristo será Satán mismo (Beliar), pero tomará la figura que Nerón tuvo en vida [212]; o bien. Nerón volverá a la vida gracias a un prodigio de Satán *(Nero redivivus)* [213].

---

210 SUETONIO, *Nero* cap. 57.

211. Cf. también Sibil v, 143-148; 361-364, compuesto en 71-74 d.C

212. AsIs 4,2-4.

213. Sibil v, 28-34; 214-227

El misterio de las siete cabezas de la bestia.

Conforme a la interpretación dada por el libro mismo, las siete cabezas representan reyes, no reinos. Si por Babilonia se entiende a Roma, las siete cabezas no pueden equivaler sino a otros tantos emperadores romanos, quienes en las provincias orientales recibían generalmente el nombre de «reyes» [214]. Siendo la fecha de composición del Apocalipsis los años 94-95, el sexto emperador debe ser Domiciano (81-96), y los cinco que ya «cayeron», sus predecesores. Sólo queda por saber si los tres emperadores del interregno del 69 (Galba, Otón y Vitelio) se han de tener o no en cuenta. Si se los excluye, hipótesis muy probable, ya que ninguno de ellos fue reconocido en todo el imperio, la serie comienza con Calígula y queda constituida así: Calígula (37-41), Claudio (41-54), Nerón 54-68), Vespasiano (69-79), Tito (79-81), Domiciano (81-96) y Nerva (96-98). Los tres primeros soberanos (César, Augusto, Tiberio), pertenecientes a la familia Julia, no entran en cuestión, porque sus relaciones con los judíos fueron amistosas, y con los cristianos nada tuvieron que ver.

Calígula, en cambio, adoptó una política abiertamente antijudía. Uno de sus gobernadores, Flaco, aniquiló a los judíos de Alejandría con una violenta persecución y profanó sus sinagogas con estatuas del emperador. Este emperador dio personalmente la orden de que se erigiera su estatua en el templo de Jerusalén, exasperando con ello terriblemente a los judíos, entre los cuales llegó a considerársele, igual que a Antíoco IV Epífanes, como tipo del Anticristo [215]. En él se manifestó por primera vez aquel delirio de grandeza que en Nerón y Domiciano alcanzó extremos increíbles. Sus intentos de profanar el templo debieron disgustar también enormemente a la comunidad cristiana. No es, pues, extraño, que él abra

214. También en el NT, cf. 1Pe 2,13; 1Tim 2,2.
215. Cf. 2Tes 2,4.

la serie de las siete cabezas. Pocos años más tarde, Nerón desató la primera persecución contra los cristianos, Vespasiano y Tito combatieron contra Jerusalén y destruyeron el templo, y Domiciano, por último, fuera de llevar hasta sus peores consecuencias la divinización de la persona del emperador, reanudó la persecución de los cristianos, si bien disimulándola en esta ocasión con matices jurídicos. En esta enumeración de los emperadores, también la expresión «cayeron», dicha de los cinco primeros [216], adquiere valor propio [217]. En efecto, Calígula fue asesinado; Claudio, según parece, murió envenenado; Nerón se suicidió, y de Tito se rumoreó que fue el propio Domiciano, hermano suyo, quien le hizo dar muerte.

Este intento de solución tiene indudablemente un punto débil: el iniciar el cómputo de los emperadores romanos con Calígula. Esto ha llevado a muchos a preguntarse si no sería posible hallar una solución satisfactoria partiendo de Augusto, que fue el primer emperador. El intento se ha hecho (Cerfaux Cambier, 1955), partiendo, como de dato seguro, de que el Apocalipsis vio la luz bajo Domiciano. Es, pues, necesario presentarlo aquí en pocas líneas.

Según esta hipótesis, el autor del Apocalipsis trabaja con una lista de ocho nombres de emperadores, que empieza con Augusto y, dejando de lado a los tres del interregno, llega hasta Domiciano. Pero al mismo tiempo tiene presente el número siete (las siete cabezas), de valor simbólico, que le ha sido indicado en la visión, y esto le obliga a reducir a siete también el número de los nombres. Al hacer su cómputo se coloca él en el tiempo en que Vespasiano está para terminar su reinado («cinco cayeron»); vendrá luego Tito, que reinará por poco tiempo (79-81) y tendrá por sucesor a Domiciano. Entre todos, Nerón y Vespasiano descuellan como perseguidores de los cristianos. Ahora bien, la dramática desaparición de Nerón dio lugar en oriente a la leyenda del *Nero redivivus*.

216. Ap 17,10.
217. Cf. a propósito Ap 14,8; 18,2.

Sirviéndose de ella, el Apocalipsis lo encarna en la persona de Domiciano, quien, por su parte, estaba haciendo revivir las persecuciones de Nerón. Domiciano es en realidad el octavo emperador, pero bien se puede decir de él que es uno de los siete, vuelto a la vida (v. 11).

La precisión de los datos relativos a los emperadores parece indicar que la visión se consignó por escrito cuando ya los acontecimientos habían sucedido. Es posible que el autor amplíe con detalles vividos anteriormente una visión poco pormenorizada, pero en la cual se anunciaba también una persecución [218]. Esta manera de escribir es conforme al estilo apocalíptico, que gusta referirse a hechos pasados describiéndolos como si todavía estuvieran por suceder [219]. Así pues, el autor del Apocalipsis escribe en realidad bajo Domiciano, pero, con la precisión de sus datos relativos a los emperadores crea intencionalmente la impresión de estar escribiendo durante el reinado de Vespasiano, y aparentemente profetiza la persecución de Domiciano, cuando él mismo es ya su víctima.

No podemos detenernos a discutir ahora este intento de solución, pero, analizado a la luz del libro de Daniel, se puede considerar como posible; también en Daniel algunos hechos históricos de la época macabea son proyectados en forma análoga con cierta perspectiva profética.

Los diez cuernos de la bestia simbolizan asimismo a otros 12
tantos reyes, pero no reyes de las mismas características que
los figurados en las siete cabezas. No son presentados en es-
cena uno tras otro, sino todos simultáneamente. En el mo-
mento en que el vidente escribe, ellos no tienen todavía ningún
poder real; pero lo tendrán al mismo tiempo que la bestia,
aunque solamente por una hora (es decir, por poco tiempo),
cuando el Anticristo entre en acción. Animados de una sola 13
intención y de idéntica voluntad, se someten con todo su

218. Ap 3,10
219. Cf. página 16s.

poder a la bestia. Son, pues, vasallos y aliados del Anticristo,
14 y precisamente en virtud de esta alianza con él reciben la plenitud de sus poderes reales.

Como tarea específica tienen asignadas dos empresas bélicas. La primera es una batalla contra el Cordero y su séquito, en la cual, sin embargo, terminan vencidos, porque el Cordero, que es rey de reyes, es más fuerte que sus enemigos. Cuándo y dónde se lleva a cabo esta batalla, no se dice. Quizá se trate del mismo combate de 19,11ss, en el cual, según esto, tomarían parte también los diez reyes [220]. Pero, si se tiene en cuenta el hecho de que a este combate el Mesías se presenta con la túnica manchada de sangre, se podría pensar que ya ha vencido anteriormente a los diez reyes. El Cordero está escoltado por una falange de luchadores celestiales, formada por fieles perfectos, especialmente por los mártires. Se ha dicho ya en 2,26 que los «vencedores» recibirán poder sobre los gentiles y los aplastarán.

16 La segunda empresa bélica encomendada a los diez reyes es en realidad anterior. Simultáneamente con la bestia, y bajo su mando, lanzarán un ataque contra la ciudad de Babilonia, la saquearán, la devastarán y la harán pasto del fuego (el cuadro
17 se inspira en Ez 23,25-29). Previendo que esta acometida destructora del Anticristo y sus aliados contra su propia capital causará enorme extrañeza, el vidente recalca con insistencia que Dios puso en el corazón de los reyes la idea de colocar su poder a disposición de la bestia hasta que las profecías y amenazas divinas hallen pleno cumplimiento. También las potencias del mal deben servir a los planes de Dios; sin saberlo, son los ejecutores del juicio divino contra la corrompida ciudad.

¿Quiénes son los diez reyes? El número diez tiene valor puramente esquemático. Muchos exegetas los identifican con los reyes orientales mencionados en 16,12; opinan que el ataque de

---

220. Cf. el comentario a Ap 16,12.

la bestia y los diez reyes a Babilonia tiene por base la leyenda de Nerón en su forma primitiva, que hablaba de Nerón no muerto sino refugiado entre los partos y dispuesto a marchar contra Roma al frente de un poderoso ejército, para destruirla y vengarse así de su caída. Para otros autores, los diez reyes representan simplemente a «los reyes de todo el orbe», que con sus súbditos [221], engrosan las filas del Anticristo para dar la última batalla campal contra Cristo en Harmagedón.

La visión termina dando la interpretación de lo que sig- 18
nifica la mujer. Simboliza la gran metrópoli, la capital del im-
perio, a la cual sirven como esclavos los reyes de la tierra,
por ella misma seducidos (v. 2). El mismo sentido tiene la 15
metáfora de las aguas sobre las que está sentada la prostituta. En Is 8,7 y Jer 47,2, la invasión de los enemigos se compara a impetuosos caudales de agua que inundan un país.

2. *Caída de Babilonia*
18,1-24

Un ángel anuncia la ruina de Babilonia como ya cumplida
18,1-3

1 *Después de esto vi a otro ángel que bajaba del cielo y que tenía gran potestad, y por su gloria quedó iluminada la tierra.* 2 *Y gritó con voz potente, diciendo:*

«¡Cayó, cayó Babilonia la grande!
Se ha convertido en morada de demonios,
en guarida de toda clase de espíritus inmundos,
en guarida de toda suerte de aves impuras y aborrecibles.
3 *Porque del vino de ira de su prostitución*

221. Ap 19,17ss.

han bebido todas las naciones;
con ella fornicaron los reyes de la tierra,
y los mercaderes de la tierra se enriquecieron con el poder de su opulencia.»

1 Juan asiste a una nueva visión. Del cielo baja un ángel, que con su esplendor ilumina intensamente la tierra. Es el esplendor propio de Dios y de todos los seres celestiales [222]. Así resplandecía la tierra por el brillo de la gloria del Señor al hacer él su entrada en el templo, dice Ezequiel [223], y el Apocalipsis agrega que también la nueva Jerusalén recibe su luz de la gloria de Dios [224].

2 El ángel anuncia con voz poderosa la caída de Babilonia como hecho ya cumplido [225], y describe con voz poderosa el fin miserable que ha tenido la ciudad. De la extensa y populosa metrópoli, colmada de incalculables riquezas y de lujo desenfrenado, no ha venido a quedar sino un desolado cúmulo de ruinas, donde ningún ser humano puede ya vivir, donde sólo los demonios, los animales impuros y las fieras salvajes hallan guarida. Una vez más, es un cuadro pintado con colores del Antiguo Testamento; allí, en efecto, se profetiza en los mismos términos, aunque con más riqueza de detalles y mayor viveza en las imágenes, la completa destrucción y total desolación de Babilonia [226], de Edom [227], y Nínive [228].

3 Una vez más se hace constar la culpa de la ciudad, que justifica plenamente tan grave castigo. Al lado de la «prostitución», mencionada ya en 17,2.4s; 14,8, se recalca también ahora su exagerada riqueza y su lujo inaudito, que ha servido para enriquecer todavía más a los comerciantes del mundo. De ahí que también éstos lloren y se lamenten por la ruina de la ciudad [229].

---

222. Cf. Lc 2,9.
223 Ez 43,2.
224. Ap 21,23.
225 Cf. Ap 14,8.
226. Is 13,19-22; Jer 50,39s.
227. Is 34,11-15
228. Sof 2,13s.
229 Ap 18,11ss.

Una voz del cielo invita al pueblo de Dios a huir de la ciudad, y a los instrumentos de la cólera de Dios a ejecutar el castigo 18,4-8

4 *Oí otra voz que salía del cielo y decía:*

«Salid, pueblo mío, de ella,
para que no os hagáis cómplices de sus pecados
y para que no tengáis parte en sus plagas.
5 *Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo,*
y Dios se ha acordado de sus iniquidades.
6 *Devolvedle según lo que ella dio,*
y dadle el doble según sus obras.
Mezclad para ella el doble en la copa en que ella mezcló.
7 *Cuanto se glorificó y se dio al lujo,*
otro tanto dadle de tormento y llanto.
Porque dice en su corazón:
"Estoy sentada como reina,
y no soy viuda,
y llanto jamás lo veré."
8 *Por eso en un solo día vendrán sus plagas:*
muerte, llanto y hambre,
y será abrasada por el fuego;
porque poderoso es el Señor, Dios, que la ha juzgado.»

Este pasaje nos sitúa en los momentos que preceden inme- 4
diatamente al juicio. Una voz del cielo, quizá la de Cristo,
invita al pueblo de Dios a abandonar la ciudad para no hacerse
solidario de sus pecados y no verse envuelto en su ruina, por- 5
que las iniquidades de la ciudad impía han sobrepasado toda
medida y obligan a Dios a intervenir con el castigo. La escena se inspira en Jer 51,6.45, donde Dios, al anunciar el juicio contra Babilonia, pide a los judíos que viven en la ciudad

230. Gén 19,12ss; Lc 17,32.

se alejen de ella, si no quieren perecer en la catástrofe. Recuérdese también la escena de la huida de Lot ante las ruinas de Sodoma [230].

6 La invitación a no tener ninguna consideración con Babilonia va dirigida a los instrumentos del juicio divino, entendiendo por tales a los reyes de 17,16 o a los ángeles vengadores, que de ellos se sirven. Son expresiones que se inspiran igualmente en Jer 50,15: «¡Vengaos de ella, haced como ella hizo!», y 50,29: «¡Pagadle según fueron sus obras; todo lo que ella hizo, hacedlo con ella!» Pero la medida de la venganza deberá ser el doble de lo que fueron sus infamias. La expresión «el doble», que no se ha de entender literalmente, significa tan sólo que la ciudad recibirá por sus liviandades un castigo sin consideración. También en los profetas «castigo doble» es sinónimo de castigo excepcionalmente duro [231].

7 Nuevamente se hace mención de los pecados con que la ciudad se ha manchado. El lujo y las voluptuosidades en que ha vivido se pagarán con tormentos y dolores en igual medida. Para mostrar mejor hasta qué repugnantes extremos han llegado su orgullo y su sensación de poder y suficiencia, la voz del cielo reprocha a la ciudad el ufanarse diciendo: Estoy sentada aquí como reina, feliz, poderosa y rica, soberana de incontables vasallos; nada tengo de viuda abandonada e indefensa que se siente privada de sus hijos; nunca tendré por qué
8 saborear la aflicción. Castigo de tanta insolencia será su fin, que no ha de ser como el de quien simplemente llega al término de sus días, sino un fin con carácter de catástrofe, de derrumbamiento estrepitoso y repentino. Todas las miserias se precipitarán sobre ella, como diluvio, en un sólo día: la muerte, por la espada o por la peste, arrebatará a muchos de sus hijos, sembrando el luto por doquier; el hambre se ensañará en ella y pondrá fin a su insaciable lujuria; continuos incendios reducirán tanta magnificencia a escombros y cenizas.

231. Jer 16,18; 17,18; Is 40,2.

Recuérdense las palabras de Is 47,8s: «... tú que te sientas despreocupada y dices en tu corazón: yo, y nadie fuera de mí; no quedaré viuda ni perderé a mis hijos. Las dos cosas te sobrevendrán de repente, en un día, falta de hijos y viudez te abrumarán a un tiempo.»

El lamento de los reyes, de los comerciantes y de las gentes de mar por la caída de Babilonia
18,9-19

[9] *Llorarán y por ella plañirán los reyes de la tierra, los*
que con ella fornicaron y se entregaron al lujo, cuando verán
la humareda de su incendio, [10] *de pie, a lo lejos, por el temor*
de su tormento, diciendo:

«¡Ay, ay de la gran ciudad,
Babilonia, ciudad poderosa! Porque en una hora ha venido
tu castigo.»

[11] *Y los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan por*
ella, porque ya nadie compra su cargamento; [12] *cargamento de*
oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino, de púr-
pura, de seda y de escarlata; toda clase de madera aromática
y todo género de objetos de marfil, y todo género de objetos
de madera preciosa y de bronce, y de hierro y de mármol;
[13] *canela y plantas olorosas; perfumes, mirra e incienso; vino*
y aceite; flor de harina y trigo; ganado mayor y ovejas; caballos,
carros, esclavos y personas.

[14] *Y tus frutos maduros, tan apetecidos por ti,*
se fueron lejos de ti;
todo lo precioso y espléndido
se perdió para ti,
y ya nunca jamás lo encontrarán.

[15] *Los mercaderes de estas cosas, los que se enriquecieron con ella, se detendrán a lo lejos por miedo a su tormento, llorando y lamentándose,* [16] *y diciendo:*

«Ay, ay de la gran ciudad,
la que se vestía de lino,
púrpura y escarlata,
la que se adornaba con oro
y piedras preciosas y perlas!
[17] *Porque en una hora quedó devastada tanta riqueza»*

Todos los navegantes, todos los que se dedican al cabotaje, y las tripulaciones y cuantos bregan en el mar, se detuvieron a lo lejos, [18] *y clamaron, contemplando la humareda de su incendio, diciendo: «¿Qué ciudad semejante a la gran ciudad?»*
[19] *Y echaron polvo sobre sus cabezas y gritaban, llorando y lamentándose, diciendo:*

«¡Ay, ay de la gran ciudad,
de cuya opulencia se enriquecieron
cuantos las naves en el mar tenían!»
Porque en una hora quedó desierta.

Este pasaje nos traslada al momento en que la impía ciudad de Babilonia recibe la dura paga de sus iniquidades: lentamente va subiendo al cielo el humo del incendio en que se ha consumido. En esta ocasión ya no es la voz del cielo la que habla, sino Juan mismo, y no para narrar una visión, sino para profetizar directamente la ruina de la ciudad en una elegía que recuerda los lamentos de Ezequiel por la caída de la opulenta ciudad comercial de Tiro[232]. Prueba de la vivacidad con que Juan actualiza el porvenir es la forma de los verbos, que oscila entre el futuro (v. 9-10), el presente (v. 11-14) y el pasado (v. 17*b*-19). Con gran inspiración poética pinta

232. Ap 26,15-27,36.

él la impresión de terror que la inesperada ruina de la ciudad deja en cuantos tuvieron especiales relaciones de intimidad con ella, sea porque compartieron sus pecados y su lujo, sea porque en ella labraron su fortuna: los reyes de la tierra, los grandes comerciantes y las gentes del mar. Todos contemplan la catástrofe a distancia, para no verse envueltos en ella, y prorrumpen en gritos de dolor por el desastre que tan repentinamente sobrevino. Los lamentos dicen mucho de lo que fue su poder, su riqueza, su magnificencia, pero también de lo espantoso de su ruina.

La elegía de los reyes reproduce la que en Ez 26,15-19 **9s**
los príncipes de las ciudades vecinas entonan al presenciar la caída de Tiro. Éstos bajan de sus tronos, se visten de luto y lloran la suerte de aquella metrópoli: «¡Cómo! ¿Desaparecida de los mares tú, ciudad altiva, la que era el terror de cuantos la rodeaban?» Los reyes que el autor presenta llorando sobre las ruinas de Babilonia son los mencionados en 17,2; 18,3; no los diez reyes de 17,12.16.

La elegía de los comerciantes y de las gentes de mar se **11-19**
inspira en Ez 27, con la diferencia de que allí no se hace distinción entre estos dos grupos. El profeta comienza describiendo el poder, la riqueza y la intensa actividad comercial del gran puerto de Tiro (1-25); en la descripción se mencionan los países y las ciudades con los cuales mantenía relaciones comerciales, y se enumera la gran cantidad de mercancías que eran objeto de intercambio; son aproximadamente las mismas
que se recuerdan en el Apocalipsis (v. 12-13). Casi todas las **12s**
mercancías enumeradas son objetos que no usan sino los ricos, las personas distinguidas, la gente entregada al boato; esta larga lista es, por tanto, una clara ilustración más del afán de placeres y de lujo, que tan caros le han venido a costar [233]. En la elegía por la ciudad de Tiro se imagina luego la ciudad como un enorme navío cargado de valiosa mercancía (v.26-

233. Ap 17,4; 18,3.9.16.

36), que, acometido repentinamente en alta mar por violento huracán, zozobra y se va a pique. A los gritos de la tripulación que naufraga, los marinos de las otras naves se llenan de terror y de angustia; se visten de luto, arrojan ceniza sobre sus cabezas y entonan una elegía: «¿Quién había en medio del mar semejante a Tiro?... ¡Con tus incontables riquezas y mercancías hiciste ricos a los reyes de la tierra!»

14 El v. 14, redactado en segunda persona, si se toma en cuenta su estilo y contenido no parece estar en su contexto original, que debe ser seguramente el pasaje 18,22s.

Invitación a los habitantes del cielo a alegrarse 18,20

20 *Regocíjate por ella, cielo;*
y también vosotros, los santos, los apóstoles y los profetas,
porque Dios ejecutó la sentencia que reclamabais contra ella.

En fuerte contraste con los lamentos de la tierra, el vidente se dirige ahora a los habitantes del cielo para invitarlos a celebrar la caída de Babilonia [234]. La respuesta se deja oir en 19,1-10. Los santos, los apóstoles y los profetas son los mártires cristianos [235], que acaban de recibir satisfacción por la muerte violenta de que fueron víctimas. Siendo Babilonia figura de Roma, podemos ver aquí el primer testimonio del martirio de los dos apóstoles Pedro y Pablo en dicha ciudad.

---

234. Cf. Ap 12,12
235. Cf. Ap 16,6.

Representación simbólica del castigo a Babilonia
18,21-24

[21] *Y un ángel poderoso levantó una piedra, como una gran rueda de molino, y la arrojó al mar, diciendo:*

«Con este ímpetu será arrojada
Babilonia, la gran ciudad;
y no aparecerá nunca jamás.
[22] *Ya no se escuchará más en ti*
voz de citaristas y cantores,
de tocadores de flauta y de trompeta.
Ya no se encontrará más en ti
artesano de arte alguna.
Ya no se escuchará más en ti
el son de la rueda de molino.
[23] *Y no brillará más en ti*
luz de lámpara.
Y voz de esposo y de esposa
no se escuchará más en ti,
porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra,
porque con tus maleficios se extraviaron todas las naciones,
[24] *y en ella se encontró sangre de profetas y de santos,*
y de todos cuantos fueron degollados sobre la tierra.»

El gesto del ángel reproduce una acción simbólica de **21**
Jer 51,60-64. Allí el profeta hace leer en voz alta un libro en que tiene escritas todas las desgracias que sobrevendrán a Babilonia, y luego, atándolo a una piedra, lo hace arrojar al Eufrates, con estas palabras: «Así se hundirá Babilonia, y no se levantará ya más.» Sólo que la copia resultó más elocuente y efectiva que el modelo. Como la piedra arrojada en el mar desaparece sin dejar huella, así Babilonia, la gran

22 ciudad, se hundirá y quedará completamente borrada. Donde
antes se vivía en la agitación y el estrépito, reinará un silencio
sepulcral. Tal es el sentido de las frases siguientes, que contra-
ponen el futuro al pasado. Enmudecen la música y el canto [236],
23 el ruido de los artesanos y de los molinos [237]. Las luces, que en
otro tiempo iluminaban la ciudad durante la noche, no se
encenderán ya más [238], ni volverán a oírse en ella los alegres
cantos de las fiestas nupciales [239].

Una vez más se insiste en la culpa de la ciudad (como
en 18,3.5). Sus ricos comerciantes se sentían magnates de la
tierra [240] y se comportaban como tales, siendo motivo de es-
cándalo para los pueblos; regaban por el mundo entero la
voluptuosidad y corrupción de la gran ciudad, extraviando,
24 con sus maleficios, a todas las naciones. Pero su culpa más
grave es la de haber derramado la sangre de los profetas y
de los santos [241]; peor aún, es ella la única responsable de toda la sangre cristiana que ha corrido por la tierra, porque suyas son, en definitiva, las iniquidades de los pueblos por ella seducidos [242].

Los v. 14.22.23, redactados en segunda persona, poseen un estilo que los relaciona íntimamente, y pueden considerarse como fragmento de una segunda elegía.

3. *Júbilo en el cielo por el cumplimiento del juicio contra Babilonia y por las bodas, ya próximas, del Cordero* 19,1-10

[1] *Después de esto oí como un gran clamor de numerosa multitud en el cielo, que decía:*

«¡Aleluya!

236 Cf. Is 24,8; Ez 26,13. 237 Cf. Jer 25,10.
238. Cf Jer 25,10. 239. Cf. Jer 7,34; 16,9. 240. Cf Is 23,8.
241. Cf. Ap 17,6; 18,21. 242. Cf. Jer 51,49.

La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios.
2 *porque verdaderos y justos son sus juicios;*
pues juzgó a la gran meretriz,
la que corrompía la tierra con su fornicación;
y vengó en ella la sangre de sus siervos.»

3 *Y segunda vez dijeron:*

«¡Aleluya!
Y su humareda sube por los siglos de los siglos.»

4 *Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se*
postraron y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono,
y decían: «¡Amén! ¡Aleluya!»
5 *Y salió del trono una voz que decía: «Alabad a nuestro*
Dios todos sus siervos, los que le teméis, pequeños y grandes.»
6 *Y oí como clamor de numerosa multitud, como estruendo de*
muchas aguas y como estampido de poderosos truenos, que
decía:

«¡Aleluya!
Porque ha comenzado a reinar el Señor.
nuestro Dios, todopoderoso.
7 *Alegrémonos y regocijémonos*
y démosle gloria,
porque han llegado las bodas del Cordero,
y su esposa se ha preparado.
8 *Le ha sido dado vestirse*
de lino resplandesciente y puro.»

El lino significa las obras justas de los santos.
9 *Y me dice: «Escribe: Bienaventurados los invitados al*
banquete de las bodas del Cordero.» Y me dice: «Éstas son
las palabras verdaderas de Dios.» 10 *Y caí a sus pies para*
adorarlo. Y me dice: «No hagas eso. Consiervo tuyo soy y de

tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar.» Pues el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

De los dos cantos que contiene este pasaje, el primero (v. 1-3) es de júbilo y recuerda el pasado para celebrar la justicia de Dios en su juicio contra Babilonia; el segundo (v. 6-8), que se refiere al futuro, es un himno de alabanza y anuncia la boda, ya inminente, del Cordero, o sea, el desposorio del rey Mesías venido del cielo con la comunidad de sus elegidos.

1 Con la destrucción de Babilonia se inició el juicio contra
las potencias enemigas de Dios, que muestra así al mundo
cómo su paciencia ha terminado. El primer golpe ha tenido
éxito, y por eso se celebra en el cielo con tanta alegría la
caída de Babilonia. Quienes ejecutan el canto son evidente-
mente los coros angélicos, y con ellos quizá también los de
los bienaventurados. Principia y termina con el grito de júbilo
«Aleluya!» (alabad al Señor), que aquí aparece por primera
vez en el Apocalipsis. La exclamación proviene del AT [243]
y pasó a la liturgia cristiana desde los primeros días de la
Iglesia. Los cantores expresan su alegría por el triunfo de la
2 causa de Dios [244] y por la rectitud y justicia de sus juicios [245]
que tan patentes se han hecho en el castigo de la gran meretriz.
Ésta merecía de sobras su desdichada situación, porque co-
rrompió al mundo entero con su prostitución, es decir, con su
idolatría y su inmoralidad [246], y derramó la sangre de tantos
cristianos. Ahora Dios ha vengado la sangre de sus siervos
(según la expresión de 2Re 9,7) y ha escuchado el clamor de
3 los mártires [247]. Testigo eterno de este tremendo pero justo
juicio de Dios es el humo de la ciudad incendiada, que cu-
4 brirá perpetuamente el cielo [248]. Los veinticuatro ancianos y

243. Salmos; Tob 13,18. 244. Cf. Ap 12,10.
245. Como en Ap 16,7. 246. Ap 14,8; 17,2; 18,3; 11,8.
247. Ap 6,9s. 248. Is 34,10; cf. Ap 14,11.

los cuatro vivientes aprueban con su «amén» cuanto ha celebrado el canto de los ángeles [249].

En este momento se oye una voz del cielo (proviene sin 5
duda de uno de los cuatro vivientes) que invita a los siervos de Dios a alabar a su Señor. Estos siervos son los bienaventurados del cielo, y quizá también con ellos los que en la tierra temen a Dios.

En seguida el vidente oye resonar un solemne canto. Los 6
cantores empiezan alabando a Dios porque ahora ha entrado en posesión de su reino [250]. Con la destrucción de la capital del mundo adverso a Dios se da, en efecto, un gran paso hacia la realización de la soberanía de Dios y de su ungido
sobre el mundo [251]. Se invitan luego recíprocamente a expresar 7
su alegría y gratitud a Dios porque ha llegado el tiempo en que el Mesías celebrará las bodas con su Iglesia. En la invitación a tomar parte en las bodas se hace efectiva la promesa dada en 11,18 a los siervos de Dios.

El AT presenta a Dios bajo la imagen de esposo del pueblo de Israel [252], imagen que el NT aplica luego a Cristo en relación con la Iglesia [253]; también Rom 7,4 para ilustrar la unión, íntima e indisoluble como ninguna, entre Cristo y la comunidad cristiana, que él adquirió al precio de su sangre [254]. El propio Cristo solía comparar la era de la salvación con unas bodas y con un banquete nupcial en que él representa al esposo y los elegidos a la esposa [255]. La esposa del Cordero, puesto ya el traje nupcial, está pronta para las bodas (cf. Is 61, 10: «como esposa que se adorna con sus joyas»). Conforme a la manera de hablar en Palestina, se da aquí el nombre de «esposa» a la que aún es simple prometida [256], porque, según

249. Cf. Ap 11,15-18.
250. Cf. Ap 11,15.17.
251. Ap 11,15
252. Os 2,16; Is 54,6; Ez 16,7s.
253. 2Cor 11,2; Ef 5,25.
254. Ap 1,5; 5,6.9; 7,14; 14,3s.
255. Mt 22,1ss; 25,1ss; Mc 2,19; Jn 3,29.
256. Cf. Ap 21,9; Mt 1,20.24.

la legislación del judaísmo tardío, la mujer que contraía esponsales adquiría por ese mismo hecho los derechos y obligaciones de la mujer casada, aunque tuviera que permanecer bajo el cuidado paterno hasta el momento de trasladarse a casa de su esposo.

8 Contrastando con la lujosa vestimenta y la profusión de joyas de la gran meretriz [257], la esposa va vestida de blanquísimo lino puro (el término griego βύσσινον designa un lino delgado, de alta calidad y gran precio). Cuando se dice que le fue otorgado vestirse de lino brillante, se quiere subrayar la idea de que su vestido nupcial, o sea, su santidad, le viene en último término de Dios. El significado del hábito de lino se precisa todavía más: simboliza las obras justas de los santos [258], que ocupan el lugar de la esposa y que en el v. 9 se presentan como invitados a la boda (igual que en Mt 22,3ss; Lc 14,8ss). La gracia de Dios y las acciones humanas se exigen y completan mutuamente, pero de estos dos elementos la gracia es el más importante [259].

9 El ángel (el mismo de 17,1) ordena al vidente consignar por escrito, para que así llegue a conocimento de la comunidad, como en 14,13, que son bienaventurados los santos al poder tomar parte en el banquete nupcial [260]. Dado que la declaración viene de Dios mismo, es absolutamente digna de
10 fe. A la afirmación del ángel, de que cuanto le comunica es palabra de Dios y, por lo mismo, digno de todo crédito, se sobrecoge tanto el vidente que se postra a sus pies y se dispone a adorarlo [261]. Pero el ángel se lo prohíbe, recordándole que sólo Dios merece adoración, mientras él mismo, igual que Juan y sus hermanos que poseen el testimonio de Jesús, no es sino un siervo de Dios.

---

257. Ap 17,4; 18,16.
258. Cf. Ap 14,13.
259. Cf. Flp 2,12s; Ef 2,10.
260. Cf. Lc 14,15; Mt 22,1-14.
261. Cf. Ap 3,9; 15,4; 22,8.

Por comparación con el pasaje paralelo 22,9, los hermanos no son aquí los simples fieles, sino los profetas, como resulta también de la afirmación de que ellos poseen «el testimonio de Jesús». «Tener el testimonio de Jesús» es tanto como llevar en su interior, a manera de tesoro viviente, la revelación traída por Jesús, y anunciarla luego a los demás. Es precisamente lo que hacen los profetas y, según 6,9, también los mártires con el testimonio de su sangre. Como vehículos que son de la revelación divina, merecen más que nadie el nombre de siervos de Dios [262]. Quien los ha elevado a tan alta misión es el Espíritu de Dios, que inspira a los profetas; por eso el testimonio de Jesús se equipara aquí al espíritu profético [263]. El ángel se llama también a sí mismo siervo, porque, al comunicar la revelación de Dios a Juan por encargo de Cristo, cumple el oficio de profeta.

e) El Mesías lleva a término el juicio contra la bestia, el falso profeta y su ejército (el combate mesiánico) 19,11-21

1. *El Mesías, con su ejército, se presenta para el combate decisivo* 19,11-16

11 *Y vi el cielo abierto. Y en esto aparece un caballo blanco.*
El que lo monta se llama «fiel y veraz», y juzga y hace
guerra según justicia. 12 *Sus ojos son llama de fuego, y en la*
cabeza lleva muchas diademas, y tiene un nombre escrito que
nadie conoce sino él. 13 *Va envuelto en un manto teñido en*
sangre. Y su nombre es «la Palabra de Dios». 14 *Le siguen*
los ejércitos del cielo sobre caballos blancos, vestidos de lino

262. Cf. Ap 1,1; 10,7; 11,18; 22,3.
263. Cf. Jn 14,26; 16,13s.

blanco y puro. [15] *Y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a los gentiles. Él los regirá con vara de hierro, y él pisa el lagar del vino de la terrible ira del Dios todopoderoso.* [16] *Y sobre el manto y sobre el muslo lleva escrito un nombre:* «Rey de reyes y Señor de señores».

A la destrucción de la capital del reino enemigo de Dios sigue el juicio vengador contra su amo, el Anticristo, y contra su ejército. A este juicio se le suele llamar el combate mesiánico, porque Cristo se presenta aquí en forma de guerrero a la cabeza de un ejército, y en una formidable batalla vence a los enemigos, que se lanzan innumerables contra él.

Esta escena ha sido minuciosamente preparada de antemano, lo que muestra la gran importancia que le corresponde dentro de la estructura general del Apocalipsis. La visión de la vendimia, que culmina en la acción de pisar el lagar, termina por ser un bosquejo preparatorio del combate mesiánico [264]. Ya la sexta copa hace que los reyes de la tierra se reúnan con sus ejércitos en Harmagedón para esta batalla [265]. En la tradición apocalíptica tiene gran importancia este juicio de destrucción total que se cumple en los pueblos enemigos de Dios. Es una esperanza que se explica, en último término, por la idea del juicio contra las naciones, común en el AT, según la cual Yahveh, antes de establecer su reino en Palestina, vencerá y aniquilará en una gran batalla a los pueblos hostiles a Israel [266]. Entre los judíos contemporáneos de Cristo esta creencia llegó a precisarse más, atribuyendo al rey Mesías la tarea de aniquilar en una batalla a las naciones enemigas. En 4Esd se lee que un ejército innumerable, procedente de los cuatro puntos cardinales, marcha contra el Mesías e inicia la lucha, pero éste, en forma prodigiosa, lo aniquila con el aliento de su boca, que semeja llamas de fuego. También el Sal S 17,

---

264. Ap 14,20. 265. Ap 16,13-16.

266. Jl 4,1-3.11.16; Zaz 12; 14,3ss; Ez 39-39; cf. el comentario a Ap 14,20.

22ss habla del Mesías como de un héroe «que aniquila a los impíos gentiles con la palabra de su boca».

No se da el nombre propio del que va montado en el ca- 11
ballo blanco, pero la descripción no deja duda de que se trata del Mesías, que se presenta para poner fin a las potencias anticristianas. Los títulos de «fiel y veraz» son los mismos que Cristo se atribuye en 3,14, y significa que con su presencia hace ahora efectivas sus promesas, que juzga y combate con justicia, es decir, que da cumplimiento a un justo juicio contra los enemigos de Dios. También san Pablo presenta a Cristo con rasgos de luchador [267]. El título de juez justo es ya en el AT uno de los atributos propios del Mesías [268]. Aún en los escritos del judaísmo tardío, la justicia es el rasgo específico de su naturaleza [269].

Se comparan sus ojos con llamas de fuego, para indicar 12
que, cuando él juzga, su mirada todo lo penetra. Las muchas diademas le adornan la cabeza (debían estar ordenadas en forma de tiara) [270] lo identifican como a rey del universo, y hacen contrastar fuertemente su figura con la del dragón [271] y la de la bestia [272]. El jinete lleva además, escrito (tal vez en una cinta o sobre la frente), un nombre misterioso, que nadie fuera de él conoce, es decir, sabe leerlo o entenderlo en su verdadero sentido [273]. Cuál sea ese nombre, no lo sabemos. Es posible que, conforme a la idea antigua de que el nombre expresa la naturaleza de quien lo lleva, la presencia de este nombre misterioso signifique aquí que la naturaleza del personaje en cuestión es impenetrable a los seres creados. También más de un comentarista descubre aquí una alusión al

---

267. 1Cor 15,25s.
268. Is 11,3s; cf. Sal 96(95)13.
269. SalS 17,31.35ss; cf. Act 17,31.
270. Según FLAVIO JOSEFO, en *Ant.* III, 7,6; § 172.178, la cinta que ceñía la cabeza del sumo sacerdote servía de base a una triple corona de oro.
271. Ap 12,3.
272. Ap 13,1.
273. Cf Ap 2,17.

nombre de Dios, que el sumo sacerdote llevaba escrito sobre la frente en una cinta («Yahveh santo»), y que a los judíos estaba vedado pronunciar.

13 El Mesías viste un manto empapado en sangre[274]. Este rasgo hace pensar en Is 63,1ss, donde Yahveh vuelve, después de castigar a los pueblos enemigos, con las vestiduras salpicadas de sangre, semejante a quien ha estado pisando en el lagar y ha enrojecido su túnica con el jugo de la uva. Como lo muestra el v. 15, el autor del Apocalipsis refiere este pasaje al Mesías; no es, pues, verosímil que se aluda aquí a la muerte sangrienta de Jesús. Se da ahora el nombre del Mesías: «la Palabra de Dios». No es éste, desde luego, su nombre propio, sino más bien una expresión que indica cuál es la misión de Cristo. A través de él habla Dios a los hombres, se revela al mundo[275] o, más exactamente, él es el verdadero revelador de Dios, y al mismo tiempo la palabra de la revelación divina hecha carne[276]. El v. 15 muestra que en esta ocasión aparece bajo el aspecto particular de revelador de la justicia divina.

14 El Mesías cabalga al frente de las milicias del cielo, todas las cuales montan a su vez caballos blancos. Sería difícil precisar si tales milicias están constituidas por ángeles o por bienaventurados (especialmente mártires), o por unos y otros a la vez. Que en la parusía el Mesías se presentará acompañado de ángeles, es tema frecuente[277]. Entre los primeros cristianos existe la crencia de que también los santos tomarán parte en el juicio[278], y Ap 17,14 afirma que, cuando vence a los diez reyes, el cordero lleva en su escolta a los bienaventurados[279].

15 Las tres afirmaciones que a continuación se hacen del que monta el caballo ilustran cuál es el fin de su venida.

---

274. Cf. el comentario a Ap 17,14.
275. Cf. Heb 1,1s. 276. Jn 1,1ss; 1Jn 1,1.
277. Cf., por ejemplo, 2Tes 1,7s; Mc 13,27 par; Mt 25,31.
278. 1Cor 6,2; cf. Sab 3,8.
279. Cf. también Ap 2,27s.

1) La espada aguda que sale de su boca [280] es la palabra justiciera y vengadora, la única arma con que destruirá las huestes enemigas (cf. Is 11,4: «herir con la vara de su boca», que equivale a «matar con el aliento de sus labios»; 2 Tes 2,8). Donde más al vivo se muestra la fuerza punitiva de la palabra de Dios es en Sab 18,15s, al hablar de la muerte de los primogénitos egipcios. En el preciso momento de la media noche, se dice allí, la palabra omnipotente de Dios bajó del cielo a la tierra, cual invencible guerrero, llevando por espada el decreto irrevocable de Dios, y todo lo llenó de muerte. Estos versículos ofrecieron al autor del Apocalipsis la imagen del inflexible guerrero que con su palabra omnipotente aniquila los ejércitos enemigos.

2) Del Mesías se dice luego, como se dijo ya anteriormente en 12,5, que apacentará (=triturará) a las naciones con cetro de hierro; la frase está tomada del Sal 2,9 y significa la victoria sobre los ejércitos enemigos y su completa destrucción [281].

3) Se agrega, por último, que el Mesías pisa el lagar de la ira de Dios; en este cuadro se funden las dos imágenes, ya conocidas, de pisar la uva en el lagar [282] y de la copa de la ira divina [283]. Del lagar donde el Mesías pisa sale a torrentes el vino de la ira de Dios, y de él son obligados a beber sus enemigos.

Sobre el manto y sobre el muslo (Boismard opina que sobre 16
un cinturón), el Mesías lleva escrito su nombre, que proclama la dignidad de Cristo glorificado: «Rey de reyes y Señor de señores». Hacer pública esta soberanía sobre toda la creación, tal es el fin preciso de su venida gloriosa.

---

280. Cf. Ap 1,16; 2,12.
281. Cf. Ap 2,27; 12,5.
282. Ap 14,19.
283. Ap 14,10.

2. *Un ángel anuncia la total destrucción del ejército enemigo de Dios* 19,17-18

[17] *Y vi un ángel de pie sobre el sol, y gritó con gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en lo más alto de los cielos: «Venid, congregaos para el gran festín de Dios;* [18] *para comer carnes de reyes, carnes de jefes militares y carnes de poderosos, carnes de caballos y de jinetes, y carnes de todos los hombres, libres y esclavos, pequeños y grandes.»*

La invitación que desde el cenit dirige el ángel a todas las aves de rapiña que vuelan en lo alto del cielo [284] reproduce el pasaje de Ez 39,17-20. Allí el profeta, en su visión sobre Gog, recibe la orden de convocar a festín a todas las fieras y aves de rapiña, una vez que aquel príncipe haya sido aniquilado en las montañas de Israel [285]: «Reuníos y venid... a mi banquete, que yo os tengo preparado, banquete suntuoso en las montañas de Israel. ¡Comed carne y bebed sangre! Carne de héroes y sangre de príncipes de la tierra... Os hartaréis a mi mesa de caballos y jinetes, de héroes y de guerreros de toda suerte.»

3. *La bestia y el falso profeta son aprisionados y arrojados vivos al lago de fuego. Sus ejércitos son aniquilados* 19,19-21

[19] *Y vi la bestia, y los reyes de la tierra y sus ejércitos, congregados para hacer la guerra contra el que montaba el caballo y contra su ejército.* [20] *Y fue apresada la bestia y con ella el falso profeta, el que hizo las señales en su presencia, con las que extravió a los que recibieron la marca de la bestia y a*

284. Ap 8,13; 14,6.
285. Ez 39,4.

cuantos adoraron su imagen. Vivos fueron arrojados los dos al lago de fuego que arde en azufre. [21] *Los demás fueron muertos por la espada del que montaba el caballo, por la que salía de su boca. Y todas las aves se hartaron de sus carnes.*

El vidente es ahora testigo de cómo la bestia y su poderoso 19
ejército se han reunido (en Harmagedón, según 16,16) para
presentar batalla a Cristo bajado del cielo. Se inicia así el com-
bate decisivo entre Cristo y sus enemigos. Es el Anticristo
el primero en lanzarse al ataque, decidido a apoderarse del
dominio absoluto sobre todos los pueblos. Pero Juan no des- 20
cribe ninguna batalla; se limita a ofrecernos el desenlace; no
necesita decir que si Cristo combate, suya es la victoria [286].
De ahí que el ángel pueda, aun antes de comenzada la batalla,
convocar a los buitres al festín (v. 17s). El arma con que Cristo
combate es la palabra de Dios [287]. Por eso no hay combate
de ejército contra ejército, de hombre contra hombre; sólo
se da razón del aniquilamiento del enemigo. Los dos princi-
pales culpables, la bestia y su profeta, son castigados con la
condenación eterna [288]. Los reyes de las naciones paganas, junto
con sus guerreros, pierden la vida [289]. Sus almas caen en el
abismo hasta el día de la resurrección universal [290], y sus ca-
dáveres se convierten en pasto de las aves de rapiña.

286. Ap 17,14.
287. Cf. 2Tes 2,8.
288. Cf. Ap 14,10; 20,10.
289. Cf. Ap 14,20.
290. Ap 20,12s.

f) Juicio contra Satán, y los mil años del reinado de Cristo
20,1-10

1. *Satán es encadenado por espacio de mil años*
20,1-3

1 Y vi a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. 2 Se apoderó del dragón, de la serpiente antigua, que es el diablo y Satán, y lo encadenó por mil años. 3 Lo arrojó al abismo, que cerró y selló, para que no extraviase más a las naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después de esto habrá de ser soltado por un poco de tiempo.

1 Detrás del Anticristo y de su ejército actúa Satán en per-
sona[291]. Vencido y aniquilado el Anticristo con los suyos, ha
2 llegado la hora de juzgar a Satán. Es el espectáculo a que
asiste el vidente en este momento. Sólo que por ahora se
trata de un juicio provisional: Satán es encadenado por un
ángel y arrojado así por espacio de mil años en el abismo[292],
3 morada de los espíritus malignos[293]. El socavón que conduce
al abismo es cerrado y sellado, para que nadie lo abra sin autorización. Durante este tiempo le es absolutamente imposible toda actividad en la tierra. Ahora ya no puede seducir a los pueblos, ya no puede incitarlos a la hostilidad contra Cristo y los suyos. El encadenamiento de Satán tiene, pues, por fin preservar la era del reino mesiánico de las perturbaciones causadas por los pueblos que Satán extravía[294].

---

291. Ap 13,1ss; 16,13ss.
292. Mt 12,29.
293. Ap 9,1ss.
294. Ap 20,8-10

2. *Primera resurrección. Los resucitados reinan con Cristo por espacio de mil años*
20,4-6

[4] *Y vi tronos y a los que se sentaron en ellos, y se les dio poder de juzgar. Y vi las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y de la Palabra de Dios, y a cuantos no habían adorado la bestia ni su imagen, ni habían recibido la marca en la frente ni en la mano. Y revivieron y reinaron con Cristo por mil años.* [5] *Los demás muertos no revivieron hasta que se hubieron cumplido los mil años. Ésta es la primera resurrección.* [6] *Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección. Sobre éstos no tiene potestad la segunda muerte, sino qut serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él durante [los] mil años.*

La idea de un reino mesiánico intermedio.

En la mentalidad del judaísmo primitivo, el reino mesiánico es el tiempo en que el plan salvífico llega a su definitivo cumplimiento; de ahí que se le atribuya duración eterna. Como lugar de su realización se piensa en Palestina, con Jerusalén por capital. A su establecimiento precederá la destrucción del poder de los gentiles y de todos los malvados, y el regreso de la diáspora judía a la tierra santa. Los justos resucitarán de sus sepulcros. Bajo el cetro del Mesías, los judíos piadosos llevarán una vida de indescriptible felicidad. Dios habitará personalmente en medio de su pueblo, y hasta los paganos se convertirán e irán en peregrinación a Jerusalén para adorar allí al verdadero Dios. Esta esperanza mesiánica, expresada en formas muy diversas en las distintas fuentes de tradición, reviste un carácter esencialmente terreno y nacionalista.

Durante el siglo primero, sin embargo, esta espera esca-

tológica se modificó profundamente, en dos direcciones. Unos renuncian por completo a la idea de un reino mesiánico terreno, y esperan que la salvación definitiva tendrá lugar no es este mundo, sino en el cielo, y que se iniciará con el juicio universal [295]. Otros, en cambio, aferrados siempre a la idea de un reino mesiánico terreno y nacionalista, no le atribuyen ya duración eterna, sino que piensan que a él sucederá una era de salvación que no tendrá fin; es ésta la que representa la salvación definitiva y se inaugura con la resurrección de todos los muertos y el juicio universal. Dado que en esta etapa final al Mesías no le compete función alguna, siendo como es para los judíos (según espresión de Trifón) un simple «hombre de entre los hombres», se la puede considerar sin más como el reino eterno de Dios.

Dentro de este marco de ideas escatológicas, el reino mesiánico es sólo una especie de reino intermedio entre el presente y el reino eterno de Dios, y es de índole específicamente terrena y nacionalista. En él sólo tienen parte los israelitas piadosos a quienes toque vivir en el momento de su iniciación. Es, pues, una especie de preludio de la era eterna y definitiva de la salvación; tal es la presentación que de él hace con toda claridad 4Esd 7, 28ss. El reino eterno de Dios, por el contrario, es esencialmente trascendente y universal. Sus ciudadanos no son exclusivamente los judíos, sino todos los buenos (los que de entre éstos hayan muerto serán de nuevo llamados a la vida), y por sede tendrá no ya un país determinado, sino el cielo (ApBar) o la tierra renovada (4Esd). La duración del reino mesiánico intermedio oscila, según las diversas fuentes, entre cuarenta años y siete mil.

Del reino de los mil años no se hace propiamente una descripción; se da más bien una interpretación de él; los v. 4-6 nos sitúan en los comienzos, y los v. 7-10 al término del mismo.

---

295. 1Hen 71; 2Hen; AsMo.

El v. 4 es de dudosa interpretación. La primera parte («vi 4
tronos y a los que se sentaron en ellos, y se les dio poder de juzgar») descansa toda en tres pasajes del libro de Daniel: («estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y un anciano de muchos días tomó asiento» [296]; «sentóse el tribunal» [297], y «se hizo justicia a los santos del Altísimo» [298], es decir, se otorgó a los piadosos israelitas lo que les pertenecía por derecho, a saber, el dominio del mundo). En Daniel, quien preside el tribunal es Dios, pero nada se dice sobre la identidad de quienes lo asisten en el juicio. El versículo del Apocalipsis suele explicarse como alusión a Mt 19,28; Lc 22,30; 1Cor 6,2, en el sentido de que los cristianos resucitados toman sitio en los tronos y reciben el poder de juzgar al mundo. Es de observar, sin embargo, que sólo más adelante se habla de los resucitados, y que la asignación de un trono, o sea, de una silla judicial, a cada uno de ellos, es una circunstancia extraña. Según lo dicho parece más justificada la interpretación de quienes entienden la frase en el sentido de los pasajes de Daniel mencionados anteriormente: presidido por Cristo, un tribunal del cielo toma asiento en los tronos y reconoce a los cristianos el derecho que tienen de compartir la soberanía mesiánica.

El vidente asiste luego a la resurrección de una parte de 5
los muertos. Por la comparación del v. 5 («los demás muertos») con los v. 12*a*.13 se ve que se trata de la resurrección de la muerte física. Si ya en el momento de su muerte los degollados están en posesión de la vida sobrenatural, la resurrección de que aquí se habla no puede ser la resurrección espiritual, como pretende, entre otros, san Agustín. En la carta a Esmirna se habla de la resurrección corporal de Cristo en los mismos términos empleados aquí [299]. Juan afirma que esta resurrección

296. Dan 7,9.
297. Dan 7,10, repetido en 7,26.
298. Dan 7,22.
299. Ap 2,8; cf. también 1,18.

es la primera, y que a ella seguirá, transcurridos mil años, una segunda, en la cual son llamados de nuevo a la vida «los demás muertos», vale decir, los que no tuvieron parte en la primera resurrección.

6 El vidente proclama especialmente dichosos a cuantos tuvieron la suerte de tomar parte en esta primera resurrección, porque no serán víctimas de la segunda muerte, que es la condenación eterna [300], y durante los mil años formarán el reino sacerdotal de Dios y de Cristo [301].

4 El v. 4*bc* quiere precisar quiénes pertenecen al número de los resucitados, pero su interpretación da lugar a no pocas divergencias. Para algunos exegetas se trata de los mártires solos, lo que parece más aceptable si se tiene en cuenta que, según 13,15, todos los cristianos que se mantienen firmes durante la gran tribulación reciben muerte violenta; mas para otros se trata de los mártires y de los confesores (se entiende por tales aquellos cristianos que permanecieron fieles hasta el fin, pero no pasaron por el martirio). Este último grupo de comentaristas, aun reconociendo que el texto habla sólo de resucitados (cf. v. 4*c*.5), opinan que al reino de los mil años son admitidos a tomar parte todos los cristianos sin excepción, bien sea que vivan aún, o que ya se hayan «dormido en Cristo». Para pensar así se basan en 1Cor 15,22.51s y en 1Tes 4,16, donde se dice que, a la hora del retorno de Cristo, todos los que murieron «en Cristo» resucitarán, y los que aún no hayan muerto serán transformados, es decir, serán revestidos de cuerpo glorioso.

Ante la imposibilidad de dar una interpretación segura del v. 4 tal como ha sido transmitido, se ha considerado últimamente como muy probable la hipótesis de que dos de sus partes sean interpolaciones, lo que permitiría prescindir de ellas en la interpretación; el sentido sería entonces el siguiente: «Y vi las almas de los que habían sido decapitados por dar

300. Ap 20,14.
301. Cf. Ap 5,10.

testimonio de Jesús y de la palabra de Dios; y (éstos) revivieron y reinaron con Cristo por mil años» (Boismard).

La perícopa 20,4-10 está redactada en términos tan concisos que no da pie para formar una idea exacta de este reinado de mil años. Lo único que se puede sacar en claro es que se realiza en la tierra (quizá en Palestina, con Jerusalén por capital), y que fuera de los ciudadanos del reino mesiánico viven en la tierra también otros hombres (cf. v. 8-9). Solamente han sido aniquilados Babilonia y las dos bestias, con sus respectivos ejércitos [302], pero no se da el menor detalle sobre las condiciones de vida de este reino, que en su totalidad, o al menos en gran parte, está compuesto de resucitados.

El reino de Cristo tiene una duración de mil años. Se puede afirmar con seguridad que esta cifra no es invención de Juan, sino que él debió recibirla de alguna tradición. Ahora bien, se sabe que en el judaísmo tardío, lo mismo que entre los primeros cristianos, se había difundido la idea de que la duración del mundo corresponde al tiempo que duró su creación por manos de Dios [303], y como, por otra parte, se dice en el Sal 90(89)4 que mil años son como un día, se llegó a la conclusión de que la duración total del mundo sería de siete «días de Dios», es decir, de siete mil años. En este cómputo, los seis días que duró la obra creadora simbolizan los seis mil años que transcurren antes de la venida del Mesías, y el día de descanso simboliza el reino mesiánico, que, en consecuencia, debe durar mil años y reproducir la felicidad del paraíso. Conocidas estas ideas, no es infundado suponer que Juan dependa en alguna forma de ellas. Además, no faltan rabinos autorizados, de épocas anteriores, para quienes el reino del Mesías tendrá una duración de mil años; sólo que éstos se basan en Sal 90(89)4 y en Is 63,4.

---

302. Ap 19,16ss.
303. Gén 1,1-2,4.

El reino de mil años en el Apocalipsis.

No cabe la menor duda de que el reino de mil años de que habla el Apocalipsis se inspira en las ideas escatológicas del judaísmo, pese a que entre éstas y aquél existe divergencias sobre un punto de mucha importancia. En efecto, según la concepción judía, en el reino mesiánico intermedio sólo tienen parte aquellos judíos piadosos que estén vivos en el momento en que el Mesías se presente. La resurrección de los muertos sólo tiene lugar al final de este reino, y sucede como preludio del juicio universal, en el cual todos los malvados serán destruidos. Juan, en cambio, conoce una doble resurrección; los mártires, favorecidos con la primera, tienen entrada en el reino de Cristo.

Tal como lo concibe el judaísmo, el reino mesiánico es, en sus rasgos esenciales, algo que puede realizarse en el curso de la historia. En efecto, el Mesías, en su calidad de rey del pueblo judío, reina sobre Palestina después de haber vencido a los enemigos de Israel, de haber purificado de paganos la tierra santa y de haber devuelto la diáspora a su patria. Los gentiles, por su parte, reconocen su soberanía, rinden culto al único verdadero Dios y llevan ofrendas a Jerusalén; en otros términos, se hacen prosélitos del judaísmo.

Muy distinta es la situación en el reino de Cristo a que se refiere el Apocalipsis. Se trata de un reino que por sí mismo es irrealizable en la tierra, ya que está formado de resucitados y sobrevivientes, mientras existen simultáneamente pueblos no cristianos. Con todo, amplios círculos de la Iglesia primitiva entendieron al pie de la letra la profecía de Juan y alimentaban la esperanza de que la historia del mundo actual terminaría con un reinado de Cristo que duraría mil años. A esta creencia se le da el nombre de «quiliasmo»[304]. Los

---

304. De la palabra griega χίλιοι = mil.

padres occidentales, hasta la segunda mitad del siglo IV, y algunos griegos la defendieron. Otros, en cambio, la combatieron violentamente, hasta que san Jerónimo y san Agustín le dieron el golpe de gracia. En la actualidad sólo subsisten en algunas sectas.

Es indiscutible que la profecía del Apocalipsis sobre el reino de los mil años se ha de entender como una metáfora, aunque no resulta fácil precisar qué quiso Juan enseñar con ella. A este interrogante no se ha dado aún una respuesta que realmente satisfaga.

Para san Agustín, el reino de mil años es símbolo de toda la era cristiana, desde la resurrección de Cristo hasta el fin del mundo. La primera resurrección es la resurrección de la muerte del pecado, que se obra en el bautismo; el encadenamiento de Satán es su reducción a permanecer exclusivamente en el corazón de los malos, y el reino de los resucitados es el dominio espiritual que éstos ejercen juntamente con Cristo. Esta interpretación halló mucha acogida en el seno de la Iglesia, y aun hoy día cuenta con algunos defensores (Allo entre ellos). Pero no parece que se pueda sostener lógicamente, ya que el encadenamiento de Satán no sucede hasta después de haber sido aniquiladas las potencias enemigas de Dios.

Ciñéndose más al texto, otros comentaristas consideran que el reino de mil años no se iniciará sino una vez que las potencias adversas a Cristo hayan sido destruidas, hecho que pertenece todavía al futuro, y ven en él el anuncio profético de un período de la historia de la Iglesia durante el cual ésta no tienen nada que sufrir de enemigos externos ni internos, pudiendo así alcanzar un apogeo extraordinario. Pero también esta interpretación adolece de serias debilidades. En efecto, debe entender la parusía de Cristo a que se refiere 19,11ss como una venida puramente espiritual, lo que no se compagina bien con 2Tes 2,8s, donde se afirma que Cristo se presentará visiblemente para aniquilar al Anticristo; debe además interpretar la resurrección de los mártires como su entrada a la

bienaventuranza eterna, y reducir su participación en el reino de Cristo a su simple poder de intercesión. Estas razones llevan a otros autores a interpretar la resurrección de los mártires como símbolo de la renovación que vivirá la Iglesia una vez hayan cesado las persecuciones del imperio romano; se basan para ello en la visión de los huesos secos, descrita en Ez 37,1-14.

Una cosa parece imponerse en todo caso: que en su visión Juan contempla realmente la resurrección corporal de los mártires y su reinado con Cristo en la tierra, o, más exactamente, en la tierrra santa, en Jerusalén. Pero como sus visiones presentan los acontecimientos futuros no directamente, sino sólo en forma simbólica, nada nos obliga a tomar las expresiones del vidente como la afirmación de que tal reino de Cristo haya de existir alguna vez como realidad terrena. Si lo que Juan se propone con su libro es infundir ánimo a los cristianos para que resistan con fidelidad, aun con riesgo de la propia vida, es de creer que esta visión no quiere expresar otra cosa, sino que los mártires recibirán una recompensa especial. Si la interpretación es exacta, nos hallamos aquí ante un paralelo de la idea, defendida por Cipriano y otros primitivos escritores cristianos, de que sólo los mártires tienen el privilegio de entrar al paraíso inmediatamente después de su muerte, en tanto que los otros piadosos difuntos deben esperar en el más allá hasta el día de la resurrección universal.

De todas maneras, cualquiera sea la interpretación que se dé a la perícopa 20,4-6, no se puede perder de vista una cosa: que el reino de Cristo según lo describe el Apocalipsis carece de todo aspecto político, lo que lo diferencia esencialmente del reino mesiánico que esperaba el judaísmo, cuya realización implicaba cierta soberanía mundial del pueblo judío. Finalmente, a diferencia de los apocalipsis judíos y de no pocos milenaristas antiguos, para quienes el aspecto más atractivo del reino mesiánico era el goce de toda clase de placeres sensibles, Juan no hace la menor alusión a que los ciudadanos de este reino hayan de vivir una vida regalada; para él toda la felicidad

de los resucitados consiste en que son llamados a participar del sacerdocio y soberanía de Cristo.

3. *Recuperada su libertad, Satán guía a los pueblos de Gog y Magog contra los santos. Un fuego del cielo los destruye, y Satán es arrojado al abismo de fuego* 20,7-10

[7] Cuando se cumplan los mil años, será soltado de su cárcel Satán, [8] y saldrá para seducir a los pueblos que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, para congregarlos para la guerra, cuyo número es como la arena del mar. [9] Subieron a la llanura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada, y bajó fuego del cielo y los devoró. [10] Y el diablo que los había seducido fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Al cabo de los mil años, Satán recupera la libertad y vuelve 7
a su actividad anterior de seducir a los pueblos y capitanear-
los en la lucha contra la Iglesia de Dios. Pero como el reino 8
del Anticristo está destruido, Satán se dirige ahora a los pueblos que habitan en los cuatro ángulos de la tierra, es decir, en los extremos del orbe, imaginado entonces de forma cuadrada [305]. Son, por tanto, pueblos que están más allá de los límites de lo que en otro tiempo constituyó el poderoso reino de la gran Babilonia. A estos pueblos se les da el nombre de Gog y Magog. La presentación de Gog y Magog, la guerra que ellos dirigen contra el reino del Mesías, como también su destrucción, proceden íntegramente de Ez 38s. En estos capítulos se conserva una profecía contra el príncipe Gog, que

305 Cf el comentario a Ap 7,1.

tiene sus dominios en la región de Magog; se lo designa como el jefe de las hordas bárbaras de las regiones septentrionales (sobre el mar Negro), que penetran en las regiones civilizadas dejando a su paso el incendio y la muerte. Al fin de los tiempos, este mismo príncipe, capitaneando un innumerable ejército formado por gentes de todas las naciones, arremeterá contra Israel, que vive tranquilo y feliz en Palestina bajo el cetro de su Mesías; pero la intervención prodigiosa de Dios lo destruirá a él y a su ejército.

Esta profecía de Ezequiel se refiere al fin de los tiempos, pero se inspira en un hecho histórico, un poco anterior al profeta, la incursión de los escitas, que en 630 conmovió toda el Asia anterior, hasta las fronteras de Judá. Estos rasgos históricos, claramente reconocibles en Ezequiel, los ha eliminado por completo el Apocalipsis, a tal punto que la figura primitiva de Gog, rey de Magog, desaparece para dar lugar a un nombre que designa dos pueblos: Gog y Magog.

Juan no ha hecho sino seguir la tradición rabínica, que también sitúa el ataque de Gog y Magog al fin del reino mesiánico.

9 Las milicias enemigas suben «a la llanura de la tierra», una especie de meseta situada a mayor altitud del lugar en que ellos habitan [306]. La expresión designa indudablemente el centro del orbe, donde se levanta la capital del reino mesiánico, designado como «la ciudad amada (de Dios)». Esta expresión jamás se aplica en el AT a la Jerusalén histórica, pero sí evoca pasajes bíblicos que hablan del amor de Dios a Jerusalén o a Sión [307]. Al igual que muchos pueblos antiguos, también los judíos consideran su capital como el punto central de la tierra [308]. «El campamento de los santos» es otra expresión heredada del AT, donde se habla del campamento de los israelitas en el desierto; designa aquí los sitios en que habitan los miembros del reino mesiánico. En el momento

306. Cf. Ez 38,11.
307. Jer 11,15; Sal 78(77)68; 87(86)2.
308. Cf. Ez 38,12.

en que los ejércitos enemigos se disponen a lanzarse al ataque, Dios interviene prodigiosamente y los aniquila con fuego bajado del cielo[309].

Satán, el más encarnizado enemigo de Dios, el inspirador 10
de todos los ataques contra la Iglesia, se ve arrojado por la fuerza al abismo y reducido definitivamente a la impotencia; ahora ya nada se opone al establecimiento del reino eterno de Dios sobre la nueva tierra. Preludio de tal acto es la resurrección universal y el juicio final[310].

g) Resurrección universal y Juicio final 20,11-15

[11] *Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él. De su presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se encontró lugar para ellos.* [12] *Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y fueron abiertos los libros. Y fue abierto otro libro, que es el de la vida, y los muertos fueron juzgados de lo que estaba escrito en los libros, según sus obras.* [13] *El mar dio los muertos que en él estaban, y la muerte y el Hades dieron los muertos que en ellos estaban, y fueron juzgados cada uno según sus obras.* [14] *Y la muerte y el Hades fueron precipitados en el lago de fuego. Ésta es la segunda muerte: el lago de fuego.* [15] *Y cuantos no se hallaron inscritos en el libro de la vida, fueron precipitados en el lago de fuego.*

Satán, el «príncipe de este mundo» (Jn 12,13), ha sido despojado de todo su poder. Con este hecho, el mundo ha llegado al final de su era presente. Antes de la irrupción del mal en el mundo, la creación gozaba de un estado de felicidad paradisíaca; aniquiladas todas las potencias hostiles a Dios, vuelve aquel estado primitivo. Puerta de entrada a la nueva

309. Cf. Ez 38,22.
310. Ap 20,11-15.

era, que ahora se inicia, es el juicio final, o universal, que tanta importancia tiene en el Nuevo Testamento.

11 El juicio universal es, en efecto, el espectáculo a que ahora asiste el vidente, y que él describe en pocas palabras. Como se extiende a todo el género humano, debe estar precedido de la resurrección general. Quien juzga es Dios mismo; por eso es él quien aparece sentado en el gran trono blanco. Su nombre, sin embargo, se calla por respeto, igual que antes en 4,1; 5,1; 7,13 y en otros lugares. En los demás libros del NT hay pasajes donde Cristo hace las funciones de juez [311], si bien por encargo y autoridad de Dios [312], y hay otros en que el juez es Dios mismo [313]. Al hacerse presente el juez, desaparece la tierra, y con ella el cielo (el que vemos desde la tierra) [314]. El pecado ha llevado la corrupción y la consiguiente maldición de Dios incluso a las criaturas irracionales [315], y por eso es necesario que haya un nuevo cielo y una nueva tierra [316]. En otros pasajes del NT se habla de una renovación o nuevo nacimiento de la creación [317], o de que ésta será libertada del estado de maldición a que ha quedado sujeta [318]. Todas estas expresiones tienen, en definitiva, el mismo sentido.

12 Ante el trono de Dios se reúnen todos los hombres que pasaron por la tierra. En el NT se subraya con insistencia el carácter de universalidad que posee el juicio final [319]. La sentencia se basa en el contenido de los libros del cielo, que son de dos clases: en los unos, que pueden considerarse como los autos del proceso, están consignadas todas las acciones de los hombres, buenas y malas. Esta idea se halla ya ex-

311. Mt 16,27; 25,31ss; Jn 5,22; Act 10,42; 17,31; 2Cor 5,10.
312. Jn 5,22; Act 17,31.
313. Mt 18,35; Rom 14,10
314. Cf. 2Pe 3,10-13.
315. Gén 3,17; Rom 8,19ss
316. Ap 21,1.
317. Mt 19,28.
318. Rom 8,21.
319. Mt 25,32; Jn 5.28; 2Cor 5,10; Act 10,42; 17,31; 2Tim 4,1; 1Pe 4,5s.

presada en Dan 7,10 [320], y será luego muy común en la literatura judía. Pero hay además un segundo libro, «el libro de la vida», donde están escritos los nombres de los destinados a la vida eterna [321]. También esta idea se inspira en pasajes del AT, en los cuales se dice que todos los santos, los temerosos de Dios o los predestinados a la salud están escritos en el libro de Dios [322]. Expresa la importante verdad de que el hombre no puede conseguir la salvación por sus propias fuerzas, sino que necesita ser predestinado a ella por Dios. Pero es asimismo necesario que sus obras correspondan a su estado de elegido, porque de otra suerte será borrado del libro de
la vida [323]. No se dan a conocer los términos exactos que 15
contiene el fallo del juez; sólo se dice que aquellos cuyos nombres no aparecen en el libro de la vida son entregados a la eterna condenación [324].

También la muerte y los infiernos (Hades), presentados aquí 13s
como monstruos diabólicos, son arrojados al abismo de fuego, es decir, eliminados definitivamente. En Pablo se halla la misma afirmación: «el último enemigo en ser destruido será la muerte» [325]. Habiendo entrado en el mundo a través del pecado [326], la muerte es elemento tan extraño al mundo futuro como lo era en el paraíso [327]. Con la supresión de la muerte pierde también razón de ser el reino de los muertos (los infiernos o hades). El nombre de segunda muerte, con que se designa el abismo de fuego, quiere decir que sólo el hombre que ha caído en él ha de considerarse definitivamente muerto, porque allí estará eternamente separado de Dios y de la vida divina.

320. Cf. Is 65,6; Jer 22,30; Mal 3,16.
321. Flp 4,3; Ap 3,5; 13,8; 17,8; 21,27; 22,19; Lc 10,20; Heb 12,23.
322. Éx 32,32; Is 4,3; Sal 69(68)29; Dan 12,1.
323. Ap 3,5.
324. Cf. Mt 25,41.46.
325. 1Cor 15,26.
326. Rom 5,12.
327. Ap 21,4.

ACTO TERCERO: EL REINO ETERNO DE DIOS SOBRE UNA TIERRA NUEVA, CON LA JERUSALÉN CELESTIAL POR CENTRO
21,1-22,5

1. *La nueva creación, morada de la presencia de Dios, lugar de imperturbable felicidad y de vida eterna*
21,1-8

[1] Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer
cielo y la primera tierra pasaron, y el mar no existe ya. [2] Y vi
la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de
parte de Dios, preparada como esposa ataviada para su esposo.
[3] Y oí una gran voz que procedía del trono, la cual decía:
«Aquí está la morada de Dios con los hombres: y morará con
ellos: y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos.
[4] Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte ya no
existirá, ni llanto, ni lamentos, ni trabajos existirán; porque las
cosas primeras ya pasaron.» [5] Y dijo el que estaba sentado
en el trono: «Mirad, todo lo hago nuevo.» Y dice: «Escribe;
porque las palabras fidedignas y verdaderas son éstas.» [6] Y me
dijo: «¡Hecho está! Yo soy el alfa y la omega, el principio
y el fin. Al que tenga sed, le daré yo gratis de la fuente del
agua de la vida. [7] El vencedor heredará estas cosas. Y yo seré
su Dios y él será mi hijo. [8] Pero la parte de los cobardes, in-
crédulos, culpables de abominación, homicidas, fornicarios, he-
chiceros, idólatras y de todos los embusteros, será en el lago
que arde con fuego y azufre. Ésta es la segunda muerte.»

El drama del Apocalipsis se acerca a su fin. Desaparecida la primera creación [1], y entregados al castigo eterno todos los malvados [2], no le resta al vidente sino contemplar el reino de Dios en su esplendor, que sobrepasa todo lo terreno. Es lo que sucede en 21,1-22,5.

Escenario de tal reino es una tierra nueva. En Is 65,17 Dios 1
prometió a aquella parte del pueblo de Israel que permaneciera fiel, crear para ella un cielo nuevo y una tierrra nueva. Estrictamente hablando, no se trata en realidad de una nueva creación, sino de una transformación del mundo actual, que vendrá como consecuencia al iniciarse la era de salvación. Los primeros cristianos, sin embargo, entendieron la profecía como el anuncio de una nueva creación del mundo, después que el actual haya perecido; tal es la idea que se manifiesta claramente en 2Pe 3,10-13, como también en Mt 19,28, y que no es desconocida de los apócrifos judíos. En éstos se concibe esta renovación, unas veces, como la transformación del mundo antiguo después de haber caído en el caos [3] y, otras, como la creación estrictamente dicha de un nuevo cielo y una nueva tierra [4]. No está del todo claro por qué se dice que de la nueva creación se excluirá el mar. Quizá porque éste, con sus tempestades y peligros, disuena en el ambiente de tranquilidad y de paz que ha de caracterizar al nuevo mundo de Dios; o bien porque, según se creía antiguamente, el mar es el sitio donde se guarecen las potencias enemigas de Dios.

En esta nueva tierra contempla el vidente una nueva ciudad 2
santa [5], una nueva Jerusalén, que ha bajado del cielo. La figura de una Jerusalén celestial se encuentra también en otros dos pasajes del NT: Gál 4,26 y Heb 12,22. Pero en Gál 4,26 (como en Flp 3,20) se presenta más bien con los rasgos de

1. Ap 20,11.
2. Ap 20,15.
3. 4Esd 7,29ss.75.
4. 1Hen 72,1; 91,16.
5 Is 52,1.

una comunidad, cuyos miembros son los cristianos, mientras para Heb 12,22 es preferentemente una ciudad, edificada en el cielo.

También la literatura judía contemporánea de Cristo conoce una Jerusalén celestial. En algunos de tales escritos se llega hasta manifiestar la esperanza de que, al llegar la era de salvación, esta Jerusalén bajará del cielo a la tierra y sustituirá a la ciudad terrena (por ejemplo 4Esd 7,26: «Mira, llegan días en que aparecerá la ciudad invisible»). La Jerusalén que baja del cielo luce esplendorosa, engalanada de novia [6], con atavíos que se describen en 21,10ss.

3 En este momento una voz del cielo, probablemente uno de los cuatro vivientes, explica al vidente el sentido y el fin de cuanto ha visto, especialmente de la nueva Jerusalén. Aquí se hará realidad la íntima comunión de vida entre Dios y su pueblo escogido, anunciada por los antiguos profetas para el tiempo de salvación: (cf. Lev 26,11s: «Estableceré mi morada en medio de vosotros y nunca os aborreceré; marcharé en medio de vosotros, seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo»; Jer 38,33; Ez 37,27; Zac 2,14s: «Canta y alégrate, hija de Sión, porque he aquí que vengo para habitar en medio de ti, palabra de Yahveh. En aquel día se acercarán a Yahveh muchas naciones, y serán mi pueblo y habitaré en medio de ellas»; 8,8). Sólo que entonces la comunidad de Dios no estará ya constituida por un solo pueblo, como en el pasado, sino por
4 todas las naciones; en ella todas las angustias del presente, que tan dura hacen la existencia del hombre, desaparecerán por completo. En la tierra nueva reinará una felicidad paradisíaca, libre de miserias y enfermedades, de congojas y de muerte. También esto fue vaticinado por los profetas; cf. por ejemplo Is 25,8: «Destruirá para siempre la muerte; el Señor Yahveh secará las lágrimas de todos los rostros» [7]. El mundo primitivo ha desaparecido para siempre, con todo lo que le

6. Cf. el comentario a Ap 19,7.
7. Asimismo Is 35,10; 65,19; cf. Ap 7,16s

era característico en cuanto creación sometida a la maldición de Dios.

Ahora el vidente oye que Dios en persona le habla. Es la 5
única vez en el Apocalipsis que Dios toma la palabra, y es muy significativo que lo haga al final del libro. Su primera frase, que reproduce muy de cerca a Is 43,19 (según el texto de los LXX), asegura al vidente que en los últimos tiempos él transformará radicalmente la creación entera y todas las modalidades de la vida actual [8]. Lo que el vidente ha contemplado en 21,1-4, hallará pleno cumplimiento. En la segunda frase, Dios le ordena escribir, garantizándole solemnemente la verdad de las visiones que le han sido dadas por intermedio del ángel.

En el v. 6, Dios habla por tercera vez, y lo que dice consta 6
de varias frases. «¡Hecho está!» [9] anuncia el fin y el cumplimiento de la revelación con que Juan ha sido favorecido. A esta interpretación no se opone 21,9-22,5, porque aquí el ángel no hace otra cosa que mostrar al vidente en detalle la nueva Jerusalén que ha contemplado en 21,2. Cuando Dios se da a sí mismo el nombre de alfa y omega [10], principio y fin, se presenta como creador y fin último de todas las cosas. Expresiones semejantes aplicadas a Dios se leen también en Josefo: «Dios es principio, mitad y término de todo» [11]; «Dios subsiste por sí solo y es principio y fin de todo» [12].

Las palabras de Dios concluyen con una promesa para el 7s
vencedor y una amenaza contra los malvados. En la nueva creación, el vencedor recibirá en herencia la vida eterna (cf. Is 55,1: «ánimo, vosotros, sedientos, venid a las aguas, aun los que no tenéis dinero») y los derechos de hijo de Dios, según la promesa hecha en favor de David: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo» [13]. Los malvados, por

8 Cf., a propósito, 2Cor 5,17

9 Cf Ap 16,17.

10 Cf. Ap 1,8.

11. FLAVIO JOSEFO, *Contra Apionem* II, 22.

12. *Ant.* VIII, 11,2.

13. 2Sam 7,14.

su parte, incurrirán en la condenación eterna [14]. Los «embusteros», últimos en el catálogo de vicios, son los que proceden con falsía en lo que dicen y en lo que hacen [15]; son, en otros términos, los perversos [16].

2. *La nueva Jerusalén en su esplendor y magnificencia* 21,9-22,5

[9] *Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas finales, y habló conmigo diciendo: «Ven; te mostraré a la desposada, la esposa del Cordero.»*
[10] *Y me llevó en espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, de parte de Dios,* [11] *y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era semejante a piedra preciosísima, como a piedra de jaspe que emite destellos cristalinos.* [12] *Tenía una muralla grande y elevada, en la que había doce puertas, y sobre las puertas, doce ángeles, y nombres escritos encima, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel.* [13] *A oriente, tres puertas; al norte, tres puertas; al sur, tres puertas, y a occidente, tres puertas.*
[14] *La muralla de la ciudad tenía doce bases; y sobre ellas, doce nombres, los de los doce apóstoles del Cordero.*

[15] *El que hablaba conmigo usaba como medida una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muralla.* [16] *La ciudad está asentada en forma rectangular, y su longitud es tanta como su anchura. Y midió la ciudad con la caña, y tenía doce mil estadios. Su longitud, su anchura y su altura son iguales.*
[17] *Y midió la muralla y tenía ciento cuarenta y cuatro codos, según la medida humana, que era la del ángel.* [18] *El material de su muralla es jaspe, y la ciudad es oro puro, semejante al cristal puro.* [19] *Las bases de la muralla de la ciudad están adornadas*

14. Cf. Ap 21,27; 22,15.
15. Cf. Jn 8,44.
16. Como en Ap 22,15; 21,27.

con toda clase de piedras preciosas. La primera base es jaspe; la segunda, zafiro; la tercera, calcedonia; la cuarta, esmeralda; [20] *la quinta, sardónice; la sexta, cornalina; la séptima, crisólito; la octava, berilo; la novena, topacio; la décima, ágata; la undécima, jacinto; la duodécima, amatista.* [21] *Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era de una sola perla. Y la calle de la ciudad, oro puro, como cristal brillante.*

[22] *No vi santuario en ella; porque su santuario es el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero.* [23] *Y la ciudad no necesita del sol ni de la luna que la iluminen; porque la gloria de Dios la iluminó y su lámpara es el Cordero.* [24] *Y caminarán las naciones a su luz, y los reyes de la tierra llevan a ella su gloria.* [25] *Sus puertas jamás se cerrarán de día, y nunca habrá allí noche.* [26] *Y llevarán a ella la gloria y la honra de las naciones.* [27] *No entrará en ella cosa impura, ni el que obra abominación o falsedad, sino los inscritos en el libro de la vida del Cordero.*

[1] *Y me mostró un río de agua de vida, reluciente como cristal, que sale del trono de Dios y del Cordero.* [2] *En medio de la calle y a un lado y a otro del río hay el árbol de vida que da doce (veces) frutos, da su fruto cada mes. Y las hojas del árbol sirven para curar a las naciones.*

[3] *Ya no habrá condenación contra nadie, y estará en ella el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le darán culto.* [4] *Verán su rostro y llevarán el nombre de él en la frente.* [5] *Ya no habrá noche, y no necesitan luz de lámpara ni luz de sol; porque el Señor, Dios, los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos.*

En un episodio anterior (17,1ss), uno de los ángeles de las 9
copas dio a conocer a Juan la ciudad de Babilonia, la ciudad mundana, presentándosela bajo los rasgos de una meretriz lujosamente vestida; otro de los mismos ángeles le hace contemplar ahora la magnificencia de la ciudad de Dios, bajada del cielo a la tierra. La nueva Jerusalén constituye, en efecto, el polo opuesto de Babilonia; de ahí la descripción tan minu-

ciosa, que pone de relieve los aspectos en que contrasta el esplendor de ambas ciudades. El título de esposa de Cristo, que se da siempre a los elegidos o a la Iglesia, se aplica aquí a la ciudad de Jerusalén [17] y no sin razón, siendo Jerusalén la morada de la comunidad de los elegidos, unida para siempre al Cordero.

10 Cuando el vidente describe en estos términos la nueva Jerusalén, se inspira en la visión del reino escatológico de Dios, de Ez 40-48. El profeta es arrebatado en espíritu a lo alto de una montaña en tierra de Israel. Allí se encuentra frente a frente con algo que semeja una ciudad; es el templo del futuro, que se levanta entre numerosas construcciones. Un ángel, provisto de instrumentos para medir, tiene la misión de introducirlo en él y servirle de guía [18]. Lo último que muestra al profeta es la fuente del templo [19]. A manera de epílogo da Ezequiel algunos datos relativos a las puertas de la ciudad [20].

11 Pero la nueva Jerusalén, según el v. 22, no tiene templo; por eso el vidente del Apocalipsis debe limitarse a describir la ciudad. Ésta, siendo como es una realidad sobrenatural, participa de la gloria propia de Dios y del mundo sobrenatural, según estaba ya anunciado en Is 60,1: «La gloria del Señor
12 se irradia sobre ti.» La luz que inunda la ciudad tiene el color de la piedra de jaspe. El vidente empieza por describir los muros, elementos imprescindibles de toda ciudad antigua; éstos tienen doce puertas, tres por cada lado, ya que, según el v. 16, la ciudad presenta forma cuadrada. Las puertas llevan escritos los nombres de las doce tribus de Israel, uno sobre cada puerta. La ciudad de la visión de Ezequiel presentaba estas mismas características: también tenía forma rectangular. con tres puertas por cada lado, y sobre ellas los nombres de las doce tribus [21].

---

17. Cf. el comentario a Ap 19,17.
18. Ez 40-43,12
19. Ez 47,1-12.
20. Ez 48,30-35.
21. Ez 48,30ss.

Los doce ángeles que aparecen sobre las doce puertas, uno sobre cada una, son los celestiales protectores de la ciudad (cf. Is 62,6: «Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardianes.»)

Pero la nueva Jerusalén no es, como la de Ezequiel, una 14
ciudad judía, sino que abriga en su seno al pueblo de la nueva alianza. Por eso en los cimientos de sus muros lleva escritos los nombres de los doce apóstoles y, como los cimientos son el sostén del edificio, se comprende lo que este detalle significa: que el nuevo puesto de Dios se ha formado con base en la predicación de los apóstoles. Es la misma verdad enseñada por Pablo cuando dice que la Iglesia está construida sobre el fundamento de los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento [22]. El lazo que une al nuevo pueblo de Dios con el antiguo se pone de relieve en los nombres de las doce tribus de Israel.

En presencia del vidente, el ángel mide la ciudad y sus 15s
muros con una caña de oro [23], empleando un sistema métrico igual al que usan los hombres (v. 17*b*). La planta de la ciudad es cuadrada, tal como era, a decir de Heródoto, la antigua Babilonia [24], y según Diodoro Sículo, la antigua Nínive [25]. Entre los griegos el cuadrado era el símbolo de la perfección. Cada uno de los lados de la ciudad de Dios alcanza la longitud de doce mil estadios, lo que equivale a unos dos mil trescientos kilómetros. Es el número de las tribus de Israel multiplicado por mil, símbolo de multitud. Se dice además que la longitud, la anchura y la altura de la ciudad poseen las mismas dimensiones, de suerte que el conjunto presenta la forma de un cubo. Es de observar, sin embargo, que esta forma sólo podría realizarse en un edificio, pero no en toda una ciudad; esto lleva a pensar que tanto la forma cúbica como las proporciones gigantescas de la ciudad tienen simplemente valor simbólico. En

---

22. Ef 2,20.
23. Cf. Ap 11,1 y Ez 40,3ss
24 Heródoto I, 178
25. Diodoro Sículo I, 3.

efecto, el cubo, como el cuadrado, es también símbolo de perfección: así, en el templo de Salomón el santo de los santos presenta igualmente forma cúbica [26]. Construida así, la nueva Jerusalén es como una réplica del santo de los santos del tem-
17 plo salomónico [27]. En contraste con la altura imponente de la ciudad, la de los muros es realmente modesta: 144 codos, que equivalen a unos 75 metros. El número 144 es, una vez más, el cuadrado de 12. Esta desproporción parece dar a entender que los muros no se consideran como defensa de la ciudad, sino como límite que la separa del resto del país.

18 Juan pasa ahora a hablar del material de que están construidos el muro y los cimientos, la ciudad y sus calles. La descripción se inspira en Is 54,11s: «Mira, yo asentaré tus bases sobre malaquita, y tus cimientos sobre zafiros; haré de rubíes tus almenas, tus puertas de cristal, y todo tu recinto de piedras preciosas.» Evoca igualmente a Tob 13,16s: «Jerusalén será de nuevo edificada con zafiro y esmeraldas, sus murallas con piedras preciosas, sus torres y sus almenas con oro puro; sus plazas serán pavimentadas con esmeraldas, rubíes y piedras de
19s Ofir.» Las bases del muro, de que se habla, son los cimientos de la parte del muro que une una puerta con otra; son visibles y cada uno está hecho de una piedra preciosa. Las doce piedras preciosas corresponden en conjunto a las que adornaban el pectoral del sumo sacerdote judío, cada una de las cuales llevaba grabado el nombre de una tribu (Éx 28,17ss = 39, 10ss; cf. también Ez 28,13: nueve piedras adornaban las vestiduras
21 del rey de Tiro; los LXX hablan de doce). Cada una de las doce puertas de la ciudad está hecha de una piedra gigantesca y maravillosa. «La calle» de la ciudad debe ser una gran vía que la atraviesa de lado a lado. Algunos comentaristas piensan en la plaza principal [28].

22 El centro religioso de la Jerusalén histórica era el templo,

26. 1Re 6,19.
27. Cf. Ap 22,1.
28. En el texto griego, πλατεῖα puede tener ambos significados.

y éste no faltaba ni siquiera en la futura Jerusalén que contempló Ezequiel. Pero en la nueva Jerusalén, la que baja del cielo, no posee templo, porque su verdadero santuario es Dios y el Cordero. En realidad, el templo no era sino la morada de Dios que permanecía y obraba ocultamente en medio de su pueblo; era, pues, en definitiva, una figura imperfecta del futuro. En cambio, los ciudadanos de la nueva ciudad de Dios
están llamados a contemplarlo cara a cara [29]. La presencia 23
divina inunda de luz toda la ciudad, a tal punto que puede prescindir de los grandes luminares de la tierra, el sol y la luna [30]. Dios, en efecto, está rodeado de luz como de un manto [31].

Esta magnífica ciudad de Dios tendrá sobre los pueblos 24s
un poder de atracción irresistible. Los reyes irán como peregrinos a Jerusalén a presentar sus ofrendas. El vidente alude con esto a una profecía de Is 60 (especialmente en los v. 3. 5.11), según la cual, en la era de la salud Israel vivirá tranquilo en Sión rodeado de paz, de felicidad y de abundancia. Los pueblos de la tierra, lejos de atacarlos o hacer la guerra contra ellos, como en tiempos pasados, se someterán espontáneamente al pueblo de Dios, le servirán y le harán ofrenda de sus tesoros. Esto significa que las naciones paganas se convertirán al verdadero Dios, que habita en Sión, y rendirán homenaje tanto a él como a su pueblo escogido. Los pasajes más importantes dicen así: «Las naciones caminarán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu aurora» [32]; «tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche (porque ya no habrá enemigos), para que lleguen a ti las riquezas de las naciones, traídas por sus reyes» [33]. En los textos hallados cerca del mar Muerto, las palabras de Isaías se leen en estos

29. Ap 22,4.
30 Cf. Is 60,19.
31. Sal 104(103)2.
32. Is 60,3.
33. Is 60,11.

términos: «Mantén siempre de par en par tus puertas, sean llevadas a ti las riquezas de los pueblos, y sus reyes te sirvan» [34].

Las frases citadas, aunque tomadas de Isaías, reciben en la pluma del vidente un sentido algo diverso del que tienen en el profeta. Según Juan, en efecto, en la tierra nueva no existen ya pueblos paganos, y sólo viven en ella aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida [35]. Su afirmación tiene, pues, este sentido: al inaugurarse el reino de Dios sobre la tierra nueva no existen ya pueblos enemigos de Dios que se dejen azuzar para combatir contra Cristo y contra su Iglesia; por el contrario, todos los hombres que viven sobre la tierra servirán al único verdadero Dios y se apresurarán a ofrecerle sus tesoros; también Jerusalén será purificada de toda iniquidad, de todo mal moral, como conviene a la ciudad de Dios. Parece, sin embargo, que también Juan establece distinción entre los habitantes de Jerusalén y los que viven fuera de sus muros. En los primeros habrá que ver entonces al nuevo pueblo de Dios, formado por los cristianos, y los otros serían los paganos que, no habiendo caído en la enemistad de Dios, se cuentan entre los salvados en el juicio final.

22,1-5 Lo último y lo más sublime que Juan tiene para decir de la nueva Jerusalén es que ella constituye la fuente de la vida divina. En ella brotan a torrentes las aguas de la vida, de las que ha de beber el sediento [36], en ella está plantado el árbol de la vida, de cuyos frutos puede comer el vencedor [37]. Son imágenes que se inspiran en Ez 47,1-12 (Jl 4,18; Zac 14,8). El profeta es testigo de cómo bajo el umbral del templo brota agua, que luego crece hasta formar un caudaloso río; este desemboca en el mar Muerto, y sanea sus aguas. A una y otra orilla crecen árboles, que conservan su verdor durante todo el año y, bien sea todos a la vez, o bien alternativamente, dan

---

34. *Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas* 12,13s.
35. Ap 20,15; 21,8.
36. Ap 7,17; 21,6
37. Ap 2,7.

frutos maduros cada mes. «Sus frutos servirán de alimento y sus hojas de medicina.» Algo parecido se encuentra entre los griegos. En los templos de Asclepio (Esculapio), el dios de la medicina, la fuente sagrada, que nunca faltaba en ellos, solía brotar del lugar reservado al dios, más aún, de debajo de su trono y de sus propios pies. Por lo que toca a la secta de los mandeos, en su gran libro sagrado, el *Ginza,* se lee lo siguiente: «Todo mundo da testimonio de que el agua viva brota debajo del trono de Dios, pero no comprende lo que sus propios labios hablan.»

En la Jerusalén del Apocalipsis, el río nace debajo del 1
trono de Dios, que hace las veces de templo; sus aguas dan
y conservan la verdadera vida, la vida divina. Es discutible si 2
cuando el vidente habla del «árbol de vida» quiere referirse a uno o varios árboles; en el primer caso haría alusión al árbol del paraíso [38]; en el segundo, pensaría en Ezequiel. Igualmente imprecisa es la localización de tal árbol. Parece indudable que se lo quiere situar sobre la amplia vía principal, de suerte que todos puedan sin dificultad coger sus frutos, y al mismo tiempo cerca del río, que le proporciona siempre agua fresca [39]. La corriente de agua y el árbol de la vida quieren expresar la idea de que ha vuelto a ser realidad el paraíso, en el cual no existía la enfermedad ni la muerte.

De acuerdo con la profecía de Zacarías [40], en la nueva 3
Jerusalén no hay nada maldito, es decir, no hay hombres que por sus pecados sean objeto de la ira divina. El verdadero santuario de la ciudad, más precioso que el templo del pasado, es el trono de Dios, en el cual toma asiento también el Cordero.
Aquí permanece Dios visible en medio de sus elegidos, quie- 4
nes llevan su nombre grabado en la frente como signo distintivo de su definitiva pertenencia a él [41], al igual que los adora-

38. Gén 2,9; 3,22.
39. Cf. Sal 1,3.
40. Ap 4,11.
41. Cf. Ap 3,13; 14,1

dores de la bestia llevaban la marca de ésta [42]. Lo que a ningún mortal fue dado en este mundo [43], a ellos se les concede: contemplar el rostro de Dios; esto constituye el mayor privilegio de los bienaventurados [44]. Su visión colma las más profundas aspiraciones del corazón humano [45].

5 A propósito del v. 5 puede verse 21,23 y Núm 6,25; Sal 118 (119)27. Si el tormento de los condenados dura eternamente [46], también es eterno el reino que Dios comparte con los elegidos [47].

---

42. Ap 13,16s.
43. Éx 33,20; Jn 1,18.
44. Mt 5,8; Heb 12,14; 1Jn 3,2; 1Cor 13,13
45. Sal 17(16)15; 41(40)3.
46. Ap 20,10.
47 Cf. Ap 1,6; 3,21; 5,10.

CONCLUSIÓN DEL LIBRO
22,6-21

1. *El ángel garantiza a Juan la veracidad de las revelaciones a él comunicadas*
22,6-9

[6] *Y me dice: «Éstas son palabras fidedignas y verdaderas. El Señor, Dios de los espíritus de los profetas, envió su ángel para mostrar a sus siervos lo que ha de suceder en seguida.* [7] *Y mirad que vengo pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.»*

[8] *Y yo, Juan, soy el que oía y veía estas cosas. Y después de ver y oir, me postré en adoración a los pies del ángel que me enseñaba estas cosas.* [9] *Y me dice: «No hagas eso; consiervo tuyo soy y de tus hermanos, los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro; a Dios tienes que adorar.»*

La visión de la nueva Jerusalén ha puesto punto final a la 6
revelación que Dios comunicó a Juan por intermedio de su ángel (= 1,1). A Dios se le da aquí el título de «Dios de los espíritus de los profetas», porque es él quien, mediante su espíritu, les inspira lo que han de anunciar. Al número de los profetas pertenece Juan, aquí como en 10,7; 11,18; 22,9. La expresión «los espíritus de los profetas», que se lee también

en 1Cor 14,32, se explica por la idea de que en cada profeta individualmente habita y habla el espíritu de Dios, pudiendo decirse que cada uno tiene su propio espíritu [1].

7 Como haciendo eco a la declaración del ángel, de que las cosas vistas por Juan se cumplirán en breve, resuena ahora la voz de Cristo para anunciar su inminente venida en calidad de juez (= v. 12.20) y para proclamar dichosos a cuantos guarden la profecía en su corazón (= 1,3). Como lo hizo ya al principio del libro [2], también ahora al final Juan se presenta con nombre propio como la persona que ha recibido las visiones consignadas en las páginas anteriores. Abrumado por la
9 sublimidad de las revelaciones, cae a los pies del ángel que se las comunicó, dispuesto a adorarle; pero, como anteriormente en 19,10, el ángel se lo impide, invitándolo a adorar a Dios, quien en definitiva es el verdadero autor de tales revelaciones.

2. *Jesús anuncia su próxima venida para juzgar el mundo* 22,10-17

[10] *Y (Cristo) me dice: «No selles las palabras de la profecía de este libro, pues el tiempo está cerca.* [11] *El injusto, cometa injusticia todavía, el manchado, mánchese aún, el justo, obre justicia todavía, y el santo, santifíquese aún.*

» [12] *Mirad que vengo pronto, y traigo aquí el salario conmigo, para dar a cada uno según sean sus obras.* [13] *Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin.* [14] *Bienaventurados los que lavan sus túnicas para tener potestad sobre el árbol de la vida y entrar por las puertas a la ciudad.* [15] *Fuera quedarán los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira.*

1. Cf. 1Jn 4,1.
2. Ap 1,1.9.

» [16] Yo, Jesús, envié mi ángel para atestiguaros estas cosas ante las Iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, el lucero brillante de la mañana.»

[17] Y el Espíritu y la esposa dicen: «Ven.» Y el que oiga, diga: «Ven.» Y el que tenga sed, venga. El que quiera, tome gratis el agua de la vida.

Cristo prohíbe al vidente «sellar» las revelaciones recibi- 10
das, es decir, mantenerlas en secreto. Con el profeta Daniel
sucedió lo contrario, pues a él se le dio orden de sellar sus
visiones relativas a los últimos tiempos, dado que su cumpli-
miento pertenecía a un futuro lejano [3]. Las visiones del Apo-
calipsis, en cambio, están próximas a cumplirse, y por eso deben
darse a conocer a las comunidades cristianas, para que les
sirvan de norma de conducta, de fortaleza y de consuelo. La 11
proximidad del fin ayuda también a comprender por qué se
exhorta ahora a perseverar, sea en el bien o en el mal [4]. La de-
cisión que cada cual ha tomado libremente debe llevarse ahora
hasta sus últimas consecuencias; la simiente que ha esparcido
debe alcanzar su plena madurez, de modo que el juez pueda
dictar ya su sentencia.

Por segunda vez anuncia Cristo su próxima venida para 12
dar a cada uno su justa recompensa [5]. Ésta, aunque esencialmen-
te igual para todos, tiene diversos grados, según corresponda a
las obras de cada cual [6]. El derecho con que ejerce las fun- 13
ciones de juez y de remunerador se funda en su igualdad con
Dios, ya que él, como Dios mismo, puede legítimamente afir-
mar de sí: «Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin» [7].
En su calidad de juez que está ya a las puertas [8], declara 14
bienaventurados a cuantos lavan sus túnicas [9], es decir, a los

3. Dan 8,26; 12,4.9. 4. Cf. Dan 12,10.
5. Ap 11,18; cf. Is 40,10.
6. Ap 2,23; 20,12s; Mt 16,27; Rom 2,6.
7. Ap 1,8; 21,6; cf. también 1,17; 2,8.
8. Cf. el comentario a Ap 20,11s.
9. Ap 7,14

que se aseguran la vida eterna haciendo suyos los frutos de su
muerte redentora; pronuncia asimismo una grave condenación
15 de los malos, como en 21,8.27. «Perros» es un término in-
jurioso aplicable a los malvados[10]. Aquí designa quizás a los
que se marcharon con las impurezas de los gentiles.

16 Ahora Cristo garantiza la autenticidad de la profecía contenida en el libro. Fue él quien envió al ángel de la revelación con el encargo de comunicar a los profetas, o sea, a Juan, y a través de él a todas las comunidades cristianas, cuanto le había sido revelado por el Padre[11]. Él es el ansiado vástago de David (el texto en realidad dice «raíz», entendido en el sentido de vástago, o descendencia, como en 5.5[12]. Es también la estrella radiante de la mañana, que señala el comienzo del día de la salud, por tanto tiempo esperado (hay aquí una alusión a Núm 24,17: «Se levantará de Jacob una estrella», donde la estrella designa al Mesías).

17 El anuncio de Cristo hecho en el v. 12 lleva al vidente a hacerse intérprete de la impaciencia y ansiedad con que la Iglesia suspira por la venida del Señor. «El Espíritu» es el Espíritu de Dios que habla por los profetas[13]. La «esposa» es la Iglesia. Juan exhorta a todos los lectores de su libro a unir su voz a la de él para clamar todos a una: «Ven», e invita a cuantos sientan sed del agua de la vida, a venir a recibirla gratuitamente[14].

---

10 Flp 3,2.
11. Ap 1,1.
12. Cf. Eclo 47,22.
13. Ap 2,7; 14 13.
14 Cf. Ap 21,6; Is 55,1; Jn 7,37.

3. *Juan amenaza con severos castigos a quienes se atrevan a falsear el libro. Conclusión*
22,18-21

[18] *Yo declaro a todo el que escucha las palabras de la profecía de este libro: Si alguno les añade algo, Dios le añadirá a él las plagas que están escritas en este libro.* [19] *Y si alguno quita algo de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están descritos en este libro.»*

[20] *Dice el que da fe de estas cosas: «Sí, vengo pronto.» Amén. «Ven, Señor Jesús.»*

[21] *La gracia del Señor Jesús sea con todos.*

La amenaza de Juan, que reproduce a Dt 4,2; 13,1; Prov 30,6 (24,29), no va dirigida contra los que por ligereza incurran en imprecisiones al copiar el texto, sino contra los que falseen el contenido. Siendo un escrito que proviene de Dios, que contiene parte de la revelación divina, debe ser tenido por sagrado e intangible. El hombre no puede suprimir nada ni hacerle adiciones por propia iniciativa, sin atraer sobre sí severos castigos y cerrarse el camino de la salvación. **18s**

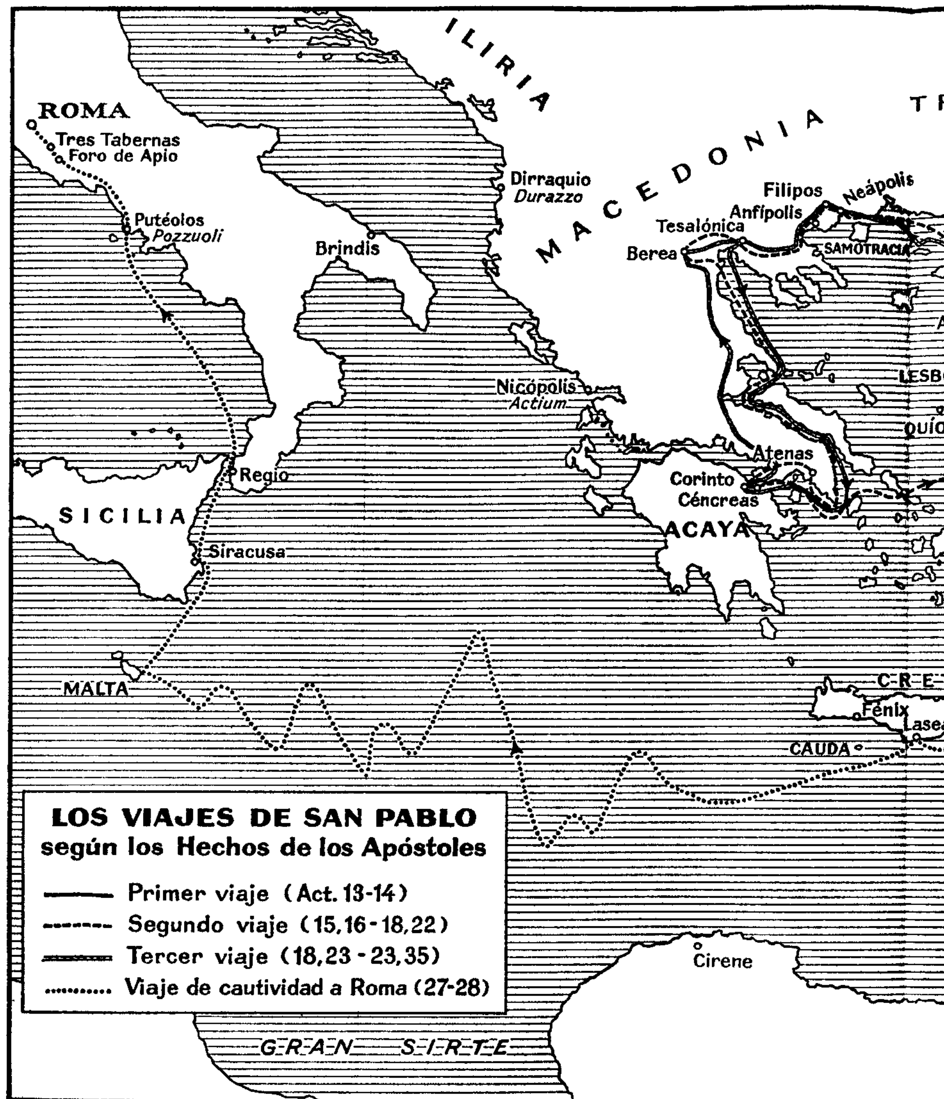
Por tercera vez en la conclusión resuena la voz de Cristo, que comunicó fielmente a Juan todo el contenido del libro [15], para anunciar que está próximo a venir; le responde una vez más la Iglesia [16], expresándole su ansia de que venga pronto. Es la conclusión impresionante de un libro que se abría con el epígrafe: «Ved que viene entre nubes» [17]. La invocación «Ven, Señor Jesús» es traducción de la fórmula aramea *maranata,* usada en la comunidad de Jerusalén [18]. **20**

La bendición final, como en las cartas de san Pablo, equivale a la propia firma del autor. **21**

---

15. Ap 1,1. 16. Ap 22,17. 17. Ap 1,7.
18. 1Cor 16,22; *Doctrina de los doce apóstoles* 10,6.

ÍNDICE DE «EXCURSUS»


ILIRIA
MACEDONIA
TR
ROMA
Tres Tabernas
Foro de Apio
Putéolos
Pozzuoli
Brindis
Dirraquio
Durazzo
Filipos
Neápolis
Anfípolis
Tesalónica
Berea
SAMOTRACIA
Nicópolis
Actium
LESBO
QUÍO
Atenas
Corinto
Céncreas
ACAYA
Regio
SICILIA
Siracusa
MALTA
CRE
Fénix
Lasea
CAUDA
Cirene
GRAN SIRTE
LOS VIAJES DE SAN PABLO
según los Hechos de los Apóstoles
Primer viaje (Act. 13-14)
Segundo viaje (15,16-18,22)
Tercer viaje (18,23-23,35)
Viaje de cautividad a Roma (27-28)


ACIA
PONTO
Bizancio
BITINIA
ARMENIA
Ancira
MISIA
Tróade
GALACIA
Cesarea
Melitene
CAPADOCIA
COMAGENE
FRIGIA
LIDIA
LICAONIA
Antioquía
Iconio
ASIA
Listras
PISIDIA
Derbe
CILICIA
Efeso
SAMOS
CARIA
Tarso
Perge
Atalia
Mileto
PATMOS
PANFILIA
Seleucía
Antioquía
LICIA
Mira
SIRIA
Pátara
Rodas
RODAS
Salamina
CHIPRE
Pafos
Palmira
Trípoli
Sidón
Damasco
Cesarea de Filipo
Tiro
Ptolemaida
Tiberíades
Cesarea
Joppa
Jerusalén
Gaza
Alejandría
Pelusa


TRACIA
MACEDONIA
Bizancio
Nicomedia
Filipos
Neápolis
Anfípolis
Tesalónica
Samotracia
Nicea
Berea
Apolonia
MISIA
Tróade
Aso
Adramicio
TESALIA
Pérgamo
Tiatira
LESBOS
FRIGIA
Mitilene
LIDIA
Sardes
Esmirna
Filadelfia
QUÍOS
ASIA
Hierápolis
Atenas
Éfeso
Corinto
SAMOS
Laodicea
Colosos
Céncreas
Trogilio
Mileto
CARIA
PATMOS
ACAYA
COS
LICIA
Cnido
Rodas
Pátara
Mira
RODAS
CRETA
Fénix
Lasea
CAUDA
GRECIA
y ASIA MENOR
en tiempo de
san Pablo y de san Juan